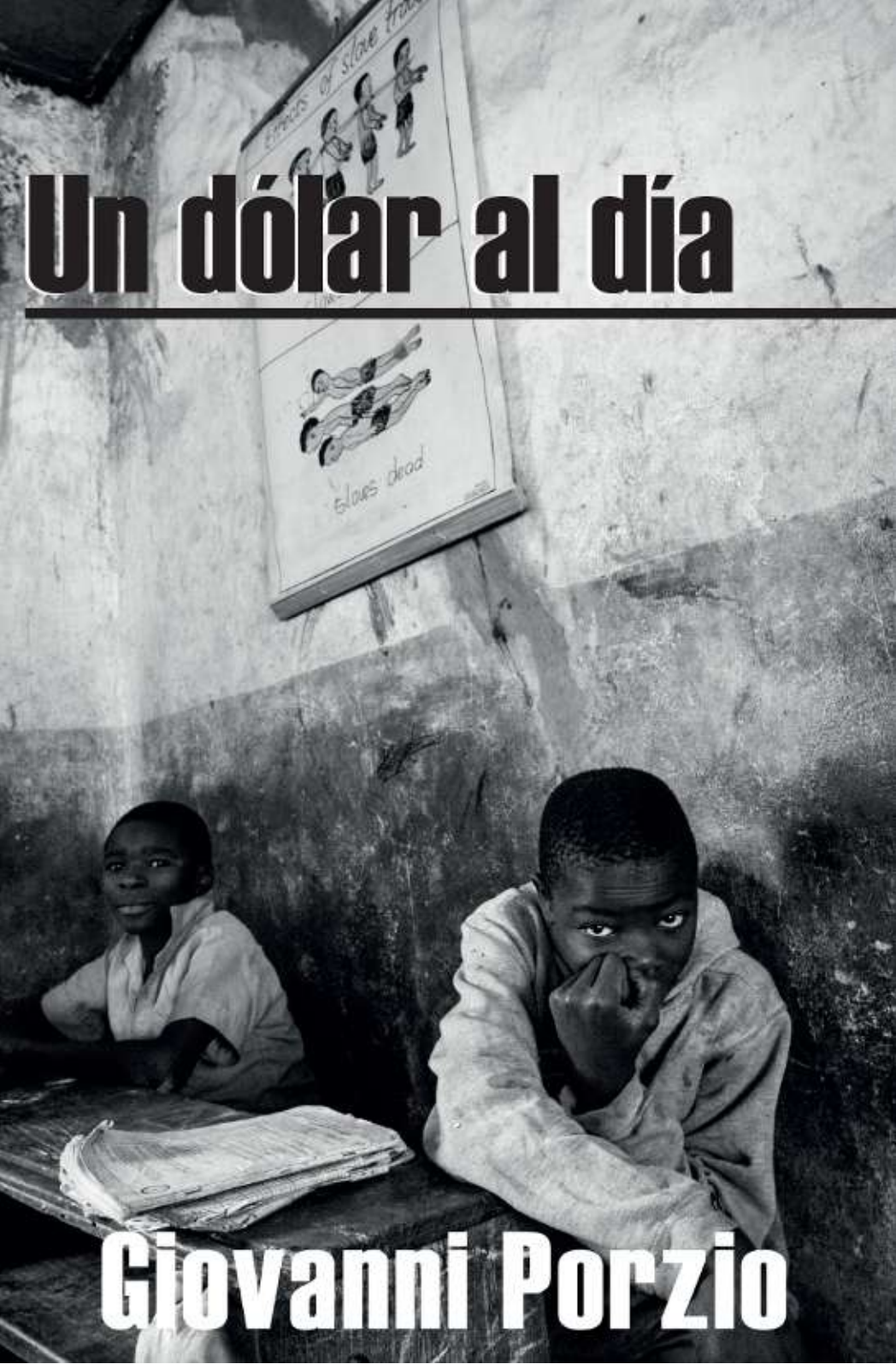




Un dólar al día

Giovanni Porzio

Un dólar al día

Giovanni Porzio

© Giovanni Porzio
Enero 2018

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez y Ezra Alcázar.

Traducción: José Ramón Calvo.

Fotografía de portada cortesía de Giovanni Porzio.

Diagramación y diseño de portada: Daniela Campero.



Esta publicación es financiada con los recursos de la RLS con fondos del BMZ y Para Leer en Libertad AC. Es de distribución gratuita.

DESTINOS CRUZADOS

Tal vez los hayan visto en la televisión. De paso, por unos momentos, entre las declaraciones del primer ministro de turno y una noticia sobre la moda. Comentario hosco y material de archivo, no demasiado crudo ni demasiado de cerca, para no herir la sensibilidad de las familias.

Pero la tv es aséptica. En los *talk shows* no llega el olor de la orina y del vómito, el olor del líquido fecal, la podredumbre de la tierra húmeda de las fosas. No se escuchan los gemidos, las invocaciones, las lamentaciones ahogadas, el zumbido de las moscas, el hedor de la muerte. La sangre coagulada que se aferra a los zapatos.

En vivo, de los vivos, es otra cosa. El estómago se contrae y la saliva se reseca: su sabor es amargo. Te quedas en silencio, petrificado, inútil, impotente. Te rescatan las glándulas suprarrenales con una sobredosis de adrenalina: llegan descargas en oleadas, hormigueando en las venas.

He visto cientos de ellos. Muertos por hambre, guerras, enfermedades. Bebés, jóvenes, viejos. Niños palestinos y niños israelíes, iraquíes e iraníes, afganos y pakistaníes, indios, indonesios, nigerianos, somalíes, sudaneses, ruandeses, congolese, colombianos, haitianos, libaneses, etíopes, eritreos, liberianos, sudafricanos, argelinos, libios, chechenos, ser-

bios, albaneses... Una masacre. Una masacre sin fin. ¿Pero a quién le importa? No los mencionan ni siquiera los periódicos, cansados de noticias funestas. Y la gente prefiere no saber: reina la indiferencia.

Sin embargo deberíamos saber que en un mundo globalizado nuestros destinos se cruzan. Que las economías de Asia, Europa y las Américas son interdependientes. Que las variaciones del curso del euro, del petróleo y de las materias primas afectan a nuestro estilo de vida. Que los flujos migratorios causados por los conflictos, el hambre y el desarrollo desigual están transformando la sociedad en la que vivimos.

Los indicadores macroeconómicos son alarmantes. Los países pobres (2.4 billones de personas) son exportadores de sólo el 2.4 por ciento de los productos globales, mientras que el 0.13 por ciento de la población del planeta controla una cuarta parte de los recursos financieros mundiales. El veinte por ciento absorbe el 76 por ciento del consumo privado y produce el 75 por ciento del ingreso mundial. La brecha entre el norte y el sur del mundo sigue ampliándose, alimentada por el aumento de los costos de energía y del precio de los alimentos, por la crisis financiera internacional y el crecimiento desequilibrado de los sistemas de producción. El consumo de petróleo, materias primas y recursos naturales de un europeo o un estadounidense promedio es 32 veces mayor que el de un ciudadano de Kenia o de Bangladesh.

Un billón de personas no sabe leer y escribir. Mil quinientos millones de habitantes de la Tierra, según el cálculo del Banco Mundial, vive con un dólar al día. Más de tres billones —casi la mitad de la humanidad— con menos de 2.5 dólares.

Pero las estadísticas no dicen nada. O al menos no lo suficiente.

El concepto de *one-dollar-a-day* — escribe el antropólogo Albert Salza en *Nada* — es engañoso: las matemáticas de los pobres funciona para conjuntos difusos, según la lógica interna de sistemas complejos... El enfoque cuenta-dinero que usa el Banco Mundial para determinar la línea de pobreza no puede incorporar las dimensiones claves de mínimo de vida digna, como la expectativa de vida, la capacidad de leer y escribir, la comunicación con los demás, los bienes públicos, la seguridad personal y familiar, la libertad.

La pobreza, la marginación y la violencia son parámetros fluidos. Varían en relación con el entorno cultural, con las latitudes, con la percepción social. La indigencia en un contexto urbano es a menudo más degradante que la miseria rural. La relativa seguridad de un campamento de refugiados no compensa la pérdida de la dignidad y de las raíces.

Es sobre la base de estas consideraciones que el economista paquistaní Mahbub ul-Haq y el filósofo indio y Premio Nobel de Economía Amartya Sen han concebido el índice de desarrollo humano (IDH), utilizado desde 1990 por el PNUD para formular los informes anuales de desarrollo humano (HDR): los parámetros evaluados no se limitan al ingreso per cápita sino también toman en cuenta la esperanza de vida al nacer y el acceso a la educación. Sen, en particular, ve el desarrollo como un proceso de expansión de las oportunidades reales de cada individuo a vivir la vida

según sus propias expectativas y en libertad. Medir la pobreza únicamente en base a los ingresos presupone que la indigencia equivale a la falta de bienes materiales y que la solución está en estimular la economía de mercado; cuando el aumento de la riqueza material no está necesariamente relacionado con un mayor bienestar.

Las consecuencias de la globalización y del cambio climático, los dos fenómenos que más profundamente marcan el inicio del tercer milenio, involucran a toda la especie humana, pero afectan de manera diferente según las áreas geográficas y el grado de desarrollo económico y social.

Desde Asia hasta América Latina, la liberalización del comercio y la inversión ha creado millones de puestos de trabajo y reducido la tasa general de pobreza: del 42 por ciento de la población mundial en 1990 al 25 por ciento en 2005. En dos décadas los pobres disminuyeron de 1.8 billones a 1.4: un cálculo efectuado actualizando el viejo parámetro del Banco Mundial adoptado por la ONU, el parámetro de un dólar al día, con el estándar más apropiado de un dólar y 25 centavos (¡sic!), que toma en cuenta la evolución de los precios de la canasta básica y las diferencias en poder adquisitivo en 146 países en vías de desarrollo.

En los países asiáticos más globalizados la tasa de pobreza bajó de ochenta por ciento en 1981 al dieciocho por ciento en 2005. Mientras que en el África subsahariana, separada del tren de la economía mundial, se ha mantenido estable en alrededor del cincuenta por ciento. El crecimiento espectacular de China comenzó con la política de “puertas abiertas”, inaugurada en 1978 por Deng Xiaoping. El auge de la India fue estimulado por las reformas que, desde 1991,

han aligerado el peso del estado y la burocracia. Y en pocos años el pequeño emirato de Dubai se ha convertido en uno de los principales centros financieros del planeta.

Pero las economías impulsadas por las exportaciones están sujetas a los cambios repentinos del mercado. Y los países emergentes, grandes consumidores de materias primas y energía, sufren las consecuencias de la crisis económica no menos que las naciones industrializadas. Aunque China, la “fábrica del mundo”, ha superado casi indemne el desplome de las bolsas de valores y la recesión de 2008-2009, manteniendo altos niveles de crecimiento, de diez a veinte millones de trabajadores —de un total de 140 millones— han perdido sus empleos y sesenta mil industrias quebraron sólo en la provincia de Guangdong. En Asia, por lo menos 300 millones de personas se han precipitado al límite de la línea de pobreza.

Los beneficios de la globalización, por otra parte, recaían injustamente y en forma desigual incluso antes de la crisis del mercado. Los precios de los alimentos, el arroz y el trigo, seguían aumentando mientras que los salarios promedio se mantenían firmes o aumentaban en medida insignificante en comparación con el crecimiento del PIB. La riqueza producida se concentraba en pocas manos: las de especuladores de bienes raíces, magnates de la finanza, de las multinacionales de energía y de las materias primas, de los jefes de negocios y del *agro-business*. En la India, entre 1995 y 2005, según un estudio realizado por el National Council of Applied Economic Research, el índice de desigualdad de ingresos en las zonas urbanas aumentó en un quince por ciento. Y aunque en la India la tasa de pobreza disminuyó en

Un dólar al día
porcentaje, en términos absolutos el número de indigentes pasó de 436 millones en 1990 a 456 en 2005, representando el 42 por ciento de toda la población.

El hecho de que el número de niños desnutridos sigue aumentando incluso en épocas de crecimiento económico y precios relativamente bajos — dice el director general de la FAO, Jacques Diouf — demuestra que el hambre es un problema estructural. Está claro que el crecimiento económico, aunque esencial, no es suficiente para eliminar el hambre dentro de un período de tiempo aceptable.

En 2009 en al menos treinta países se desataron violentos disturbios debido a la vertiginosa subida del precio del arroz, la harina y los productos derivados. Los hambrientos del mundo alcanzaron la cifra récord de 1'023,000,000 mil millones, bajando el año siguiente a “sólo” 925 millones. Según la Unicef, el hambre y las enfermedades relacionadas con la desnutrición matan a más de 26 mil niños al día: uno cada 3.5 segundos.

Las causas de la inflación de los alimentos son múltiples: el crecimiento natural de la población (somos 6,7 billones: seremos nueve mil millones en 2050), el aumento del precio del petróleo, las malas cosechas, la sequía, la insuficiencia del almacenamiento, la falta de inversión en agricultura, la especulación financiera, la creciente demanda de carne en los países en desarrollo y la conversión de grandes extensiones de tierras de cultivo, sobre todo en Brasil y Estados Unidos, para la producción de biocombustibles.

La decisión que el Presidente George W. Bush tomó en 2006 de promover la producción de etanol para automóviles tuvo efectos desastrosos: los cultivos de trigo y soja se han desplomado porque los agricultores han preferido sembrar maíz subvencionado para biocombustibles en lugar de granos comestibles. Además, al menos una tercera parte de la cosecha mundial de cereales no se destina al consumo humano sino al ganado, en una cadena alimentaria que — dado el creciente apetito de carne en países como India y China — es un patrón aberrante de despilfarro y de ineficiencia: para producir un kilo de carne se necesitan diez kilos de cereales y decenas de miles de litros de agua. El ganado por sí solo es responsable del dieciocho por ciento de las emisiones de dióxido de carbono en el planeta.

Cuando el barril de petróleo aumenta, se alienta a los agricultores a plantar maíz para etanol, empujando hacia arriba el precio del arroz y otros granos en el mercado internacional. En los estados débiles, los efectos son inmediatos. En Senegal, por ejemplo, los trece millones de habitantes consumen en promedio seiscientas mil toneladas de arroz al año: casi todo importado de Asia a precios competitivos en comparación con el arroz local. Cuando en 2008 los precios se dispararon y los países asiáticos bloquearon las exportaciones, Senegal se encontró de repente en la condición de no poder satisfacer la demanda interna.

El debate entre los científicos sobre las causas del cambio climático y la verdadera magnitud del efecto invernadero está todavía abierto, pero nadie puede negar el impacto en el ecosistema terrestre, resumido en el informe anual del PNUMA, el programa del medio ambiente de las Naciones Unidas.

El hielo ártico se ha reducido en más del treinta por ciento desde 1979, fecha de inicio del monitoreo satelital. Desde 2007 el Paso del Noroeste, al norte de Canadá, es sin hielo durante el verano y en el año 2008 se abrió un canal navegable también a lo largo de las costas árticas de Siberia: con toda probabilidad los dos pasos no estaban abiertos simultáneamente desde hace cien mil años, antes de la era de hielo pasada. El hielo de Groenlandia se está derritiendo a un ritmo de más de cien kilómetros cúbicos por año; la tasa de disolución del pack de hielo de la Antártida occidental ha crecido un sesenta por ciento entre 1996 y 2006 y la de la Península Antártica de 140 por ciento.

Estimaciones del resultante aumento del nivel de los océanos varían de un mínimo de dieciocho centímetros hasta un máximo de dos metros antes de final del siglo. Un aumento de un metro provocaría el éxodo de las zonas costeras de aproximadamente cien millones asiáticos, catorce millones de europeos, ocho millones de africanos y de latinoamericanos.

El derretimiento, además, multiplica el efecto invernalero y la contaminación ambiental. Al derretirse el hielo, se liberan grandes cantidades de metano, pesticidas, contaminantes orgánicos e inorgánicos. El permafrost siberiano contendría más de quinientos mil millones de toneladas de carbono que, si se libera a la atmósfera, incluso parcialmente, aceleraría significativamente el calentamiento global. Otros peligros son: la erosión de los glaciares de las cadenas de Himalaya y de Hindu Kush, que están en riesgo de comprometer el flujo de agua estacional del que depende la supervivencia de un billón de personas; la dis-

minución dramática de la biomasa marina, diezmado por la pesca industrial intensiva e indiscriminada; la incesante deforestación, que reduce la capacidad de absorción natural de CO₂ y comprime el hábitat del que toma sustento, en parte o en su totalidad, el 90 por ciento de la población pobre en el mundo.

A principios del siglo XX la extensión de manglares de la cuenca del Irrawaddy superaba 240 mil hectáreas: hoy existen 48 mil. Indonesia, en medio siglo, ha perdido veinticinco por ciento de los bosques. Cada año se corta el seis por ciento de los árboles en la Amazonia y en el mundo desaparecen trece millones de hectáreas de bosques, una superficie equivalente a Gran Bretaña. La selva amazónica también está amenazada por el cambio climático: el Centro Hadley de Exeter, uno de los más respetados institutos de investigación científica sobre el calentamiento global, ha calculado que un aumento de la temperatura de dos grados causaría la destrucción de cuarenta por ciento de los árboles; y que el porcentaje aumentaría al 75 por ciento con un aumento de tres grados.

En África, donde la deforestación (cuatro millones de hectáreas al año) está avanzando a un ritmo de dos veces el promedio mundial y donde la tasa de crecimiento demográfico es el doble (2.32 por ciento, con un pico de 4,8 por ciento en Liberia: récord del mundo), el efecto de la erosión del suelo, la desertificación, el uso combinado de abonos y fertilizantes químicos y agricultura “tala y quema” ha dañado gravemente el 65 por ciento de tierra cultivable. Y si en 1950 los agricultores africanos podían contar con 13,5 hectáreas per cápita, en el 2005 sólo tenían 3,2 hectáreas, que en 2050 será reducidos a una hectárea y media.

África produce sólo el cuatro por ciento de las emisiones de gases de efecto invernadero pero está destinada a pagar los costos humanos del calentamiento global en un grado infinitamente mayor: sus 965 millones de habitantes viven, más que en cualquier otro lugar, en estrecho contacto con la naturaleza; y la mayoría de los países del continente no tiene los recursos financieros, tecnología, planificación y las habilidades para hacer frente a la emergencia.

En 2009, el Pentágono y el Departamento de Estado estadounidense clasificaron el clima como una de las amenazas de seguridad nacional estadounidense, incluyéndolo por primera vez en el informe anual de la defensa. Los modelos analizados por expertos de la National Defense University en Washington indican que en los próximos veinte o treinta años, las regiones más vulnerables, África subsahariana, Oriente Medio, Asia Sur-Oriental y Asia del sur, se verán afectadas por crisis alimentarias, hidrogeológicas y atmosféricas sin precedentes, cuya gestión requerirá una intervención humanitaria y militar masiva.

Los cambios climáticos han escalado rápidamente la lista de prioridades del gobierno de Barack Obama incluso o quizás especialmente, por las implicaciones estratégicas y geopolíticas del calentamiento global. La concatenación de los huracanes, las sequías y los desastres naturales amenaza ser la causa de hambruna, pandemias, migraciones masivas, golpes de estado, conflictos por el agua y la tierra que desestabilizarían regiones enteras, alimentando guerras étnicas y religiosas y terrorismo. Los ingenieros del Pentágono ya están rediseñando la base naval de Norfolk y San Diego, amenazadas por el aumento del nivel del mar. El

Atolón Diego García del océano Índico, que alberga una de las mayores bases militares estadounidenses en el mundo, está en peligro de desaparecer. Mientras que el derretimiento del hielo ártico impone la defensa de nuevos canales navegables y enciende la competencia por la explotación de los recursos submarinos de petróleo y metales preciosos.

Los modelos de pronóstico menos pesimistas indican que en 2050 los refugiados ambientales fluctuarán entre 200 y 250 millones. Los países más desarrollados y ecológicamente estables se verán afectados por un tsunami de inmigrantes que huyen de las zonas inundadas o afectadas por la sequía. Las primeras víctimas serán los pueblos costeros y las sociedades rurales de las zonas climáticas marginales, donde la supervivencia depende de las lluvias, el ciclo del monzón y el precario equilibrio de los ecosistemas locales. Las Maldivas, un archipiélago de islas en el borde del agua, han destinado un fondo para comprar tierras en el extranjero para sus cuatrocientos mil habitantes. En Tuvalu tres mil isleños ya han sido evacuados. El avance del desierto del Gobi está obligando a los habitantes de tres provincias chinas a abandonar sus hogares.

La tragedia de Darfur, comúnmente explicada como el resultado de un conflicto étnico entre árabes y africanos, es en realidad una guerra entre agricultores sedentarios y nómadas ganaderos por la posesión de una tierra empobrecida por la sequía y la desertificación. Antes de que en la década de 1980 las lluvias comenzaran a agotarse, nómadas y sedentarios compartían los pozos, las cabras y camellos pastaban al borde de las parcelas cultivadas y los ganaderos intercambiaban sus productos con los de los campesinos de

la tribu Fur, Zaghawa y Massaleit. Con la sequía, las pasturas se redujeron y los pozos se secaron. Los conflictos sobre el agua degeneraron en violentos enfrentamientos, seguidos de saqueos, destrucción de pueblos, masacres. La guerra, alimentada por el resentimiento de los árabes y el régimen de Jartum, tuvo connotaciones ideológicas, políticas, raciales. Pero su raíz es la lucha por el control de alimento y de los recursos del territorio.

La historia se repite. En *El americano imposible*, famosa novela de Graham Greene, ambientada en la guerra en Vietnam, el periodista Thomas Fowler tiene un animado intercambio de opiniones con Alden Pyle, el celoso consejero económico de la embajada estadounidense. Están en una torre de guardia, prisioneros del Viet Cong:

—Tú y tus compañeros tratan de hacer la guerra con la ayuda de personas que no tienen ningún interés.

—No queremos el comunismo.

—Ellos quieren arroz suficiente. No quieren que les disparen. Quieren que cada día sea igual al siguiente. No quieren a su alrededor nuestras pieles blancas que les enseñan lo que tienen que querer.

Según la Organización para la Cooperación Económica y Desarrollo (OCDE), la demanda de alimentos se habrá elevado en un cincuenta por ciento para mediados de siglo. En el mismo período, frente a un crecimiento galopante de la población y una demanda creciente de carne y biocombustibles, vastas extensiones de tierra cultivable se perderán por el cambio climático, degradación del suelo, urbanización y falta de agua. Por lo tanto, es probable que aumente el precio de los productos alimenticios: es el resorte que empuja a

los fondos soberanos, los fondos de inversión, los bancos de inversión, las industrias agroalimentarias y los gobiernos a rastrillar terrenos en los países en desarrollo.

El *land grabbing*, el acaparamiento de tierras cultivables, tiene en el blanco del diez al treinta por ciento del total disponible. Por ejemplo: la compañía de inversión rusa, Renaissance Capital, acaparó cien mil hectáreas en Ucrania; la compañía estadounidense Goldman Sachs ha adquirido por quinientos millones de dólares participaciones en empresas que crían aves de corral y cerdos en China; Sudán, donde 5.6 millones de personas viven de la ayuda alimentaria, cedió 1.5 millones de hectáreas a los países del Golfo, Egipto y Corea del sur; Kuwait tomó en renta 130 mil hectáreas de campos de arroz en Cambodia; Egipto planea sembrar trigo y maíz en una superficie de 840 mil hectáreas en Uganda. Los sauditas cultivan arroz en Etiopía, los coreanos en Madagascar. La República Democrática del Congo ha ofrecido diez millones de hectáreas a Sudáfrica; Pakistán ha puesto un millón de hectáreas a disposición de los Emiratos Árabes Unidos y Filipinas está lista para ceder 1.2 millones de hectáreas a los inversores internacionales. China, que ha exportado a África un millón de trabajadores, obtuvo 2.8 millones de hectáreas para la producción de combustibles a partir de aceite de palma en el Congo. En total, según el International Food Policy Research Institute de Washington, desde 2006 se han firmado contratos por treinta mil millones de dólares y las transacciones incluyeron una extensión de quince a veinte millones de hectáreas, iguales a la tierra cultivable de toda Francia y a una quinta parte de la europea.

Convertidos en monocultivos industriales, los terrenos obtenidos a cambio de suministros de petróleo e infraes-

estructura, o vendidos a precios de risa en los países pobres, garantizan réditos del veinte al treinta por ciento. Mientras que en el África subsahariana, donde, según el Banco Mundial solamente de dos a diez por ciento de los agricultores posee documentos legales de propiedad o contrato de arrendamiento, la expropiación de los pequeños agricultores es cada vez más generalizada.

Los monocultivos, además de necesitar de pesticidas y fertilizantes que agotan el suelo, requieren grandes cantidades de agua. Pero los recursos hidráulicos, mucho más valiosos que el petróleo, son escasos. Los modelos climáticos prevén un aumento en las precipitaciones en el norte de Europa, en África Central y las tierras altas de Etiopía, pero un desarrollo errático de las lluvias y de los monzones, una marcada intensificación de fenómenos climáticos disruptivos (huracanes e inundaciones), la gradual desecación de zonas templadas y una progresión rápida de las zonas desérticas.

El riesgo de que el estrés hídrico pueda desembocar en conflictos armados para acceso a las reservas cada vez más escasas es particularmente alto en las orillas de los ríos que cruzan varios países: el Nilo, compartido por Egipto, Etiopía, Sudán, Kenia, Uganda (pero el área de la cuenca incluye también Burundi, Ruanda, Tanzania y la República Democrática del Congo), donde Egipto —según los acuerdos de 1929 y 1959— se apropia del sesenta por ciento de agua; el Jordán, contendido entre Siria, Líbano, Israel, Palestina, Jordania; la cuenca del Tigris y el Éufrates, que fluyen en Irak, Siria y Turquía; y los sistemas del Indo y del Ganges-Brahmaputra, compartidos entre India, Pakis-

tán, Nepal y Bangladesh. Las tres quintas partes de las 263 cuencas internacionales del planeta no tienen tratados que regulan su gestión.

La zona más explosiva es desde hace más de cuarenta años la cuenca del bíblico Jordán, cuyo nivel decrece a ritmos preocupantes: el agua es uno de los principales problemas que obstaculizan el proceso de paz entre los países de la región. Ya en 1964 Israel había desviado el curso del río en un sistema de tuberías, el National Water Carrier, que ahora lleva 500 millones de metros cúbicos al año, que se extiende desde Haifa hasta el desierto del Neguev, da de beber a las zonas urbanas de Jerusalén y Tel Aviv, alimenta los acueductos de los asentamientos en los territorios ocupados. La guerra de seis días fue fundamentalmente un conflicto para las fuentes del Jordán: “Las disputas fronterizas fueron de extrema importancia —escribió Ariel Sharon en su autobiografía— pero la del agua era una cuestión de vida o muerte”. En menos de una semana, con la conquista del Golán sirio y la cuenca del río Tsahal, se había asegurado el control estratégico los recursos hídricos contendidos, que hoy representan un tercio del consumo y el noventa por ciento de las necesidades de las colonias israelíes.

El suministro de agua a la población palestina, que se utiliza como una herramienta de chantaje político, ocurre a cuentagotas y alimenta el resentimiento de los árabes en Gaza y Cisjordania. Las disparidades son macroscópicas. Los acuerdos de Oslo de 1995 asignaban a los palestinos 57 metros cúbicos per cápita por año contra 246 para los ciudadanos israelíes; hoy, en Cisjordania, cada habitante de las colonias israelíes consume 620 litros de agua al día, mientras

que cada palestino consume setenta; al mismo tiempo, desde 1967 la parte de tierra que los agricultores palestinos pueden de irrigar ha bajado del 27 por ciento a menos de cinco.

El *apartheid* hidrológico se ve agravado por la construcción de la “barrera defensiva”: este muro se inserta profundamente en los Territorios Ocupados abarcando —sobre todo en el área de Tulkarem— los pozos y manantiales que pertenecían a los árabes para un total estimado de al menos cinco millones de metros cúbicos al año. Mientras, es siempre más dramática la situación en la Franja de Gaza, dependiente en gran medida de los abastecimientos israelíes: la presión antrópica (1,2 millones de habitantes por 360 kilómetros cuadrados) ha agotado la sutil capa freática, muy contaminada y propensa a la infiltración de agua de mar, sales y nitratos, con graves consecuencias para la tasa de mortalidad infantil.

En Asia, las ocho grandes presas que China está construyendo en el tramo superior del río Mekong proporcionará electricidad y riego a la provincia de Yunnan. Pero los países ribereños del tramo inferior, Laos, Myanmar, Tailandia, Camboya y Vietnam, están en estado de alarma: la alteración del flujo de agua amenaza a peces y los sistemas de irrigación que utilizan sesenta millones de campesinos.

Un conflicto latente, hoy eclipsado por la tragedia de Irak, también está en la maltratada Mesopotamia. Durante siglos, los fellahin y los criadores de Siria e Irak han dependido del Tigris y el Éufrates. Pero es Turquía, donde llegan los dos ríos, la que determina su flujo a través de un impresionante sistema de presas. Ankara puede afectar decisivamente a las economías de los países de la media luna fértil, donde la mayoría de la población vive de la agricultura.

La importancia estratégica de los recursos hídricos, cuya gestión cada vez más se asigna a particulares y empresas —y la conciencia de los riesgos asociados al calentamiento global— ha llevado a la India y China a cooperar en un programa de investigación sobre los efectos de la temida disolución de glaciares: Sólo el de Jumbú, en la base del Monte Everest, se ha retirado 25 kilómetros desde que, en 1953, Sir Edmund Hillary y el sherpa Tenzing Norgay conquistaron el techo del mundo. Siete de los ríos más grandes del planeta, incluyendo el Ganges y el Yangtsé, son alimentados por las Nieves del Himalaya. Las “Torres de agua de Asia” sacian el 40 por ciento de la población de la Tierra y riegan las llanuras interminables de los dos gigantes de Oriente.

Agua significa alimento. Pero 700 millones de personas de 43 países viven por debajo del umbral de escasez hídrica; 1,2 billones no tienen acceso al agua potable y dos billones sufren de deficiencias sanitarias debido a la falta o mala calidad del agua, responsable de la muerte de más de trece mil seres humanos por día. Jeffrey Sachs, Director del Earth Institute de la Universidad de Columbia, llega a argumentar que “el supuesto arco de inestabilidad islámico que se extiende desde el Sahel por el cuerno de África, Yemen, Irak, Pakistán y Afganistán, es realmente un arco de hambre, presión antrópica, estrés hídrico, inseguridad alimentaria y desempleo”.

En la India, primer consumidor del mundo de aguas subterráneas para el riego, el quince por ciento de los alimentos se produce con fuentes no renovables y en rápido agotamiento: los mapas satelitales del noroeste del subcontinente difundido por la Nasa revelan un descenso de falda

acuífera de más de 30 centímetros por año desde 2002. Cuando el monzón es avaro con las lluvias, a cientos de millones de agricultores no les queda más que rezar.

En el año 2000, al aprobar la declaración del Milenio y los Objetivos de Desarrollo del Milenio, la comunidad internacional ha fijado ocho objetivos a lograrse en 2015: erradicación del hambre y la pobreza extrema; educación primaria universal; la igualdad de género y la promoción del papel de la mujer; la reducción de la mortalidad infantil; la mejora de la salud materno-infantil; la lucha contra el VIH/Sida, la malaria y otras enfermedades; sostenibilidad del medio ambiente; la promoción de una alianza mundial para el desarrollo. Objetivos tal vez demasiado ambiciosos.

El informe MDG de 2011 presentó un balance de resultados mixtos. Se han logrado resultados significativos en la educación, en la prevención del Sida y la malaria, en el aumento al acceso al agua potable, en la eliminación de sustancias destructoras de ozono, en la limitación de la deuda externa de los países pobres, la propagación de la telefonía móvil y en la accesibilidad de los medicamentos. En particular, las muertes por sarampión bajaron de 727 mil en el año 2000 a 242 mil en 2006: el 80 por ciento de los niños en los países en desarrollo hoy en día recibe la vacuna.

Son avances nada desdeñables. Un estudio realizado por la Brookings Institution (la pobreza en números: el cambiante estado de pobreza de 2005 a 2015), presentado en el foro económico de Davos en enero de 2011, destaca las fenomenales tasas de crecimiento en países como Uganda, Etiopía, Tanzania, Mozambique, Vietnam, Bangladesh y Uzbekistán. Los autores de la investigación, Laurence Chandy y

Geoffrey Gertz, desafían las estimaciones de las Naciones Unidas y el Banco Mundial, consideradas obsoletas y afirman que en 2015, a pesar del aumento de población, los pobres será menos de 600 millones.

Pero el de las previsiones es un terreno. Y las estadísticas, sobre todo si se realizan a gran escala, se prestan a interpretaciones discordantes. El porcentaje de la población mundial que vive con menos de 1.25 dólares al día a paridad de poder adquisitivo ha caído del 46 por ciento en 1990 al 27 por ciento en 2005 y la meta del ODM de reducir a la mitad para 2015 el número de pobres parecen al alcance. Sin embargo, debemos considerar que gran parte de este resultado es debido a la actuación de China, donde entre 1990 y 2005, la tasa de pobreza bajó del sesenta a dieciséis por ciento. Y aunque es cierto que el índice, según el británico Overseas Development Institute, ha sido reducido a la mitad en quince estados del Tercer Mundo, en 28 países en desarrollo, las estadísticas son escasas, poco fiables o inexistentes.

Es poco probable que todas las metas de los ODM se centren en la fecha de prevista, mientras que en algunas áreas la situación ha empeorado. En el África subsahariana no será posible reducir a la mitad, como se esperaba, el número de los infelices que sobreviven con menos de un dólar al día. Ciento cuarenta millones de niños en países en desarrollo (un cuarto del total) están todavía sufriendo de desnutrición aguda o bajo peso. Sólo dieciocho de los 113 países que en 2005 no logró el objetivo de la igualdad de género en primaria y secundaria será capaz de alcanzarlo en 2015. En los países pobres, dos terceras partes de las mujeres trabajan en empleos precarios o no retribuidos; las mujeres

están poco representadas en el Parlamento y en las oficinas públicas; más de medio millón de madres mueren durante el parto o por complicaciones del embarazo; 2,5 billones de personas no tienen la higiene adecuada y servicios de salud; más de un tercio de la población urbana, que se disparó a más de tres billones, viven en tugurios. Las emisiones de CO₂ continúan aumentando y las contribuciones al desarrollo de los países ricos siguen disminuyendo.

El hambre y la pobreza van en aumento en África, pero también en el sur de Asia donde, según el Banco Mundial, tres cuartos de la población (1,2 billones) vive con menos de dos dólares al día. El número de refugiados y personas desplazadas debido a las guerras y las persecuciones aumentaron a 43 millones. La neumonía, la diarrea, la malaria y el sarampión, enfermedades de fácil cuidado y prevención, matan cada año a casi diez millones de niños menores de cinco años. Si sólo una de cada 7,300 mujeres en los países ricos tiene posibilidades de morir durante el parto o durante el embarazo, en el África subsahariana la proporción inaceptable es una de 22.

La prevención y los tratamientos más efectivos han ayudado a contener la propagación del Sida: la mortalidad disminuyó desde 2,2 millones en 2005 a menos de dos millones en 2010, mientras que el número de nuevos sujetos contagiados por el VIH ha bajado de tres millones en 2001 a 2.6 de 2010. Pero la batalla no está ganada: los caros medicamentos anti-retrovirales todavía no están al alcance de la mayoría de los pacientes. Cada 24 horas las estadísticas registran casi 7,500 nuevas infecciones y 5,500 muertes. Mientras que quince millones de niños son “huérfanos del Sida”.

La tuberculosis, una enfermedad curable que en los años setenta parecía en vías de extinción, volvió a atacar a la especie humana: en la forma viral consuea, en la letal asociación con el VIH y con nuevas cepas resistentes a los medicamentos. En la Organización Mundial de la Salud (OMS) ha contado 1,7 millones de muertes, 9,4 millones de casos nuevos, y un total de 14 millones de enfermos, con un claro predominio en el África subsahariana.

Según los autores del informe, la crisis financiera, las fluctuaciones económicas, el aumento de los precios de los alimentos, la multiplicación de los conflictos y los efectos del calentamiento global han socavado los esfuerzos de las 190 naciones que han firmado la declaración del Milenio. Pero los llamados de los gobiernos, el compromiso de las agencias de la ONU y la dedicación de los voluntarios de las ONG's es insuficiente. El objetivo de erradicar la pobreza y el hambre nunca se alcanzará si no se abordan las causas estructurales de la espantosa brecha entre los hemisferios norte y sur: del crecimiento de la población, cuya responsabilidad recae en parte en el Vaticano y la iglesia católica, culpablemente hostil a cualquier forma de control de la natalidad, al insostenible modelo de desarrollo basado en energías no renovables y explotación de materias primas de los países más débiles.

Basta leer los datos sobre la producción de dióxido de carbono y el consumo de agua potable para medir la magnitud de la brecha. Las emisiones de CO₂ tocan los 30 mil millones de toneladas por año y van en aumento. Pero si cada europeo, americano o japonés produce doce toneladas en promedio, los países en desarrollo producen 3 toneladas per cápita y los africanos al sur del Sahara no más

de 800 kilos. Los habitantes de los países pobres que tienen agua dentro de un kilómetro (aproximadamente 1,8 billones) consumen en promedio veinte litros por día: menos de la mitad del agua que un italiano o inglés utilizan diariamente para descargar el inodoro. El consumo diario de agua potable por habitante (los datos del PNUD se refieren a 2006) es de 149 litros en Inglaterra, 386 litros Italia y 575 litros en los Estados Unidos, pero sólo quince en Etiopía y cuatro en Mozambique.

No es simplemente el crecimiento demográfico absoluto lo que representa un desafío para la sostenibilidad del desarrollo y la seguridad internacional. Los cambios más significativos y alarmantes tienen que ver con la estructura y distribución de la especie humana. En Estados Unidos, Canadá y Japón la población sigue decreciendo y el envejecimiento aumenta (ésta última es una tendencia común en China y Corea del Sur); mientras que la tasa de natalidad continúa sin disminuir en los países pobres, donde viven hoy nueve de cada diez niños menores de quince años. El *boom* demográfico es particularmente importante en los países islámicos. En 1950 —según calcula Jack Goldstone, catedrático de la Universidad George Mason en Fairfax, (Virginia)—, Bangladesh, Egipto, Indonesia, Nigeria, Pakistán y Turquía tenían una población total de 242 millones; en 2009 había aumentado a 886 millones; en el año 2050, con las tendencias actuales, superará los mil 361 millones. A la luz de estos datos y en vista de la creciente inmigración musulmana a Europa, es cada vez más esencial la superación de la conflictiva relación entre los países occidentales y los islámicos, intensificados peligrosamente —desde los ataques terroristas del

11 de septiembre de 2001 — con las intervenciones armadas en Afganistán e Irak.

Otro factor desestabilizador es el ritmo de la urbanización. En 2010, por primera vez en la historia humana, la población urbana ha superado a la rural, que en 1950 era más del setenta por ciento del total. En 2050, según proyecciones de las Naciones Unidas, la proporción será invertida, con setenta por ciento de la población urbanizada y concentrada en las megaciudades de países de bajos ingresos, donde hay el riesgo que el desempleo galopante y la falta de redes de seguridad social alimenten revueltas, explosiones incontroladas de violencia y brotes terroristas.

Esencialmente, el informe del ODM de 2010 confirma la tendencia de los años anteriores, lo que subraya la persistencia de la brecha norte-sur difícilmente superable:

Los efectos de la crisis financiera global se van a prolongar en el tiempo: la tasa de pobreza será ligeramente más alta en 2015 y todavía en 2020 (...) El riesgo de muerte, discapacidad y pérdidas económicas causadas por desastres naturales está aumentando a nivel mundial y se concentra en los países más pobres. Los conflictos armados siguen siendo una amenaza latente y grandes poblaciones de refugiados permanecen en campos con pocas oportunidades para mejorar sus vidas. El número de niños desnutridos ha crecido aún más (...) La brecha entre los hogares más ricos y más pobres sigue siendo enorme: en el sudeste asiático el sesenta por ciento de los niños pobres tienen bajo peso, comparado con el veinticinco por ciento de los

ricos. En los países en desarrollo menos de la mitad de las mujeres recibe cuidado de salud para el parto y sólo la mitad de la población tiene acceso a servicios adecuados de salud.

Basta con analizar los presupuestos de los países desarrollados para darse cuenta de las contradicciones e intereses económicos que castigan el sur del planeta. La crisis alimentaria mundial ha sido agravada por los aranceles proteccionistas y subsidios agrícolas por los países ricos: las subvenciones y los aranceles que han causado durante muchos años depresión en la producción agrícola en el tercer mundo. En 2006 las subvenciones agrícolas en los países industrializados ascendieron a 372 mil millones de dólares: más de tres veces la cantidad total asignada a la ayuda al desarrollo.

Hay otro dato a considerar. Hace unos años el World Watch Institute ha cuantificado los costos adicionales necesarios para garantizar el acceso universal a servicios sociales básicos en los países en desarrollo: seis mil millones de dólares para la educación primaria, nueve para el acceso a agua potable y servicios higiénicos, trece para salud y seguridad alimentaria. Bueno: sólo en los Estados Unidos se queman cada año ocho mil millones de dólares en cosméticos; en Europa gastan once mil millones de dólares en helados; los consumidores americanos y europeos gastan doce mil millones de dólares para comprar perfumes y 17 mil millones para nutrir mascotas. Mientras que el Sipri, International Peace Research Institute de Estocolmo, ha calculado que en 2010 el gasto militar mundial alcanzó la cifra récord de 1,630 billones de dólares.

GAZA

UNA CASA EN EL CEMENTERIO

Es una mañana de finales del invierno. La luz tenue, fría, dorada, toca las paredes de la vieja ciudad de Jerusalén mientras tomamos el camino que bordea el huerto de Getsemaní y el Monte de los Olivos, detrás del cementerio musulmán y judío, y sube la cuesta para tomar la autopista 60. “Hoy en día es mejor ir por Hebrón. En el cruce de Latrun hay un atasco de tráfico por un puesto militar. Lo escuché en la radio.” Inútil discutir con Abu Shahin. Siempre pretende saber más que el diablo con el fin de justificar los cientos de dólares que pide para llevarme a Erez.

La maleta se quedó en el Colony. No sé cuánto tiempo me quedaré en Gaza, pero para cruzar es siempre mejor no tener demasiado equipaje que someter a las inspecciones de seguridad de Israel: en mi mochila tengo una computadora, la cámara fotográfica y una muda de ropa interior.

A la izquierda, en las alturas rocosas que dominan la depresión del río Jordán y el desierto de Judea, el asentamiento de Ma’ale Adumim continúa su expansión: las filas de cipreses y jardines de riego no logran borrar la apariencia amenazante de una fortaleza militar, protegida en cada lado por vallas electrificadas y torres de vigilancia.

Son más de 160 asentamientos judíos en los territorios ocupados. Los he visto crecer, año tras año. De puestos estratégicos encaramados en las colinas crecieron a centros urbanos muy poblados, con tiendas, oficinas, restaurantes, sinagogas y escuelas talmúdicas con caminos de acceso reservados a los residentes. Los colonos suman ahora medio millón: doscientos mil en el sector árabe de Jerusalén ocupado en 1967, durante la Guerra de los Seis Días. No se irán nunca más. El “muro de seguridad”, la línea divisoria arbitraria cuyo trazo corre sobre un 87 del territorio palestino, anexa para Israel una décima parte de Cisjordania, incluyendo los principales asentamientos y la mayor parte de los preciados mantos acuíferos.

El informe de Amnistía Internacional de 2009 dice que el agua disponible para un palestino no es superior a setenta litros por día: cada israelí consume un promedio de trescientos. Mientras que en los asentamientos los colonos riegan profusamente sus céspedes, jardines y parterres de flores, a los palestinos les está prohibido excavar pozos en sus tierras sin una autorización especial y el ejército destruye las cisternas de riego. “Israel —afirman los autores del informe, que ha enfurecido a las autoridades israelíes— ha tomado el control de toda la cuenca del río Jordán” y utiliza el 80% del acueducto estratégico que va del Monte Carmelo hasta el desierto de Néguev.

El Muro avanza sin parar: una serpiente de rejillas metálicas, sensores, cámaras y bloques de hormigón de ocho metros de altura que separa a los pueblos de los olivares, a los campos de cultivo de los pozos, a las casas de las escuelas y hospitales. Para cruzarlo, se necesitan permisos y pases

difíciles de obtener: Ramala y Belén están divididos en dos, como el Berlín de Erich Honecker.

Cada noche a la puerta de Gilo, que se abre oficialmente a las cinco, pero que a menudo se retrasa o permanece cerrada por “razones de seguridad”, cientos de árabes esperan durante horas para llegar a sus puestos de trabajo en Jerusalén Este: sólo a pie, ya que la entrada en coche, e incluso en bicicleta, está prohibida. La práctica es lenta y laboriosa. Hay que mostrar la tarjeta de identidad y permiso de Israel, someterse al detector de metales y a la verificación de huellas dactilares.

Pero incluso dentro de Cisjordania los palestinos no son libres de moverse. Una densa red de puestos de control fortificados y obstrucciones fijas y móviles ha convertido a Cisjordania en un archipiélago de bantustanes separados por muros de contención, zonas restringidas y de exclusión, áreas de práctica militares y pasillos vigilados. Sin autorización no está permitido a los habitantes de los territorios viajar de Nablus a Jericó, de Tulkarem al valle del Jordán, de Yenín a Jerusalén, ni para el transporte de productos agrícolas e industriales, con consecuencias devastadoras para la economía y empleo. Los israelíes también se obstinan contra los olivos, recurso vital de los agricultores palestinos: desde el año 2000, según el Ministerio de Agricultura en Ramala, fueron arrancados por lo menos quinientos mil árboles, quemados o destruidos por las excavadoras cerca del muro y de los asentamientos judíos. Los comandos de puestos ilegales entran en acción durante la noche, armados con hachas y sierras eléctricas; y en muchas zonas los agricultores, para recoger las aceitunas, deben reclamar la protección del ejército, que interviene de mala gana y demasiado tarde.

¿Es aquí que donde debería surgir el estado palestino soñado por Arafat? Abu Shahin ya no lo cree más. Mientras tomamos el túnel de Beit Jala, enciende otro cigarrillo: a la salida, Belén está oculta por una cortina de hormigón gris. El sistema de “carreteras de circunvalación”, reservado para los colonos, les permite viajar entre los asentamientos y entrar en la Ciudad Santa, sin pasar por las zonas árabes habitadas y sin cruzarse con vehículos de matrícula palestina. Ningún contacto. Dos mundos separados que siguen alejándose. La nueva red de autopistas, túneles, puentes y viaductos conecta directamente a Israel con los asentamientos de Cisjordania: un estudio de las Naciones Unidas ha estimado que mil quinientos kilómetros de carreteras están prohibidas para los palestinos, obligados a desplazarse en rutas secundarias y enormes desvíos para llegar a la puerta de su casa.

También en Hebrón se interrumpe el tráfico. En lugar de los bloques militares nos indican que continuemos a lo largo de un camino que corre a través de aglomeraciones informes y edificios polvorientos con la ropa tendida en los balcones. Durante veinte minutos viajamos por un entorno rural, entre casas tranquilas y laderas áridas para el pastoreo de rebaños de cabras y ovejas y antiguos senderos a lomo de asno. Pero es una impresión pasajera. La dura realidad de la guerra está en cada esquina: en los puestos de control donde hay que mostrar el pasaporte y tarjeta de prensa, en los cruceros donde los soldados hacen que te detengas con ametralladoras en los hombros, en las señales de tránsito y noticias de radio, en las mezquitas tapizadas con carteles con manifiestos y fotografías de los mártires de la intifada y

en los vehículos blindados que escoltan a los convoyes de la Merkava, los poderosos tanques que suministran al cuerpo de blindados de las FDI, las Fuerzas de Defensa de Israel.

En la frontera, sobre la aleatoria línea '49 del armisticio, los controles son rápidos: el paso de los territorios palestinos a los israelíes se produce de manera imperceptible. Y es el paisaje que marca la diferencia entre el tercer y el primer mundo: la superficie de la carretera inmediatamente en perfecto estado, el tráfico ordenado, los campos copiosamente irrigados, las estaciones de servicio que aceptan tarjetas de crédito, el verde oscuro de las plantaciones de cítricos en Ascalón que recuerda la dulzura sombreada de los campos de Andalucía.

Cuando nos acercamos al cruce de Erez, Abu Shahin se detiene y deja de hablar. Nos saludamos a toda prisa: volverá a buscarme cuando le llame por teléfono. Atravieso el estacionamiento desierto y entrego los documentos al agente de guardia en la garita exterior, que me hace señas para que espere. Hay una calma irreal. En el cielo azul pálido se recorta la silueta de un globo aerostático ligado a la tierra sólo por un cable: tiene la forma oblonga de una aeronave y está equipado con un radar y óptica infraroja para la visión nocturna, enviando información en tiempo real a un centro de mando. Se oye el zumbido lejano de un dron, una aeronave no tripulada diseñada por Israel Aerospace Industries, empresa pionera en el campo que produce una amplia gama de modelos que también se exportan a Rusia: desde los mini exploradores Bird Eye-400 de cinco libras de peso hasta el Buscador Mk II con más de 250 kilómetros de alcance y equipado con un sofisticado equipo de vigilancia electróni-

ca, para cubrir todo Gaza, con una autonomía de cincuenta horas y equipado con misiles de precisión.

El agente de policía pulsa un botón y desbloquea el torniquete. No hay un alma dentro de la nueva terminal. Pero sólo en apariencia: en los monitores los agentes de seguridad me siguen a cada paso y escuchan el intercambio de chistes a través del cristal a prueba balas donde entrego mi pasaporte para que sea escaneado por una soldado joven que porta un suéter de color gris verdoso:

— ¿Cuándo llegó a Israel?

— Hace una semana.

— ¿Dónde está el sello de entrada?

— Pedí que no lo estamparan.

— ¿Por qué?

— Debería saberlo: con un sello israelí en el pasaporte ya no podría entrar en los países árabes.

— Un momento por favor.

Llama por radio a un oficial superior que se presenta con una mueca de fastidio: se necesita poco para darse cuenta de que no le gustan los periodistas.

— ¿Por qué quiere ir a Gaza?

— Es mi trabajo.

— ¿Tiene citas verdad?

— En realidad... todavía no.

— Entonces, ¿por qué ir allí?

— Para darme cuenta de lo que está pasando.

— ¿Es su primera vez?

— No.

— ¿Y esta visa iraní? ¿Va con frecuencia a Irán?

— Cuando lo requiere mi periódico.

—¿Y a Siria?

—Lo mismo.

Se aleja sin decir adiós. La chica me devuelve los documentos y esboza una sonrisa: ya superé la fase uno. Ahora las mini-cámaras del circuito cerrado de televisión me acompañan a través de un laberinto que recuerda una prisión de máxima seguridad: paneles divisorios, puertas automáticas que se cierran a mis espaldas, pasillos de paredes de metal blanco, sin techo. Y pasillos estrechos, donde debo esperar entre cinco y diez minutos, hasta que la luz de LED verde encima del marco de la puerta y un ligero clic, me indican que puedo pasar a la siguiente habitación. Este procedimiento surrealista lo administran computadoras con cuyos operadores anónimos sólo se puede hablar a través del intercomunicador: te observan a distancia, desde lo alto de una galería con vidrios polarizados. Si te quedas atrapado en algún torniquete, las instrucciones llegan desde un altavoz. Sin prisas.

La última puerta corrediza, la blindada, se cierra: durante unos segundos y en apenas cuarenta centímetros, sólo hay espacio para una persona. Pero los ojos electrónicos no se rinden, y continúan siguiéndote en tierra de nadie a lo largo de un pasillo apretado en ambos lados por una verja y alambre de púas, hasta llegar a los antiguos túneles fronterizos. Entonces las cámaras desaparecen. Ahora del techo cuelgan sólo fragmentos de lámina de hierro corrugada, madejas de cables carbonizados y revestimientos plásticos cocidos por el sol. Avanzo al descubierto por una senda polvorienta que serpentea a través de los residuos, escombros, restos de asfalto y negros charcos de aguas residuales. No hay duda: llegué a Gaza.

Hassan, el corresponsal, está en el puesto fronterizo, en una destartalada cabaña donde los funcionarios de aduanas intentan calentarse con el té.

—¿Quiere una taza?

Quema como el fuego y sabe a cardamomo. La única formalidad consiste en mostrar el pasaporte a un miliciano de Hamas que con algo de esfuerzo toma nota del nombre y la nacionalidad en un voluminoso registro y que cuando lo saludo con el *Salam* en árabe, deja al descubierto sus dientes en mal estado, y me ofrece un cálido *Bismillah* de bienvenida.

Ashraf nos está esperando en su taxi amarillo ocre, un Mercedes que ha recorrido un millón de kilómetros y que continua en la brecha. Una multitud de niños se empeña en excavar entre los escombros de la antigua zona industrial de Erez, arrasada por las excavadoras israelíes. Antes de la retirada unilateral de los colonos de Gaza decidida por Ariel Sharon en 2005, las doscientas fábricas, carpinterías, talleres textiles y los de metales empleaban a cinco mil trabajadores palestinos. Los aspirantes a trabajadores pasaban la noche a la intemperie, bajo refugios improvisados, alrededor de fogatas improvisadas, con la esperanza de encontrar trabajo en el día. Los elegidos tenían que quitarse los zapatos, subirse los pantalones hasta las rodillas y ponerse en línea para la inspección en un recinto similar a un gallinero que conducía al búnker del puesto de control. Ahora queda sólo una gran extensión de escombros y desechos donde cavan para recuperar los materiales ferrosos para reciclarlos.

A los cinco mil desempleados en Erez hay que añadir los treinta mil empleados pendulares que se ganaban la

vida en Israel y que han perdido sus puestos de trabajo tras el cierre hermético de la frontera. En Gaza, cada familia se compone de ocho a diez personas en promedio: de alrededor de un millón y medio de palestinos, de 280 a 350 mil fueron repentinamente privados de sus medios de vida. La tasa de desempleo general se encuentra entre las más altas del mundo. De acuerdo con las fronteras de las Naciones Unidas cerca del 50% de la población activa —con picos de 75% entre los jóvenes— más de un millón de habitantes sobreviven con menos de dos dólares al día.

Ashraf hace *slalom* entre los agujeros en el asfalto, los montones de basura, los desagües de las letrinas, las carritas llenas de niños, las mujeres veladas, los bidones de agua y costales de patatas tirados por asnos. Es difícil imaginar un espectáculo más deprimente que el de los barrios pobres de la periferia de Gaza, uno de los lugares más densamente poblados del planeta. El color dominante es el gris; el del cemento, la arena, y las sombras. El gris de los techos de las cabinas: recortes de láminas de asbesto lastradas con piedras y neumáticos para resistir los golpes del viento. En los callejones se estanca el hedor de las cloacas y la basura. El aire está envenenado por los gases de escape de los camiones y tractores y forma una perpetua nube de polvo que lo sofoca todo: se levanta en remolinos entre los pies de los niños descalzos que corren detrás de una pelota, se deposita en los puestos que venden legumbres y verduras de mal aspecto, apagando el descolorido verde de los tamarindos.

Incluso Hassan es gris. Habla con voz cansada y resignada mientras cruzamos los barrios devastados por la operación Plomo Fundido, la ofensiva aérea y terrestre

contra Hamas desatada entre el 27 de diciembre y 18 de enero de 2009.

—Primero el sitio y después, la guerra. La economía está de rodillas. Las industrias han dejado de producir, y han despedido a miles de trabajadores. Las exportaciones de aceitunas y cítricos están prohibidas. El combustible y los alimentos son racionados. La corriente eléctrica llega de forma intermitente. Y los hospitales carecen de medicamentos.

—¿Y tu familia?

—Mi esposa y mis hijos están vivos. Eso es lo que cuenta.

Tiendas cerradas, ventanas rotas, unos edificios eviscerados y otros destruidos por las bombas, palacios que parecen estar corroídos por la lepra, con fachadas astilladas y antenas parabólicas que cuelgan en el vacío.

La máquina de guerra israelí ha golpeado la franja con la fuerza de un tsunami. Las bajas civiles, de acuerdo con las FDI, serían 295 incluyendo 89 niños. Sin embargo, la organización israelí de derechos humanos B'Tselem ha recogido los certificados de defunción de 773 civiles, entre los cuales hay 252 niños menores de dieciséis años. Mientras que las cifras de la ONU y del Centro Palestino para los Derechos Humanos registraron 1,440 muertes (de las cuales 918 civiles, 431 niños y 114 mujeres), 5,380 heridos (1,872 niños y 800 mujeres), doscientas mil personas desplazadas, dos mil millones de dólares en daños, 4,100 edificios destruidos, diecisiete mil viviendas dañadas. Los aviones, helicópteros, tanques y unidades navales de las FDI bombardearon veinte mezquitas, mil quinientas fábricas y comercios, dieciseis ministerios, 31 cuarteles e instalaciones militares, incluyendo veinticinco escuelas y hospitales.

Escombros que se añaden a los escombros. Y otras muertes, huérfanos e inválidos que en los periódicos ya no son noticia. Incluso de la controversia sobre el uso del fósforo y bombas de racimo o del bombardeo del complejo de la ONU no queda ningún rastro en los medios de comunicación. El flujo de información se ha detenido. Las voces y los rostros de la guerra se han olvidado.

¿Cómo estará el doctor Ezzedin Abu al-Aish, estimado ginecólogo palestino del Centro Médico Chaim Sheba en Tel Hashomer, al sur de Tel Aviv? Su esposa, antes de morir de leucemia, le había dado ocho hijos. Fue Bisan, de 20 años, quien tomó luego el papel de la madre: había cocinado frijoles con zaatar y tomillo y estaba en la habitación de sus hermanas menores cuando la granada estalló en su casa en Jabaliya. Bisan murió en el acto. Los cuerpos de Mayar y Aya, de quince y trece años, y el del primo Nur de diecisiete, quedaron irreconocibles. “¡Que su sangre no se desperdicie! ¡Que sean los últimos!”, gritó el Doctor Abu al-Aish, sin creerlo, en la televisión israelí.

¿Y que estará haciendo Mona, de diez años, sobreviviente de la matanza de Hai al-Zaitun, el “lugar de las aceitunas”, donde 29 miembros del clan Samuni con edades comprendidas entre los seis meses y setenta años fueron masacrados por las ametralladoras y tanques de Tsahal? En una pared, en la planta baja de uno de los pocos edificios que quedó en pie, los soldados garabatean la estrella de David y sus firmas, en inglés: “Los árabes deben morir” “Muéranse todos” “Haz la guerra, no la paz” “1 menos. Quedan 999,999”.

¿Quién se acuerda de Sabah Abu Halima y sus hijos, transformados en antorchas humanas por los proyectiles de artillería de fósforo blanco que prendieron fuego a su casa en Beit Lahiya? Los médicos del hospital Shifa nunca habían visto heridas similares, profundas y abiertas hasta los huesos. Heridas que durante horas continuaron emitiendo un humo tóxico que no se apagaba, con un nauseabundo olor a ajo. Abed, de catorce años, fue decapitado de un solo golpe. El vidrio y las salidas eléctricas, derretidas, goteaban en las paredes. “¡El fuego, el fuego!”, gritaban los niños, sofocados por el humo, devorados por las llamas que salían de sus cuerpos.

No hay refugios anti aéreos en Gaza, ni sistemas de alarma. Cientos de civiles habían tratado de esconderse en las mezquitas y en los edificios protegidos por la bandera azul de las Naciones Unidas. Pero ni estos se salvaron. Los informes de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA) de enero de 2009 reportan un total de 53 instalaciones de las Naciones Unidas afectadas y dañadas, ocho funcionarios y empleados de la UNRWA (Naciones Unidas Obras Públicas y Socorro) muertos y quince heridos, por el uso indiscriminado de municiones de fósforo.

En la terraza del restaurante del Hotel Deira, mientras el camarero prepara la *shisha* de tabaco aromatizado con manzana verde, vuelvo a leer mis notas y documentos. El 3 de enero, un misil disparado sin previo aviso por un caza israelí golpeó la mezquita de Al-Maqadmah, al este de Beit Lahiya, matando a quince fieles que rezaban. A los seis días numerosos proyectiles de mortero explotaron frente a una escuela del UNRWA en Yabalia: más de cuarenta ba-

jas civiles. El 15 de enero, la FDI lanzó proyectiles al recinto principal de la UNRWA en la ciudad de Gaza; en el incendio de esas naves, fueron destruidos cientos de toneladas de alimentos y medicinas. Dos días más tarde, en Beit Lahiya, otra escuela de la ONU donde se habían refugiado mil seiscientos palestinos, fue alcanzada por granadas y bombas de fósforo: muertos dos hermanos de cinco y siete años.

Un ejército grande y poderoso —escribió en esos días el columnista del diario Haaretz y el ex asesor de Shimon Peres, Gideon Levy, que ciertamente no es partidario de Hamas—, está luchando contra una población indefensa y una organización débil y destrozada, incapaz de resistir. La historia ha visto muchas guerras brutales e incontables muertes. Pero en los últimos tiempos no recuerda un conflicto tan terriblemente fuera de proporción, en el que un tercio de las víctimas son niños. Dios no tiene piedad de los hijos de los hospicios de Gaza, mucho menos el ejército de Israel. La mitad de los habitantes de la Franja de Gaza tiene menos de quince años. Los pilotos y soldados no fueron a la guerra para matar niños: ninguno de ellos quería matarlos, pero no hicieron nada para evitarlo. Desde mayo de 2000, el ejército israelí ha matado a 952 niños y adolescentes palestinos.

Después de destacar “la incomprensible indiferencia de la opinión pública” frente a estas cifras, Levy concluye su artículo con una acusación que causó gran revuelo en la derecha israelí:

Los niños muertos en Gaza no murieron porque fueron utilizados como escudos humanos o porque eran activos de Hamas. Murieron porque las FDI dispararon sobre ellos, bombardeando y golpeando sus hogares y sus familias. Es por eso que la sangre de los niños de Gaza ensucia nuestras manos, no las de Hamas, y nunca podremos eludir esta responsabilidad.

Casi un año después, en septiembre de 2009, el informe de la comisión de investigación encabezada por Richard Goldstone de la ONU, el eminente jurista sudafricano que previamente había presidido los tribunales internacionales por crímenes cometidos en Ruanda y la antigua Yugoslavia, llegó a conclusiones similares. En abril de 2011, Goldstone, en un artículo del *Washington Post*, ha corregido parcialmente su juicio, alegando que basado en nuevas pruebas reunidas no puede afirmar que los soldados israelíes hayan matado deliberadamente a civiles palestinos. El hecho es indiscutible es que en Gaza

cientos de civiles murieron como resultado de los ataques desproporcionados contra objetivos militares legítimos, y sobre hospitales y otras instalaciones civiles. Murieron alcanzados por proyectiles de precisión como misiles lanzados por aviones y piezas de artillería pesada. Las FDI han ignorado repetidamente la distinción entre combatientes y civiles prescritas por las leyes de la guerra.

Gracias al código M825A1, legible sobre los artefactos que no estallaron y las esquirlas encontradas en la franja, los expertos de la ONU, Amnistía Internacional, Human Rights Watch y varios testigos más confirmaron el uso de bombas de fósforo 81, 120 y 155 mm, que produce la empresa estadounidense General Dynamics Corporation y que el gobierno de Estados Unidos le da a Israel. Su uso en el campo abierto no es ilegal: sirve para camuflar con una cortina de humo los movimientos de tropas, para iluminar un objetivo o prender fuego a la vegetación. Sin embargo, el Tratado de Ginebra de 1980 prohíbe su uso como arma de guerra en zonas residenciales y densamente pobladas.

Cuando explotan antes de chocar con el suelo, las granadas de 155 mm liberan un enjambre de 116 virutas cuneiformes impregnada de fósforo que se incendian al entrar en contacto con el oxígeno llegando a más de 800 grados de temperatura. Cubren una superficie promedio del tamaño de un campo de fútbol: ciertamente no son armas de precisión para destruir objetivos predefinidos. En las zonas residenciales afectan de manera indiscriminada a la población, causando heridas profundas, dolorosas y, a menudo mortales. Para salvar a los pacientes, los cirujanos deben intervenir rápidamente y en tiempos muy restringidos, descartando grandes porciones de carne.

En la Franja de Gaza el ejército israelí también ha probado nuevos sistemas de armas, como el misil Spike desarrollado por el ejército de Estados Unidos y la empresa israelí Rafael, capaz de perseguir y atacar objetivos en movimiento rápido; proyectiles de mortero desarrollado a principios de 2007 por la industria bélica Israelí en colaboración

Un dólar al día
con Alliant Techsystems de Minneapolis; o los reputados
cañones navales 76/62 súper rápidos de la empresa italiana
Oto Melara.

No hay evidencia, por el contrario, de que se haya
puesto a prueba el Dime, metal denso inerte y explosivo,
una mezcla que consiste en 25% de TNT y el 75% de tungsteno
que en una fracción de segundo produce una onda de
choque devastadora en área limitada. Pero el tipo de lesiones
observadas por los médicos del hospital (amputaciones
de los miembros inferiores, quemaduras y hemorragias internas)
y las descripciones de testigos (nubes de humo rojizo en forma
de hongo) corresponden —según los expertos militares— a los
efectos causados por explosivos mortales.

¿Para que ha servido semejante arsenal? Después del
diluvio de fuego en Gaza, Hamas sigue al frente del país.

Oscurece temprano. El mar frente al hotel es oscuro
y silencioso. En el horizonte se vislumbra el resplandor de
una tormenta eléctrica y la luz intermitente de un barco patrulla
que cruza a la distancia, sin luces de vía. Las exhortaciones a la
oración de los almuecines suenan desde los minaretes: reclamos
de tono imperioso que rompen en un triste lamento y que podrían
compararse con las vibraciones de un diapasón, que se desliza y
apaga sobre la ciudad de los vencidos. Hay una frase, que pronunció
en 2002 el entonces jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas
de Israel, Moshe Yaalon, que explica muchas cosas: “Debemos
dejarle claro a los palestinos, en el fondo de su conciencia, que
son un pueblo derrotado”.

Cuando a la mañana siguiente llegamos al cementerio de El-Ma’madani, a pocos pasos de la plaza de Palestina,

en el centro de Gaza, me percató de algo que nunca había visto antes. La plaza está rodeada por un muro derrumbado cubierto de textos y banderas negras. Las puertas de entrada son dos barras de metal yuxtapuestas, forradas con tela de alambre, que abren sobre un desolado terreno arenoso, las tumbas, amontonadas en desorden, parecen abandonadas al descuido y al olvido. Las gallinas rascan alrededor de montones de basura y un burro mastica las hojas de un arbusto marchito.

Es aquí donde vive, desde tiempos inmemoriales, la familia Al-Gharabi: padre, madre, ocho hijos y diez nietos. Veinte personas en diecisiete metros cuadrados: una choza de concreto, tablas de madera, láminas de plástico, metal corrugado y paneles de cartón. Cuatro habitaciones, un gallinero y seis tumbas.

—Nos hemos acostumbrado —dice Fatma, de 55 años. Dormimos en las tumbas. Comemos en las tumbas. Los niños juegan a las escondidas entre las tumbas. Y yo extendiendo y pongo a secar la ropa.

Nos sentamos a tomar el té en el patio, sobre la tumba de la familia Abdu: cinco nombres grabados en piedra. En una esquina está el horno para cocer el pan. La estufa de leña, un brasero protegido por un techo de hojalata, se encuentra al pie de la tumba de los cónyuges Abu el-Ouf. En otra tumba, un poco alejada, dos chicas adolescentes descalzas, envueltas en raídas túnicas floreadas, hacen la tarea. Si las miro responden con miradas tímidas y risitas desconcertadas, cubriéndose el rostro con un bloc de notas. Tienen las manos sucias y las mejillas ennegrecidas. No hay agua para lavarse.

— Vivimos entre los muertos. Pero ¿cuál es la diferencia, en Gaza, entre los vivos y los muertos? Ellos, por lo menos, han terminado de sufrir.”

El esposo de Fatma, Khalid Hasan, de sesenta años de edad, es, desde los veinte, un enfermo mental. Cabello seco y escaso, caderas gordas y flácidas, piernas pesadas, y una grasosa camisa en la espalda. No puede ir a la clínica psiquiátrica de Belén desde que los israelíes impusieron el bloqueo a la Franja de Gaza. Duerme todo el día, retacado de drogas, acurrucado en una estera, en una habitación desnuda que es ya una tumba. En el piso, una cuenca de aluminio, dos bolsas de harina, un tanque de agua, dos zapatillas, un paquete de cigarrillos. En la pared cuelga un antiguo calendario; sobre la otra, dibujos de sus obsesiones: el sol y la luna, animales imaginarios, un helicóptero-libélula con las alas peludas y el vientre cargado de bombas. Cuando no hay dinero para la medicina Khalid se enoja y los niños tienen miedo. Se esconden en el gallinero o se escapan al cementerio.

— Me levanto a las cinco en punto — dice Fatma con una voz monótona y consumida. Después de la oración preparo el desayuno para los niños: té, pan y algunas aceitunas. Mohammed asiste a la escuela secundaria, en un instituto religioso. Huda tuvo que dejar la universidad porque no podíamos pagar las cuotas. Nur, que está divorciada, vino con su hija a quedarse con nosotros. Los nietos en edad escolar son siete y todos van a la primaria Al-Manar, de la ONG cristiana que se conforma con diez shekels al mes. Yo me quedo en casa con los niños. Cuido a Khalid, horneo el pan, y limpio. Trato de mantener lejos a las ratas, serpientes y cu-

carachas. Hay algunas arañas malignas que muerden a los niños y que luego tengo que llevar al hospital.

Los hombres más viejos están desempleados. El único hijo que trabaja, lo hace ocasionalmente como estibador en el mercado de hortalizas, Alí, también perdió su trabajo, y sufre de una insuficiencia pulmonar que le impide realizar tareas extenuantes. Tuvo que rendirse, y unirse al ejército de desesperados de Gaza. Hombres y mujeres jóvenes y viejos, siempre, en busca de algo, un trabajo, un cubo de agua, un medicamento, un tanque de gas, medio kilo de frijoles, un par de zapatos, un cilindro de gas, un rollo de papel higiénico, un salvoconducto. Pero por encima de todo, un techo, una dirección, una identidad.

¿De dónde viene Fatma? ¿Dónde están sus raíces? Para todos los palestinos, la respuesta está en un verso de Mahmoud Darwish: "Soy de un pueblo lejano, olvidado, sin nombres en sus calles." Y la nostalgia de la tierra perdida, que es anhelo de uno mismo y del propio pasado, es un velo de tristeza en los ojos cansados de Fatma.

— Alá no me ha llamado. Pero ya estoy muerta. Empecé a morir antes de nacer. Mi padre era de Yasur, un pueblo a unos cuarenta kilómetros de Gaza. Cultivaba ajonjolí y trigo. Tenía una granja con árboles frutales y colmenas de abejas. Durante la guerra del '48 vinieron los soldados israelíes: era junio, el mes de la cosecha. Todos los habitantes fueron expulsados del pueblo y se fueron a Jordania. Yo nací en el campo de refugiados de Al-Wahdat, cerca de Amán.

"Cuando era pequeña mi padre me llevó en su regazo y me contaba. Había una escuela en el pueblo, y una mezquita. Decía que algún día regresaríamos a casa. Y que

la miel de Yasur olía a azahar. Pero ninguno de nosotros regresó.”

Fatma no había visto nunca a Khalid: un matrimonio arreglado cuando tenía veinte años. También la familia Al-Gharabi huyó en el ‘48, cuando los israelíes obligaron a la guarnición egipcia a evacuar Majdal, la actual Ascalón, y los hogares de los árabes fueron ocupados por inmigrantes judíos y militares. Terminaron en un campo de refugiados en Gaza.

Khalid nunca había ido a la escuela y se las arreglaba como podía. Peón, mozo. Pobre siempre.

— Al principio vivíamos en un pequeño apartamento. Pero el dinero para pagar el alquiler, no alcanzaba nunca y nos mudamos a esta cabaña, que habían construido los padres de Jalid. Después, ellos también murieron. Continuamos gracias a la ayuda de la gente, que nos daba jabón, otros un poco de aceite o de harina. Del gobierno no recibíamos nada en absoluto, porque no éramos de Hamas. De vez en cuando los niños encontraban trabajo durante el día. Pero no era suficiente. Y aumentaban las deudas: Debo cinco mil shekels a los comerciantes del mercado.

La operación Plomo Fundido los perdonó. Pero el trauma infligido a la psique de los niños es incalculable. Las explosiones, incendios, disparos, sirenas de ambulancias, noches sin dormir, y los ataques aéreos que mataron a sus compañeros de clase han dejado huella. Se han vuelto apáticos, silenciosos. Todos los días había que sepultar a alguien en el cementerio de El-Ma’madani. Todos los días había fosas que excavar, oraciones, gritos y lamentos mujeres.

— Para mis nietos, ahora, es más difícil vivir entre los muertos. Los saludamos.

No creo que Fatma haya escuchado las palabras del coronel Ilan Malka, comandante de la brigada Givati de hace unos días: “No exageramos el uso de la fuerza.” Y tal vez sea mejor que no se percate de la burlona suerte que la historia le ha asignado: esa brigada es la misma que hace sesenta años había expulsado a su padre a Yasur, condenándolo al destino de los refugiados.

—Yasur ya no existe: fue demolida —dice Hassan, mientras subimos al coche. En esa tierra los israelíes construyeron la ciudad de Bnei Ayish, habitada por judíos de Rusia y yemenitas. Y no muy lejos surgió Talmei Yechiel: un *moshav*, una granja cooperativa sionista, poblada por inmigrantes búlgaros y rumanos.

Bnei Ayish es ahora la sede de TAT Technologies, una empresa especializada en productos para la industria y la aviación militar, que desde junio de 2009 ha sido clasificada en el Nasdaq.

Ashraf se convierte en una avenida de caseríos anónimos y talleres abandonados: en el quiosco de la esquina hay un vendedor de shawarma, en el primer cruce hay una barbería con un letrero de plástico iluminado por un foco de luz verde; en la acera, un contenedor de basura quemada y dos niños que se persiguen.

—Hassan, ¿no fue aquí donde encontramos Abu al-Walid?

—Sí. No sé dónde esté ahora.

Veo la puerta entreabierta de las escaleras, y en el sótano, una puerta de alambre en el pavimento. Era una lluviosa medianoche, de viento y caminos inundados. Hassan había recibido un mensaje de texto con la dirección:

los Shabaab nos esperan en el cruce, con el kafiya calado sobre los ojos y sus kaláshnikov al hombro. A la luz de una antorcha nos conducen hasta la puerta de hierro de la casa de seguridad.

Abu al-Walid, jefe de las Brigadas de Al Aqsa en Gaza, era buscado por los servicios secretos de Tel Aviv y vivía en la clandestinidad. Sus soldados habían lanzado docenas de cohetes Qassam contra Sderot, la ciudad israelí cerca de la frontera. Armas rudimentarias que provocaban daños humanos y materiales limitados, pero que infligían profundas heridas psicológicas. La población estaba constantemente bajo fuego, obligada a evacuar las escuelas y a correr a los refugios cada vez que los altavoces lanzaban el anuncio de *Tzeva adom*, “alerta roja”: el “sistema de radar de alerta temprana”, desarrollado por el ejército, que se disparaba quince segundos antes del impacto.

El lanzamiento indiscriminado de Qassams había servido para justificar el cierre de los pasos fronterizos y el bloqueo del suministro de combustible, electricidad, piezas de recambio y artículos de primera necesidad. También ponían en riesgo la seguridad de la población civil palestina, exponiéndola a represalias por parte del ejército israelí. Y se usaron como pretexto para poner en marcha la Operación Plomo Fundido.

En el suelo de la sala de estar, el Shabaab tenía un cohete listo para dispararse.

—Nuestros ingenieros han desarrollado ya ocho generaciones de Qassam —explicó Abu al-Walid. Para dos, tres, cuatro y seis pulgadas. Probamos los prototipos de dos pulgadas en contra de los asentamientos de Gush Katif, an-

tes de la retirada de los colonos. Tenían un rango de dos a tres kilómetros y una cabeza de combate con ochocientos gramos de TNT, mientras que los de tres pulgadas llevaban tres libras de explosivo. Las cabezas de los más grandes, los de seis pulgadas, contienen ocho kilogramos de TNT y son propulsados por veintidós libras de nitroglicerina: con un rango de 13.5 kms, pueden llegar fácilmente hasta Ashkelon.

El tubo de neón en la pequeña habitación empañado por el humo del cigarrillo se fundió con un ligero tremor y los milicianos encendieron una lámpara de gas. Abu al-Walid, un ex militar entrenado en Argelia, orgulloso de sus impresionantes negros bigotes y de su cuerpo atlético, agarraba el fusible del detonador, señalando el seguro y cómo tapar el agujero en la cabeza.

— Éste es un 103 de cuatro pulgadas: son los más precisos y fiables. Los usamos desde 2007 y los llamamos Otoño Gaza. Tienen un rango de 9.5 kilómetros y ya han destruido veinticinco viviendas en Sderot. Están equipadas con temporizadores y encendido eléctrico.

Bajamos hasta el garaje. Un cortador, un torno, un soplete, maquinaria de precisión alemana e italiana procedentes de los talleres y fábricas abandonadas de Gaza. Muchos laboratorios habían sido destruidos por los ataques aéreos israelíes. El de Abu al-Walid continuaba produciendo armas cada vez más sofisticadas.

Apoyada contra una pared estaba la materia prima: tubos huecos de diversos diámetros y bolsas llenas de explosivos. Piezas metálicas y aletas direccionales eran moldeadas y detalladas en tornos por trabajadores calificados en base a dibujos técnicos milimétricos. TNT y productos

químicos, explosivos y mezclas de propulsores se diluían y cortaban en las cuencas, para luego ser pesadas y comprimidas en la cabeza de los vectores. Google Earth ofrecía mapas precisos de los asentamientos israelíes y permitía verificar y refinar el lanzamiento de cohetes.

No tenemos tiempo de parar. En el hotel tengo cita con Iyad Sarraj, el psiquiatra que fundó la Comisión Palestina Independiente para los derechos civiles y que es responsable de los ocho centros de salud mental en Gaza. Cenamos en la terraza, junto a la barandilla con vistas al puerto: kebabs, humus y tabulé. El profesor Sarraj parece cansado. Detrás de sus gafas circulares sus párpados se han caído y sus dedos frotan con nerviosismo la servilleta de papel. Le pregunto por su trabajo.

— Todos los indicadores están aumentando: el consumo de drogas y tranquilizantes, el estrés y la violencia doméstica, la depresión, la incidencia de trastornos psicosomáticos, el número de suicidios.

— La guerra es esto también.

— La guerra... pero no sólo. La gente aquí no tiene futuro, no hay planes de vida, no tiene esperanza: está encerrada en el recinto de un ambiente carcelario, angustiada por la precariedad y la inseguridad. Ahora somos nosotros los judíos del mundo.

— ¿Y los niños?

— No tienen sueños. En la televisión sólo ven imágenes de la muerte y la violencia. Crecen en el miedo, el terror de perder a los padres: no hay familia en Gaza que no tenga una tumba reciente en el cementerio. Y los niños, en lugar de indios y vaqueros, juegan a los árabes y los judíos.

— Hay una gran cantidad de propaganda de ambos lados.

— El racismo justifica la violencia y exorciza el sentido de culpabilidad. La propaganda sirve para crear una imagen deshumanizada del enemigo y atribuirle características despreciables: perros, cerdos, asesinos. Lo repito desde hace veinte años: los huérfanos y niños traumatizados, hipnotizados por la retórica del martirio, se vuelven agresivos, despiadados y vengativos. Y apenas pueden cargar una ametralladora.

La terraza se ha vaciado. Nos quedamos un poco más, absortos y adormecidos por el humo perfumado de la *shisha*, escuchando el tranquilo vaivén de las olas y el olor de la densa brisa marina de sal y brea, masticando las hojas de menta y las semillas de cardamomo que acompañan el último café árabe del día.

Al día siguiente, Fatma está de buen humor. Llegó su sobrino con una lata de gasolina y doce huevos.

— Karim es afortunado: trabaja en los túneles de Raffah. ¡Karim, ven aquí! Karim, *habibi*: hay un periodista. Karim, ¿Es verdad que me llevarás a La Meca? Recuerda, me lo prometiste, ¡No lo olvides! ¿Todavía quieres un té?

Karim se burla. Parece un chico tímido, más viejo que sus dieciséis años: flaco, pómulos en cuenca, caderas estrechas, ojos vigilantes y manos afiladas.

— ¿Así que los túneles han comenzado a funcionar?

— Nunca se detuvieron.

— ¿Incluso durante el bombardeo?

— Algunos fueron destruidos, otros no.

— ¿Se pueden visitar?

—Depende. Tengo que preguntarle a mi jefe.

Se aleja para llamar por teléfono. Todo el mundo en Gaza tiene un teléfono: tal vez no tengan zapatos, pero al teléfono no pueden renunciar. Sirve para sobrevivir, no sólo para comunicarse.

—Dice que sí. Pero sólo una galería. Y tenemos que ir de inmediato.

El camino a lo largo del paseo marítimo es irreconocible: el Mercedes de Ashraf esquivando los cadáveres calcinados de automóviles, los cráteres de bombas, las placas, y las montañas de escombros. Nos cruzamos con burros que llevan colchones, mujeres que caminan descalzas sobre el asfalto con grandes bultos sobre la cabeza y bebés empaquetados sobre sus espaldas, y *pick-ups* cargadas de milicianos.

Rafah, al mediodía, es una ciudad desierta. Las persianas acribilladas por las balas están cerradas y los raros transeúntes se deslizan silenciosamente a lo largo de las paredes-manifiesto de las casas: entre la iconografía de la guerra las banderas negras con los nombres de los mártires y de Alá se superponen a folletos arrastrados por el viento, a los graffitis pintados con consignas anti-israelíes, a las imágenes de la Cúpula de la Roca y los símbolos de Hamas y los grupos armados, trazados en verde y rojo por los pintores anónimos de la resistencia.

Pero el Corredor Filadelfia, los doce kilómetros que corren a lo largo de la frontera con Egipto, es un hormiguero en estado de agitación perpetua. Entre los escombros de los edificios arrasados por los bulldozers de Tel Aviv, entre tiendas de campaña y cajas de plástico, un ejército de mineros trabaja con palas, picos, cubetas y carretillas. Los túneles

son más de seiscientos. Y dan para vivir a por lo menos seis mil familias palestinas.

Los primeros túneles clandestinos, excavados en los patios y en los sótanos de las casas, se remontan a 1982, cuando la mitad sur de Rafah fue devuelta a Egipto por los israelíes junto con la península del Sinaí y la ciudad, y su población se encontró dividida en dos.

— En aquellos días transportaban oro, monedas y cigarrillos — me dice Abu Ibrahim, uno de los jefe de mercado negro. Entonces, durante la segunda intifada, la demanda de armas creció.

A través de los túneles, los servicios de seguridad palestinos y Hamas se abastecen de fusiles Kaláshnikov, lanzacohetes, minas antitanque, granadas, municiones y toneladas de TNT. Los israelíes habían destruido cientos de casas a lo largo de la frontera, pero no sirvió de nada. El contrabando continuó prosperando después de la evacuación israelí del Corredor en el verano de 2005 y se ha acelerado aún más por el bloqueo impuesto a la Franja de Gaza después del “golpe” de Hamás en junio del 2007.

El cierre de los pasos con el estado judío ha paralizado el comercio, se congeló el 95% de la actividad económica, se cuadruplicó el costo de vida y quedaron desempleados amás de 75 mil trabajadores y 40 mil agricultores. El sistema de túneles es la vena yugular que garantiza la supervivencia de Gaza. Por ahí pasa todo, desde la harina y el combustible, hasta los neumáticos y las semillas oleaginosas, los medicamentos, los detergentes, las computadoras y los fertilizantes, la Coca Cola y los generadores, los teléfonos móviles y las motocicletas, los zapatos y las cajas de Viagra.

—Los medicamentos llegan en contenedores refrigerados —dice Abu Ibrahim. Algunos de los túneles están equipados con tuberías que bombean gasolina y combustible diesel; otros se han ampliado para el tránsito de vacas y otros animales. Antes de Aid al-Adha, la fiesta del cordero, siempre llegan grandes órdenes: un cordero que en Egipto cuesta cien dólares aquí vale quinientos.

En los últimos meses surgieron del subsuelo incluso cuatro damas rusas, decididas a reunirse con maridos palestinos que habían conocido en la Universidad de Moscú. Y dos leonas jóvenes, debidamente drogadas, que ahora duermen en una jaula del zoológico de Rafah, junto al lince, las avestruces, las gacelas, los monos y las serpientes:

—Todo —asegura el director, Ashraf Abu Husun— comprado en Egipto.

Llegan también, cada vez más, los paquetes de Tramal, un analgésico opioide utilizado en la terapia y antidepresivos.

La destrucción de los túneles era uno de los objetivos de la Operación Plomo Fundido. Y con este fin, el gobierno de Israel, a principios de diciembre de 2008, adquirió de la estadounidense Boeing mil bombas penetrantes GBU-39, utilizadas por la aviación de Tel Aviv desde el primer día de la ofensiva. Pero incluso éstas no sirvieron. En pocas semanas las galerías dañadas se reconstruyeron, restauraron y fortalecieron. Y el negocio es compartido.

Karim me presenta a su jefe: Abu Mohammed, de cuarenta años, supervisor de una galería.

—Hay dos tipos de túneles —explica, mientras aviva las brasas de la olla de té. Aquellos para el comercio y los

de las facciones armadas de Hamas, la Yihad Islámica y los Comités de Resistencia Popular, que pasan armas y municiones: no trates de ir allí, las entradas están dentro de las casas, a cientos de metros al norte, y están supervisadas.

Entre junio de 2007, diciembre de 2008, de acuerdo con la inteligencia israelí, habrían entrado a Gaza diez millones de balas, 175 toneladas de explosivos, misiles de fabricación iraní e incluso instructores para los campos de entrenamiento de Hamas. Los márgenes de beneficio son exorbitantes. Un Kaláshnikov comprado en doscientos dólares por los beduinos del Sinaí se revende en 1,300. Un cartón de quinientos paquetes de cigarrillos vale setecientos dólares en Egipto y dos mil en Gaza.

Los litigios comerciales y las disputas sobre el trazo de los túneles, que se cruzan a diferentes niveles de profundidad, se delegan en tres *mukhtar*, ancianos y respetados pioneros de la empresa en los años ochenta. Pero los que se hacen ricos son las “cabezas de serpiente”: los propietarios de los túneles en sociedad con los propietarios de los terrenos, que desembolsaron cincuenta mil dólares para la excavación y que en promedio ganan entre dos y tres mil dólares diarios. Un escalón por debajo están los supervisores como Abu Mohammed, que organizan el tráfico, toman pedidos, clasifican las mercancías y pagan a los excavadores: cien dólares a una cuadrilla de ocho por cada metro de avance. En el peldaño más bajo están los trabajadores a destajo que se ocupan del mantenimiento y los contrabandistas que hacen de policía subterránea con Egipto.

Como Abdul, de diecisiete años, contratado por un mes, que vive en una tienda de campaña.

— Cuando llega una carga — dice — paso tres días sin abandonar el túnel. En 48 horas llegamos a transportar trescientos sacos de cincuenta kilos; aproximadamente quince toneladas. Utilizamos trineos: bidones de plástico cortados, enganchados a un cable de acero y tirados por un motor.

— ¿Cuánto ganas?

— Si todo va bien, 20 dólares al día.

— ¿De verdad quieres bajar? ¿Estás seguro? — Abu Mohammed ríe divertido: muere de ganas de ponerme a prueba. Enciende el generador y llama a dos amigos para disfrutar del espectáculo. Tu no Hassan, *habibi*, eres demasiado gordo! — Y suelta otra risotada.

Aparece en el agujero un trineo enjaezado tirado por cables que se deslizan sobre una polea accionada por un motor de combustión: veinte, treinta metros de descenso en medio de la oscuridad claustrofóbica de un pozo ciego, que termina donde la arena se congela en una capa de arcilla. Es la boca del túnel. Karim me hace señas para que lo siga en el estrecho callejón subterráneo: un metro por setenta centímetros y casi un kilómetro arrastrándome a cuatro patas para ver el cielo en el otro lado de la frontera.

El aire húmedo huele a barro y moho. Se respira con dificultad: el tubo de ventilación, conectado a un compresor en la superficie, dispensa apenas el aire necesario para no asfixiarse.

— Uno se acostumbra a todo — se ríe Karim —, incluso a vivir como topo. Incluso al temor del colapso, y al riesgo de ser enterrado vivo.

Las bombillas que cuelgan de los rudimentarios cables eléctricos arrojan una tenue luz amarilla: sólo lo sufi-

ciente para iluminar los teléfonos fijos, esenciales para comunicarse con el exterior.

El equipo de ocho de Shabaab Karim sudó cuatro meses para excavar el túnel. Pero valió la pena. Los *anfaq*, los túneles son una mina de oro: el contrabando, la única industria de Rafah, genera enormes beneficios y ofrece las únicas oportunidades de empleo para los jóvenes en la franja de Gaza. Hamas disfruta de prestaciones fiscales importantes: incluyendo impuestos al valor agregado por cada tonelada importada, impuestos a las operaciones de los propietarios en los túneles, gabela a la gasolina y el seguro obligatorio para la distribución de combustible, los ingresos netos mensuales para el movimiento islámico ascenderían a más de diez millones de dólares, indispensables para retribuir a las milicias y pagar los salarios de los miles de empleados de la administración de Gaza.

Ganan dinero, además de Hamas y las grandes familias de comerciantes de Rafah, Qishta, El Sha'er, el Barhoum, también los egipcios: los policías, que se conforman con alguna propina y los beduinos que controlan las entradas de túneles y el transporte de las mercancías a través del Sinaí a cambio de una generosa comisión del 30%. Los beduinos son los señores indiscutibles del desierto y conocen de memoria todos los rincones, la orientación, y cada onda y ruta de escape, son maestros en el arte del disimulo, y siguen desempeñando esta actividad milenaria. En la época de los nabateos y los romanos sus caravanas llegaban a los emporios de Alejandría y El Arish cargadas de oro, incienso y esclavos africanos, continuando hasta Jerusalén, Damasco y Palmira. Hoy los camiones y las Toyotas han

Un dólar al día
sustituido a los dromedarios, los electrodomésticos, los cigarrillos y el Kaláshnikov tomaron el lugar del marfil y las especias, pero las pistas son las mismas y los contrabandistas son descendientes de los antiguos caravaneros: las *qabila* (tribus) del Sawarka, los Tarabin del Ahaywat, y los Azazma del Rumaylat.

De vez en cuando, los guardias fronterizos egipcios reciben la orden de hacer estallar con dinamita la boca de entrada de un túnel, de anegarla o inundarla con gas. Sin embargo, a menudo se trata sólo de acciones demostrativas para complacer a Washington, que concedió a El Cairo 200 millones de dólares para el control de las fronteras. Un espectáculo para las viejas cámaras fuera de uso.

Troto detrás de la linterna de Karim. Hacia la salida, por fin. El aire es irrespirable y de las paredes se desprenden continuamente granos de arena y tierra mojada: hay refuerzos de madera únicamente en la central telefónica. Aprieto entre los dientes la correa de la Canon, irremediablemente manchada de barro y sudor, tratando de evitar que caiga en el fondo fangoso de la galería.

Desde arriba, la voz de Abu Mohammed grita:

— ¡Salgan rápido! De prisa. Hubo un accidente.

Veo como se aleja una ambulancia de la Media Luna Roja. No escuché la explosión que mató a Jalil, de dieciocho años, el cuarto de los doce hijos desempleados de Tabasi Aid, agricultor en Khan Younis. La carrera hasta el hospital es inútil. Pocas horas después, envuelto en una mortaja blanca, el rostro devastado por el fuego, Jalil está tumbado en el suelo desnudo de una casa de Batn as-Samin. Una miserable casa de bloques de cemento, con puerta de hierro,

techo coronado por una antena oxidada y un cubo de plástico para el agua; los cables de la luz robados a un poste en la carretera. Una casa de dos habitaciones separadas por una cortina, llena de tristeza y mujeres que lloran.

—La galería se saturó de gas — dice Salman, uno de los supervivientes. Una fuga de unos de los tanques que transportaban. Me las arreglé para cerrarla y arrastrarla durante un centenar de metros. Después, una chispa, un rugido, un resplandor. Le echamos agua y arena, pero Jalil quedó atrapado. Ahí abajo es un infierno. Cavamos el túnel con nuestras manos. Sin embargo, tuve que regresar. No tenía otra alternativa. Ninguno de nosotros bajaría a esas cuevas si encontrase un trabajo decente.

Jalil también quería una vida diferente. Había terminado la escuela secundaria y soñaba con ir la universidad.

—Iba a los túneles para pagarse la universidad y ayudar a la familia — dice su padre, con la voz entrecortada. Pero estamos en Gaza. Y aquí la vida vale menos que nada.

Uno de los primos, un muchachote imberbe con un físico de boxeador, gira entre los presentes con una jarra de café caliente: tiene un sabor amargo de regaliz y su perfume se mezcla con los olores de paja y de estiércol de burro que se huelen en los callejones.

Karim no habla. Camina a mi lado cabizbajo con ojos pensativos hasta la mezquita: una procesión silenciosa a un ritmo enérgico, detrás de la camilla llevada a brazos con el cadáver de Jalil, ocultada por una sábana. Ingresan todos para la oración, excepto Hassan:

—Durará poco. Aquí se nace y se muere rápidamente. — Desde una puerta lateral pululan un enjambre

Un dólar al día
de niñas con velo blanco y las mochilas al hombro que se dispersa por los callejones. — La escuela maternal — dice Hassan.

El cortejo fúnebre se ha reformado. Avanza casi corriendo hacia el cementerio y ahora la gente invoca en voz alta el nombre de Allah levantando sus manos al cielo, señalando el paso de los difuntos a los habitantes de los barrios que observan desde las azoteas y las ventanas. Me doy cuenta sólo ahora que somos puros hombres: las mujeres se quedan llorando en los cubos de hormigón que aquí llaman casas.

También el entierro, en una zona ventosa en las afueras de Jan Younis, entre viejas y nuevas lápidas, latas de *Lemon soda* y bolsas de plástico, se lleva a cabo en pocos minutos. La fosa es un tablón de madera en el fondo de un hoyo. En el gentío alguien recita un verso del Corán y ya los sepultureros están echando paletadas de tierra y piedras: con una furia rabiosa, como si borrando el cuerpo de Jalil se tomaran una revancha, como si debajo de las rocas pudieran encarcelar a la muerte de todos los hombres, de todas las mujeres, de todos los niños del mundo.

Luego la muchedumbre se desvanece. Karim incluso ha huido sin despedirse. Había vislumbrado sus rizos negros y su perfil afilado mientras daba codazos para tomar unas fotos: estaba a distancia, taciturno, con los brazos cruzados y la cabeza doblada sobre el hombro, en un cerro donde se habían reunido los niños.

No hay flores en la tumba de Jalil. Perecería demasiado pronto.

— Nos vamos a otro cementerio.

— ¿No hemos visto suficiente, Hassan?

— Esto es diferente, te lo aseguro.

En el Commonwealth War Cemetery yacen enterrados los restos de 3,686 soldados y oficiales, casi todos caídos en la primavera y en el otoño de 1917 durante las sangrientas batallas para conquistar la guarnición otomana de Gaza. El cementerio, a pocos metros del principal eje vial de la ciudad y el campamento de refugiados de Jabaliya, es un oasis húmedo y verde en el seco y desolado polvo de la Franja. Un rincón de campiña inglesa: acacias umbelíferas florecidas de racimos rojos enmarcan largas hileras de lápidas perfectamente alineadas en el impecable césped. En la piedra blanca están grabados nombre, rango, regimiento, fechas de nacimiento y muerte.

— Hay británicos, escoceses, australianos, canadienses, neozelandeses, indios — explica Ibrahim Jeradeh hojeando el registro de la Commonwealth War Graves Commission y mostrando orgulloso la cruz de miembro de la Orden del imperio británico otorgada por sus servicios. Ibrahim, que tiene 71 años, está retirado: ahora son dos de sus hijos, como lo fue su padre, los que cuidan de las tumbas. Tienes que regar, segar el césped, cortar el pasto y reparar los daños.

En el 2006 las topadoras israelíes arrancaron el olivar de la familia Jeradeh y una porción de la pared perimetral del cementerio, destruyendo algunas lápidas; decenas de lápidas fueron destruidas más adelante por la artillería y los helicópteros israelíes. En abril de 2008 la cruz conmemorativa en el centro del cementerio fue dañada por una carga explosiva plantada por milicianos islámicos. Y durante la Operación Plomo Fundido por lo menos trecientas tumbas padecieron los efectos devastadores de la guerra.

—Los muertos tienen derecho a descansar en paz —Ibrahim se enfada. La muerte no hace distinciones: aquí hay judíos, cristianos y musulmanes.

Me los quiere enseñar. Aquí está la tumba con la estrella de David del soldado S. Rosenberg, de 38 años, cuerpo de Royal Fusiliers, caído el 21 de octubre de 1918. Y la de su camarada I. Goldrich, que murió dos días antes a sus 28 años. Y en una sección apartada los musulmanes: los “sepoys”, los zapadores, los arrieros de la Indian Royal Artillery, de 72° y 74° Punjabis, la fuerza de la frontera, 54° Sikhs.

Hassan me hace señas de que nos vayamos. Al caer la noche nos espera un primo de Fatma, que vive en el Beach, el campamento Al-Shati, y en el camino paramos en el hospital: Ashraf, que para ganar tiempo ya compró pan, shawarma y una botella de agua en un quiosco cercano, supo que hay heridos.

Al-Shifa, el Hospital de Gaza, está como siempre hecho un caos. El patio es un vaivén de taxis, ambulancias, motos y camiones. Y la sala de urgencias está obstruida por enfermeras que corren, familiares de luto, policías gritando órdenes. Logramos pasar hasta el reparto de diálisis donde una tercera parte de los equipos es inoperante por falta de piezas de repuesto y donde Mahmud, de ocho años, espera hace meses el permiso israelí para trasladarse a Tel Aviv y someterse a una delicada cirugía.

Rebasamos un segundo bloqueo de guardias armados, con un par de zuecos y un vestido, somos impulsados por las enfermeras en la cabecera de los heridos en terapia intensiva: una docena de hombres y dos niños intubados, conectados a una flebo y un tanque de oxígeno, acosta-

dos en camas empapadas en sangre en una maraña de tubos y sondas insertadas en la nariz, la garganta, la vejiga. ¿Una bomba? ¿Una granada sin estallar? ¿Un proyectil de mortero? Imposible saberlo. En el pasillo los médicos no logran calmar a los familiares que insisten en tener noticias y quisieran al menos entregar unas bolsitas con comida: como si esos desgraciados a punto de morir pudieran degustar sus dulces de ajonjolí y sus buñuelos fritos en aceite.

Volvemos al coche y entramos en el Beach. Chozas, fachadas grises de concreto, ropa colgada, antenas parabólicas, bobinas de alambre, montones de basura, niños descalzos, caras de hombres eclipsados por una resignación atávica. Kamal, el primo de Fatma, vive con su esposa Mariam y los siete hijos en el primer piso de una ratonera sin baños. En la única habitación hay olor a rancio. En el piso dos colchones de espuma, una maraña de mantas, una estufa de gas y un televisor en la esquina.

La hija mayor ayuda a la madre para despegar las cabezas a pescaditos no más largos que un meñique, capturados con una vieja red desde la playa. Con las cabezas hacen un caldo. Los cuerpos, tirados en una cubeta de plástico, acabarán en un puesto del mercado. Kamal llora de rabia y vergüenza. Alguna vez fue pescador: empujaba en el mar su barco de fibra de vidrio detrás del muelle del puerto y sacaba las redes cerca de la salida del alcantarillado, donde las lisas son más abundantes. Luego se enfermó, cáncer de pulmón, y tuvo que venderlo todo.

—No podía alejarme de la costa: a cinco millas pasan los barcos de patrulla israelíes. Pero me alcanzaba para mantener a mi familia y para comprar el combustible para el barco.

— ¿Y ahora?

— Recolecto cangrejos y mariscos en la costa, intento arrebatarle cualquier cosa al mar. Pero el dinero no alcanza. Y estamos todos enfermos. Isra, que tiene diez años, es débil de los riñones. Shams, de ocho años, sufre del corazón. Abdul Rahman, el mayor, de quince años, fue atropellado por un coche: perdió todos los dientes. Y Mariam es talasémica, no puede amamantar.

Hace un par de años, la Autoridad Palestina pagó a Kamal un ciclo de tres semanas de quimioterapia en el Hospital Nasser de El Cairo. Pero el pronóstico es infausto, y la situación de la familia, desesperada.

— Cada tres meses recibimos un cupón de 360 shekels, alrededor de 90 dólares, del Unrwa, que cubre también dos tercios de la renta del local. Usamos una parte del cupón para comprar sal, harina y hacer frente al resto de los gastos: agua, electricidad, medicinas. Pero ya debemos más de dos mil shekels de renta.

Haula, de dos años, gatea entre las cobijas apiladas en el piso. Ahora Mariam le prepara la cena: migas de pan viejo en leche en polvo del Unrwa. Mariam nunca conoció a su madre, que estaba divorciada y la dejó a sus abuelos. Se casó a los trece años y a los quince tuvo su primer hijo.

— No quería casarme — dice sin levantar la mirada — pero mi abuelo le dio el dinero al muftí y firmó el contrato. Así es la vida. Nuestros vecinos fueron más afortunados.

— ¿Por qué?

— Tienen un mártir en la familia. Para el Ramadán recibieron dos mil dólares.

Al fondo de la escalera, en el cuarto oscuro con la puerta abierta a la calle, veo los “afortunados”: una mujer

mayor que intenta fregar una olla ennegrecida, una muchacha que enjuaga la ropa en una cubeta y un anciano sentado en una silla. Está fumando un cigarrillo y tiene un libro en la mano, tal vez una copia del Corán. Encima de un jacal se ve una foto en blanco y negro de un joven sonriente, con el cuello de la camisa abierto y un pueril esbozo de barba en las mejillas suaves de adolescente.

En el hotel enciendo la computadora. A pesar de los llamados de Barack Obama, las protestas por el Presidente palestino Mahmoud Abbas y las presiones del enviado de la Casa Blanca en Medio Oriente, George Mitchell, el gobierno de Benyamin Netanyahu sigue permitiendo la construcción de nuevos asentamientos en Cisjordania, tolerando los puestos avanzados ilegales de los colonos extremistas y confiscando las casas y los terrenos de los árabes en Jerusalén oriental.

Mientras tanto, los veteranos de la Operación Plomo Fundido empiezan a hablar. Le cuentan a la ONG israelí “Romper el silencio” de las casas demolidas sin razón, los civiles asesinados a sangre fría, la artillería apuntando a las áreas habitadas, los oficiales que ordenaban disparar a la vista de cualquier cosa que se moviera y rabinos que exhortaban los soldados a no tener piedad en la “Guerra Santa” contra los árabes. “Los palestinos —decía un volante distribuido en las sinagogas de campo— son como los antiguos filisteos: inmigrantes que no pertenecen a esta tierra, extranjeros que deben devolvernos un territorio ocupado.”

Durante varios días paseo entre las ruinas de Gaza. Los aparatos de seguridad de Hamas, que la ofensiva israelí tenía que aniquilar, parecen estar en perfecta efi-

ciencia. Milicianos y policías patrullan las calles, vigilan las mezquitas, la universidad, los hospitales, los edificios públicos. Las mujeres que usan el hiyab son cada vez más numerosas. Y los productos que se venden en las tiendas cada vez más escasos.

Según Ocha, 3,500 de las 3,900 plantas industriales de la Franja han cerrado por falta de materias primas. Los 3.2 billones de dólares para la reconstrucción, prometidos por los países donantes en la Conferencia de Sharm el-Sheikh, permanecen en el papel. El noventa por ciento de la población sobrevive gracias a la ayuda de las Naciones Unidas, pero por el paso de Karni los israelíes dejan pasar menos de una quinta parte de las necesidades y sólo los alimentos básicos suficientes para evitar una hambruna. A veces, arbitrariamente y sin ninguna explicación, bloquean los suministros de productos considerados “de lujo”: pasta, salsa de tomate, azúcar, lentejas, garbanzos, dátiles, chocolate.

— En las prisiones europeas — dice el responsable de las operaciones del Unrwa John Ging — las condiciones son mucho mejores.

Las mercancías de las que está prohibida la importación incluyen los metales para construcción, vidrio, acero, cemento, plásticos, vacunas, semillas, cuadernos y hasta juguetes, considerados una amenaza potencial por ser artículos de “doble uso”.

Los palestinos de la Franja, arrojados de vuelta a la Edad Media, deben adaptarse a un estilo de vida primitivo. Algunas familias acamparon entre las ruinas de sus casas, colgando lonas entre los muros derrumbados, elevando

paredes de barro, cocinando debajo de las carpas, recuperando entre las ruinas o en los basureros alguna silla, algunos muebles, una nevera o lavadora: la choza de Fatma, en comparación, es más cómoda. Otros, como el ingeniero Maher al-Batrouk, se las arreglan recuperando antiguas técnicas de construcción. Para reconstruir el instituto para niños discapacitados Mabarra al-Rahma en el barrio Shujaiyeh, destruido por los bombardeos, Al-Batrouk utiliza ladrillos de barro secados al sol: fundamentos y pilares se refuerzan con toneladas de escombros y los techos se realizarán en bóvedas, como los techos de las antiguas mezquitas. Una capa de cal y un sistema de drenaje evitará que la lluvia erosione la arcilla.

Vuelvo a leer un artículo publicado en *The Guardian* en los días de la guerra del historiador Avi Shlaim, profesor de relaciones internacionales en Oxford, nacido en Bagdad de padres judíos que luego se mudaron a Israel, que hizo su servicio militar en las FDI a mediados de la década de 1960:

La propaganda israelí difunde la idea de que los palestinos son terroristas que se niegan a convivir con el estado judío, de que su nacionalismo no es más que el antisemitismo, de que Hamás es un grupo de fanáticos religiosos y que el Islam no es compatible con la democracia. Pero la simple verdad es que los palestinos son gente normal con deseos normales. No son ni mejores ni peores que el resto de la gente. A lo que aspiran, por encima de todo, es a un pedazo de tierra que puedan llamar hogar y donde puedan vivir en libertad y con dignidad.

Antes de salir de Gaza voy a despedirme de Fatma. Hoy el cementerio es más silencioso. Las niñas se sientan en las tumbas a dibujar. El burro pace flores amarillas de los arbustos. Fatma como siempre está ocupada alrededor del fuego.

—Hubo un funeral esta mañana. Salieron hace poco. Mucha confusión, y un chico intentó robarse una gallina: ¡*wa Alá!* ¡Si no la dejaba le iba a pegar con un palo! Khalid se despertó y salió medio desnudo gritando y pidiendo de fumar. Yo no podía calmarlo. ¡Qué día! ¿Quieres un té? ¿Me trajiste algo?

—Frijoles, harina, dulces para los niños y cigarrillos a Khalid. Llevo prisa, Fatma. Tengo que viajar a Jerusalén.

—¡Ah, si pudiera ir contigo! ¿Pero vas a regresar? Después de la guerra venían muchos periodistas, la Cruz Roja... Tomaban fotos, hacían promesas. Ahora ya no viene nadie.

—Voy a volver a visitarlos. Y mientras tanto voy a intentar enviarte las medicinas que me pediste.

—Que Alá te bendiga.

Hassan Ashraf me acompaña a Erez.

Salir de la Franja es más difícil que entrar. Para los palestinos es casi imposible: incluso para los que necesitan cuidado médico en Israel los procedimientos para obtener permisos, expedidos con el cuentagotas, requieren semanas y a veces meses de espera desgastante. Mustafá, un anciano diabético que viste una camisa blanca inmaculada y un decente traje color avellana, espera hace una hora a que abran el *check point*. Su hijo Samir, que lo acompaña, revisa de vez en cuando el tubo del catéter que termina en una bolsa de plástico llena de orina oscura colgando de un pilar de la silla de ruedas.

Cuando se abre el portón blindado entramos en la sala de control. Silencio y nadie a la vista. Las luces rojas en las puertas de cristal nos obligan a esperar. Después de unos veinte minutos pierdo la paciencia y empiezo a apretar el botón de interfono. No hay respuesta. Con un leve zumbido una de las mini cámaras voltea hacia mí. Clic. Se libera el torniquete. Un empleado árabe toma la mochila, me entrega un boleto con el número y desaparece. Se abre otra puerta. Tengo que vaciarme los bolsillos, quitarme el cinturón, colocar los objetos metálicos sobre la cinta transportadora del detector y luego someterme a examen de rayos X dentro de un manguito cilíndrico.

Una voz impersonal dicta las instrucciones:

—Piernas y brazos abiertos. No toque el vidrio.

En la parte inferior del cilindro están dibujadas las huellas donde colocar los pies. Con un movimiento rápido, el escáner rota alrededor de mi cuerpo.

—¿Qué lleva en el bolsillo de la camisa?

Saco el pasaporte y lo muestro a la lente de una cámara.

—Un paso hacia atrás.

Obedezco.

—Un paso adelante.

El escáner gira otra vez. Luz verde, puedo proceder a una sala donde están mi mochila y el viejo Mustafá. Ahora el equipaje debe colocarse en una segunda bandeja móvil, separando computadora, cámara y celular sin baterías. Samir sostiene a su padre, que a su vez sostiene la bolsa del catéter: también la silla de ruedas debe pasar por el metal detector.

Superando el último torniquete llego al control de pasaportes. La discusión habitual sobre el sello, las típicas

preguntas inquisitorias: “¿Con quién se reunió? ¿Dónde durmió? ¿Hacia dónde se dirige?”. Abu Shahin está ya esperándome en el estacionamiento. Mustafá se quedó atrás. Recuperó la silla de ruedas, pero todavía está discutiendo con un policía: le confiscó la bolsa con el té y los pistaches que quería llevarse al hospital. Razones de seguridad.

ETIOPÍA

Hambre verde

Turistas, hombres de negocios, funcionarios del gobierno, militares, periodistas, operadores humanitarios: antes o después todos llegan al viejo Hilton de Adís Abeba, a dos pasos de la sede del WFP, del Africa Hall y del palacio de la Unión Africana. Es uno de los hoteles históricos del continente y nadie parece hacerle caso a los lavabos amarillentos, las alfombras gastadas y el olor de tabaco y comida que se estanca en las habitaciones.

En la penumbra del lobby, sentada en cojines bordados, una mujer ofrece tacitas de café etíope, fuerte y aromático, calentado en un brasero de latón. Tiene un perfil sutil y aristocrático, la nariz aguileña ennoblecida por un brillante, la frente alta que difumina en un cabello recogido bajo de un ligero velo blanco, dedos largos y anillados que mueve en gestos lentos y silenciosos. Una liturgia antigua. El recuerdo de otra ceremonia del café.

Era la mitad de los años ochentas. En Adís reinaba Mengistu Haile Mariam, el coronel que había desposeído el Negus Haile Selassie, doscientos vigésimo quinto y último emperador de Etiopía, estableciendo un sanguinario régimen pseudo-comunista con el apoyo económico y mi-

litar de la Unión Soviética. El país, devastado por la peor carestía del siglo, estaba en guerra con el FPLE, el Frente Popular por la Liberación de Eritrea. Para alcanzar las posiciones avanzadas de los combatientes eritreos había viajado tres días, de Port Sudan, por carreteras imposibles, remontando arroyos secos y alturas reseca por vientos incesantes: siempre de noche, con las luces apagadas, para escapar de la cacería de los Mig.

Yo acompañaba al jefe militar y secretario general adjunto del Frente Isaias Afeworki, el futuro presidentedictador de la Eritrea independiente: entonces él era un cordial y gallardo cuarentón que hablaba de democracia y hermandad de los pueblos. En la noche, cuando las sombras de las acacias espinosas se tendían y el cielo se tornaba de un morado profundo, desenvolvía un mapa y explicaba: “En esta fase nuestra estrategia no prevé la conservación de los centros urbanos: el empleo masivo de la aviación por parte del enemigo los hace demasiado vulnerables. Nos concentramos más bien en consolidar nuestra organización en los territorios liberados, en avanzar a lo largo del frente y ampliar nuestra presencia más allá de las fronteras etiópicas”.

Los milicianos de la escolta se encargaban de mantener alejadas a las hienas mientras nosotros comíamos con las manos el *zighini*, el estofado de carne, y la *’ngera*, la torta acídula y esponjosa, tan llena de arena que crujían los dientes. Luego subíamos en el *jeep*. “Ahora nosotros estamos a la ofensiva: en los primeros tres meses de este año hemos liberado Tessenei, en la frontera con Sudán, y hemos avanzado a profundidad en el sector noreste, a Marsa Teclai, donde hemos derrotado a diez mil etíopes.”

En las zonas liberadas la guerrilla había organizado un estado paralelo y perfectamente funcional. A las 124 escuelas primarias y secundarias asistían 18 mil alumnos. Fábricas clandestinas producían cerveza, tejidos y toallas femeninas. Los talleres mecánicos producían fusiles, ametralladoras y explosivos. Las imprentas imprimían libros de texto, periódicos y boletines en los dos idiomas principales, el trigríña y el tigrè. Con las botas de los soldados etíopes muertos se obtenían pistolas. Los casquillos de las bombas de 250 y 500 kilos se volvían contenedores para el agua. Los proyectiles de los carros armados se usaban como asientos. Las cajas de municiones, estampadas con caracteres cirílicos, se transformaban en mesitas. A los motores de los tanques soviéticos capturados se les “mejoraba” acoplando partes de otros vehículos. Las chapas retorcidas de los *jeeps* se volvían radiadores, ollas, ventiladores, prótesis para los mutilados. En los camiones rusos Zil se montaban motores Fiat, más confiables: los eritreos los llamaban “camiones vodka-cola” y los usaban para transportar hombres y materiales en los mil ochocientos kilómetros de carreteras construidas en los territorios que controlaban.

Los heridos recibían los primeros auxilios de las unidades móviles en los campos de batalla y luego eran internados en los ocho hospitales regionales donde prestaban servicio mil ochocientos “médicos descalzos” y unos veinte con licenciatura. El hospital principal en la base de Orota, un laberinto de refugios, pasillos, laboratorios y quirófanos subterráneos, tenía un cargo de más de ochocientos pacientes.

Después de una larga marcha llegamos al frente: trincheras y caminos serpenteaban a lo largo de trescientos

kilómetros en una red de túneles excavados en la tierra y en la roca. Por un lado, treinta mil guerrilleros armados de kaláshnikovs; por el otro, un ejército de ciento cincuenta mil hombres y ochocientos tanques rusos apoyados por consejeros soviéticos, bombarderos Antonov, Migs y helicópteros MI-24. Estaba en curso un intercambio de golpes de artillería ligera. Desde nuestro punto de observación, en la cima de un cerro, se veían claramente, en el lado opuesto del valle, las posiciones etíopes de la XIX y XXI divisiones, a menos de doscientos metros en línea recta. Y debajo de nosotros la ciudad fantasma de Nakfa, arrasada por los bombarderos de Mengistu: un campo de ruinas calcinadas por el sol en medio de las cuales se erigía, solitario, un minarete.

Fue en el camino de regreso, en la retaguardia, donde me topé con el ejército de los prisioneros. Eran más de dos mil, acampados en estrechos desfiladeros entre las montañas de la Eritrea septentrional. Merodeaban como zombis, de un fuego de maleza a otro, con los uniformes verde olivo en harapos y los pies descalzos endurecidos por el frío. Pasaban la noche en las cavernas o guarecidos detrás de una piedra. Eran casi todos analfabetas y algunos tenían menos de quince años. Las moscas se precipitaban sobre cada resto de comida, hormigueando en los sartenes quemados por el fuego y en las cubetas de agua. Pero aun así insistieron en ofrecerme una taza de café.

Empezaron a encender las brasas y a moler los granos en un mortero de piedra, mientras el responsable del campo nos explicaba:

— Los visitamos tres veces al día pero no tenemos los fármacos para la malaria, el escorbuto, las disenterías y las

fiebres tifoideas. En total son casi ocho mil los prisioneros etíopes y para nuestras finanzas son un peso insostenible. Tratamos de educarlos, les explicamos la situación política y las razones históricas del conflicto. Luego los liberamos. Pero la mayor parte no quiere volver a Etiopía, donde los espera la cárcel, o de nuevo el frente.

Tres mil prisioneros liberados se habían quedado en Eritrea: considerados desertores por Adís Abeba, la Cruz Roja los había rechazado, declarándose “no competente” en el plano jurídico.

El café hervía en la olla. Alguien, en medio de la multitud agolpada alrededor del fuego, entonó un canto, tal vez un rezo al sol que poniéndose proyectaba la sombra espesa y amenazadora de la montaña sobre aquellos hombres olvidados por Dios y por el mundo. La obscuridad nos envolvió en pocos segundos, pero percibí sobre mí las miradas asombradas de mil prisioneros, cuando un soldado sirvió en el único vaso de vidrio el café destinado al huésped extranjero. Hubo un murmullo de aprobación. Luego se desataron las lenguas.

—Mi comandante no quería rendirse, se mató —decía una voz.

—Yo me alisté porque en el ejército sabes que vas a comer tres veces al día: pan, arroz y carne en lata rusa —decía otra.

Y otra más:

—Soy el mayor Petros Bezabh, piloto de la aviación rusa, condecorado. Me entrené en Phoenix, Arizona, en los F-5 americanos y en Kazajstán en los Mig. Mi avión fue derribado en vuelo rasante: también los pueblos, si son infil-

trados por la guerrilla, son blancos legítimos. Apenas tuve tiempo de lanzarme con paracaídas.

El segundo vaso de café era para el más alto en grado, el coronel y ex miembro de la Guardia imperial Girma Tessema, 51 años, 35 de servicio activo, cinco hijos en Adís Abeba.

—Si vuelvo a casa —decía— corro el riesgo de que me fusilen. No sé cómo acabará. La Unión Soviética quiere mantener el control estratégico y militar de esta región, asegurarse el acceso a los puertos de Assab y de Massawa. Y Mengistu no puede abandonar a los soviéticos. Si quiere conservar el poder tiene que obedecer a Moscú.

No se cuál haya sido el destino del coronel Tessema. Pero yo asistí a la caída del coronel Menghistu. En el mayo de 1991, de regreso de la Guerra del Golfo y una estancia en una prisión de Bassora cortesía de la Guardia republicana de Saddam Hussein, me encontraba en Jartum con Gabriella Simoni, enviada de la televisión italiana de Mediaset y compañera de detención en Irak. Era un servicio sobre la enésima carestía que se había abatido sobre Sudán. Nuestras antenas sin embargo estaban sintonizadas en Etiopía: la BBC refería que los rebeldes del FRDPE (Frente Revolucionario Democrático Popular de Etiopía) avanzaban sobre Adís Abeba. Los días de Mengistu estaban contados.

Nos lanzamos a la embajada de Etiopía para pedir una visa. Nos contestaron que el aeropuerto y todas las fronteras terrestres estaban cerradas. ¿Qué hacer? Entrar clandestinamente por Sudán era arriesgado y en todo caso nos hubiéramos tardado por lo menos una semana en llegar a Adís. La única posibilidad era intentar por Yibuti: espera-

ba la ayuda del comandante de la XIII Media Brigada de la Legión Extranjera, que había conocido en ocasión de un reportaje anterior, y confiaba en la porosidad de la frontera con Etiopía.

Nos embarcamos en el primer avión a París, pasamos la noche en el aeropuerto y al día siguiente estábamos en nuestro destino. Desde el estrecho de Bab al-Mandab soplaban el monzón del sur oeste y el calor, sobrecargado por la humedad, era insoportable. En el horno de nuestro hotel, que daba a un callejón iluminado por una vieja farola, el estruendo de un decrépito acondicionador, que no se dejaba apagar, nos impedía dormir. Desde las tabernas de la calle llegaban risas de borrachos, ruidos de riñas y vidrios rotos, hedores de cerveza y letrinas. Durante el día el sol era un yunque en la cuenca incandescente del cielo, y todos se refugiaban a masticar el *kat* en la húmeda penumbra de las casas.

De inmediato fue claro que la Legión, ocupada en enfrentar la ola de prófugos, no nos iba a asistir, que cruzar en auto la frontera había que excluirlo y que la idea de alquilar una embarcación hasta el puerto eritreo de Assab era irrealizable. Nos habíamos metido en un callejón sin salida y no parecía haber nada que hacer.

Lo que nos cambió la moral fue un italiano que conocimos casualmente en un bar.

—Puedo echarles la mano —dijo con aire de quien sabe mucho.

No me caía bien, era un tipo evasivo, a la deriva, con pinta enfermiza y descuidado, que vivía de tráfico oscuros y frecuentaba la zona franca del puerto: el clásico apañador

expatriado, que presumía amistades de alta cuna y se mantenía vago sobre su pasado. Pero no teníamos nada que perder en escucharlo:

— En Yibuti hay una sola persona que puede ayudarles y éste es su número de teléfono.

La oficina de Idriss Omar Guelleh estaba en calle de la Siesta, donde nos recibió con una cordialidad que me pareció sospechosa. Su hermano Ismail era el jefe del servicio de seguridad y unos años después ascendería a la presidencia de la minúscula república africana. Se definió como “un simple hombre de negocios”, y en efecto tenía muchos negocios, lícitos e ilícitos: corría la voz de que recibía generosas mordidas por todas las mercancías exportadas e importadas a Yibuti. Era un grandulón obeso, complacido del poder que ejercía, hundido el sillón del enorme escritorio como en un trono desde el que dominaba los destinos de aquel rincón de mundo. Y quiso demostrarlo.

— Todo tiene solución.

— Pero la frontera está cerrada.

— Eso depende.

Hizo una pausa para escrutar nuestras reacciones, luego agregó:

— Podrían llegar en tren hasta Dire Dawa.

— ¿En tren? Pero nos consta que el ferrocarril está fuera de uso desde hace años.

— Pero yo puedo hacerlo funcionar de nuevo.

Intercambié una mirada con Gabriella: se está burlando de nosotros. Idriss entendió de inmediato y para dar credibilidad a su propuesta explicó los detalles:

— Una locomotora y un carro de mercancía. Tendrán que adaptarse. Y les va a costar.

—¿Cuánto?

—Veinte mil dólares.

Era una cantidad enorme, muy por encima de nuestro presupuesto. Empezamos a negociar y yo me alejé con una excusa. En las negociaciones Gabriella era imbatible, lograba siempre obtener un resultado: en Bassora se había hecho querer hasta por nuestros carceleros. Y esta vez se superó a sí misma. Cuando me alcanzó estaba radiante:

—¡Bajó a tres mil! Saldremos hoy en la noche: a la medianoche van a ir por nosotros al hotel.

—Pero ¿cómo lo lograste?

—Me puse a llorar. Le hice creer que no teníamos dinero y que me despedirían si no lograba entrar a Etiopía: una escena napolitana. Al final cedió, pero quiso los dólares por adelantado.

Yo seguía sospechando. Olía a una trampa: ¿Por qué razón un capo como Guelleh nos hubiera ayudado por una cantidad tan insignificante para él? Y además volviendo a poner en uso un tren que hace mucho no se movía, sólo para nosotros, operación que hubiera requerido un permiso del más alto nivel. Absurdo. Sin embargo el chofer de Idriss se presentó a la hora establecida y con dos policías de escolta nos llevó a la estación.

La locomotora de vapor ya estaba lista. El maquinista nos hizo señas para que subiéramos al carro. No había nadie más. Nos sentamos en el piso del vagón, con la espalda recargada en las mochilas y las piernas colgadas por el lado abierto. El tren se movió lentamente, pero en cuanto salió de la estación frenó de repente y empezó a moverse en reversa: una ráfaga de ametralladora, voces agitadas, un

policía que nos ordena acostarnos al interior del vagón. El tren volvió a partir, luego paró otra vez y hubo otros disparos. Luego la locomotora puso la caldera a presión y con un chiflido se lanzó a las vías del tren, sin volver a pararse.

La tiniebla era absoluta: ni un vislumbre de luz en el perfil incierto de los cerros y en el desierto de piedras. Pero en el cielo africano miles de millones de estrellas ardientes y enjambres de galaxias nos acompañaban en el viaje. Estábamos al máximo de la felicidad: en marcha, finalmente, hacia nuestro objetivo, en aquel trenecito irreal que avanzaba a paso de tortuga y que parecía haber salido de un cómic de Hergé. Escuchábamos la BBC en una radio de onda corta. Dire Dawa era el último bastión que quedaba en manos de los soldados de Mengistu. No había periodistas extranjeros: habría escrito un reportaje extraordinario, del que ya imaginaba el comienzo. Y Gabriella, si los teléfonos funcionaran, se habría conectado en vivo con su noticiero.

Al amanecer estábamos en la frontera. Y las cosas empezaron a complicarse. En cuanto el tren se detuvo en el límite de la pequeña estación fue asaltado por una multitud de prófugos y de mujeres aullantes, que los guardias de frontera intentaron dispersar a macanazos. Pero fueron superados. En pocos minutos nos vimos aplastados contra una pared del vagón, mientras el resto de la gente se subía al techo y se agarraba a la locomotora. Yo estaba furioso. Temía que el convoy ya no fuera a partir. Sin embargo se movió y de inmediato cayó el silencio. No había lugar para sentarse. El aire era irrespirable: el calor era sofocante y las mujeres, contrabandistas de *qat*, emanaban un hedor ácido de orina.

Poco después del mediodía el tren se paró en un pueblito. El maquinista bajó para hacer una llamada desde el teléfono antiguo de la estación. Luego nos comunicó que teníamos que pasar la noche en el pueblo: Dire Dawa quedaba a tan sólo diez kilómetros, pero los rebeldes la estaban atacando. Imposible seguir, por lo menos por el momento. Nos hospedaron en una cabaña llena de moscos y nos ofrecieron un poco de comida: café y arroz hervido. Estábamos cansadísimos y nerviosos: otra vez nuestro plan corría el riesgo de no cumplirse y no había forma de comunicarnos con Italia. Dormimos poco y mal. Pero a la mañana siguiente volvimos a empezar nuestro viaje.

Llegando a la ciudad, en un convoy cargado de prófugos que procedía en dirección opuesta, vi algunos europeos que gesticulaban. Eran señas inequívocas: ¡vuelvan de donde vienen! ¡Los van a matar! Pero el tren ya estaba entrando en la estación.

Los ingresos estaban bloqueados y custodiados por hombres armados. La multitud empujaba desde afuera, donde se escuchaban disparos y ráfagas. El director de la estación fue muy explícito:

—Dire Dawa está en manos de los rebeldes. Están en peligro. Cazan a los blancos. Estamos organizando un convoy hacia Adís Abeba y vamos a ponerlos en la locomotora.

No teníamos opción. En la espera logramos escabullirnos fuera de la estación en búsqueda de un teléfono; rozando las paredes logramos llegar a un hotel. El dueño, un expatriado italiano, estaba atrincherado en el restaurante en la parte trasera. Dijo que las líneas telefónicas y el

Un dólar al día
télex estaban cortados, pero que podía cocinar una tortilla de huevo y darnos un par de botellas de agua.

Una hora después nos trepamos en la locomotora y el convoy se puso lentamente en marcha. Los vagones eran una media docena, llenados a reventar. Los desplazados se habían acomodado hasta en los techos, por centenares: hombres ancianos, mujeres, niños, bebés envueltos en telas de colores anudadas a la espalda de sus madres. Un viaje interminable, interrumpido por largas pausas. A cada parada el maquinista se colgaba al teléfono para pedir luz verde para la estación siguiente. Cruzamos un país en guerra: llegaban noticias de saqueos y enfrentamientos entre los Afar y los Issa, las tribus que habitaban aquel territorio. En un pueblo por donde pasamos sin detenernos estaban disparando. Había cadáveres a los lados de las vías del tren, heridos acostados en rudimentarias camillas y guerreros armados de kaláshnikovs, machetes y espadas.

No teníamos nada que comer. Masticábamos el *qat* del maquinista y sacábamos el agua de un tanque de plástico. Los prófugos estaban peor. Durante una parada sepultaron debajo de un mango a dos niños que habían muerto de hambre o de malaria. En una estación un grupo de niños sedientos intentó escalar la torre de agua que suministraba la caldera de la locomotora: la escalerita cedió y uno de ellos se estrelló en el suelo, sin un grito.

Llegamos a Adís Abeba un poco antes del amanecer del día siguiente. En el cielo flameaban las luces de un incendio, con explosiones de cohetes y de bengala, parecidos a fuegos artificiales: había explotado un depósito de municiones. En las calles había filas de prisioneros sentados en

el suelo con las manos atadas detrás de la espalda y camionetas de guerrilleros con las ametralladoras allanadas. Un tanque custodiaba la reja del Hilton, pero los soldados nos dejaron pasar. Los colegas de las televisoras que acampaban en el lobby nos rodearon: éramos los únicos periodistas que podían contar lo que pasaba fuera de la ciudad.

Han pasado casi veinte años. Adís ha cambiado. Nuevos hoteles, nuevos edificios de oficinas, tráfico, cafés internet. En el mercado central, a un lado de los puestos donde las mujeres van a hacer compras envueltas en el *netela*, el rebozo de algodón blanco, aparecieron puestos de DVDs, videojuegos y celulares chinos. Pero los vestigios italianos resisten, aunque un poco descoloridos. Las escuelas, los hospitales, las iglesias y las mezquitas construidas en los años 40 y 50 del siglo pasado por empresarios como Mario Buschi, que también firmó el parlamento de Etiopía y el teatro imperial. El Africa Hall del arquitecto de Siena Arturo Mezzedimi, sede de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para África, inaugurada en 1961. El Círculo Juventus. Y el restaurante Castelli, abierto en 1948, donde clientes como Bob Geldof, Jimmy Carter y Brad Pitt siguen apreciando el fetuchini al gorgonzola y los raviolos con hongos de la señora Rosa, viuda del fundador Francesco, que había llegado a Etiopía con el ejército de Mussolini.

Para salir de la capital los periodistas tienen que acreditarse y obtener un permiso de viaje del ministerio de Información: los controles son severos y el Ogaden, de donde llegan las noticias de masacres y pueblos arrasados, está fuera del alcance de las ONG's y las agencias de la ONU. Meles Zenawi, líder del Frente Revolucionario Democrá-

Un dólar al día
tico Popular de Etiopía y primer ministro desde 1995, ha abandonado el marxismo-leninismo y ha impulsado reformas económicas e institucionales que desembocaron en un sistema híbrido: una democracia federal piloteada desde arriba, en la que conviven centralismo y cautas aperturas al mercado, privatizaciones y burocracia de estado, multipartidismo y represión del disenso.

La sección “Prensa extranjera” en el primer piso del Ministerio, parece la fotocopia del Departamento para la Prensa Extranjera del Moscú de tiempos de la URSS: una oficina llena de expedientes y archivos donde el dirigente en turno me somete a un amable pero escrupuloso interrogatorio. Hay formularios que rellenar, hojas que firmar, documentos que sellar. En la identificación están marcadas las provincias que estoy autorizado a visitar, previa notificación a las autoridades locales. He declarado que quiero escribir un artículo sobre la emergencia alimenticia y sanitaria del estado de Oromya. Pero mi objetivo es descifrar el enigma del hambre verde, el misterio de la carestía que flagela una región fértil, exuberante, rica en lagos y surcada por ríos perennes: el tanque de agua de África Oriental, de cuyos altiplanos brotan las aguas que alimentan el Nilo.

Es un misterio que se espesa leyendo las estadísticas. Etiopía, con un rédito anual per cápita de 160 dólares, es una de las naciones más pobres del planeta. Sin embargo, invierte en agricultura el 17 por ciento de su presupuesto. La crónica inseguridad alimentaria parece todavía más inexplicable si se considera el monto de las ayudas y los capitales que fluyen al país. Desde 1985, cuando la carestía mató a casi un millón de personas y el

concierto Live Aid organizado por Bob Geldof detonó un movimiento de solidaridad internacional sin precedentes, Etiopía está entre los mayores beneficiarios del mundo en ayudas y asistencia humanitaria: más de dos mil millones de dólares al año, en gran parte erogados por el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el gobierno de los Estados Unidos, principal donador, que tan sólo en 2011 ha asignado 583 millones de dólares. Las tres mil ONG's en actividad, además, gastan en conjunto cada año más de mil millones de dólares en proyectos en el campo. Las ayudas internacionales representan casi el 40 por ciento del presupuesto del estado.

El dirigente del WFP, con quien me reúno en una oficina recién limpiada después de haber superado los controles de rutina y los detectores de metal, me da su interpretación. La primera causa de la inseguridad alimentaria es la explosión demográfica. En 1984, el año de la gran carestía, la población etíope no rebasaba los 34 millones. Hoy Etiopía, donde nacen cuarenta mil niños a la semana, cuenta con más de ochenta millones de habitantes, con una media de 5.4 hijos por núcleo familiar. El 85 por ciento vive de la agricultura: esto significa que, a pesar de un crecimiento anual total del diez por ciento del sector agrícola, la producción per cápita ha disminuido en más de una tercera parte y la superficie de campos cultivados se ha reducido a niveles de simple subsistencia. Una quinta parte de los campesinos dispone de campos de veinte metros por cuarenta, equivalentes a la mitad del requisito de cereales. El país, básicamente, no es capaz de producir el alimento necesario para alimentar a la población: entre el 10 y 18%

Un dólar al día
sobrevive sólo gracias a las ayudas internacionales y cuatrocientos niños mueren cada día a causa de la desnutrición. Más de la mitad de los etíopes vive con menos de un dólar al día.

—No nos hemos alejado lo suficiente de la línea de pobreza para tener un margen— admite con dificultad Meles Zenawi. En cada evento climático corremos el riesgo de caer al precipicio.

Pero es justo a la política económica de Meles que se le puede imputar la segunda causa de la crisis alimentaria. La mano pública sigue siendo pesada. El gobierno controla las principales industrias, la distribución de fertilizantes y en parte de las semillas. En 1995 nacionalizó la propiedad de la tierra, con consecuencias desastrosas en la productividad y la organización del campo, donde las inversiones están más orientadas hacia los más redituables cultivos para la exportación (café y flores). El ejército, con sus veinte mil “consejeros rurales” sueltos en el campo, se ocupa sobre todo de cobrar contribuciones fiscales.

—Hablan de libre mercado— afirma el economista Befekadu Degefe— pero hacen lo que pueden para obstaculizar las privatizaciones.

Las ONG’s relevan que los países donadores gastan menos del cinco por ciento en proyectos a largo plazo y en el riego. La mayor parte de la ayuda se usa para paliar la crisis, sirve a los productores occidentales para deshacerse del excedente agrícola, en detrimento de las inversiones estructurales. Y acusan al gobierno de obstaculizar sus actividades. Una ley aprobada por el parlamento prohíbe a las ONG’s ocuparse de derechos humanos y de “interferir

en los asuntos internos” de Etiopía. En 2007 el Comité Internacional de la Cruz Roja fue expulsado con la acusación de haber dado asistencia a los rebeldes somalíes de Ogaden. En 2008 Georgette Gagnon, responsable por África de Human Rights Watch, denunció una “conjura del silencio” de los países donadores frente a los abusos de los militares que en Ogaden impiden la distribución de las ayudas, confiscan el ganado y limitan el acceso a los pozos.

El reporte de Human Rights Watch, “Collective punishment: war crimes and crimes against humanity in the Ogaden area of Ethiopia’s Somali regional state”, documenta las violencias sistemáticas del ejército en contra de civiles durante la campaña que siguió al ataque de los rebeldes del Frente de Liberación Nacional de Ogaden contra de una instalación petrolera a Obole, en abril de 2007, que concluyó con la muerte de 70 obreros chinos y etíopes. Las represalias incluyen violaciones, arrestos arbitrarios, ejecuciones sumarias y demoliciones de aldeas. No obstante, el gobierno estadounidense, entonces guiado por George W. Bush, siguió aumentando el monto de la ayuda concedida a Adís Abeba, considerada un aliado estratégico en la lucha al terrorismo islámico en África y en la cercana Somalia.

En Etiopía, así como en otras partes, la pobreza es un negocio: una industria que prospera a cada carestía y que involucra a las instituciones internacionales, los donadores, las organizaciones humanitarias y las administraciones locales. Es un mecanismo de dependencia que se autoalimenta. Las ayudas son una preciada fuente de divisas para Adís Abeba, que aplica un tarifario en los bienes importados: el cinco por ciento en los mosquiteros, el

33 por ciento en los medicamentos, el 51 por ciento en los productos alimentarios.

—En un implante para el control de la potabilidad del agua que en la Unión Europea cuesta 2,440 euros —afirma el responsable de la logística de una ONG— el retiro es de 1,800. Y al final de la misión tenemos que dejar al gobierno todos nuestros equipos, incluyendo los vehículos.

El negocio de las ayudas mueve enormes intereses económicos. Por lo menos una parte del río de dinero se dispersa en los riachuelos de la corrupción, en la especulación inmobiliaria, en el mastodóntico aparato de las agencias de la ONU, en las fincas con alberca de la *nomenklatura* y en el corpulento balance de las fuerzas armadas.

En los años pasados el gobierno ha aprobado un plan de prevención y asistencia articulado en tres organismos: la Red de Seguridad Productiva, gracias al cual siete millones de campesinos en riesgo de malnutrición reciben dinero o alimento a cambio de trabajo en el sector público; el Sistema de Alerta Anticipada de Hambrunas, que analiza las variaciones pluviométricas y los índices económicos de base; y una red nacional de operadores sanitarios encargados de detectar los primeros síntomas de malnutrición a nivel local. Esto no impidió que se repitieran las emergencias, amplificadas por el aumento del costo de transporte, de los fertilizantes y de los alimentos: el precio de las papas, del maíz y del sorgo se ha triplicado, empujando la tasa de inflación alimentaria más allá del 75 por ciento.

—Todo aumenta: el aceite, la harina, la gasolina. Y el dinero nunca alcanza —dice Tewodros, el conductor de la Toyota. —Los campesinos llegan a la ciudad esperando

encontrar algo de comer. Pero más gente llega, y más aumentan los precios. Vamos hacia el sur.

Atravesamos los arrabales de la periferia: cabañas de madera y lodo, algún edificio en construcción con las ventanas a espejo color verde y plata, grandes anuncios publicitarios de teléfonos celulares, niños que piden limosna en las esquinas, iglesias coptas llenas de gente por la misa dominical. El barrio de los somalíes, cerca del aeropuerto, es una pequeña Mogadiscio, con los letreros en árabe, las mujeres escondidas en el velo islámico y los hombres masticando *qat*. En la ciudad las condiciones de vida son mejores: las expectativas de vida más altas, las escuelas y los hospitales más accesibles. Pero la incesante migración del campo somete a una dura prueba al tejido urbano de la capital y su disposición social.

En los puestos están en venta latas de aceite y bultos de harina importada.

—Cuesta menos que la nuestra —explica Tewodros. Para los productores locales es un desastre. Conoces el proverbio chino: si das a un hombre un pescado lo nutres por un día, si le enseñas a pescar le quitas el hambre para toda la vida.

Y me cuenta la historia de Ermyas Amelga, un empresario etíope graduado en Boston que en los años noventa fundó una fábrica estatal de aceite vegetal. El establecimiento, que daba empleo a 180 obreros, rendía 150 mil dólares al año. Pero en la primera emergencia alimentaria las agencias internacionales triplicaron la importación de productos básicos e inundaron el mercado de aceite de bajo costo: Amelga empezó a registrar un pasivo de treinta mil

dólares al mes y en un año tuvo que cerrar las instalaciones y despedir a sus trabajadores.

El horizonte es amplio a los dos mil metros del altiplano y el cielo, avaro de lluvia, es de un azul brillante. Los ríos escarban la arcilla e inciden profundos surcos donde crecen enormes ficus, eucaliptos, jacarandas moradas y árboles coronados de brotes color bermellón. Los campesinos están terminando la cosecha de otoño y una luz de alta cuota reverbera en los pastizales verdes de la Rift Valley, los volcanes y los maizales. En la carretera se han multiplicado los invernaderos de cultivo industrial de rosas de la holandesa Sher Holland, productora de flores líder en el mundo, y de fresas de la Ilan Tot, controlada por el empresario israelí Ilan Eliyaho, que bombean agua de los vecinos lagos con poderosas bombas de agua flotantes.

Al atardecer llegamos a Shashamene, en la región de Oromya, una de las nueve divisiones étnicas del país, y, ante todo, resuelvo la indispensable práctica burocrática: la firma del representante local del gobierno en mi permiso de viaje. La oficina está cerrada, pero después de una angustiante búsqueda, encuentro al funcionario en la mesa de una conferencia sobre el Sida en un hotel de la ciudad y obtengo la visa.

La brisa ha cesado. Los halcones y los buitres vuelan en círculos por encima de las casas y en las banquetas las mujeres que asan elotes miran con cierta ansiedad las nubes que cargan rayos. La lluvia llega de repente, rugiendo en los techos de lámina y en pocos instantes la calle se ha vuelto un río color ocre. Las ruedas de los *gari*, tuertas calesas jaladas por esqueléticos burros, se hunden en los

charcos y los niños aprovechan para desnudarse y darse un baño.

— Agua desperdiciada — comenta Tewodros sorbiendo una cerveza St. George en el bar en el que nos refugiarnos. Ha llegado en el momento equivocado. Y no hay cisternas para almacenarla.

La radio anuncia que el gobierno pidió ayuda a la comunidad internacional para enfrentar la emergencia. Según el WFP se necesitan por lo menos 285 millones de dólares en seis meses para combatir la carestía que amenaza la supervivencia de diez millones de etíopes. No será fácil obtenerlos: los donadores, a pesar del compromiso que se asumió en julio de 2009 en el G8 de L'Aquila de asignar veinte mil millones de dólares para superar la inseguridad alimentaria en los países pobres, cerraron el grifo.

Una vez más la cosecha de maíz se ha perdido. Y una vez más empiezan las polémicas. La importación de comida, insisten las ONG's, es necesaria para salvar vidas humanas en lo inmediato, pero no es resolutive. Se necesitan sistemas de irrigación, graneros, pozos, transportes y mejor infraestructura. Sobre todo en presencia de un recrudecimiento de los fenómenos atmosféricos adversos imputables a la alternancia de los ciclos climáticos naturales y a las variaciones causadas por el efecto invernadero: lluvias siempre más erráticas, violentas, imprevisibles; periodos de sequía más frecuentes, seguidos por inundaciones que eliminan el sutil estrato de humus fértil. Por el cuarto año seguido de la tardía aparición y de la escasez de *kiremt*, la gran lluvia, arruinó el *meher*, la principal temporada de cosecha que de junio a octubre garantiza el noventa por cien-

to de los cereales. También la estación de *belg*, de febrero a junio, ha sido comprometida por una pluviometría inconstante. Las previsiones de los climatólogos no son alentadoras. Las precipitaciones en África Oriental han sido influenciadas por El Niño, la corriente cálida del Pacífico meridional, que parece tener la tendencia a intensificarse y a prolongarse en el tiempo.

—Las lluvias son siempre más irregulares y las cosechas no llegan a madurar —lamenta Kes Tekli, de 78 años, un inmigrante jamaicano que construye tambores de madera y piel de chivo en una barraca de ladrillos crudos en el barrio rastafariano de Shashamene. Y el hambre se volvió endémica. Estamos en las manos de Dios.

El pueblo de los rasta, 500 hectáreas de “tierra prometida” donada por Haile Selassie (en arameo: “el poder de la Trinidad”) a sus adeptos, da hospedaje a 350 fieles, cinco congregaciones, un museo dedicado al emperador y numerosos templos tapizados de fotos del Rey de Reyes y de Bob Marley. En los campos y entre los cuchitriles de lámina crecen exuberantes plantas de cannabis: cultivos re-dituables para los campesinos, que la venden a los discípulos del León de Judas.

Cabinda Habre Selassie, gran sacerdote de la casa espiritual de Nyahbinghi, la “Victoria Negra”, llegado a Shashamene hace veinte años desde la isla caribeña de Dominica, se arma un porro de marihuana y me explica su punto de vista:

—Aquí el agua no falta. Hay lagos, ríos y miles de hectáreas cultivables. Pero cada año hay carestía y la gente muere de hambre. Todo el sistema está mal: está fundado en

el dinero, en una lógica de enriquecimiento material que no toma en cuenta el bienestar espiritual de las personas. El gobierno incentiva los cultivos para la exportación, las flores y el café, útiles para obtener divisa extranjera para pagar una parte de la deuda externa, pero los campesinos no tienen nada que comer. En tiempos de Mengistu, por lo menos teníamos las cooperativas agrícolas. La sociedad actual mata de hambre a los pobres y premia los políticos corruptos y los especuladores que destruyen el medio ambiente.

El día siguiente, Sophie, responsable de las “clínicas rurales” de Médicos sin Fronteras, me acompaña al vecino hospital de Kuyera. Los enfermeros pesan a los niños, llenan registros médicos, ensartan cánulas en las fosas nasales. Las patologías son las típicas de las zonas de carestía: desnutrición, desarrollo retrasado, disentería, afecciones a las vías respiratorias, con el usual corolario de tuberculosis y malaria.

—Las mamás —explica Sophie— llevan a los niños a la clínica sólo cuando están en condiciones desesperadas, a menudo después de haber intentado con remedios de la medicina tradicional. Hay mucha ignorancia: dos de tres campesinos son analfabetos.

Partimos hacia Fajigole, una *kebele* (comunidad) a una hora en *jeep* por un camino de terracería lleno de baches y a cuyos lados crecen altos cactus y plantas de flores olorosas. Aves multicolores componen las complicadas arquitecturas de sus nidos en las ramas de las acacias. En el cielo voltean los ibis del largo beco curvo y en la sabana los niños pastores llevan las vacas a los pastizales. Nos cruzamos con muchachos que empujan carriolas de basto-

nes trenzados, con largos mangos y una pequeña rueda de hierro, cargados de estiércol y de heno. En las comunidades no hay luz eléctrica, en las casas no hay refrigeradores ni televisiones. El objetivo es la supervivencia: hombres y mujeres luchan para procurarse un sólo bien de consumo, el alimento. La escala de valores y de las necesidades materiales está volteada respecto a Occidente. No hay márgenes: si el precio de la harina aumenta se deja de comer.

El centro nutricional de MSF está cercado por una empalizada de madera y de alambre y a su entrada se ha juntado una multitud de mujeres con hijos en los brazos. Los guardias dejan entrar a los más necesitados. Al interior, debajo de las carpas y en los repartos divididos por paredes de estera, los médicos se ocupan de los casos urgentes mientras los enfermeros pesan a los niños en una cubeta de plástico colgada a una balanza, miden su altura acostándolos en un eje milimetrado y distribuyen raciones de Plumpy Nut, un alimento terapéutico listo para consumirse inventado en Francia e inspirado en la Nutella. Cada paquete, ahora producido también en Etiopía, contiene una masa energética de cacahuates, grasas vegetales, leche en polvo, malta, azúcares, sales minerales y vitaminas por un total de 500 kilocalorías.

Kamar, que tiene sólo dos años, tiene el rostro excavado de arrugas, el vientre hinchado, la piel amarillenta y flácida, el pelo descolorido. Tiene decaimiento, el estado agudo de la desnutrición. Tal vez lograrán salvarlo. Tal vez su frágil organismo no resistirá a la tuberculosis y a la malaria, que afecta a más de la mitad de los pequeños internos. Zahra, la madre, que tiene otros siete hijos, dice que sin ayudas morirían de hambre:

—Las lluvias de primavera han sido escasas y los insectos devoraron el maíz. No tenemos dinero para comprar fertilizantes ni insecticidas. Ya vendimos nuestra vaca por quinientos birr, treinta euros, un mal precio. Luego nos endeudamos con los usureros del mercado. Y cuando las escoltas se acabaron empezamos a cocer las raíces de las hierbas del campo.

Tayebe, de trece años, cuenta que en su familia comen una vez al día:

—Papás y zanahorias de la huerta, un poco de pan y café. Tenemos todavía una vaca y hacemos mantequilla, pero vendimos todas las cabras y ya no tenemos nada. Tenemos que comprar hasta el agua, en la bomba del pueblo: cada tanque cuesta 35 centavos.

En el pozo las mujeres están formadas para llenar los tanques. Los que no pueden permitirse pagar tienen que bajar al río, a dos horas de camino: en los caminos se encuentran a las niñas en marcha, dobladas bajo el peso de los tanques de 25 litros.

Todos indican que la ausencia de sistemas de irrigación y de cisternas para el agua de lluvia y de graneros para conservar la cosecha, y la extrema parcelación de la tierra, que impide la rotación de los cultivos, son las principales causas de la carestía. El alto costo de los fertilizantes, además, empuja a los campesinos a endeudarse y a vender a precios inferiores su ganado para poder pagar las deudas con intereses de usura (del 40% al 300%), perpetuando y agravando el círculo vicioso de la pobreza, de la inseguridad alimentaria y de la dependencia de las ayudas.

Bashir Haj Adem vive con su esposa Tayebah y ocho hijos en una cabaña de lodo y estiércol seco sin venta-

nas. La única luz entra por debajo de la puerta de madera y por las fisuras en el techo de hojas de maíz y pedazos de madera. Cuando llueve, el techo, del que penden los sucios fragmentos de un mosquitero, se vuelve un colador y hay que esconderse debajo de una lona de plástico. Tayebbeh, agachada a un lado de una pequeña olla negra, aviva unas pequeñas brazas de ramas: cocina la única comida del día, una sopa de hojas, sorgo y hierbas salvajes.

El humo agrio llena el aire de densos olores vegetales. Dos niñas, vestidas de trapos, dormitan en el piso de arcilla, acurrucadas en una cobija. Los otros niños, los cachetes y las rodillas hinchadas por el edema, el pecho y las piernas esqueléticas, los ojos y la nariz obstruidos por mocos y moscas, se quedan inmóviles, con una expresión perdida: no sonríen, no juegan, no hablan. Una chica emba-razada, intimidada, baja la mirada. Un viejo, tirado en una estera, tose y escupe. Los senos de Tayebbeh, que tiene sólo 28 años, están vacíos: el bebé colgado a su pezón emite un débil y monótono lamento.

Bashir, en el umbral de la cabaña, escruta el cielo: las lluvias de *chellema*, el tiempo de las tinieblas, ya llegaron, pero se necesitarán meses para tener otra cosecha.

—Muchos animales murieron —cuenta. Me quedan una cabra y algunas gallinas, pero tendré que venderlas para comprar semillas. Es así ya hace tres años. La lluvia llegaba siempre al momento oportuno en el tiempo de mi abuelo y también en el tiempo de mi padre. Ahora ya no. Y no hay nada que comer. Sólo Dios sabe cómo le vamos a hacer para seguir adelante.

En su campo los plátanos se secaron, los camotes se marchitan y los frutos de un gran mango todavía están verdes.

—Fabricamos vasos de barro y los vendemos en el mercado, pero no nos alcanza para la comida y las medicinas.

Debajo del mango, Bashir erigió un pequeño templo: piedras, conchas, amuletos de tela colorada y de piel. Sirve para mantener lejos los *ibab*, serpientes venenosas, y para congraciarse con los espíritus del bosque.

—Mis hijos no crecen y pronto morirán: éste es el lugar que elegí para enterrarlos.

De regreso a Adís me paro a saludar a don Gianfranco Magalini, que en la parroquia de Gighessa ha construido escuelas, guarderías, institutos de formación profesional y un centro para niños discapacitados que asiste a pacientes con malformaciones congénitas, poliomielitis, éxitos de traumas y graves quemaduras.

—Aquí no hay industrias y la densidad antrópica es muy elevada —explica Magalini, que está en Etiopía desde 1984. Las herramientas agrícolas son rudimentarias y, como ya habrás visto, la cosecha del *teff*, el cereal rico en hierro con el que se amasa la *'ngera*, está a la merced de la lluvia. Los campesinos no están acostumbrados a prever lo peor: en idioma amhárico los verbos no tienen el futuro.

El “hambre verde” se me acerca una última vez, con su cruda y paradójica incongruencia, mientras bajamos de un cerro donde está la misión. El maíz y el *teff*, regados por las lluvias de los últimos días, parecen resucitados y el ganado bebe agua de los charcos. Pero la mitad de las tierras cultivables está abandonada. Y desde un claro entre cactus y jacarandas llega el llanto de una procesión. Las mujeres transportan una camilla de caña y hojas de plátano. La colocan en el pasto húmedo y se forman detrás de los hom-

bres que se quitan los zapatos. El Imán, volteado hacia el oriente, pronuncia las fórmulas del ritual. Luego levanta el cadáver, envuelto en una cobija, de Amina, de seis años, y lo acuesta en una fosa excavada en la arcilla roja.

PAKISTÁN

La leche lo cura todo

Dicen que el hotel es seguro porque está cerca del distrito de negocios de Karachi. Pero en la calle tengo la incómoda sensación de estar siendo observado. Entonces me doy cuenta de que soy yo quien mira a su alrededor para escrutar a los transeúntes: barbas islámicas, mujeres con velo, empleados con 24 horas de trabajo bajo el brazo, muchachos en moto y estudiantes de escuelas religiosas con el ceño fruncido envueltas en cándidos sarwal-kameez. Y, en esta zona, frente al restaurante Villa, donde secuestraron a Daniel Pearl del *Wall Street Journal*, no se ven extranjeros por ningún lado. Fue el 23 de enero de 2002. Su cuerpo decapitado y descuartizado fue encontrado en avanzado estado de descomposición, cuatro meses más tarde, en una tumba poco profunda en el barrio de Gadap.

Cada día la televisión y los periódicos actualizan el boletín de guerra: tiroteos a plena luz del día con decenas de muertos, atentados suicidas, sangrientos enfrentamientos de trasfondo político y religioso, secuestros, masacres en mezquitas, bombardeos aéreos e incursiones del ejército y la policía. Pakistán, el segundo país musulmán más poblado del mundo (170 millones de habitantes), es el frente central en la lucha contra el terrorismo y la piedra angular del con-

flicto afgano. Pero los problemas de Afganistán palidecen en comparación con el polvorín de Pakistán, hogar de todos los ingredientes que alimentan la red de Al-Qaeda: inestabilidad política, una red fundamentalista capilar, resentimiento anti-estadounidense inflamado por el trágico número de muertos civiles, un arsenal nuclear que le quita el sueño a los planificadores del Pentágono, santuarios y campos de entrenamiento en las zonas tribales y en las inaccesibles zonas montañosas del noroeste, fácil acceso al mercado negro de armas y la tecnología electrónica, una policía corrupta, apoyo de las tribus pastunes y la colusión no disimulada de la ISI, los servicios secretos de Islamabad.

Osama Bin Laden, que murió el primero de mayo de 2011 a manos de un comando de las fuerzas especiales estadounidenses en Abbottabad, a cien kilómetros al noreste de Islamabad Karakorum Highway, estaba escondido en una villa fortificada a sólo setecientos metros de la Academia Militar de Pakistán. Pocos países en el mundo son tan peligrosos para un occidental.

En muchos distritos los mulás han impuesto un estricto cumplimiento de la sharia, la ley del Corán. Algunos meses antes de la ofensiva del 2008 que permitió que el ejército tomara el control parcial del valle de Swat, logré evadir los puestos de control y recorrer el hermoso valle de Swat (en sánscrito Uddiyana, jardín) situado al norte de la planicie del Peshawar en 2008. En los años sesenta y setenta este valle se había convertido en un destino mítico para los hippies en camino a la India y al Himalaya: un remanso de paz rural y de contemplación mística, entre huertos y campos de trigo. Durante miles de años, el Swat ha sido atravesado por caravanas

de peregrinos y comerciantes de China y de las llanuras del Indo y del Ganges, y ha sido una encrucijada de intercambios entre culturas. En 327 AC Alejandro Magno conquistó la ciudad-fortaleza de Ora (Udegram), donde pasó el invierno con su ejército, protegido de los ataques de las tribus afganas que poblaban las montañas a lo largo del río Kabul. En la segunda mitad del siglo VIII, el monje Padmasambhava partió desde el Swat para irradiar el budismo en el lejano Tíbet. Y en ese valle, la misión arqueológica italiana que el gran orientalista Giuseppe Tucci puso en marcha en los años cincuenta, descubrió miles de esculturas, pinturas, sitios de arte rupestre, estupas budistas, ciudades helenísticas, monasterios y mezquitas antiguas. Tucci describe esas primeras excavaciones en un pequeño y fascinante libro llamado *El Camino de Swat*.

Voy de Muzaffarabad a Azad Jammu, la Cachemira paquistaní. Los militares de Besham me conceden el paso después de largas consultas por radio con sus mandos y me ponen en guardia: "No se detenga en el camino, no salga del carro y váyase del Swat tan pronto como le sea posible". Por suerte para mí, el conductor, un alpinista de Baltistán que escaló las pendientes del K2, no se percató de los riesgos que estábamos corriendo; si no, se habría negado a acompañarme. El tráfico a lo largo de las curvas pronunciadas se hacía cada vez más escaso: motos, *jeeps*, carros tirados por camellos, búfalos y rebaños de ovejas. En los pueblos sólo se veían hombres armados. Acaba de comenzar el Ramadán y las mujeres están recluidas dentro de sus casas. Por la noche, cuando llegamos al Hotel Serena de Mingora, la principal ciudad del valle, las pocas luces en las alturas se mezclan con la de las estrellas. Soy el único

cliente y el conserje se apresura a recomendarme que no salga a caminar y que evite el mercado:

—Busque pasar desapercibido. Use el turbante y deje que hable el conductor.

Al día siguiente sólo visité el museo y los sitios arqueológicos: el vasto complejo de estupas de Mingora y las excavaciones de Ora-Udegram. Pero las advertencias eran cada vez mayores. Haj Khone Ghol, el viejo guardián del sitio arqueológico de Ora, me confirmó que desde hace dos años no veía un solo periodista extranjero. La misión Italiana había sido suspendida. “Hace tres días, un kamikaze estalló mientras preparaba un ataque, cerca de aquí, en un distrito de Mingora. Regrese a su coche, por favor; váyase. ¿Ve esas casas? Ellos nos están observando.”

Incluso el director del Serena estaba preocupado. Me pintó una imagen penosa de la antigua “Suiza de Pakistán”:

—El Maulana Fazlullah Qazi ha emitido una fatua que obliga a las mujeres a quedarse en casa. Los viernes arenga a los fieles con un megáfono, montado en un caballo blanco frente a la mezquita de la localidad de Imam Dehri. Invoca la yihad y llama a sus discípulos a quemar televisores, computadoras y barberías. Afirma que la vacuna contra la polio es una diabólica conspiración occidental para exterminar a los musulmanes; amenaza a los padres que se atreven a enviar a sus hijas a la escuela. Decenas de escuelas para niñas han sido arrasadas.

Aún más alarmante era la unión manifiesta de los movimientos fundamentalistas de Pakistán, los talibanes y los voluntarios árabes de Al-Qaeda. Fazlullah se proclamaba seguidor del Mullah Omar. En octubre de 2001, su sue-

gro, el maulana Sufi Muhammad, líder de Tehrik-i-Nifaz-e-Shariah-e-Mohammedi (TNSM), el Movimiento para la Aplicación de la Ley del Profeta, había enviado a Afganistán a más de diez mil voluntarios para luchar contra los marines involucrados en la operación Enduring Freedom. “Hay cientos de combatientes árabes, uzbekos, chechenos” en la lista del director. “Se instalan en las granjas en la orilla derecha del río. Son ellos los que se sacrifican en los ataques suicidas, una práctica opuesta a la ética pastún.”

En el calor de la conversación, deja escapar una valiosa información:

— Antier dinamitaron el gran Buda de la Jahanabad.

Recordé la fotografía de la colosal estatua de roca en el libro Tucci y decidí inmediatamente ir al sitio. Le arranqué las instrucciones para llegar al renuente director del hotel, conseguí un intérprete local, y en la madrugada llegábamos al pueblo de Shakhoray, desde donde proseguimos a pie, caminando por la cresta de una colina arbolada entre grandes claros sembrados de maíz. Era un camino milenario marcado por gastados escalones de piedra e inscripciones en sánscrito; un camino sagrado que conduce hasta el pie de la roca donde el Buda está tallado en padmasana, la posición de flor de loto: ocho por cinco metros, el más grande de Asia, después del Buda de Bamiyán en Afganistán, que se había visto reducido a pedazos por la furia iconoclasta de los talibanes un par de meses antes.

Nos detuvimos a contemplarlo. Las notas del Instituto Italiano para África y Oriente describen un relieve “de excepcional importancia descubierto por Sir Aurel Stein en 1929 y que data del siglo VII, la última fase del budismo en

Gandhara. Las cortinas imitan una tela fina; rostro amplio y macizo, boca pequeña y carnosa cerca de la nariz, ojos entornados, muy grandes y alargados". La cara había desaparecido. A la altura de la frente se podían ver los agujeros de los martillos neumáticos y las rayas negras de humo que dejaron las explosiones. En el piso había grava, fragmentos de rocas y cantos desprendidos del acantilado. El cuerpo y el trono habían sido acribillados con proyectiles.

Con Hassan, el guía, buscamos testigos. El primer intento —decían— había fracasado. Las cargas habían destrozado la parte superior de la pared de roca, a cuarenta metros de altura, sin rayar la imponente figura. Pero en la noche del 29 de septiembre, los talibanes estaban de vuelta.

—A las tres de la mañana —según Mustaqim, un agricultor—, estaba llevando el almuerzo que comemos antes del amanecer durante el Ramadán al mulá de la mezquita sehri, cuando los vi llegar, a bordo de una docena de vehículos, armados con ametralladoras y martillos neumáticos de gasolina. No sé quiénes eran. Muyahideen: hablaban nuestro idioma, pashto, pero no eran gente del valle. Nos dieron a entender que se quedarían en nuestras casa, se llevaron los teléfonos móviles y desaparecieron por el camino.

Hamid Khan, que vive con sus ovejas, y un grupo de niños en una casa a doscientos metros del Buda, estaba aterrorizado:

—Sólo vi sombras con antorchas y oí las explosiones. No podemos hablar, de lo contrario, nos matarían.

Nos alejamos sin hacer más preguntas. El conductor estaba nervioso. Decía que nuestra presencia había sido observada y que se veían caras extrañas en los alrededores.

Todo el valle estaba repleto de militantes armados. Nos encontrábamos en el patio trasero de Al-Qaeda, a pocos kilómetros a vuelo de pájaro de los campos de entrenamiento de los muyahidines de Bin Laden y el Mulá Omar. Ni siquiera cuando cruzamos el Indo, al sur de Peshawar, me sentí seguro. El ejército, que en la frontera con Afganistán había desplegado ciento veinte mil hombres, preparaba una nueva ofensiva. Pero las milicias islámicas no parecían asustarse. A Quetta, en el Baluchistán, el centro de operaciones de la guerrilla en el sur de Afganistán y asiento de la Shura del Mullah Omar, seguían llegando reclutas y fondos obtenidos de donantes árabes. Los talibanes, firmemente enraizados en el Waziristán del Sur y del Norte, en el Bajaur y en Mohmand, están cada vez más activos, incluso en la agencia de Khyber, y atacan implacablemente los convoyes de suministros estadounidenses que se dirigen desde Karachi hacia Kabul y Shamsi, base pakistaní donde despegan los aviones Predator no tripulados.

— ¿Me preguntas si algo ha cambiado? Sí, pero para peor.

Aijaz, el colega paquistaní del *Express*, ve un futuro oscuro. Nos sentamos a la sombra en el Karachi Press Club, buscando alivio del calor sofocante de los trópicos bajo grandes ventiladores de aspas. El ambiente es agradablemente *old british*. Las fotografías en blanco y negro tomadas por Aijaz adornan las paredes de madera oscura.

— Los ataques van en aumento. En los últimos meses los comandos de Lashkar-e-Toiba, un grupo de Cachemira responsable de la masacre en Mumbai y otros movimientos armados, han lanzado cientos de operaciones suicidas, han

matado y secuestrado a decenas de funcionarios de la ONU y a voluntarios e ingenieros extranjeros, a diplomáticos y periodistas. Los yihadistas, después de asesinar a Benazir Bhutto, son ahora capaces de golpear los centros neurálgicos del país, desde Lahore a Islamabad. En la capital han demolido el Marriott. En Rawalpindi, atacaron al mando de las unidades especiales antiterroristas. Y las masacres en las mezquitas y los mercados se suman en un crescendo imparable de la sangre.

El frágil gobierno designado por el presidente y viudo de Benazir Asif Ali Zardari (mejor conocido como “Míster 10 por ciento” por los sobornos que recibía cuando su esposa era primer ministro), está minado por disputas internas y desacuerdos entre los políticos y los generales, y no es capaz de controlar grandes sectores de la población y el territorio. El campamento de refugiados de Shamshatu se ha convertido en un bastión del señor de la guerra afgano Gulbuddin Hekmatyar y su Hizb-i-Islami, el Partido Islámico. La Fata (zonas tribales administradas federalmente), el salvaje oeste a caballo entre la línea Durand, el baluarte de frontera dibujada por el Raj británico en 1893, es una tierra de nadie donde prosperan los contrabandistas, los ladrones, los traficantes de armas y las drogas: un legado que sigue pesando. Las tribus pashtunes a cambio del compromiso de garantizar la seguridad en las fronteras han obtenido una independencia de facto: la justicia, siguiendo el modelo de la sharia y los códigos tribales como el Pashtunwali, es administrada por los ancianos en las reuniones de la Loya, el clan. En el Waziristán del Sur, es la poderosa tribu guerrera de los Mehsud, nunca sometida por las fuerzas británicas,

la que forma el núcleo de combate junto con los líderes de Tehrik-i-Taliban, una coalición de grupos armados que declaró la yihad al gobierno de Islamabad.

Las fuerzas de seguridad paquistaníes no tienen suficiente personal y equipo para derrotar a los insurgentes y erradicar a la red de Al Qaeda. Pero, sobre todo, y a pesar de las garantías dadas a Washington, no tienen la menor intención de enfrentarlos. Islamabad, que pone a Kabul en el ámbito de su esfera de influencia, se siente amenazada por dos bloques hostiles: el eje ruso-iraní y la coalición de los Estados Unidos, la India y Afganistán. El nuevo Gran Juego en el que también participan activamente China y Turquía, se juega ahora en territorio afgano. Pakistán está convencido de que la Alianza del Norte en el poder en Kabul está conspirando con Nueva Delhi en cooperación con Teherán, y que la India, en el plano militar y estratégico, representa un peligro mucho más inminente que el Islam militante. Islamabad reaccionó con molestia frente a la apertura de la carretera hecha por Nueva Delhi en cooperación con Teherán, que conecta a los puertos iraníes con Afganistán en el Océano Índico: lo que reducirá la dependencia de Kabul frente a Pakistán para el acceso al mar y amenaza con disminuir la importancia del nuevo puerto marítimo paquistaní de Gwadar, financiado por Beijing.

El síndrome del Gran Juego y la obsesión india condicionan la política de Pakistán. Y le asignan a las fuerzas armadas, que reciben todos los años más de mil millones de dólares en ayuda militar de Estados Unidos, un papel predominante. Sin embargo, sólo una fracción de los fondos asignados por Washington para la lucha contra el terrorismo

se utiliza para este propósito. Entre 2002 y 2008, el anterior presidente, el general golpista Pervez Musharraf, gastó al menos seis mil millones de dólares en proyectos económicos y en la adquisición de sistemas de armas diseñados para mejorar la defensa fronteriza contra la India en lugar de la contención de la insurgencia islámica: aviones F-16, unidades navales, radares, baterías antiaéreas. El ejército, que controla los mayores fondos de Pakistán, es también el principal receptor de ayuda civil de Estados Unidos, casi ocho mil millones en los últimos cinco años.

Sin contar las inversiones para el programa de desarrollo de armas nucleares, los gastos de defensa representan el entre el seis y el siete por ciento del PIB, más del doble que en educación y salud pública. Como en el tiempo de la ocupación británica, a lo largo de la gran carretera que va de Lahore y sube al paso de Khyber, se encuentra una larga sucesión de cuarteles, torres, fortalezas y guarniciones militares. Los generales administran directamente las industrias de guerra, el diez por ciento de las tierras más fértiles, las tres grandes empresas en el sector de las telecomunicaciones, la construcción, el comercio y las empresas dedicadas a la realización de infraestructura estratégica. Cuatro fundaciones vinculadas con el ejército (Fauji Fundación, Army Welfare Trust, la Fundación Shahin y Fundación Bahria) tienen bancos, hospitales, universidades, fábricas de cemento, textiles, industrias farmacéuticas, químicas, mecánicas y de alimentos, así como aseguradoras, plantas de energía y refinerías; también restaurantes, panaderías, cadenas de tiendas comerciales, agencias inmobiliarias y gasolineras.

El poder político y económico siempre ha estado en manos de los militares y en un pequeño círculo de dinastías:

los Bhutto, los Sharif, los Mansha, los Saigol, los Hashwani, los Lakhani, los Ghafur... que prosperan en una opaca red de relaciones de tipo mafioso. Pero todos los negocios, luchas de poder y carreras políticas se llevan a cabo en estricto cumplimiento de los procedimientos legales de la tradición británica: apelaciones y amparos del Tribunal Supremo, reclamos al “estado de derecho”, llamamientos a la constitución y los reglamentos administrativos. Sólo lo suficiente para mantener a raya a la sociedad civil y satisfacer los gobiernos occidentales. Al final, los que deciden siempre son los generales. Los medios de comunicación están siempre bajo control y al menor indicio de disturbios callejeros se aplica el estado de emergencia.

— Vivimos en un gran cuartel — dice Aijaz. Sin embargo, la eficiencia es sólo una fachada, cada vez más desvaída. La corrupción y el clientelismo han infectado a las instituciones y a todos los ganglios de la sociedad. La incompetencia reina soberana. Echa un vistazo a esto.

Es un informe de la policía de Karachi. Se afirma que “la red talibán se está extendiendo hasta el punto de que podría en cualquier momento tomar como rehén a la capital económica y comercial del país, infiltrada por grupos extremistas que mantienen bases y depósitos de armas y centros de reclutamiento ahí”.

Aijaz sonríe:

— Un buen resultado después de diez años de guerra contra el terrorismo, ¿no crees?

— ¿Cómo llegaron hasta aquí?

— Es menos complicado de lo que piensas. Mañana podemos hacer un recorrido por la ciudad: lo verás con tus propios ojos.

Villas de lujo rodeadas de vegetación tropical, cascadas de bugambilias púrpuras y amaranto, puertas custodiadas por guardias armados, hoteles de cinco estrellas a lo largo de avenidas sombreadas por ficus monumentales con raíces aéreas que descienden de las ramas en arabescos de frondas y lianas. Pasamos frente a la Bolsa y a las oficinas con ventanas de la sociedad de alta tecnología. Superamos un par de puntos de control y entramos en el barrio rico. Las residencias de los ministros, el hogar de Benazir, *boutiques* y restaurantes frecuentados por los magnates financieros y los jefes de los mayores cárteles mundiales del tráfico de heroína y los vástagos de la clase alta que conducen poderosos BMWs o elegantes Jaguars de color crema. “Los ricos y hermosos”, en la prevaleciente jerga de Bollywood, constantemente en viaje entre Karachi, Londres y Dubai. Se expresan en una extraña mezcla de Inglés y urdu, juegan al golf, frecuentan las carreras de caballos y los desfiles de moda.

—Un mundo aparte —comenta Aijaz. Y ésta es su playa: Clifton Beach. O mejor dicho, lo fue hasta hace unos años, cuando Karachi era más segura. Ahora los ricos están en estado de alerta, siempre con sus guardaespaldas y ahora se reúnen en el club o en sus hogares.

Con la marea baja la playa es inmensa. Chicas con vestidos brillantes venden flores y nueces. Familias ricas con hordas de niños caminan en la orilla seguidas por asistentes que guían a sus caballos árabes con la brida. Los dromedarios, envueltos con telas de colores y sillas de montar de respaldo alto, esperan a que los clientes lleguen, con el atardecer, en busca de frescor, de un kebab en los improvisados puestos de barbacoa, o de una hamburguesa de

McDonald's. Nadie se mete al mar: el agua está contaminada por los desechos del puerto.

—Esto no es nada en comparación con el desastre ambiental en el delta del Indo —dice Aijaz. Vamos, en una hora llegamos.

Rahri es un gran pueblo de agricultores y pescadores en la orilla de los manglares: las chozas de esteras y paja tejida, de barro y rocas del mar, o de “tabiques” de plástico prensado reciclado de los interminables desechos sanitarios de la capital de Sindh. La mayoría de los sesenta mil residentes son de religión Sufi, y muchos son inmigrantes de Bangladesh. La cooperativa local tiene un pequeño sitio de construcción de barcos de pesca: cascos de madera *chilgoza* o de *sagwan* más resistente, fabricados por carpinteros experimentados en el cepillado a mano. Los viejos reparan sus redes y beben la *gana*, el jugo de la caña de azúcar.

Los problemas comenzaron con la construcción de las centrales hidroeléctricas y sistemas de riego aguas arriba del estuario. El flujo de agua dulce se ha reducido drásticamente, el mar inundó la boca del río salinizando las aguas subterráneas y las tierras agrícolas, y cientos de miles de hectáreas de manglares se han perdido. Catorce de los diecisiete brazos del delta se han secado y el flujo anual del precioso limo ha caído de 440 millones de toneladas a menos de cincuenta.

Las consecuencias para el medio ambiente y para los dos millones de habitantes de la región han sido devastadoras. Los cultivos de arroz, caña de azúcar y hortalizas han caído en picada, el ganado se redujo en un 30-40% y los pueblos se han despoblado. La mitad de la población en los

distritos de Thatta y Badin vive por debajo del umbral de la pobreza, y en el campo, sólo el 3.3% tiene acceso al agua potable, con efectos dramáticos para la salud. Las presas, la erosión, el alza en los niveles del mar, la deforestación masiva y los vertederos tóxicos de las zonas industriales están matando el ecosistema del delta.

Los daños a las granjas de peces y a la pesca costera son difíciles de cuantificar, pero simplemente con pasear por los callejones polvorientos de Rahri puede uno darse cuenta de la catástrofe. Dos jóvenes están apilando en la plataforma de un camión, sacos de pescado seco. Dicen que antes los camiones llegaban por decenas, cargados de toneladas de pescado fresco: ahora el mercado está medio vacío. Los jóvenes desempleados pasan el tiempo jugando al billar en la mesa avejentada de una habitación abandonada por la cooperativa, viendo películas indias en videocasetes, fumando hachís y mascando la droga de los pobres: *gutka* y *maawa*. Las colillas de las nueces de betel, tabaco, y extractos vegetales o de cal — a veces sazonados con un poco de opio — se venden en los quioscos por una o dos rupias.

Las inundaciones suceden, año tras año, cada vez con furia más devastadora. Las de agosto de 2010, después de las excepcionales lluvias del monzón, han provocado el desbordamiento del Indo y sus afluentes, la inundación de 3.6 millones de hectáreas, la destrucción de los cultivos y la muerte por ahogamiento de más de dos mil campesinos y 1.2 millones de cabezas de ganado. Esto, sin embargo, ha aliviado las condiciones de vida de los pescadores: con el agua, “un regalo de Dios”, las redes de repente se llenaron de peces. Pero fue un alivio temporal. De la lenta retirada

de los ríos de las llanuras y del drenaje de los pantanos ha surgido un escenario aún más catastrófico: los niveles bacterianos de contaminación y los residuos tóxicos de las zonas industriales drenadas han alcanzado niveles alarmantes, y el suelo salinizado se ha desertificado impidiendo en vastas áreas la siembra de arroz y de granos. El contragolpe económico, estimado en más de diez mil millones de dólares, ha empobrecido aún más las arcas del Estado, obligándolo, en la primera fase de emergencia, a ayudar a 20 millones de personas desplazadas, siete de los cuales se congregaron en tiendas de campaña alistadas por el ejército y las organizaciones internacionales: en gran parte campesinos analfabetos y endeudados que han perdido sus casas y sus pocas posesiones. Otras ochocientas mil víctimas de las inundaciones se añadieron en septiembre de 2011.

No todo el mundo está ansioso por regresar a los pueblos que tuvieron que abandonar. En el Sind agrícola y feudal les espera una existencia de esclavitud, a merced de los propietarios y latifundistas ausentes que los explotan sin piedad: desde un tercio hasta la mitad de los cultivos es para el dueño a cambio de la renta de la tierra. Y las mujeres toleran abusos, violencia física y sexual, y sufrimiento psicológico incalculable: prometidas en matrimonio entre los seis y los ocho años, obligadas a casarse aún siendo niñas con hombres de la misma familia (con los problemas genéticos que heredan sus hijos por malformaciones o retraso mental), y destinadas a la reproducción en serie y a las tareas domésticas más comunes. Valen menos que un búfalo o una vaca. Y sobre ellas el poder del jefe de la familia es absoluto: si se rebelan, son golpeadas, repudiadas, asesinadas. No es

casualidad que el porcentaje de suicidios en Pakistán sea el más alto del continente asiático.

La desnutrición se puede leer en los rostros demacrados y en los vientres hinchados de los niños que cavan en pilas de desechos orgánicos, entre enjambres de moscas y mosquitos. La malaria, las infecciones gastrointestinales y las del tracto respiratorio son las principales causas de muerte infantil. Y muchas personas mayores mueren de tuberculosis. Como Hussein, tosiendo y escupiendo sangre debajo de una manta sucia en el vestíbulo de un edificio decrepito, escondiéndose entre las sombras, mientras su esposa cuelga la ropa en una línea eléctrica. Su hermano Akrim tiene la boca magullada: A fuerza de mascar el *marwa* le dio cáncer. Pero no es por eso que se queja:

—Tengo trece niños y ayer traje a casa sólo dos kilos de pescado. El agua del pozo es salada. Tengo que pagarle a la mafia por tanques de agua para saciar a mi familia.

Hay otros que están peor. Una mujer me hace señas para que entre en un patio detrás de una pared de piedra. Se llama Naila y me invita a tomar el té en una cabaña de trapos y esteras. Me presenta a su padre, a su hermana, y a sus dos hermanos. Tienen las mejillas hundidas y los ojos líquidos y alucinados. Sobre la arena se extienden hojas de periódico, bolsas de plástico, restos de comida, tubos y jeringas.

—La heroína es barata —dice Naila. Tiene 35 años y comenzó a drogarse a los quince. Una dosis cuesta cinco rupias, cortada con cualquier otra basura. Mi padre la compra, él también se droga. Aquí el pueblo está lleno de drogadictos. Nos drogamos todos en la familia, excepto mi madre.

— ¿No tienen trabajo?

— Mis hermanos, alguna vez... En Gaddani, la playa de los barcos.

— ¿De qué viven?

— Robamos y mendigamos.

— ¿Alguien les ayuda?

— Nadie.

La playa de Gaddani, en la costa de Baluchistán, mide diez kilómetros. Aquí llegan para morir naves de todo tipo: de carga, porta contenedores o viejos petroleros. Cuento unos sesenta, de medio y gran tonelaje, varados como ballenas gigantescas en la arena ardiente.

— En los años noventa Gaddani empleaba 65 mil trabajadores — me explica Gulbashar, un viejo y enérgico *jammadar* (capataz) que dirige a 170 hombres en una quincena de *dhakka*, los grupos de fabricación de barcos. Ahora son menos de quince mil: los impuestos han aumentado y los barcos se fabrican en la India y en Bangladesh.

Pero Gulbashar, que pertenece a la secta islámica de los Zikri (adoradores del duodécimo imán “oculto”), no se queja.

— Es una profesión peligrosa, tenemos muchos accidentes y muertes, pero el salario mensual es bueno: entre ocho y quince mil rupias, (de tres a seis dólares por día); y 25 mil para los operadores de las poleas.

Los motores de diesel, enganchados con poderosos cables de acero, son capaces de arrancar a los cascos seccionados de treinta toneladas y arrastrarlos por la playa, para alimentar a legiones de obreros armados con sopletes. Siempre es triste la muerte de un barco: y aquí parece que uno asiste

a la masacre de una gran ballena. Lo que tengo enfrente, ya decapitado y parcialmente devastado, es el cadáver del “Paraskevi II” de 7,589 toneladas, construido en Japón en 1977 y vendido como chatarra a 284 dólares por tonelada. Las grúas levantan las hélices gigantes: dentro de un mes terminarán de desmantelarlo e incluso los últimos jirones de metal se subastarán en los bazares de Karachi. Los trabajadores viven en chozas temporales, construidas con materiales reciclados de los barcos alrededor de pequeñas mezquitas. Las mujeres preparan la comida en casas rudimentarias. Llevan el *cholo*, el tradicional vestido femenino del sur de colores brillantes, naranja, púrpura, amarillo limón; tal vez como antídoto contra el gris de una existencia miserable.

— En resumen, Aijaz — le pregunto mientras regresamos a Karachi — ¿Estás tratando de demostrarme que la talibización de Pakistán es consecuencia de la pobreza y la desigualdad social? Demasiado simple.

— Tal vez. Pero es un factor que no debe subvalorarse. Tenga en cuenta las estadísticas. Cuarenta millones de paquistaníes viven con menos de un dólar al día, el 46% no tiene acceso a la salud, el 20% está desnutrido, el 58% de las mujeres y el 35% de los hombres son analfabetos, el ingreso anual per cápita no supera los 600 dólares. Y el sector informal emplea a más de tres millones de niños de entre diez y catorce años: en minas, fábricas de ladrillos y fábricas de alfombras, con horarios de esclavitud y salarios de hambre. Hay agricultores que venden un riñón para pagar sus deudas. Para muchos jóvenes, las madrasas, las escuelas islámicas, son la alternativa a la calle.

En la última década se han multiplicado las madrasas, reemplazando gradualmente al sistema de educación

pública en crisis. La enseñanza, el alojamiento y la comida son gratuitas y los estudiantes no sólo provienen de las clases más desfavorecidas: muchas familias de clase media no pueden permitirse una elección diferente. El número de institutos religiosos en los pequeños pueblos aumentó a cincuenta mil, con un millón y medio de alumnos. Son, en su mayoría, instituciones de caridad donde se enseña el Corán y las tradiciones del profeta; están legalmente registradas y apoyadas por los partidos religiosos que sostienen al gobierno. Otras, sin embargo, son fábricas de terroristas suicidas y de yihadistas empeñados en la guerra santa.

Los bombardeos estadounidenses y la ofensiva del ejército paquistaní en las áreas tribales han obligado a cientos de militantes a buscar refugio en otro lugar. Y no existe mejor sitio para ocultarse que el informe y segregado conglomerado urbano de Karachi, una caótica metrópoli de dieciocho millones de habitantes, en su mayoría hacinados en los *Abadi katchi*, miserables barrios pobres sin agua, luz, ni alcantarillas, entre montañas de basura, donde la policía no se atreve ni a entrar. Y donde las madrasas fundamentalistas siguen proliferando y están siempre protegidas por el ISI: al menos dos mil, muchas de ellas afiliadas a la escuela Deobandi, que predica la forma más extrema del Islam radical de inspiración wahabí.

Nuestro *jeep* se abre paso entre un flujo constante de camiones, rickshaws, motos, carros tirados por camellos, bicicletas y peatones hasta llegar a la entrada de la Jamia Binoria: veinte edificios, dos mezquitas, cinco mil estudiantes de entre ocho y veintiocho años provenientes de veintinueve países (incluyendo Estados Unidos, Canadá,

Alemania y Gran Bretaña). El rector, el fornido Maulana Mufti Muhammad Naeem, me recibe en una oficina cerrada con llave desde la que controla, a través de monitores y cámaras, todos los rincones del campus. Hay dos guardias apostados en la puerta de la oficina con el arma en la mano.

— Bin Laden — me dice — es un producto de Estados Unidos. No tenemos nada que ver con Al Qaeda. Aquí se estudia sólo religión. Pero le quiero decir una cosa: el gobierno paquistaní no es islámico, y no hay justicia para los pobres. Ahora nos llaman terroristas, pero cuando nuestros estudiantes lucharon contra los soviéticos en Afganistán eran los héroes.

Cerca, en la calle Jamshed, hay otro seminario: la Jamia Ulum-ul-Islamiya (conocido como la Ciudad madrasa de Binori). Altos muros, barandillas, hombres con la kefiyah saudita de cuadros rojos y blancos, armados con fusiles Kaláshnikov. Un laberinto de pasillos, salas de oración, salas de clase llenas de jóvenes barbudos que recitan el Corán de memoria. La madrasa es considerada la sede de Al-Qaeda en Karachi. Su muftí, Nizamuddin Shamzai, asesinado en 2004, ayudó a Mulá Omar a huir de Afganistán y bendijo el nacimiento del Jaish-e-Mohammed, el Ejército del Profeta fundado por Maulana Masud Azhar, que proporcionó las unidades de élite a la organización de Bin Laden. Desde la Jamia Ulum-ul-Islamiya se enviaron algunas de las cintas de audio del terrorista saudí. Y en 2002, el mismo Bin Laden, herido en las cuevas de Tora Bora, se habría quedado para recibir tratamiento médico.

Nadie acepta hablar conmigo. Y los guardias empiezan a ponerse nerviosos. Aijaz me agarra del brazo y me lleva al *jeep*.

— Es tarde. Mejor volvamos al hotel.

Lo había ya observado, en la intersección bajo mi ventanas. Flaco, descalzo, vestido con un *kamiz* de color marrón desgastado. Tiró de la manga de mi camisa, obligándome a mirarlo a la cara: la cara de un niño que creció rápidamente, los ojos inquietos, y la lengua suelta para repetir el estribillo de la carretera:

— Deme dinero, por favor, deme dinero para comprar comida.

— No tengo dinero. Pero si tienes hambre, te invito a comer.

Nos sentamos en la mesa de un restaurante de comida rápida: arroz, lentejas y una jarra de *lassi*, una bebida de yogur refrescante. Dice que su nombre es Salman y que tiene once años.

— Por la noche, cuando no puedo dormir, vengo aquí a mendigar. Es un barrio rico. Pero yo vivo en Sher Shah y también tengo un trabajo: quemo el plástico, en la orilla del río. Y vacío las computadoras. Si quieres, mañana te llevo para que veas.

— ¿Hay muchas computadoras en Sher Shah?

— ¡Hay millones!

Aijaz me había advertido que para entrar en Sher Shah, “la ciudad del reciclaje” en el distrito de Lyari, se necesita de un guía seguro.

— Muy bien, entonces, nos vemos aquí a las nueve?

— Prometido. Pero dame dinero para el autobús.

Es puntual. Nos subimos al *jeep* de Aijaz y nos adentramos en el torbellino y la neblina de monóxido de carbono, tratando de esquivar los baches, los bloques de hormigón,

los montones de basura, las motos, los camellos y perros callejeros, los rickshaws que zumban como moscas, y un camión sobrecargado con cajas de madera decoradas con caligrafía coránica, pinturas de animales imaginarios y vistas ingenuas de los picos del Himalaya. En el cielo hirviendo, velados entre vapores ácidos, rondan miles de halcones y buitres hambrientos.

Después de pasar por un viaducto, que parece estar a punto de colapsarse, continuamos a pie. Con su multitud ruidosa, las casas destartalladas, las alcantarillas abiertas, las barbas teñidas con *henna*, los niños vestidos con harapos y los trabajadores en cucullas en espera de un trabajo a destajo, Sher Shah es, al mismo tiempo, un barrio pobre y un enorme bazar. En los almacenes se compra y se vende de todo, desde chatarra y ropa usada hasta vehículos robados y carbón; madera y motores para barcos, burros y asientos de avión, papayas y cilindros de gas. Los drenajes vierten fétidas aguas residuales en el maloliente río Lyari, donde flotan las islas de residuos, excrementos y bolsas de plástico.

—Durante el monzón —dice Aijaz— esto es un pantano de lodo. Es imposible caminar.

Seguimos a Salman. Entra en un laberinto de calles de tierra. En los patios, en las cabañas, en los contenedores de basura y en la calle, hay enormes cantidades de residuos de productos electrónicos apilados: computadoras, impresoras, monitores, reproductores de video, televisores y teléfonos móviles. Estamos en el corazón de uno de los mayores vertederos digitales que contaminan el planeta: el cementerio donde se acumula la basura electrónica, la alta tecnología no deseada de las sociedades avanzadas del tercer milenio.

La vida promedio de una computadora no llega a los dos años; la de un teléfono celular es aún más corta. Y el consumo crece a pasos agigantados: se estima que hoy en día hay casi cinco millones de teléfonos celulares en circulación y más de mil millones y medio de computadoras personales. Se producen cada año en el mundo más de cincuenta millones de toneladas de desechos electrónicos (doce millones sólo en Asia), y se espera que aumente aún más con la conversión de la señal analógica de TV a la de definición digital, y con la implacable puesta en el mercado de sistemas operativos que vuelven obsoletas a las viejas computadoras. Cada día los estadounidenses descartan más de 350 mil celulares y 130 mil computadoras. En Europa, la chatarra electrónica está creciendo tres veces más rápido que los residuos totales. Y contiene un cóctel mortal de componentes tóxicos.

El sofisticado diseño de las maravillas tecnológicas que nos rodean, desde las computadoras portátiles hasta las pantallas de plasma, desde los videojuegos hasta el iPhone, requieren una enorme variedad de sustancias mutagénicas y carcinogénicas: plomo, cadmio, cromo hexavalente, mercurio, bario, berilio, tantalio, bifenilos policlorados (PCB), retardantes de llama bromados (BFR) y cloruro de polivinilo (PVC).

En Italia, el impacto de los residuos tóxicos en la salud saltó a los titulares en 1987 cuando estalló el caso de los buques "Karin B" y "Carrier Deepsea", enviados por el gobierno de Roma a Koko, Nigeria, para recuperar dieciocho mil barriles materiales que contenían amianto, PCB y dioxinas exportadas ilegalmente por la empresa de reciclaje Ecomar y Jeely Wax. Los estibadores nigerianos

habían sufrido quemaduras, vómitos y parálisis. Dos años más tarde, 160 naciones firmaron el Convenio de Basilea sobre el tratamiento y reciclaje de residuos, al que en 1994 se añadió una enmienda que prohíbe la exportación de materiales tóxicos desde los países desarrollados a los que están en vías de desarrollo: una directiva que Estados Unidos, firmante del Convenio (aunque su congreso no lo haya ratificado), no ha cumplido.

Las quejas de las organizaciones de derechos humanos, como la Red de Acción de Basilea, han obligado a las grandes industrias electrónicas a invertir en el desarrollo de materiales menos dañinos y en la fabricación de productos menos contaminantes. Sin embargo, entre el 70 y el 80% de los residuos peligrosos de Estados Unidos y gran parte de los europeos y japoneses continúa su flujo hacia China, India, Pakistán y Nigeria, donde los costos de eliminación son infinitamente inferiores. En Italia, sólo el 15% de los desechos electrónicos (más de 110 mil toneladas por año) está enterrado en el territorio nacional.

El tsunami tóxico que inunda a los países de Asia y África está animado por la corrupción de las autoridades aduaneras y la ausencia de regulaciones, contamina el aire, la tierra y el agua subterránea, y expone a las poblaciones locales a graves riesgos. El plomo, presente en los paneles y monitores de las computadoras y en las placas de los circuitos, envenena la sangre y causa enfermedades renales irreversibles, afectando también al sistema nervioso y reproductivo; el cadmio, que se utiliza en semiconductores y en los detectores de infrarrojos, se acumula en el cuerpo, especialmente en los riñones; el mercurio, que se encuentra

en los sensores e interruptores de los teléfonos móviles, en las baterías y en las pantallas ultra planas, causa daño cerebral, renal, y afecta al feto; el cromo hexavalente, que se utiliza como anti-corrosivo, daña el patrimonio genético; el plástico, el bario y los retardantes de llama de las carcasas de televisores y computadoras, así como el berilio de las tarjetas madre, son altamente cancerígenos.

—Vivo aquí —dice con orgullo Salman— y él es mi padre.

Mohammed Salim, de cuarenta años, dos mujeres y doce hijos, está sentando en el foso de un almacén cavernoso, rodeado de montañas de computadoras, monitores y torres de placas de circuitos impresos, pilas de baterías, adaptadores, interruptores, teclados, reproductores de CD, y *floppy disks* en desorden. En torno a él, una fila de niños intenta hurgar en la chatarra: llenan y vacían bolsas, separan, dividen, desenroscan, desmontan, rompen. A manos desnudas. Sin ningún tipo de protección.

—Hago este trabajo desde hace más de veinte años —dice Mohammed. Sé que es arriesgado: dos de mis hijos son pacientes con cáncer. Pero no podemos morir de hambre. En los días buenos gano 250 rupias, casi tres dólares.

En Sher Shah son decenas de miles los recicladores, en su mayoría niños y adolescentes que nunca se han sentado en un pupitre; pero que pronto aprendieron a cavar entre los residuos tóxicos y a mascar *mawa*. En los puertos de Karachi y Bin Qasin los buques porta contenedores vierten toneladas de productos de contrabando y residuos, a los que los funcionarios de aduanas aplican un impuesto. La basura electrónica termina en los almacenes del Clifton Center y en los bazares,

Un dólar al día
donde se vende por peso y sin controles, o directamente en los almacenes de los mayoristas que distribuyen el trabajo entre una miríada de subcontratistas. La primera selección se confía a niños como Salman, pequeños mineros que sondean la chatarra electrónica en busca de metales preciosos: plata, oro, cobre y platino, presente en pequeñas cantidades entre las vísceras de los teléfonos móviles y ordenadores.

El Umicore, la empresa belga líder en el sector, con sucursales en todo el mundo (catorce mil empleados y una facturación anual de siete mil millones de euros), es capaz de extraer diecisiete metales diferentes de los residuos de la industria. El Coloso de Bruselas, que en su sitio web dice ofrecer a los clientes “soluciones fiables y eco-eficientes”, opera en la estela de una antigua tradición. El cobre, que los esclavos de los colonos belgas extraían de las minas del Congo durante el reinado de Leopoldo II y que se exportó a Amberes, se trabaja hoy en las instalaciones más avanzadas del mundo para el tratamiento de metales, propiedad de Umicore. Con este negocio fundó su imperio: un solo teléfono móvil contiene un dólar de metales reciclables.

Mohammed calienta té en una estufa de gas y lo vierte en un vaso de plástico. Tiene los dientes corroídos por *mawa*. El calor es insoportable bajo el techo de asbesto.

—El agua es venenosa, pero tenemos que beberla. Desmontamos 150, 200 computadoras diarias. Separamos el plástico, las partes eléctricas, el metal, las bocinas, el disco duro, y el procesador. Por la tarde llega Aijaz Ahmed con el camión: sube todo y nos entrega más materiales.

—¿Y quién es Aijaz Ahmed?

—Eh... ¡él sí que ha hecho dinero! Es uno de los mayores operadores de Sher Shah. Ve a buscarlo. Salman sabe dónde está.

Cruzamos el patio de un taller lleno de coches.

—Los ladrones son muy buenos — dice Salman. — En pocos minutos desarmen el coche y lo revenden en pedazos. Aquí la policía no mete un pie.

Rodeamos un callejón donde los burros cargan enormes sacos de yute. En un claro cubierto con hojas de nylon, decenas de mujeres y niños separan el plástico por colores, lo hacen pedazos, destrozándolo con un martillo en pequeñas astillas, y lo extienden al sol para secarlo; luego, lo trituran con rudimentarios molinos para reducirlo a migajas. Vale veinticinco rupias por kilo, cincuenta si el compuesto es tan fino como la arena. Los hombres, sin mascarilla de protección, lo funden en un horno situado en una cabina oscura y sin ventilación.

La bodega de Aijaz Ahmed no está lejos. La entrada está custodiada por guardias armados. La oficina es una plataforma de madera cubierta por una alfombra raída en la que se sienta con las piernas cruzadas para supervisar los trabajos en el almacén.

—¿Eres italiano? — me dice —justo ésta semana espero un contenedor de Italia. Pero la mayor parte proviene de Dubai, Singapur, Arabia Saudita, Estados Unidos y Sri Lanka. Trabajo sólo con componentes electrónicos. Después del desmontaje seleccionamos los materiales. Los procesadores Pentium 3 y 4 son reutilizables y los vendemos en China y en Corea. Los residuos se reciclan en el mercado local. Las tarjetas madres y los metales preciosos son todos

para Umicore. En promedio envió a Bélgica entre veinte y cincuenta toneladas al mes, el 60% de las exportaciones totales de Pakistán.

El negocio es bueno. A los cuarenta años, Aijaz Ahmed hace alarde de la gordura hinchada que es signo de distinción entre los nuevos ricos Karachi: obtiene una ganancia de 20-25%, dependiendo de las fluctuaciones en el precio internacional de los metales. Sin embargo, son pocas las personas que realmente ganan. Los miles de esclavos del “sector informal” que reciclan los residuos en las tiendas y patios de Sher Shah sobreviven en condiciones infrahumanas. Los laboratorios donde desoldan los circuitos son letales cámaras de gas. A lo largo del día, los trabajadores jóvenes, equipados con pinzas y sopletes, funden los contactos de las tarjetas madres, inhalando en el proceso, humos tóxicos letales. El oro, el platino y el cobre se extraen utilizando productos químicos y ácidos que desprenden nubes nocivas de humos. Otro procedimiento para la separación de metales preciosos, llamado Adda, consiste en la fundición de los componentes en un horno de carbón o madera, con tubos ventiladores de metal, hasta obtener una *Sikka*, un agregado esférico que se sumerge luego en un baño de ácido para separarlo.

A Salman le dio hambre. Siempre tiene hambre. Devora, con su voracidad habitual, dos muslos de pollo y roti que Aijaz le compró en la calle, mientras caminamos hacia el río. Lleva adheridas a los pies un par de sandalias de plástico de color rosa de las que está muy orgulloso.

— Hey, Salman, ¿a quién se las robaste?

— ¡No las robé! — protesta volviendo a la vista. Las encontré en la basura.

A fuerza de cavar entre los residuos tiene la piel de un color gris verdoso, las uñas y los dedos cubiertos de grasa y el pelo apelmazado por las cenizas.

— ¿No te bañas nunca?

— No tenemos agua ni tampoco jabón.

Caminamos sobre una gruesa capa de basura, que se espesa conforme nos acercamos al río: una nauseabunda cloaca bituminosa plagada de enjambres de moscas y mosquitos. En el cielo hirviente, los buitres giran en círculos concéntricos, con las alas inmóviles.

— Llegamos a la terminal — dice Aijaz. En estos vertederos terminan los residuos. Pero incluso estos son reciclables. Es el coto de caza de los más pobres entre los pobres.

Aquí Salman está en casa. Saluda engreído a los niños que llenan sacos de yute con las pantorrillas hundidos en fango pútrido, y está feliz de mostrarse en compañía de un amigo extranjero. No existen estadísticas sobre los niveles de contaminación de Lyari. Sin embargo, una investigación de Greenpeace y la Red de Acción de Basilea en la ciudad china de Guiyu, otra gran terminal de la cadena de residuos electrónicos, ha recopilado datos impactantes. El porcentaje de plomo registrado en el agua del río local es 2,400 veces el máximo aceptable por la OMS; mientras que en el aire y en el suelo se detectaron los niveles más altos de dioxina conocidos en el mundo.

Miles de desesperados, la cara más miserable del ejército de recicladores (en su mayoría pastunes desplazados de las zonas de guerra en la frontera con Afganistán), viven en chozas construidas con residuos, debajo de los puentes o dentro de los tubos de desagüe del agua de lluvia

o del alcantarillado, y que en la temporada del monzón se inundan formando pantanos de lodo y desechos contaminados donde duermen y comen perenemente inmersos en los desechos de la sociedad de consumo.

—Hay diferentes calidades de aluminio —explica Amer, de 27 años, de Peshawar. —La mejor se vende a cien rupias por kilo, la peor a sesenta. El fierro no vale más de veinte o veinticinco rupias. Las tarjetas madre de las computadoras hasta 350 rupias por kilo, como el cobre, pero aquí es difícil encontrarlos. Cuando pescamos algo sospechoso, materia tóxica, materiales explosivos o peligrosos, los arrojamamos al río. Debemos tener cuidado: llegan desechos incluso de Irak y Afganistán.

El sol se reduce en el horizonte cementado de Sher Shah a lo largo del río. Bajo la pálida luz del atardecer se iluminan focos que levantan columnas de humo alquitranado. El aire está saturado con una niebla acre que quema los ojos y los pulmones. Pisamos cartuchos de impresoras, condensadores, transistores carbonizados, bloques de ceniza solidificados, fragmentos verde y ámbar de fibras de vidrio, astillas afiladas de pantallas, tarjetas de memoria y circuitos vitrificados. Un viejo, ayudado por sus hijos, agita una negra y viscosa sustancia en un enorme caldero burbujeante. Disuelve los aceites industriales y lubricantes descartados por los camiones para obtener una grasa líquida que vierte en doscientos contenedores de un litro. Las fábricas de jabón le pagan tres mil rupias.

En la orilla, docenas de figuras indistintas reavivan los fuegos con barras de hierro en forma de gancho. Nos acercamos. Son niños que están quemando bobinas

de cables y alambres eléctricos: los amigos y hermanos de Salman. Juned, el mayor, tiene dieciocho años y la boca llena de *matwa*:

— En el cable hay una gran cantidad de cobre. Si trabajamos de prisa podemos hacer incluso un kilo por día.

El plástico del revestimiento se disuelve en espesas nubes que en cada ráfaga de viento cambian de dirección. Los niños juegan y saltar alrededor, respirando a pleno pulmón las exhalaciones de dioxinas y sustancias cancerígenas. Juned me dice que a veces vomita, que siente dolor en la cabeza y en el pecho.

— ¡Salman, aléjate! ¡Ese humo es venenoso!

— No se preocupe. Ahora le digo un secreto: cada noche, antes de acostarme, mi padre me hace beber un vaso de leche diluida con agua. La leche lo cura todo, ¿no lo sabías?

INDIA

Esclavos del sexo y comedores de ratones

“¿Pero qué va a hacer ahí? No hay nada que ver.” Mientras el *jeep* avanza por las calles de Sikkim recuerdo las palabras del joven ingeniero informático que conocí en una fiesta de la burguesía rampante de Nueva Delhi. No me sorprendió. La actitud desdeñosa hacia la India rural, considerada una piedra en los pies del desarrollo, es un sello distintivo de las clases emergentes, en Delhi como en Shanghai. El ingeniero que regresa de una conferencia en Londres nunca ha estado en Sikkim.

Después del bochorno de las llanuras, respirar el aire de las montañas es un alivio; y el paisaje de primavera es encantador. Las laderas del Himalaya están cubiertas por un manto de exuberante vegetación subtropical: helechos, altísimos árboles poblados por colonias de monos, magnolias, cerezos en flor, y cultivos de cardamomo. Los agricultores están cortando leña en el bosque y reparando los hogares fracturados por las heladas del invierno. En los claros pastan los rebaños de yaks. Sobre las crestas remontan las estupas decoradas con las banderas de las oraciones tibetanas, y en la distancia se observa el perfil del macizo de Khangchendzonga de 8,598 metros, el tercer pico más alto en el mundo.

Prabaha me guía por las salas con frescos del Monasterio de Pemayangtse y Gompa Sangachoeling, construido en 1680 sobre el borde de un valle profundo: “Nuestra cultura” enfatiza “es budista, de Nepal y el Tíbet. No tenemos nada en común con la India hinduista, y mucho menos con los musulmanes”. Trato de esquivar la predecible secuela de quejas contra el gobierno federal con una broma sobre *Incredible India*, la campaña de promoción turística que se ha prolongado durante varios años en las cadenas internacionales “una amalgama de lenguas, tradiciones, religiones...” Pero Prabaha insiste, resentido, “no invierten una rupia en infraestructura. Los puentes se derrumban, las escuelas se caen a pedazos y los políticos se llenan los bolsillos”.

Al sur del río Rangit, frontera de Bengala Occidental, el camino asciende entre las plantaciones de té hasta Darjeeling, el decadente lugar de vacaciones de los colonos británicos del Raj, situado en un paisaje de bosques y colinas terracadas sacado de un cuento de hadas. Aquí el resentimiento de la mayoría nepalesa, los Gurkhas, se expresa en una enorme variedad de calcomanías y pancartas del “Gorkhaland independiente”; y en una secuencia de huelgas y atentados que ha supuesto un duro golpe a la industria hotelera. “Es inútil llorar las glorias del pasado”, dice desconsolado el director del hotel New Elgin, que trata de mantener, con sus pisos de caoba, su plata antigua y su decoración de estilo victoriano, el decoro del pasado. “Los visitantes son cada vez más inusuales y no se detienen más de dos noches.”

Las calles de la nueva ciudad son un tumulto de *jeeps*, pizzerías, cafés Internet, refugiados tibetanos y puestos que ofrecen *momo*, raviolos de carne. El famoso

toy trian, el tren de vapor protegido por la UNESCO, que se eleva desde la llanura hasta los dos mil metros de Darjeeling, todavía funciona. Pero las casas de los oficiales británicos, la residencia del rey de Bután y el teatro de la Ópera siguen a la espera de una restauración urgente. Y en el *Planter's club* —con fotografías descoloridas, sillones de cuero carcomido, un piano desafinado, un billar rasgado, trofeos de caza con polvo en las paredes y un mirador con las balas de metralla disparadas “por el Coronel Lloyd a los lanceros de Bengala del Norte” —, uno de los afiliados sobrevivientes afirma que la calidad del mejor té, el Orange Peakoe, “ya no es lo que era.” La ineptitud de los nuevos propietarios y la necesidad de los directores está arruinando las 86 plantaciones en el distrito.

Le pido que me lo confirme al padre Kinley Tshering, rector de la Escuela St. Joseph, el pomposo colegio jesuita que alberga a mil quinientos estudiantes en uniforme oxfordiano, en su mayoría descendientes de la aristocracia del Himalaya y de la alta burguesía bengalí, y que en el intervalo se relajan jugando al cricket. Atravieso los largos pasillos, el comedor, la austera biblioteca y los silenciosos patios hacia la oficina del rector. “La nueva economía, la que marcha al ritmo de la globalización, y que se ve bien en las estadísticas oficiales —dice— parece ignorar que el 80% de la población indígena vive de la agricultura. Y que sin educación no puede haber verdadero desarrollo. La nuestra es una escuela de alto nivel, pero es una institución privada. Las escuelas públicas están en muy mal estado.”

Estoy convencido de que a los recién licenciados en economía e ingeniería informática, los abanderados del

desarrollo de la India, les serviría mucho más un curso de pocas semanas en las zonas rurales deprimidas que un título de maestría de Harvard o de la London School of Economics. Por desgracia piensan, como el ingeniero de Delhi, que ahí no hay “nada que ver”.

El camino serpentea a través de las plantaciones de plátano y bosques de bambú. Subimos al autobús “Cerro Azul”, con una pirámide de pasajeros y heno sobre el techo, y una fila de tractores que remolcan los abarrotados carros de los campesinos. La ropa de las mujeres que llevan el agua a lo largo de los caminos de los campos de arroz es de colores fantásticos: azul, lavanda, azafrán, turquesa, rojo brillante, verde esmeralda. En Delhi me advirtieron que tenía que mantener los ojos abiertos en Bihar, el estado feudal más pobre del país. Aunque el número de asesinatos parece estar disminuyendo, Bihar se encuentra todavía en los primeros lugares en robos, emboscadas, secuestros y comercio de seres humanos. Leo en un periódico que en los cementerios de los cristianos y musulmanes no incineran a los difuntos. Florece un lúgubre tráfico: de noche, los cadáveres son exhumados, las cabezas cortadas y los cráneos vendidos a una empresa de Calcuta.

En Forbesganj, no lejos de la frontera con Nepal, me espera Ruchira Gupta, quien, después de muchos años de escribir artículos para la BBC sobre las llagas de la India y los diarios británicos, decidió pasar de las palabras a los hechos: fundó Apne Aap, en hindi “autoayuda”, una ONG que tiene como objetivo “la abolición de la trata sexual de mujeres y niños”.

Nos encontramos en el jardín floreciente de rosas de su casa, una villa de líneas vagamente coloniales a dos pasos del ajetreo de la estación de tren: habitaciones bañadas en una tranquila penumbra, estantes de libros, mosquiteros y ventiladores de techo. Se respira el confort y la sobria elegancia de una familia culta, rica y de sólidos principios gandhianos. La cocina es estrictamente vegetariana.

“Somos de Calcuta —dice Ruchira. Pero aquí mi familia ha tenido desde hace algunas décadas intereses económicos y comerciales. Mi padre, que producía aceite de mostaza, arroz y galletas, ha tenido que cerrar sus puertas debido a la inseguridad endémica en la región. Forbesgank significa ‘almacenamiento de los Forbes’. Los colonos ingleses, hasta su independencia, poseían en Bihar inmensas plantaciones y fábricas de yute, hoy en ruinas. Fue Lord Alexander John Forbes quien logró traer hasta aquí la vía ferroviaria para el transporte de mercancías: los rieles, al menos, se quedaron.”

Fue un documental sobre Nepal lo que cambió la vida a Ruchira.

“Era 1994: en servicio de rutina en el campo de Nepal. Me había dado cuenta de que en los pueblos las mujeres entre quince y cuarenta y cinco años eran prácticamente inexistentes. Empecé a preguntar y la respuesta era siempre la misma: se han ido a los burdeles de Mumbai. Los mediadores compraron a las chicas por treinta dólares en Nepal y las revendieron por cien en los burdeles indios.”

Ruchira decidió investigar. Gracias a sus contactos con los medios de comunicación y con las Naciones Unidas, con los que había trabajado en Asia y los Balcanes, obtuvo financiamiento para hacer un documental y se trasladó a

Kamathipura, la zona roja de Bombay. “Nunca había visto este tipo de explotación: adolescentes y niños de ocho a diez años encerrados en nichos sin ventanas y sin luz, obligados a satisfacer incluso a veintiocho clientes al día; esclavas sexuales sin documentos de identidad, violadas, torturadas y muertas de hambre. Estaba furiosa.”

El cortometraje *La venta de inocentes*, transmitido en 1997 por la televisión canadiense, ganó un premio Emmy por periodismo de investigación. Y Ruchira había ya concebido su proyecto. “Las chicas me estaban pidiendo que las ayudara. Incluso los policías las maltrataban: las forzaban a tener relaciones sexuales, sin condón y sin pago. No pude abandonarlas. ¡Conocía la ley mucho mejor que los supuestos guardianes del orden!”

El primer grupo de Apne Aap, en una escuela en desuso, era un refugio donde las mujeres podían reunirse con seguridad para romper la capa de aislamiento y hablar, dormir, lavar su ropa y tomar una ducha. Hoy en día, la asociación coordina refugios y programas educativos en Delhi, Bihar, Bengala Occidental y Maharashtra; tiene guarderías abiertas y cocinas en las zonas rojas de Calcuta y Bombay, que emplean a más de diez mil niñas; ha enviado a la escuela a más de 860 niñas y entrenado a dos mil policías; publica *Red light dispatch*, un periódico en línea escrito en su totalidad por jóvenes prostitutas; fundó 67 cooperativas y ha convencido a más de tres mil mujeres para que firmaran una petición al Parlamento de la India para modificar la legislación sobre el tráfico de personas.

En Forbesganj Apne Aap dirige un albergue y una escuela donde los hijos de las prostitutas pueden estudiar,

y las niñas aprenden karate para defenderse. El teléfono suena constantemente. Los asistentes imprimen los mensajes de correo electrónico. Ruchira es un volcán de iniciativas: es miembro del comité del gobierno para las mujeres y los niños, ha llevado el caso ante la Asamblea General de la ONU, ha contribuido a la elaboración del Protocolo de las Naciones Unidas para prevenir y combatir el tráfico de seres humanos y contribuyó en la redacción de la primera ley específica aprobada en Estados Unidos. El ex presidente estadounidense Bill Clinton, en la entrega del Premio *Global Citizen Award* del 2009, calificó sus “esfuerzos heroicos” como un ejemplo y “una inspiración”.

Sólo en Asia los esclavos sexuales suman más de un millón. La trata de mujeres es una industria de miles de millones y sigue creciendo, impulsada por la expansión del internet, la pornografía, el turismo sexual y la protección de una *omertá* mafiosa que, en países como India, es favorecida por la corrupción institucional. En el sector del tráfico están implicados los prestamistas, los comerciantes que compran a las niñas, los funcionarios de aduanas, los transportistas, los dueños y guardianes de prostíbulos, los proxenetas, los usureros, los agentes de policía. Y los clientes que alimentan la demanda.

Deambulo por el distrito de compraventa de sexo escoltado por Kalam, uno de los voluntarios de Apne Aap. Más que un burdel parece a un mercado de provincia: tazones de arroz y confitería, tarros de garbanzos y patatas, gallinas que revolotean y niños jugando a la sombra de los árboles de mango. Las chicas con los labios de color rosa estridente, el sari arrugado y las muñecas con pulseras de

colores, se asoman desde los patios frente a los callejones: las más experimentadas ríen descaradamente, las jóvenes novatas lanzan miradas fugaces a una anciana momia de edad avanzada. Reciben a los clientes en estrechas casuchas de ladrillo y cañas de bambú, sin ventanas ni luz, en un colchón o en un tablón de madera, ocultos por una delgada pantalla de tela sintética.

Suleka, de 30 años, viuda con cinco hijos, alquila cuatro habitaciones. Madavi, hija de una prostituta, ha estado aquí desde hace cuarenta años: ahora tiene 45 y funge como “madama”. Los hijos varones van a la escuela, las mujeres trabajan en el burdel, y si todo va bien, ganan cien rupias al día; un poco más de dos dólares. El oficio, aquí, se transmite por herencia, como una enfermedad genética.

Incluso la madre y la hermana de Kalam se prostituyen. Se ven obligadas a hacerlo, en el pueblo de Khawasapur. Pertenecen a las tribus aborígenes de los *nat*, nómadas y musulmanes: los gitanos del subcontinente indio. “Mi familia, de cinco hermanas y dos hermanos, tenía diez búfalos, una treintena de cabras, dos kilos de plata y medio kilo de joyas de oro. Nos movíamos entre Assam, Bengala, Nepal, Bihar y Uttar Pradesh. Un día mi padre, un hermano y mi tío, encantador de cobras, terminaron en la cárcel acusados de robo. Para sacarlos, tuvimos que vender todo lo que teníamos. Y mi madre... ¿Qué otra cosa podía hacer? Estudié y opero el centro comunitario del pueblo. Pero no hay trabajo. Sólo hambre y miseria.”

“Definitivamente, usted tiene que ver Dharamganj, el bazar de esclavos sexuales.” En el *jeep*, mientras caminamos por los senderos a lo largo de los campos de arroz, sal-

tando sobre los baches y hundiéndonos en los charcos, Ruchira dice: “Hace tiempo era una *mela*, una feria de ganado dedicada a Shiva. Se celebraba después de la temporada de cosecha, cuando los agricultores tenían dinero disponible. Y dónde hay dinero llegan las prostitutas. Hoy en día es sólo una compra venta de carne humana. Son los propios padres quienes venden a sus hijas en el mercado: niñas de doce a catorce años”.

Vadeamos un río. Los canales están secos y en los campos está iniciando la cosecha de trigo. En la plaza del pueblo, los agricultores venden verduras y pescado de agua dulce, los barberos usan anticuadas máquinas de afeitar y un maestro se alza sobre un taburete mientras da la lección a un grupo de niños acucillados en el suelo. Las mujeres preparan el estiércol de las vacas y búfalos con paja y ponen el pan a secar al sol. Es el combustible para cocinas y los hogares de los pobres: lo queman lentamente y a una temperatura constante.

Los animales, en Dharamganj, no se ven por ningún lado. En las posadas que bordean la carretera se fríen dulces y crepas de verdura. Los hombres juegan a las cartas, beben alcohol de palma y lanzan racimos de rupias sobre una ruleta rudimentaria. El cine, en un almacén lleno de gente, proyecta películas de Bollywood. El bazar del sexo esta alejado: un centenar de chozas con esteras de bambú que se mantienen unidas por delgadas varillas de ratán, rodeadas por una empalizada. Un *jeep* decorado con la palabra “Safari” en llamas, estacionado en la entrada, se aleja cuando bajamos de nuestro coche. “El negocio — dice Ruchira — está controlado por la mafia. Uno de los jefe es Dinesh Rathor, un *nat* hijo de

una prostituta que se hace pasar por Robin Hood: sólo roba a los ricos y lidera una banda de motociclistas armados con kaláshnikovs que siempre traen consigo una mortaja para ser enterrados según los ritos musulmanes. Mató a un policía con 42 balas y nunca fue acusado. Ahora está en la cárcel, pero sólo porque otro jefe lo atrapó para tomar su lugar”.

Las cabañas están dispuestas en un rectángulo alrededor de un claro polvoriento, donde rápidamente nos rodea una multitud agitada: los clientes, proxenetas, parientes, curiosos y niños. El interior está casi vacío: un colchón cubierto con una sábana, un espejo, una toalla. Las niñas, en su mayoría nepaleses, son muy jóvenes, están vistosamente maquilladas y portan ropa llamativa. Nada de fotos: la amabilidad ostentosa y las fugaces sonrisas revelan de forma transparente el miedo, la desconfianza y el nerviosismo. Nuestra presencia no es bienvenida.

“La más jóvenes —susurra Ruchira— esperan un comprador que las lleve a Calcuta o a Mumbai. La policía permite que esto suceda y obtiene beneficios del negocio. Las más grandes, de unos veinte años, están ahí para satisfacer a los clientes: veinte rupias por diez minutos de sexo. Son máquinas de dinero. Después de dos semanas de relaciones continuas se enferman y son reemplazadas, a menudo por huérfanas o jóvenes chicas abandonados, que son vendidas a los traficantes incluso por los médicos en los hospitales.”

Son el hambre y la atávica miseria de estas tierras que inducen a las mujeres a la comercialización de su carne y a los padres a deshacerse de sus hijos, con la resignación y la indiferencia de adictos a los golpes de un destino ineludible.

—¿Y esos qué hacen? —pregunto a Ruchira a medida que avanza el *jeep* por la arena en el borde de un campo soleado.

—Son los *Mus Har*, los “comedores de ratas”. Una casta inferior: no tienen permiso para cosechar el trigo. Pueden entrar en los campos, y al final de la cosecha, recuperar las semillas en las madrigueras de ratas. Les pagan diez rupias, más una parte del trigo encontrado. Si atrapan un ratón es una fiesta: las proteínas escasean.

Nos acercamos a la frontera con Nepal. Los hombres trabajan la tierra con arados de madera tirados por bueyes. Las mujeres preparan el estiércol, recogen patatas y llevan bultos, repitiendo el gesto antiguo de dispersar la paja en el viento. Los niños, medio desnudos, persiguen a los simios en los bosques de mangos y de bambú. El *sadhu* con rastas, barba descuidada, el tercer ojo bermellón en la frente y el cuerpo blanqueado con cenizas; fuman pipas de *ganja* y queman incienso en los altares de Visnú y Shiva. Los pescadores, sumergidos hasta la cintura en los estanques y en los meandros de los ríos, lanzan sus redes rasgadas y hechas jirones en el agua fangosa.

En Haripurghurna la carretera se interrumpe. Una multitud que grita, persigue al conductor de un tractor que golpeó y mató a un niño musulmán de doce años. La gente repite su nombre en un mantra obsesivo: “¡Masruh Alam, su nombre es Masruh Alam!”

Seguimos a pie. Aquí la mayoría de los agricultores están endeudados, obligados a trabajos forzados para pagar los préstamos a los usureros. Babuji Rishideb tiene 35 años pero parece mucho mayor: “Mi jefe —dice— se llama

Guddu Singh. Vivimos y trabajamos en sus tierras desde hace tres generaciones. Me da cincuenta rupias por cuidar de las vacas y los búfalos, pero tengo una deuda de cinco mil rupias acumulada por mi padre y por mi abuelo. No seré capaz de pagar. Tengo que comprar alimentos, medicinas, agua, y pensar en la dote de mi hija."

También su amigo Ram Lakshman está endeudado hasta el cuello. Pero ha encontrado la solución: vendió a dos de sus hijos, Dilip y Gunjan, de 25 y 22 años, a un *broker* de Haryana, un tal Rajo Mandel, que los ha colocado en una fábrica de embalajes. "Hablo con ellos de vez en cuando por teléfono", dice el padre. "Dicen que los tratan bien. Cada mes envían tres mil rupias." No tengo el valor para decirle lo que vi dos semanas antes en Jaipur.

La gentil recepcionista del hotel Samode Haveli, antigua residencia de una familia noble de Rajastán, se sorprendió cuando les pregunté cómo llegar al bazar Ram Ganj. El habitual estribillo "no hay nada que ver ahí", agregó un corolario inconscientemente racista: "¡Tenga cuidado! Es el barrio musulmán".

Buscaba a las *Nangina*, las mujeres musulmanas que se ganan la vida cortando y picando a mano piedras semipreciosas de las que Jaipur es el principal emporio. Las encontré mientras daba vueltas por el bazar sentado en la motocicleta de Sultan, un estudiante de informática y nieto de un rico comerciante de esmeraldas; un hombre devoto que, después de la oración, extrajo de una antigua caja fuerte inglesa sus mercancías más preciadas: centenares de esmeraldas de Zambia, de todo tipo y tamaño, cortadas, pulidas y listas para ser vendidas a los joyeros que abastecen a las

tiendas del centro. “Las mejores —añadió en voz baja— son las esmeraldas afganas y colombianas. Todavía tengo algunas, si está interesado...”

Las *Nangina* manejan piedras preciosas de poco valor y pequeño tamaño, malaquita, cuarzo, granate, hematita, ópalo. Son esposas, hermanas e hijas analfabetas de los *beldaar*, los conductores de triciclos, y son obligadas a laborar durante doce horas al día, en cucullas, en laboratorios sin ventanas, por un salario que no excede las treinta rupias. Muelen sin descanso los bloques que contienen las piedras con rudimentarios martillos y clavijas de metal; tienen las muñecas doloridas y los dedos lesionados por las astillas, afiladas como cuchillas de afeitar. Las partículas finas, que las enharinan de pies a cabeza, penetran en la piel y en los pulmones. Se matan trabajando para pagar las deudas de la familia.

—¿Tienes que ir a Bihar? —me preguntó Sultan al detener la moto. Porque todavía tengo algo que mostrarte. Es una fábrica de Saris. Los trabajadores son del Bihar. No dejan entrar periodistas, pero el dueño es mi primo...

La “fábrica” era una habitación en el primer piso de un edificio de ladrillo en ruinas. La única fuente de luz, un polvoriento haz oblicuo, se filtra a través del cristal opaco de una ventana entreabierta. Entre sombras, con las piernas cruzadas, en torno a dos grandes telares de madera, estaban sentados varios niños de seis a doce años armados con agujas, bolsas de hilo de oro y perlas de colores. El dueño respondía de mala gana a mis preguntas, rápidamente y con medias palabras. Los niños dormían y comían en el “lugar de trabajo”: nunca salían. “No los he comprado —protesta-

ba. — Los alquilo a sus padres. ¿Qué tiene de malo? En Bihar morirían de hambre. Les pago diez dólares al mes, además del alojamiento y la comida. Se necesitan sus pequeñas manos y dedos delgados para hacer filigrana bordada. Los turistas pagan una fortuna, y luego nos acusan de explotar a los menores de edad. ¡Que se vayan al infierno!”

Ninguno de esos niños, en la media hora que pasé con ellos, apartó la mirada del telar: Sólo de vez en cuando lanzaban una mirada asustada en dirección del propietario, apostado en la puerta. Ninguno esbozó una sonrisa. Ninguno me dijo su nombre. En el hotel revisé las estadísticas: en la India el “sector informal”, que absorbe casi todo el trabajo infantil, emplea al 93% por ciento de la mano de obra y representa el 59% del PIB.

La alternativa al hambre, a la esclavitud de la deuda, para un número cada vez mayor de agricultores pobres, es el veneno para ratas. Es el método más ampliamente utilizado de suicidio. Sin embargo, hay algunos que se ahorcan, o que eligen ahogarse. Más raro y más costoso es inmolarsse en el fuego, reactivando la tradición del *sati*, el sacrificio ritual de las viudas en la pira funeraria de sus maridos.

El primo de Lakshman se mató el mes pasado. Ya no podía pagar la deuda a plazos. Había vendido las últimas gallinas y la sequía había quemado el campo de arroz. Su esposa Sankari se reprocha el no poder alimentar a sus tres hijos. Recoge granos de arroz y trigo en el piso de las granjas y en los deshechos de vegetales en el mercado. Excava en los agujeros de las ratas y tamiza el estiércol de las vacas y búfalos en busca de granos no digeridos. Recoge los brotes de bambú, hierbas silvestres, y cuando llueve, va a la caza

de caracoles. “Cocino el *roti* con sal, en una gran cantidad de agua — me explica. — El agua llena el estómago, y hace olvidar el hambre, por un par de horas. Pero a veces tenemos que ayunar. Y los niños lloran. El más pequeño se calma si lo hago chupar un poco de tabaco. A los otros tengo que soportarlos hasta que se duermen. No tengo otra opción: deben aprender a dormir con el estómago vacío.

Casi doscientos mil agricultores se suicidaron entre 1997 y 2009, un promedio de diecisiete mil cada año, uno cada media hora. El 48.6% de los trabajadores agrícolas está en deuda. Pero la miseria por sí sola no explica el holocausto en el campo. Incluso el gobierno de Manmohan Singh trató de aliviar las condiciones de vida de los ochocientos millones de indios que sobreviven con menos de dos dólares al día a facilitando la expedición de préstamos sin intereses y aprobando la Ley Nacional de Garantía del Empleo Rural (Nrega), un programa de asistencia que garantiza cien días de trabajo al año con un salario mínimo diario de 141 rupias, algo menos de tres dólares.

Para los economistas, las razones son múltiples: la caída de la inversión agrícola (80% de la población vive en zonas rurales, pero el 80% del gasto público se destina a las zonas urbanas), el advenimiento de los cultivos extensivos y monocultivos industriales, el éxodo a las ciudades, la expropiación y privatización en beneficio de las empresas agro industriales que ahora controlan el 40% del comercio mundial de alimentos.

La ecologista Vandana Shiva no esconde sus críticas a la globalización: “Cuando los países ricos como Estados Unidos dan subvenciones de miles de millones de dólares a

sus agricultores, los países pobres como India se ven obligados por la OMC a abolir las restricciones a la importación, y las consecuencias son dramáticas: los precios se desploman, los ingresos caen y las vidas de millones de seres humanos peligran. En la India, la abolición de las barreras aduanales ha tenido efectos devastadores: la importación a precios de ganga de las multinacionales ha destruido a la competencia y ha condenado a los agricultores locales a la inanición. Los monocultivos industriales son la pesadilla de los pequeños agricultores. La globalización ha deprimido los ingresos rurales y ha puesto los precios por debajo de los costos de producción: costos que aumentan continuamente ya que los agricultores se ven obligados a comprar cantidades cada vez mayores de productos químicos y dispendiosas semillas híbridas, que deben ser re compradas todos los años”.

En su libro de 2009, *Escuchando a los saltamontes*, la escritora Arundhati Roy arremete contra el ecocidio del subcontinente indio:

Decenas de millones de personas han sido desposeídas y desarraigadas de sus tierras por las inundaciones, las sequías y la desertificación causadas por las acciones indiscriminadas contra el medio ambiente, y los enormes proyectos de infraestructura, represas, minas, y las Zonas Económicas Especiales (ZEE). En el este de la India, las minas de hierro y de bauxita están destruyendo ecosistemas enteros, convirtiendo tierras fértiles en desiertos. En el Himalaya, están previstas cientos de presas que tendrán consecuencias catastróficas. En las llanuras, la construcción de diques fluvia-

les, al parecer con el fin de controlar las inundaciones, causó la elevación del lecho de los ríos, aumentando los aluviones, las inundaciones, y la salinización de las tierras agrícolas. La mayoría de los ríos de la India, incluyendo el Ganges, se redujeron a alcantarillas que transportan más aguas negras y residuos industriales, que agua. Productos agrícolas sostenibles, adaptados a las características locales de los suelos y micro climas, han sido sustituidos por cultivos híbridos y genéticamente modificados que absorben enormes cantidades de agua, y que dependen de las fluctuaciones del mercado, y requieren fertilizantes, productos químicos, pesticidas, canales de riego, y uso imprudente del acuífero. Las tierras agrícolas saturadas de productos químicos se secan y se vuelven estériles, obligando a los agricultores a endeudarse para pagar los crecientes costos.

A pesar de las altas tasas de crecimiento económico, los indicadores sociales son alarmantes. La tasa de desnutrición infantil (46%) es casi el doble de la registrada en el África subsahariana; el 79% de los niños en el rango de los seis a los 35 meses sufre de anemia; la tasa de mortalidad infantil (53 por mil) es dos veces y media mayor que la de China; India figura en el sexagésimo quinto lugar, por detrás incluso de Sudán, en el conteo de los 88 países más hambrientos, recopilado por el Índice Global del Hambre, y en el 134 en el Índice de Desarrollo Humano del PNUD. La “castas codificadas” (los antiguos intocables) y los musulmanes son en la mayoría de las categorías, los más pobres de los pobres, y

Un dólar al día
para sus necesidades diarias tienen sólo de treinta a cincuenta centavos de dólar.

Los datos sobre la pobreza, oficialmente más bajos, son controvertidos. Y, según el economista Raj Patel, groseramente manipulados.

Al inicio de los años setenta — escribe en su ensayo *Los jefes de la comida* — más de la mitad de la población fue clasificada como pobre. Dos décadas después, el número de pobres se había reducido a sólo un tercio: un progreso alcanzado en gran medida por la reducción del umbral de la pobreza. En los años setenta, eran pobres quienes consumían 2,400 calorías al día. En los años noventa, bajó a 1,970. En 1999-2000, poco más de una cuarta parte de la población era pobre, una reducción impresionante. Lástima que la línea de la pobreza estaba entonces en consumir menos de 1,890 calorías al día. Ahora que los datos oficiales sobre la pobreza en la India giran en torno a un 27%, un cálculo exacto basado en la cantidad normal de calorías, 2,400 al día, coloca a tres cuartas partes de la población por debajo del umbral de pobreza. En otras palabras, cerca de quinientos millones de personas fueron sustraídas de la pobreza simplemente moviendo la barra.

En los años setenta, la “revolución verde” (el uso de variedades de plantas modificadas genéticamente, combinado con nuevas técnicas de cultivo) permitió a la India aumentar significativamente el rendimiento por hectárea y lograr la autosuficiencia alimentaria. Pero fue en parte frustrada por

los graves efectos secundarios: la pérdida de la biodiversidad, la dependencia en los combustibles fósiles (fertilizantes y pesticidas), la contaminación (productos químicos), la degradación progresiva del suelo y la marginación de los pequeños agricultores.

Hoy en día, la India tiene que importar cada año cerca de dos millones de toneladas de granos y gastar más de veinte mil millones de dólares para subvencionar a las industrias que producen fertilizantes. La agricultura sigue creciendo muy lentamente (en torno al 2%, con un pico negativo del 0.2 % en 2009 causado por la sequía extrema), mientras que se redujo en un 21% la proporción del PIB agrícola. Asimismo, la desigualdad entre la ciudad y el campo se ha incrementado: en la década 1993-2003 los ingresos urbanos crecieron en un 40%, mientras que los del campo se redujeron en un 20%.

La llamada “segunda revolución verde”, fue lanzada en 2006 con el beneplácito del entonces presidente de Estados Unidos, George W. Bush, y amenaza con ser aún más perjudicial, ya que será gestionada directamente por el sector privado y es cada vez más dependiente de las compañías multinacionales que producen transgénicos. Seis grandes corporaciones (BASF Plant Science, Bayer CropScience, Dow, DuPont, Monsanto y Syngenta) controlan casi toda la investigación sobre variedades transgénicas y poseen la patente que venden a un alto precio. La semilla de algodón Bt de Monsanto-Mahyco, que contiene un pesticida producido por el *Bacillus thuringiensis*, una bacteria del suelo, cuesta de seis a ocho veces más que las variedades locales. Y en muchos casos ha demostrado ser ineficaz. En 2005, el Andhra

Pradesh canceló la licencia para el algodón Bt de Monsanto porque las pruebas demostraron que era perjudicial: el rendimiento fue menor y las plantas transgénicas eran más susceptibles a las enfermedades que las no modificadas. “El experimento — escribe Patel — tuvo un tremendo costo humano: el 90% de los agricultores que se han suicidado en Andhra Pradesh y Vidharba cultivaban algodón genéticamente modificado.” A la luz de estos datos, el brillante eslogan publicitario de Monsanto produce un efecto inesperado: “Para producir más, conservar más, y mejorar el nivel de vida de los campesinos”.

Hyderabad, capital de Andhra Pradesh, es uno de los símbolos de éxito de la India: nuevos palacios, las oficinas de Microsoft, Oracle, IBM, Infosys. En su barrios pobres viven más de seis millones de campesinos urbanizados atraídos por el espejismo de un trabajo remunerado. Pero en toda la federación el sector informático no emplea más que a tres millones de personas, una bagatela para la escala de la India. Por no hablar, como ha señalado el sociólogo Dipankar Gupta, de que “las empresas informáticas están instaladas en la India sólo por los bajos costos laborales y para tareas que requieren un nivel bajo de especialización”. La apertura de los mercados y la globalización han estimulado el crecimiento económico, pero el aumento del PIB en términos absolutos no se vio acompañado de la reducción correspondiente de la pobreza.

El desarrollo ha afectado sólo marginalmente a la población rural, que ha pagado un alto precio por la recaída. La economía rural sigue dependiendo de la actuación del monzón. La sequía del 2009 dio lugar a una fuerte caída de

la producción y el *aam admi*, el hombre de la calle, sólo vio como aumentaban en un 20% los precios de los productos básicos (arroz, azúcar y legumbres). Y otros factores, como la escasez de las precipitaciones, el crecimiento demográfico, la contaminación, la creciente demanda de las industrias y los monocultivos mecanizados, han contribuido al agotamiento de los recursos hídricos. Entre 2005 y 2009, según la ONG Water Aid, el porcentaje de la población agrícola que tiene acceso al agua potable ha bajado 95% a 66%.

Nestlé Waters y Coca Cola, que controlan respectivamente el 19% y 9% del mercado mundial de agua embotellada, han invertido mucho en la India. Coca Cola gestiona más de cincuenta plantas de embotellado: sólo la planta de Plachimada, en Kerala, consume todos los días un millón y medio de litros de agua de la capa freática. Después de cuatro años de batallas legales, los agricultores de la zona consiguieron, en 2005, el cierre de la planta. Sin embargo, volvió a abrir a menos de cuarenta kilómetros de distancia.

La expiación de las tierras, la deforestación, la privatización del agua y la contaminación causada por las empresas mineras, los pesticidas y desechos industriales, afectan a los sectores más vulnerables de la población: la población rural pobre, los *dalits*, la “casta codificada”, y los *adivasis*, grupos tribales cuya supervivencia está estrechamente ligada a la conservación de la tierra y sus recursos. Los acuerdos para la construcción de centrales eléctricas, presas, minas, refinerías y fábricas de acero firmados por los gobiernos de Orissa, Bengala Occidental, Chhattisgarh y Jharkhand con las principales compañías nacionales y extranjeras prevén la reubicación de los pueblos indígenas.

Uno de los proyectos más controvertidos es el de la mina de bauxita en Niyamgiri Hills, Orissa — concedido a la empresa británica Vedanta — que incluye el territorio sagrado y las fuentes de agua de la tribu dongria kondh. Por lo tanto, no es casualidad que los *adivasis* formen el Ejército Guerrillero de Liberación Popular, brazo armado del Partido Comunista clandestino de inspiración maoísta, activo en un tercio de las 604 provincias del país.

Contra los rebeldes, etiquetados como “terroristas naxalitas”, el ejército indio lanzó una enorme y sangrienta ofensiva llamada “caza verde”, con la participación de la milicia paramilitar Salwa Judum (“caza de purificación”), financiada por el gobierno y conocida por su brutalidad: queman y saquean los pueblos indígenas, matando civiles y violando a las mujeres.

En dirección a Forbesganj cruzamos Naxalbari, la ciudad de la que los maoístas tomaron su nombre de batalla, y que en 1967 fue escenario de la primera revuelta campesina contra el excesivo poder de los terratenientes. En la calle principal, inundada por el caótico tráfico, las persianas y las fachadas de las casas están pintadas de rojo. Los escritos sobre los muros alaban la lucha armada y los monumentos “a los caídos de la resistencia” se asemejan a los templos hindúes, pero con la hoz y el martillo en lugar del tridente escarlata de Shiva.

Debemos dejar Sankari y a sus niños, es tarde y Ruchira quiere mostrarme, sobre el camino de regreso, el horno de ladrillos cerca del pueblo de Bathnahnah. Cuando llegamos, las nubes al occidente se iluminan de naranja y púrpura: la puesta de sol de la llanura se refleja en los charcos y

los arrozales. Pero el cielo sobre nosotros es de alquitrán por las emanaciones de asfalto de una chimenea. Negros de hollín, los pequeños carboneros alimentan sin descanso la boca del fuego. Otros niños, de diez a doce años, estampan las marcas comerciales SONA y KOSI en los ladrillos de arcilla utilizando moldes de madera, y los ordenan en largas filas regulares para secarlos al sol. Los adolescentes más robustos cavan con palas, llenando bolsas y carretillas de tierra y barro. Hombres, inmersos en una nube de polvo rojo, apilan los ladrillos cocidos, humeantes y en ebullición.

Familias enteras trabajan por temporadas en el horno: durante seis meses, de noviembre a abril, hasta las lluvias monzónicas. Las mujeres y las niñas llevan sobre sus cabezas hasta diez ladrillos apilados que pesan más de veinte kilos. Después de cada maniobra, reciben del supervisor una ficha de plástico como testigos de la carga. Mientras más fichas reúnan, mejor pagadas serán al final del día por el Señor Ganeshm, el jefe del local. Los niños pueden ganar cincuenta rupias, cerca de un dólar. Los adultos el doble, a veces el triple.

Pabitra y su esposa Lakki están en su tercera temporada de trabajo forzado en el horno. Tienen la esperanza de pagar las deudas que los aplastan desde hace una década, pero es casi seguro que las heredarán a sus dos hijos mayores, Manika y Parul. El niño más pequeño, enfermo de tuberculosis, tiene pocas probabilidades de sobrevivir: llora y tose bajo una sábana cubierta de moscas, en la esquina de la cabaña de ladrillo donde Lakki cocina caracoles recogidos en el fango oscuro de una zanja de drenaje.

Son cientos de miles los niños explotados en los hornos de la India y en las fábricas de alfombras para exportación, en el comercio, las minas, y los prostíbulos. Una cuota considerable del ejército mundial de nuevos esclavos, cuyo número —de acuerdo con la Organización Internacional del Trabajo y las ONG del sector— oscila entre los trece y los veintisiete millones: el doble de los esclavos traídos de África durante los tres siglos del tráfico de esclavos negros.

Calcuta es siempre un puñetazo en el estómago. Hay que acostumbrarse al calor pegajoso, a la multitud desbordante, a los malos olores, al tráfico loco, a los aguaceros repentinos, a los inválidos que se arrastran en el pavimento, a los mendigos, a los conductores descalzos de rickshaws, a los perros callejeros y a las vacas sagradas; a los niños que duermen envueltos en periódicos y bolsas de basura, y a las personas sin hogar que orinan y defecan en la calle.

Ruchira, se quedó en Bihar, y me dio las llaves de su apartamento en Alipor, el distrito de sueño de la burguesía acomodada: Mangla, la anciana que hace la limpieza, sólo habla bengalí, pero nos entendemos con gestos.

Calcuta, ahora Kolkata, está cambiando su apariencia. Detrás de los andamios de bambú crecen rascacielos, nuevos condominios, centros comerciales, salas de cine. Más de doscientas empresas informáticas han abierto sus oficinas y la coalición de izquierda que está en el poder en Bengala Occidental desde hace 33 años (el gobierno comunista de mayor antigüedad del mundo elegido democráticamente) sueña con transformar la antigua capital del Raj en un polo tecnológico que pueda rivalizar con Bangalore y Hyderabad. Decenas de miles de inmigrantes de Orissa, Bi-

har, Uttar Pradesh y Bangladesh desembarcan todos los días en los refugios de la estación de Howrah. Un universo en sí mismo: una cueva cavernosa llena de estudiantes, viajeros, familias que viajan, campesinos desorientados, vendedoras de frutas, ladrones, policías, prostitutas, mendigos y porteros que transportan sacos de yute monumentales, cargan cajas de madera y desproporcionados fardos de tela a los vagones de mercancías que esperan bajo el techo de zinc.

Los contrastes son violentos. En el Oberoi Grand, uno de los hoteles más lujosos de Asia, el restaurante sirve langosta y vinos franceses en salones tapizados con estampas de Palacio de Buckingham y retratos de la reina Victoria: los cubiertos son de plata, las lámparas de cristal, los suelos de caoba pulida. Frente al hotel, mantenidos a raya por la policía armada con palos, los residentes de la calle esperan a los clientes por unas pocas rupias de limosna.

Palacios, jardines botánicos y monumentos contruidos para la gloria del Imperio bordean los barrios obreros de hacinados callejones donde los quioscos venden *paan*, hojas de betel rellenas de tabaco y frutos secos, nueces de areca y nenúfares flotando en alcantarillas abiertas. Los turistas visitan la hermosa Biblioteca Nacional y la antigua residencia del virrey, que alberga más de un millón de libros; admiran las pinturas de Rubens, los vasos chinos y las columnas del palacio de mármol, una extravagancia paladiana construida en 1835 por el rico comerciante Rajendra Mullick; asisten al espectáculo de luces y sonidos en el parque Victoria Memorial, símbolo imponente del poder imperial. Es difícil que se aventuren en el laberinto interminable de *bustee*, los barrios pobres que crecieron a lo largo de las vías del ferrocarril,

donde todavía hay un poco de espacio para levantar un techo de cartón y lonas de plástico, y donde el humo de las primitivas estufas de carbón mata más gente que la malaria, y los meses del pútrido monzón, las lluvias torrenciales, transforman todo en inundaciones de lodo.

Camino hacia el Hooghly, el brazo fangoso del Ganges que fluye a través de la ciudad, al lado de grandes edificios coloniales en los que subyace la pátina del tiempo: oficinas administrativas y de correos, bancos, cuarteles, almacenes, empresas de importación y exportación. En la penumbra de los amplios locales, los empleados, en camisa blanca y corbata, apresuran su trabajo sobre antiguos escritorios de madera oscura, bajo las aspas de ventiladores en movimiento perpetuo.

En Nimtallah Ghat, donde finalmente encuentro un taxi, están cremando dos cuerpos. El hedor nauseabundo de la carne humana quemada se mezcla con el olor del *ghee*, la manteca clarificada con la que recubren los cuerpos, y con el de las flores podridas, la inmundicia, la hierba de los ríos y la *ganja* que los Sadhu fuman en el *chilum*, las pipas de arcilla.

Me llevan al templo de Kali. Encuentro la multitud habitual: se está realizando uno de los muchos festivales hindúes y la gente se pelea para entrar. Al otro lado de la calle, un grupo de exaltados y policías está bastoneando a un niño, tal vez un ratero o un ladrón atrapado mientras robaba en algún puesto: escenas que en la India están a la orden del día y que a menudo degeneran en linchamientos, en pogromos o en sangrientos tumultos de trasfondo religioso. Se podría pensar que la supuesta espiritualidad de

la India, muy elogiada en Occidente, sea sólo una fantasía de intelectuales decadentes; o un privilegio reservado sólo a los monjes ascetas de lamaserías del Himalaya. El budismo nunca ha producido fenómenos de intolerancia y de fanatismo fundamentalista.

Cruzando las llanuras y las mega ciudades del subcontinente se percibe una violencia difusa: la de millones de personas que luchan por sobrevivir, encontrar un trabajo, obtener dinero, consumir; el materialismo brutal de los pobres que están desesperados para salir adelante, o al menos por no sucumbir. Sólo los reconforta una fe degradada por la compra-venta de ofrendas votivas y de imágenes.

Para cambiar de opinión me basta cruzar el umbral de la Nirmal Hriday, el “corazón inmaculado”, el ashram de los moribundos, donde una década antes de su muerte me encontré con la Madre Teresa. Todo está como entonces: la silenciosa penumbra, las enormes habitaciones refrescadas por los ventiladores, el olor acre del desinfectante, los gemidos ahogados, los cuencos de arroz, el roce de las sandalias en el piso mojado. Las monjas y enfermeras administran medicamentos y limpian las heridas. Las voluntarias, jóvenes llegadas de todas partes del mundo, cuidan a los pacientes con enfermedades terminales, reducidos a bolas insignificantes de piel y huesos: los lavan, los secan, los masajean, los acarician. Siempre con una sonrisa, “para restituir a los últimos de los últimos —dijo la Madre Teresa— al menos una pizca de dignidad”.

Encuentro a Mahua, uno de los responsables de Apne Aap, en el centro de acogida para prostitutas en Khardipur, uno de las zonas rojas de Calcuta: “Las chicas siguen

cursos de alfabetización, de danza y computación; aprenden a conocer las leyes y a defender sus derechos. Por la noche, mientras trabajan, pueden dejarnos a sus hijos. Aquí cuidamos a una docena, pero en total tenemos unos 140, de entre dos y diecisiete años. Por la mañana, van a la escuela y al jardín de niños”.

Las prostitutas de Calcuta son probablemente cien mil. Pero el tamaño del mercado podría ser mayor, ya que a los burdeles tradicionales se han añadido otros sitios de encuentro: hoteles, bares de karaoke, cafeterías, restaurantes, salones de belleza, centros de masaje, departamentos privados, cruces de autopistas. Los traficantes, protegidos por la policía y los políticos corruptos, usan las nuevas tecnologías: los guardianes de los prostíbulos utilizan Internet y teléfonos móviles para comunicarse con los clientes.

En Khidirpur hay cinco mil niñas, casi todas compradas en Bihar y en los pueblos rurales de Bengala. Muchas son secuestradas al llegar a la ciudad, atraídas por la falsa promesa de un matrimonio. “los agricultores endeudados”, dice Mahua “se ponen de acuerdo con el dueño de un burdel para hacer trabajar a su esposa o hija hasta que saldan la deuda: incluso por veinte o veinticinco años”. Ruchira está convencida de que para romper las cadenas de la deuda y la esclavitud sexual es esencial abolir las zonas rojas, declarar la guerra a los traficantes, endurecer las penas para los clientes y sacar a las niñas de los burdeles ofreciéndoles la alternativa de una educación adecuada. Como era de esperar, ha recibido amenazas graves y es hostigada por la poderosa mafia del sexo y las propias prostitutas, decididas a no perder su única fuente de sustento.

Nilufar esta en Khidirpur desde hace cuatro meses. “Fue mi novio quien me trajo aquí, con el pretexto de mostrarme Calcuta”, dice llorando. “En lugar de ello, me entregó a un comerciante. Si intento escapar, me mata”.

Sathi, procedente de Bangladesh, esta aquí desde hace siete años: “Estoy cada vez más endeudada. El alquiler de la habitación es de 80 rupias al día. Tengo que pagar la electricidad, los alimentos, las medicinas, y la ropa. El dueño toma la mitad de mis ganancias, y si me enfermo y no puedo trabajar, me presta dinero. Tengo tres hijas de quince, trece y once años: la más grandes ya han empezado...”

Bashunti, de 31 años, lleva ya casi 15: “Nací en un pueblo de Sunderband, en el delta del Ganges. Mi familia era muy pobre y me vendió a un vecino. Tengo dos hijas ya casadas. Los dos varones pequeños van al centro de Apne Aap”.

A la pobreza se añade, en la India, la situación especial de que la mujer es considerada una carga financiera dentro de las familias debido a las costosas dotes que la tradición impone. Desde 1980, cuarenta millones de mujeres están “desaparecidas”: según la ONU. Todos los días, siete mil fetos femeninos son abortados.

Al llegar la noche, Nur, el conductor musulmán de Mahua, me lleva a Soganachi, uno de los más grandes distritos de sexo de Asia: diez mil prostitutas se asoman por las ventanas de los burdeles, bajo la las luces eléctricas, rosas y verdes de los tubos de neón. Reciben a los clientes casi siempre borrachas, delante de sus hijos, y en pequeñas habitaciones privadas de servicios sanitarios que abren sobre largos pasillos: una cama, una lámpara de gas, paredes de cartón pintadas de azul y púrpura. El *maashi*, el guardia, controla

las idas y venidas, y cobra la tarifa promedio de doscientas rupias, cinco dólares.

El “Kanchan”, una raquítica construcción de los años treinta, es para la clientela rica. Las niñas, jóvenes y provocadoras, drapeadas en sari rojo y amarillo limón cuestan entre 600 y 1,000 rupias; 500 sólo para verlas bailar desnudas. Las habitaciones, un poco menos sórdidas, a veces tienen un espejo en la pared, un sillón desvencijado o una silla en la que colocar la ropa.

Los precios caen conforme uno se adentra en las calles del barrio. Grupos de mujeres cuchichean y beben cerveza mientras esperan a los hombres en la puerta, agarrándolos por el brazo: “¡Hola! ¡Ven conmigo! ¡Sólo cien rupias!”. Nur me guía más hacia dentro. Ahora las calles son más sórdidas, apenas iluminadas por lámparas y velas. La aglomeración de ebrios, triciclos, bicicletas, vendedores de cigarrillos, *paan*, *chapati* y *ganja* se espesa. El calor y la humedad son intolerables. Hay un olor de fritura rancia, de alcantarilla, de orina en las paredes. Los burdeles son casuchas de hormigón y acero, donde las gallinas escarban en la basura. Aquí encuentras niñas por veinte rupias, ni siquiera la mitad de un dólar. Algunas son muy jóvenes, de no más de trece años. Hay hombres persuadidos de que violar a una virgen cura el Sida: los médicos, a menudo, tienen que suturar laceraciones de la vagina en las niñas de nueve a doce años.

Las mujeres mayores son las madres. Ninguna querría esa vida para sus hijas. Sueñan con una casa con refrigerador y un televisor, una familia normal con un padre que lleva a los niños a la escuela. Pero a los veinticinco años las prostitutas Soganachi están deshechas. No tienen otra alter-

nativa. Y no tienen futuro. Casi todas ellas son seropositivas, cuando se enferman y mueren, sus hijos se unen a las bandas de la calle y las niñas terminan en burdeles.

Ruchira sugiere que vaya a conocer a Mumtaz, “el trapero del distrito Topsis”. Vive en una casucha cerca del puente N° 4 en el barrio de Dara Para, donde quince mil inmigrantes acampan a lo largo de las vías del tren que convergen en la estación de Park Circus. El proceso de gentrificación de la zona urbana de Calcuta ha llegado incluso aquí, como sugieren los diferentes materiales de construcción utilizados. Se pasa del *Jhupri*, refugios temporales de trapos, yute y cartón, a las *kutchas* de barro y bambú con techos de esteras, madera contrachapada y neumáticos viejos, para llegar a las *pucca de* hormigón, ladrillo y lámina corrugada.

Los *bustee* crecen generalmente donde hay un poco de agua, pantanos, lagunas, arroyos, o desagües. Cerca de la casa de Mumtaz hay un charco de agua estancada y de aguas residuales, donde las mujeres lavan la ropa y los niños desnudos juegan a salpicarse. Pero en las casas en la que habitan familias de un promedio de diez hijos, todo está en perfecto orden: el piso de tierra barrido, los cuencos y las macetas ordenados bajo un diván, las ollas de barro para el agua colocadas en una esquina, las almohadas y mantas dobladas contra la pared junto a pequeñas imágenes de Vishnu y Ganesh. “Los millones de casuchas pobres de Calcuta — escribe Günter Grass en sus diarios indios — son las más limpias del resto de la ciudad: una limpieza desesperada, arrancada a la miseria.”

Dara Pará es uno de los centros de la prostitución infantil. “Los *Dalal*, los intermediarios — dice Mumtaz — vie-

nen a buscar a las niñas para los burdeles de Soganachi; o las envían a Mumbai, en los trenes de la estación de Howrah.”

Es ya de noche cuando Mumtaz, con treinta años, seis hijos, cinco hermanos y tres hermanas, sale a las calles de Topsis con una gran bolsa de yute. Trabaja de tres a seis de la mañana, antes de la llegada del camión de la basura. Recoge trapos, trozos de tela, papel, zapatos y botellas de plástico que vende a un distribuidor por veinte rupias. Es una mujer fuerte e inteligente que supo enfrentar a un marido alcohólico. “Tengo cáncer de mama — dice con indiferencia — pero Ruchira me está ayudando.”

De niña, en el pueblo de Lakshmikantapur, en el delta, pasaba hambre: “Me daban de beber el agua de arroz, la que por lo general se le da a las vacas”. A los dieciséis años, se fue a Delhi a trabajar como doméstica y se conoció a Fazil: un hombre guapo, musulmán como ella, que se casó con ella y la dejó embarazada. “No sabía que ya tenía una esposa y tres hijos. Eso lo descubrí después, cuando llegamos a Calcuta”.

Fazil está desempleado y roba dinero a Mumtaz para comprar el *chullu*, el aguardiente de arroz. Una botella cuesta sólo diez rupias, pero el hígado y el cerebro se desmoronan. “Cuando está borracho se pone violento. Me pega. incluso también a los niños.”

Durante el día, Mumtaz trabaja en uno de los jardines de niños de Apne Aap y hace la contabilidad de la asociación humanitaria Indradhanush “Arco iris”. Hace unas semanas, abrió una pequeña cuenta bancaria. Con los ahorros planea iniciar su propio negocio de *catering*: quiere llevar comida caliente a los hijos de las prostitutas de los burdeles de Calcuta.

GUATEMALA

Por el dinero y las drogas

13 de mayo, correo electrónico de Gérard Lutte desde la ciudad de Guatemala:

Queridos amigos y amigas, les anuncio con profundo pesar que nuestro compañero, amigo y hermano Elvis Hernández fue asesinado hoy a las 6 de la mañana mientras estaba sentado con otro joven en una cafetería. Parece que ese joven era parte de la mara Salvatrucha. No se sabe quiénes son los asesinos, si los miembros de los escuadrones de la muerte, simples verdugos, o los del M18, la pandilla enemiga. Elvis tenía apenas 17 años. Era el compañero de Diana, del Comité de Dirección, y en marzo de este año nació su hija. Diana tenía otro hijo, Emilio, pero Elvis lo veía como su propio hijo. Emilio lo llamaba papá. Diana esta todavía en su mes de licencia de maternidad, y al término de ese plazo retomará su trabajo como coordinadora de la escuela y las becas, una tarea que lleva a cabo con dedicación y destreza. Ella tiene 22 años y es una mujer fuerte que había logrado salir adelante gracias al amor de su hijo. Quisiera hablarles con más

detalle, pero es tanta la tristeza y la rabia impotente que no puedo hacerlo. Un abrazo, Gerardo.

8 de septiembre, otro correo electrónico de Gérard:

Las tormentas tropicales y lluvias torrenciales desde hace al menos dos meses están causando daños incalculables y deslizamientos de tierra que han enterrando a decenas de personas y destruido carreteras, lo que hace imposible la comunicación. Y como siempre, los más afectados son los pobres. Muchas personas jóvenes que viven con sus hijos en chozas construidas en el borde de un acantilado en uno de los muchos barrios pobres de la capital, están en peligro. Muchos niños y niñas se han enfermado de bronconeumonía y hace apenas un mes murió en el Hospital General de San Juan de Dios un niño de cinco años de edad que vivía en el hogar XIX de marzo. Las bandas criminales tienen el control de zonas del territorio cada vez más extendidas. Y mataron a Erika.

La llamaban "La Coneja" y había sido la compañera de uno de los líderes más crueles y temidos de una banda criminal. Tenía un hijo. Ella entró en la casa de las jóvenes, donde progresó de manera espectacular trabajando como cocinera ayudante. Tuvo un segundo hijo. El primero se puso celoso, no comía y no aprendía. La madre intentó resolver los problemas con mano dura. Pero cuando le explicamos las razones del comportamiento de su hijo y le aconsejamos una manera distinta de tratarlo, la situación cambió radicalmente,

y la madre y su hijo vivieron, creo, la época más hermosa de sus vidas. Ella encontró otro compañero, y los cuatro se fueron a vivir a una habitación alquilada. Después de una breve luna de miel, comenzaron los problemas, los robos, las drogas. Se separaron y perdieron todo lo que tenían. Ella regresó a la calle. Fue detenida y encarcelada. Liberada, regresó a la misma vida después de entregar sus hijos a un juez que los recluyó, pobres criaturas, en una institución donde no tenía derecho a visitarlos. Su futuro es incierto, entre la adopción y la carretera.

Luego vino la trágica conclusión de la corta vida de Erika, hallada asesinada el pasado jueves. En mí se mezclan diferentes sentimientos: dolor por la pérdida de un ser querido con el que he vivido en nuestra casa y el sabor amargo de la derrota porque no soy, no fuimos, capaces de salvarla a ella y a sus hijos. Todavía tenemos mucho que aprender sobre cómo echarle una mano a las personas que salen de prisión. Todavía tenemos mucho que aprender para dar prioridad a aquellos que más lo necesitan.

Un abrazo, Gerardo.

Y otro, del 29 de octubre:

Queridos amigos, tengo una noticia muy triste que anunciar y quiero que se transmita a todos los que conocieron a Mayra, para los que quieran escribirle. Me informan que su hermana fue asesinada horriblemente después de haber sido secuestrada y violada. Se llamaba Kiti.

A Erika no la conocí y, si alguna vez vi a Mayra, fue sólo de reojo. Pero de Diana guardo el recuerdo de una chica panzona y de pelo negro brillante, ojos vivaces y un fajo de papeles en las manos, trabajando en la pequeña oficina en la parte superior de la Casa de la Amistad en Ciudad de Guatemala.

Es casi Navidad y el cielo de la ciudad es un esmalte azul, como los muros de la casa donde vive y trabaja Gérard. Han pasado cuarenta años desde nuestra primera reunión, en un edificio en las afueras de Roma.

Gérard, nacido en Bélgica, sacerdote salesiano con un expediente académico envidiable, parecía destinado a una carrera brillante: Licenciado en psicología de la prestigiosa Universidad de Lovaina, catedrático de la Universidad pontificia salesiana y luego en la Sapienza. Pero era un “cura rebelde” y molestaba a las jerarquías. Luchaba por el derecho a la vivienda en los barrios pobres entre la vía Nomentana y la Salaria, y su compromiso social no era del agrado de sus superiores. Le decían que la caridad estaba bien, no así la lucha. Pero Gérard no es de los que se echan para atrás.

Trabajando en los asentamientos populares descubrió que los salesianos estaban involucrados en la especulación inmobiliaria del Marqués Alessandro Gerini, el “constructor de Dios”: cientos de hectáreas de tierras agrícolas que se convertían en terrenos edificables y que el pío Marqués escrituró a nombre de la orden sacerdotal para evadir impuestos. Los salesianos, que a la muerte del Marqués en 1990 heredaron una fortuna estimada en más de mil quinientos millones de liras, fueron recompensados con generosas donaciones de caridad, palacios, iglesias y edificios libres de propiedades. En marzo

de 2010, los tribunales ordenaron la confiscación de los bienes pertenecientes a los salesianos por un valor de ciento treinta millones de euros. Sin embargo, en los años setenta, las denuncias del padre Lutte tuvieron una conclusión inevitable: la suspensión *a divinis* y la pérdida de la cátedra. “Puedes ser perdonado por un pecado de pedofilia —bromea Gérard—, ¡pero nunca por tocarles en el dinero!”

Comenzó a trabajar en el barrio de la Magliana con las asociaciones de inquilinos que se auto reducían el alquiler, con las juntas de vecinos y con las familias de los inmigrantes que ocupaban las casas. En el '83 se fue a Nicaragua, durante la guerra civil, y se puso del lado de los sandinistas y los sacerdotes revolucionarios. Diez años más tarde, decidió dedicarse a los niños de la calle de la ciudad de Guatemala.

Avanza hacia mí moviéndose a tientas en la cocina de su modesto apartamento: es casi ciego. Pero insiste en prepararse sólo el café con moka y a acompañarme en la visita de la casa. Me muestra los salones de clase, los laboratorios, las salas de reunión mientras los niños se le adhieren a los pantalones y lo siguen en los pasillos. El Mojoca, el Movimiento de Jóvenes de la Calle, que fundó en 1998, no busca a toda costa alejar a las niñas y niños de la calle. “Nuestro primer objetivo —explica Gérard— es ayudarlos a organizarse para defender sus derechos, mejorar su calidad de vida y participar en la construcción de una sociedad más justa. Somos, ante todo, un movimiento de jóvenes de la calle, no de jóvenes sacados de la calle.”

La calle es violencia: de los narcotraficantes, de los poderes ocultos, de la policía, de los criminales, de los escuadrones de la muerte. La calle tiene sus propias leyes,

aceptadas y respetadas, ya que son necesarias para la supervivencia. Los niños de la calle viven en grupos autogestionados. No hay líderes: nadie ordena a nadie. No son dueños de nada, no tratan de hacerse ricos, no dan ninguna importancia a los bienes materiales, no aceptan la sumisión de las mujeres a los hombres, de los jóvenes a los adultos y a la familia. Rechazan la autoridad del estado. “Al individualismo desenfrenado —dice Gérard— anteponen la amistad y la solidaridad, y arriesgan sus vidas para salvar la de otros. Son leyes diametralmente opuestas a las de la sociedad dominante. Quienes quieren encerrar a los niños y niñas en instituciones donde a menudo son objeto de abuso y no son respetados y amados, quienes piensan que los problemas se resuelven con quejas, con el recurso a los tribunales y con la cárcel, no entienden la calle.”

El Mojoca lucha para reclamar los derechos que se les niegan a los niños de la calle: el derecho a la vida, a la salud, a la educación, a la vivienda, a la alimentación, a la ciudadanía política. Ha construido un hogar para las chicas, las “Quetzalitas”, y otro para los chicos; un centro comunitario que organiza cursos de aprendizaje, otorga becas de estudio, proporciona asistencia legal para obtener documentos de identidad, da la bienvenida a las “Mariposas”, los hijos de los niños de la calle, ayuda a los detenidos y a quienes necesitan atención médica, incluso a las personas que quieren iniciar una micro empresa. Cada día despliega a unos treinta educadores en las zonas más degradadas de la ciudad: facilitadores que sólo se dedican a aconsejar, y nunca a tomar decisiones. Pero la calle está en constante cambio. “Ahora —dice Gérard—, hay generaciones de abuelos, hijos

y nietos que crecieron en la calle: un censo es imposible, pero hay entre tres y cinco mil sólo en la capital. Los grupos son más pequeños y menos estructurados. El consumo de drogas, crack y solventes aumenta y la violencia ha alcanzado niveles nunca antes vistos.”

Los niños deben protegerse de los ataques de la “limpieza social”, de la policía privada, y de las bandas juveniles que controlan los barrios, mejor conocidas como maras, las hormigas. Las dos maras más poderosas, la 18 y la Salvatrucha, buscan dominar a los grupos de la calle: si no lo logran, los violan, los apuñalan y los matan.

Durante unos días, antes de adentrarme en los barrios pobres, exploro “Guate” y recopilo información: un trabajo que se hace más fácil gracias a los contactos de un viejo amigo, el embajador italiano Benardelli Meinhard, a quien conocí en Ruanda durante el genocidio y luego en Irak en los primeros años de la guerra de George W. Bush.

Parece que estuviéramos en Bagdad. Diplomáticos, ricos empresarios y jefes del tráfico de drogas viven detrás de barricadas con helipuertos privados en la zona 14, la “zona verde” de la ciudad: villas con alberca y canchas de tenis, Range Rover, Porsche y Ferrari, centros comerciales de lujo, estacionamientos, guardaespaldas, perros lobo, sistemas electrónicos de alarma. Los gringos rara vez se aventuran y nunca caminan en los distritos centrales o los suburbios donde pueden matarte por un teléfono celular, y donde las maras se pelean violentamente y se dedican a la extorsión, al secuestro, al tráfico de drogas y al robo, incluso de día.

—Desde el comienzo del año han matado a más de doscientos conductores de autobús —dice Julio, el conduc-

tor que actúa como mi escolta. —Son los que no querían pagar dinero por protección. Aquí el transporte está en manos de las mafias de traficantes de drogas, que también controlan la red de la prostitución y la pedofilia, la eliminación de residuos, el tráfico de armas y la construcción.

Cruzamos la “zona viva”, donde se concentran los mejores restaurantes, tiendas y discotecas, escenario de disturbios y tiroteos diarios cotidianos. Los jefes invierten en ladrillos y mortero: han surgido nuevos edificios, rascacielos, grandes almacenes, pero al menos seis mil departamentos permanecen vacíos. Las construcciones se utilizan para el blanqueo del dinero del tráfico de drogas, en el que están implicados políticos, empresarios, jueces, altos oficiales del ejército, y profesionales insospechados. En el “lavado de dinero” están también involucradas las principales instituciones financieras del país.

Sólo recientemente el gobierno ha logrado contener, al menos en parte, otro negocio sucio: el de las adopciones. Durante los últimos dieciocho años, 36 mil niños guatemaltecos, en su mayoría huérfanos de guerra, literalmente se vendieron (también, se sospecha, para el trasplante de los órganos) en vestíbulos de hoteles como el Camino Real y el Marriott para desaparecer luego en Estados Unidos. Los compradores estaban pagando entre diez mil y sesenta mil dólares, y elegían a los niños en un álbum de fotos. De acuerdo con Rudy Zepeda, del Consejo Nacional de Adopciones, muchas niñas destinadas al mercado de la prostitución siguen siendo hoy introducidas de contrabando por la frontera inexistente entre México y El Salvador.

Caminamos hacia el centro. En las calles arboladas vemos cómo dardos de nubes de humo negro son escupidas

por camiones Ford de los años setenta y decrépitos autobuses americanos amarillos con la leyenda "School". Julio me recomienda quitarme el reloj y dejar el dinero en el coche. La policía, con pocos hombres y sin medios, corrupta hasta la médula y en connivencia con las mafias locales (en muchos casos es la propia policía la que gestiona las extorsiones y la venta de drogas) se limita a caminar los comercios locales. Las oficinas, bancos y zonas residenciales se encuentran vigiladas por contratistas armados con pistolas y escopetas reclutados por las 73 empresas privadas de seguridad, como la ASI, la Agencia de Seguridad de Israel: los mercenarios son más de cien mil, diez veces más numerosos que el propio ejército nacional. Las tiendas tienen barras de hierro frente a las vitrinas. Los únicos turistas que caminan por la zona están cerca del Palacio del Correo, un edificio histórico apenas restaurado por el alcalde Álvaro Arzú, que además de la oficina de correos alberga una escuela de música y danza: un par de jóvenes rubios, desorientados, con mochilas apretadas contra el pecho.

No se ven extranjeros, ni siquiera en el Portalito, el bar-restaurant una vez frecuentado por el Che Guevara y la gloria del Premio Nobel nacional Miguel Ángel Asturias, que sirve tapas de frijoles, ron Zacapa y "mixta", cerveza oscura de barril, bajo la cabeza embalsamada de un toro de lidia que se asoma a la descuidada galería de los oficios de oro y plata y banquetes de la lotería Portal del Comercio, conocido lugar de reunión de traficantes de droga durante la noche. No se ven en la catedral con las lápidas de los mártires de la guerra civil en la que en 1998, días antes de ser asesinado a bastonazos bajo la puerta de su casa, el obispo Juan

Gerardi había denunciado las atrocidades cometidas por el ejército. No se ven el Parque Central, frente al Palacio Nacional, donde todos los miércoles la orquesta municipal ofrece un concierto gratuito de marimbas a las parejas de ancianos.

— Los turistas están alrededor de la plaza en autobús y desaparecen — dice Julio.

La inseguridad es palpable. Al caer la noche, las calles están vacías y los periódicos de la mañana y Radio Punto difunden el parte de guerra: “Cinco pilotos asesinados”, “Oficial de policía linchado”, “Quinientos kilos de cocaína robados por funcionarios de aduanas”, “Se multiplican los abusos de las patrullas de autodefensa”, “Catorce personas murieron en un día de violencia”, “Hoy 97 asesinatos”.

Los periódicos dan cuenta del número de muertos y elaboran gráficas como si se tratase de las condiciones climáticas, tomando nota de las subidas y bajadas de las estadísticas y alegrándose con cada leve mejora de los promedios estacionales.

Un artículo señala que “esta semana los homicidios con armas de fuego y arma blanca en la región metropolitana han disminuido en comparación con el año anterior, de 17 a 13.8 por día.” El 17 de septiembre de 2010, el *Periódico de Guatemala*, después de señalar la anomalía de los 38 cadáveres descubiertos en un solo día, el 10 de julio y las 450 víctimas de junio precisa que en comparación con las seis mil muertes del año anterior: “En la primera mitad de 2009 los muertos sumaron 1,908 contra los 1,647 desde el comienzo del año 2010”.

Esta violencia se alimenta de la pobreza, el hambre y la exclusión social. Los datos del PDNU (Programa de desa-

rrollo de las Naciones Unidas) muestran que el 51 por ciento de los 15 millones de guatemaltecos tienen una capacidad de gasto de menos de dos dólares al día, y de estos el quince por ciento vive en un estado de pobreza extrema, teniendo menos de un dólar para la compra de artículos de primera necesidad. El 28 por ciento de la población es analfabeta, el 49 por ciento de los niños sufren de desnutrición crónica y la mortalidad infantil es superior a 36 por mil. En el sector informal, que emplea a 75 por ciento de la población activa, trabajan más de un millón de niños, sobre todo en la agricultura. Entre los indios mayas, que viven en las zonas más vulnerables a los terremotos, inundaciones y erupciones volcánicas, los indicadores son impresionantes: setenta por ciento de pobreza, cuarenta por ciento de analfabetismo (hasta un 87 por ciento entre las mujeres), ochenta por ciento de desnutrición infantil crónica.

El desequilibrio en la distribución de los recursos es macroscópica. Guatemala, gran exportadora de azúcar y café, produce el treinta por ciento de la riqueza de América Central y es el país que, después de Brasil, tiene el mayor número mundial de helicópteros y aviones privados per cápita. Las importaciones de automóviles de lujo crecieron en un veinte por ciento en poco más de una década. Sin embargo, el veinte por ciento de la población absorbe el sesenta por ciento de la riqueza, mientras que el veinte por ciento de los más pobres tiene que contentarse con el 3.7 por ciento. El ochenta por ciento de la tierra cultivable pertenece a un dos por ciento de la población.

Cada vez más, el gobierno se ve obligado a proclamar el estado de emergencia y a pedir la intervención de la

comunidad internacional para hacer frente a las malas cosechas de cereales, devastadas por la sequía, cada año más prolongada y más ruinosa. La recesión mundial, el aumento de precios de los alimentos y la disminución de las remesas (que representan el doce por ciento del PIB) han tenido graves consecuencias: las muertes por inanición se cuentan por cientos. Incluso la distribución de la ayuda es desesperada. Las arcas del Estado, incapaces de poner en práctica una política fiscal incisiva para luchar contra la evasión de impuestos, están vacías: faltan medios de transporte, infraestructura y carreteras. Por no hablar de las escuelas y los hospitales. Basta salir a las afueras de la capital para darse cuenta de los daños causados por lo que el PDNU llama “un modelo económico que concentra la riqueza y multiplica la pobreza”.

El camino que serpentea a través de los valles del departamento de Chimaltenango, en una meseta de dos mil metros, ofrece destellos espectaculares de la Sierra Madre: al oeste, hacia el Pacífico, los conos cubiertos de vegetación de los volcanes —cuatro de ellos en plena actividad— emergen de nieblas tropicales lechosas recortados contra el cielo azul, casi transparente. Un camino de tierra lleno de baches sube a los pueblos de Cakchiqueles, poblados de campesinos pobres que viven de maíz y frijoles negros. En esta zona la Cooperación Italiana está financiando algunos proyectos de salud, agricultura, educación y nutrición. Un sacerdote maya nos recibe en torno al fuego ritual. Esparce pétalos de flores, lee fórmulas de derecho del Popol Vuh, el libro sagrado de los quichés, quema velas de colores dispuestas en un círculo en la tierra: el rojo es el este, el negro el oeste, el amarillo es el Sur, y el blanco el Norte, el verde simboliza el bosque y el azul, el cielo.

Son pueblos aislados, en riesgo de deslaves de tierra, donde los agricultores cultivan pequeñas parcelas de tierras improductivas y viven sobrecargados por los contratos de deuda con los coyotes, intermediarios-contratistas que proporcionan fertilizantes y pesticidas. En raras ocasiones los obreros que trabajan en las fincas de café ganan el salario mínimo de 56 quetzales (siete dólares) por día: los cafetaleros, como los cañeros de las planicies, los latifundistas de la caña de azúcar, pagan un promedio de 45 quetzales por quintal de cosecha.

En la comunidad rural de Hacienda María, los voluntarios pesan a los recién nacidos, administran las vacunas, y distribuyen a las madres y a los niños el Vitacereal, un suplemento alimenticio a base de maíz y soya enriquecido con vitaminas y minerales. La diarrea y la neumonía son las enfermedades más comunes, pero no faltan los casos de fiebre tifoidea y hepatitis. Para los 547 mil habitantes del departamento sólo hay veinticuatro médicos, dieciséis enfermeras profesionales y un hospital con ochenta camas.

En la parte superior de un camino en la comunidad de Aldea Vieja se encuentra la casa de Marcela, una joven que ya tiene cuatro hijos: el recién nacido duerme en una cesta de cáñamo que se balancea con el viento en el porche, entre las cubiertas de mazorcas amarillas puestas a secar.

En la suciedad del corral, otras mujeres tejen huipiles de colores brillantes, desde el color naranja hasta el azul oscuro, adornados con misteriosos bordados: figuras estilizadas, geometría astral, y animales mitológicos. Tejen en telares de origen prehispánico: los hilos de urdimbre extendidos entre dos bastones; uno unido a un árbol, y el otro

fijado a una correa que pasa por detrás de las caderas. Cada pueblo tiene sus diseños y sus colores.

Marcela amasa la harina y cocina las tortillas en un horno de ladrillos. Su hijo Félix de dos años no está bien: tiene los ojos hundidos, hinchada la cara y el rostro amarillento.

—No quiere comer” —suspira Marcela. Es débil y sigue perdiendo peso. El médico dijo que las tortillas no son suficientes. Incluso las manzanas. Pero los huevos y frijoles debo venderlos en el mercado. ¿Qué más puedo hacer para comprar aceite, jabón y todo lo demás?

Los trescientos años de colonización española, de ocupación de las tierras mayas y de brutal explotación de la mano de obra indígena no se limpiaron con la independencia (1821), ni con los sucesivos gobiernos civiles y dictaduras militares patrocinadas por Estados Unidos: las grandes plantaciones de café, tabaco y caña de azúcar se encuentran todavía en manos de una pequeña élite de propietarios de ascendencia europea. Y fue la expropiación de tierras improductivas de la United Fruit Company, el gigante estadounidense de plátano, decretada en 1954 por el presidente Jacobo Arbenz, la que desencadenó la aterradora espiral de violencia en la que se precipitó Guatemala. La CIA se encargó de derrocar a Arbenz, mientras que desde Washington comenzaron a llegar armas y dólares para sostener a las juntas militares en el poder, a su vez apoyadas por la oligarquía y, en una primera etapa, por la iglesia católica también. Miles de oficiales guatemaltecos fueron entrenados en las técnicas de aplicación de la ley a los “guerrilleros comunistas”; de las boinas verdes del Pentágono

en la infame Escuela de las Américas en Panamá y en la Oficina de Seguridad Pública creada por Eisenhower en 1957. Entre las materias que se enseñaron había técnicas de interrogatorio como la asfixia y la aplicación de descargas eléctricas en los testículos de las víctimas.

La carnicería continuó en los años setenta y alcanzó su punto máximo en la siguiente década. La policía, los escuadrones de la muerte y el ejército quemaban pueblos, torturaban y asesinaban sindicalistas, campesinos, monjas y sacerdotes, y tiraban sus cadáveres mutilados y decapitados en fosas comunes, o en el océano desde aeronaves en vuelo. Cuando en 1996 se firmaron los acuerdos de paz entre el gobierno y las organizaciones guerrilleras reunidas en la URNG, Unidad Revolucionaria Nacional de Guatemala, el balance de 36 años de guerra civil se calculó en más de doscientos mil muertos, un millón de personas sin hogar y miles de desaparecidos. Pero no bastó esa firma para erradicar la violencia, la corrupción y la ilegalidad, que había penetrado como un cáncer en el tejido profundo de la sociedad.

Es mejor usar un nombre inventado para el voluntario de una ONG que me acompaña a la zona roja de Ciudad de Guatemala. Jorge es un niño atlético con una gorra de béisbol caída sobre los ojos. Vive con su madre y sus hermanos en La Verbena, una colonia de quince mil habitantes, donde sin él no podría entrar. Su padre, un periodista, fue asesinado durante los años de la guerra. La casa está hecha de bloques de hormigón aplanado: un comedor con TV y sofá, en la esquina, una estatua de la virgen coronada con luces de neón, el lavabo en el patio y la ropa tendida. Un hedor acre de plástico quemado sale en bocanadas del barranco, la quebrada del verte-

dero cercano, el más grande de la capital. “Aquí todo está funcionando bien — dice Jorge. — Los barrios controlados por los narcos son los menos peligrosos. En El Gallito, La Verbena, la colonia El Limón y Los Olivos, no hay robos, no se escuchan disparos: los traficantes no quieren molestias de la policía. Y la policía los deja en paz”.

Seguimos caminando. Un borracho en busca de aguardiente se tambalea por las calles y las tiendas de tortillas están protegidas con barrotes de metal. Los tenis que cuelgan de los alambres indican las casas donde se vende la cocaína. Pero el ambiente está tranquilo. Los *mareros* fueron domesticados o eliminados con ráfagas de metralla.

Bajamos a pico sobre el vertedero a lo largo de un camino resbaladizo utilizado por los traficantes de droga para pasar desapercibidos de la Zona 3 a la Zona 8. En la cima de la colina se encuentra un monumento a los cuarenta muertos no identificados del deslave de 2008, cuando quinientas toneladas de lodo y residuos cayeron repentinamente sobre los basureros que estaban reciclando la basura. Jorge insinúa un presentimiento extraño:

—Muchos *huaqueros*, como también los llaman, dijeron haber visto una serpiente voladora cruzando la nube sobre el vertedero, unas horas antes de la tragedia, entre la lluvia torrencial.

La basura forma una inmensa montaña de insoportable hedor que crece día a día, alimentada por el incesante ir y venir de los camiones. Cada grupo de *basureros* tiene su propio espacio en el que indica a los conductores que descarguen. Y cada camión lleva basura de diferentes orígenes: el más codiciado, la prerrogativa de los veteranos y los ex-

cavadores protegidas por la mafia, son los que provienen de los barrios ricos, restaurantes, fábricas y supermercados.

El vertedero está cercado y vigilado por guardias armados. Después de la explosión de gas que causó un incendio devastador en 2005, el Municipio ha tratado de imponer normas. Daniel Ponce, gerente del vertedero sanitario, ha prohibido el ingreso a menores de edad: “Recibimos la basura de la ciudad y de dieciséis municipios de los alrededores, en un promedio de 550 camiones de doce toneladas por día, incluidos los domingos. Los 900 *huaqueros* autorizados trabajan desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde y ganan 125 quetzales al día. Recogen y separan cobre, aluminio, plástico y papel”.

El trabajo continúa en el barrio adyacente, donde familias enteras viven en tiendas de campaña y chozas construidas sobre colinas de materiales no reciclables y contaminantes tóxicos que penetran en la capa freática. Mujeres, hombres y niños llenan gigantescos sacos de metal, cartón y botellas de plástico que después alinean en la calle, a la espera de ser recogidos.

María Concepción, de 46 años, gana cincuenta quetzales al día vendiendo *atole*, una bebida hecha de maíz, arroz y leche. Su marido junta otro tanto en el comercio ambulante de bolsas y platos de plástico.

—El cálculo —me cuenta— es fácil: todos los meses se necesitan seiscientos quetzales para el gasto, cien de agua, doscientos para la luz. Puedo enviar a la escuela sólo a una de mis tres hijas, y esos son otros doscientos quetzales, sin contar libros y ropa. Un huevo cuesta un quetzal, y se necesitan seis por cada medio kilo de frijoles.

El Programa de Cohesión Social de Sandra Torres, de la esposa del ex presidente Álvaro Colom, distribuye raciones de alimentos básicos a los más pobres.

— Limosna — dice María Concepción —, pura propaganda: quiere presentarse a las próximas elecciones. La realidad es que hay familias de diez personas que no pueden permitirse más de un kilo de frijoles a la semana. Y que tienen que mandar a sus hijos a la basura para encontrar algo de comer. Mi cuñada Elvia Esther perdió tres hijos en el derrumbe de 2008. Y su marido, que era comisario de policía, fue asesinado por las *maras*.

Doña Laura, que a los 32 años parece tener el doble, es una *huaquera* autorizada. Vive con sus cuatro hijos y su segundo marido en una choza de lámina ondulada y palos de madera en la orilla del barranco.

— Cuando llueve — dice — la casa se inunda. Apenas tenemos dinero para la comida, y a veces ni siquiera eso. Hoy no cenamos.

La tarjeta con la “Autorización de ingreso - Vertedero Zona de Salud 3” cuesta cincuenta quetzales. Sin ella nadie puede entrar, pero el sueldo no es suficiente, sin embargo:

— Lo hago por los niños. Recojo plástico, cobre y aluminio desde la mañana hasta la noche. Pero, los precios han caído en picada. Hoy en día, por un kilo de aluminio dan sólo tres quetzales. El metal genérico se redujo de cien a cuarenta quetzales por quintal, y son los más fuertes quienes ganan más. Yo tengo que conformarme con los productos de segunda elección. Incluso hay personas que pagan para ganar un camión.

Aguas abajo del vertedero, donde el barranco se cierra en una estrecha garganta obstruida por la amenazante

avalancha de torres de residuos impulsados por las excavadoras, el flujo de la sangre derramada por el nauseabundo río de aguas negras, reserva la caza de los *huaqueros* más miserables y clandestinos. Armados con cubos y palas, sumergidos hasta la cintura en el excremento fétido de la montaña de basura, rodeados por toda clase de moscas, viejos y niños hunden los brazos en un fango oscuro como el alquitrán, en busca de las migajas de cobre, trozos de metal, restos de estaño y bronce que escaparon a los *basureros* de los vertederos, de los privilegiados que excavan en lo alto.

—Aquí abajo hay catorce cadáveres enterrados —sonríe Miguel al mostrar sus encías sin dientes. —Pero todavía queda bronce por recuperar”.

—¿Cuánto vale?

—¡Como el oro para nosotros! Cerca de 800 quintales.

—¡Buena suerte con eso!

—¡Suerte!

Subimos al lado opuesto: Jorge quiere mostrarme el inmenso Cementerio Central.

—Las tumbas de los ricos están en el otro lado. Los palomares de los pobres descargan aquí y con cada lluvia inundan el vertedero. En el cielo y sobre las tumbas circulan tormentas de famélicos buitres que toman turnos para posarse en las ramas esqueléticas de los árboles marchitos o trotan con torpeza entre los montones de residuos y las tumbas abiertas, refugio de los perros callejeros. En el hedor pestilente de la basura se insinúa el inconfundible hedor de los cuerpos en descomposición. Muchos nichos han sido abandonados, otros han sido profanados y saqueados para robar las lápidas de mármol, ladrillos, flores de plástico y

la madera de las cajas. En una cuesta empinada alcanzo a ver cuatro o cinco ataúdes volteados hacia arriba, entre los escombros de un reciente deslave.

De repente oímos un sonido triste, como una banda popular: guitarras, tambores y trombones.

—Mariachi —sentencia Jorge. Música mexicana: un funeral de narcos. Vamos a ver, pero guarda la cámara fotográfica.

Sobre la avenida principal del cementerio avanza un ataúd blanco llevado a hombros por hombres de traje oscuro. Lo siguen las mujeres con velo negro, los amigos, los familiares y los músicos. Miro desde la distancia, mientras Jorge pregunta. Su relato es conciso: “Su nombre era Luis Fernando Buxer. Tenía quince años y vivía en El Gallito: le dispararon el sábado por la noche frente al Chimuelo, un lugar que vende hot dogs, droga y discos piratas cerca de la Iglesia de la Santa Trinidad. En El Gallito dominan dos maras, *All Stars* y *La Especial* que se han dividido el territorio. Si uno pasa por la calle equivocada, lo matan”.

Gérard escribe:

Dicen que la juventud de la calle roba. Es cierto, en parte. No todos los jóvenes roban. Algunos trabajan vendiendo dulces en el transporte público o lavando y cuidando los coches estacionados; otros, más numerosos, en la mendicidad. Otros roban para comer.

Dicen que la juventud de la calle se droga. Es cierto. No se puede vivir en la calle sin tomar la droga de los pobres, que antes era el pegamento y ahora es el sol-

vente, y que destruye los pulmones y el cerebro. También hay crack, más caro y más devastador. En la calle se drogan para no sentir el frío y el hambre, para soportar la humillación y el maltrato; pero también para olvidar el sufrimiento de la niñez, la violencia, las violaciones, la falta de amor y respeto. En la casa de una comunidad autónoma de gente joven se dice: la droga es todo aquello que ayuda a no pensar.

Vamos a la Zona 8, para encontrarnos con un grupo de chicos que por lo general pasan la noche en el patio abandonado de una antigua lavandería. Apenas están despertando. Salen de uno en uno de sus capullos de trapo y mantas hechas jirones, se sientan en el borde de los colchones de espuma roídos por las ratas, desenroscan los tapones de las botellas de solvente en la que beben el “waipe”, un fajo de hilos de algodón, y todavía aturridos por el sueño comienzan a esnifar.

El educador de la Mojoca improvisa una lección de higiene, colocando un cartel con consejos básicos: mantener limpio el lugar donde dormimos, bañarse una vez al día, lavar las verduras. Ayudamos a airear las sábanas y a barrer la basura, colillas de cigarrillos, cáscaras de plátano, vidrio roto. Hay una docena, de entre doce y veinticinco años, y nos cuentan sus historias de vida destrozada mientras fuman colillas. Héctor y Marisa se abrazan y se besan: están juntos y se quieren casar. Aura huyó de casa a los once años para escapar al abuso de su padrastro y se jacta de ser la más buena en la mendicidad. Mario terminó en la calle a los cinco años:

—Mi madre era alcohólica y nunca supe nada de mi padre. Estoy solo. No sé a dónde ir. Con las drogas olvido los problemas: me olvido del hambre, me relaja. Pero de vez en cuando me vuelve agresivo.

Si una dosis de cocaína o de crack cuesta alrededor de cincuenta quetzales, una botella de solvente se puede comprar por once. Cuando escasea, los chicos se la ganan a golpes, pero terminan casi siempre compartiéndola con los demás. Las peleas son esporádicas.

—Es tonto pelearse —dice William, de diecinueve años. No es conveniente para nadie. Se necesita muy poco para juntar once quetzales.

Son especialmente sus ojos los que hablan. Miradas tiernas de niños que de repente se iluminan con una luz sombría, cargadas de angustia y miedo, y que se detienen a mirar hacia el espacio para rechazar un insoportable recuerdo. Ojos que se cierran en una indecible melancolía en la noche oscura mientras se enroscan en los colchones y sucumben a la soledad de sus sueños. Con “waipe” entre los labios en lugar del chupete; y la botella de solvente en la mano, como si fuera un biberón.

—¿Y las bandas? —pregunto. ¿Quién de ustedes es parte de una mara?

—MS13 —responde uno que muestra un tatuaje. Ellos son de la MS13.

—Balas —dice otro con “waipe” en la nariz. Puras mentiras. No eres marero, sales corriendo si ves un cuchillo. No tienes huevos. Si llega la mara eres el primero en desaparecer.

—¡No me vengas con esa mierda!

Pretenden huir, ruedan por el suelo, y luego se echan a reír.

— Pero usted es un gringo. Debe tener cuidado. A ustedes los matan a cambio de nada.

En el autobús que nos lleva a la Zona 1, Jorge me habla de las *maras*:

— Nacen en Los Ángeles en los años cuarenta entre los mexicanos del Barrio 18 que luchaban contra la discriminación racial. Luego llegan los salvadoreños y comienzan los problemas. Las bandas proliferan e invaden América Central. Aquí las más poderosas son la 18, la BKS33 y la Salvatrucha, pero hay otros grupos: los escorpiones, los gánsters de Hollywood, y sólo raperos. He leído que en El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua hay más de trescientos mil mareros. Gente marcada desde su nacimiento: huérfanos, hijos de alcohólicos y adictos a las drogas. Tienen una vida de mierda, matan y se matan entre ellos: a los veinte años ya están muertos o en la cárcel.

— ¿Por el dinero y las drogas?

— Venta ambulante, extorsión y homicidios pagados, son la mano de obra de los narcos. Pero no sólo es por esto. Entran en las maras, a los diez, once años: están solos y buscan la protección y la amistad de un grupo. Están dispuestos a hacer cualquier cosa por tener un poco de afecto. Y la prueba para ser aceptados es matar a alguien de la banda rival. Es un viaje sin retorno. La mara se convierte en su único punto de referencia, su familia, la razón de su existencia. Están dispuestos a morir para defender sus caminos, y la frontera con el territorio enemigo que no es más que un callejón entre dos hileras de casas.

La policía no es menos brutal. Entre los métodos habituales de los que participan en “limpieza social” hay secuestros, ejecuciones sumarias, ocultación de cadáveres envueltos en bolsas de basura y tirados en las carreteras. Y la violencia contra las mujeres. Una de las psicólogas de Médicos sin Fronteras que trabaja en la Clínica “El Paraíso 2” de la Zona 18, uno de los barrios de mayor riesgo, afirma que son a menudo los mismos policías quienes violan a las chicas e incluso las encarcelan y venden a los reos, que corrompen a los guardias y directores de prisiones.

—Las mujeres —dice— sufren violencia en la calle y en la familia. En la sociedad machista en la que viven se consideran objetos disponibles y son tratados como tal: son basura, desechos. Se estima que más de diez mil mujeres son violadas cada año en Guatemala, pero la mayoría no presenta la denuncia por temor a las represalias. Sólo en la capital, nuestro equipo asiste a un promedio de cien víctimas al mes.

Para las chicas jóvenes de catorce, quince, dieciséis años (¡pero hay casos de niñas de tan sólo cuatro o cinco!), no es fácil superar el trauma. La pérdida de la virginidad es un estigma indeleble. Y las familias prefieren guardar silencio. Los mareros circulan en coche, con la capucha sobre el rostro, y atacan a las adolescentes que van a la escuela, las secuestran y la violan en grupos. En Guatemala, las condenas por violación son casi inexistentes.

María, de diecisiete años, estaba en el autobús que la llevaba a su escuela cuando un coche bloqueó la carretera.

—Eran las ocho de la mañana —dice. Subieron dos hombres encapuchados. Me apuntaron con pistola en la cabeza, me vendaron los ojos y me obligaron a descender. Me

encerraron en una habitación y comenzaron a golpearme y a violarme. Fueron siete. Cuando me soltaron, a las cuatro de la tarde, dijeron que si los denunciaba matarían a mis padres.

María tuvo suerte. El médico de su barrio le ayudó y la enroló en un programa de tratamiento de MSF. El tiempo es crucial: los medicamentos antirretrovirales administrados en las primeras 72 horas del asalto pueden prevenir el SIDA, incluso si el paciente es VIH-positivo; dentro de los cinco primeros días se puede prevenir un embarazo no deseado y dentro de los tres meses el inicio de la hepatitis B. Mucho más larga y compleja, sin embargo, es la terapia psicológica. Los antidepresivos no son suficientes. María comenzó a hablar, y eso es una buena señal, el primer paso más allá de la oscuridad, más allá del muro del miedo:

—Siempre estoy asustada. No puedo caminar sola. Tengo miedo de todos los hombres. Pienso que nadie me va a querer porque he perdido mi virginidad. De todos modos, no puedo ni siquiera pensar en el sexo. El recuerdo es demasiado fuerte, me impide comer y dormir.

También las prostitutas, que en Guatemala suman más de trescientas mil, sufren violencia y abusos sistemáticos. En los sórdidos burdeles de La Línea, dos hileras de chozas color pastel que serpentean las vías del ferrocarril, los clientes pagan veinte quetzales por un coito rápido de diez minutos. Son mujeres de todas las edades, en su mayoría inmigrantes de El Salvador, que se venden para sobrevivir. Sus hijos crecen en los burdeles y no van a la escuela, pasan el tiempo jugando con los residuos de plástico en los durmientes del tren. Los niños más pequeños atestiguan

Un dólar al día
los acoplamientos en pequeños ambientes iluminados por un foco que cuelga de un hilo, donde apenas hay espacio para la cama.

Hace unos años, las prostitutas de La Línea decidieron protestar y reclamar sus derechos básicos denunciando los abusos que enfrentan: asesinatos, explotación, violencia y chantaje de los policías que exigen sexo gratis con la amenaza de detención o expulsión. Organizaron un equipo de fútbol, Las Estrellas de La Línea, y pese al boicot de las autoridades y los “bien-pensantes” participaron en un torneo, que culminó con un viaje a San Salvador. El director español Chema Rodríguez grabó un documental, premiado en el Festival de Málaga y Berlín, que dio esperanzas de que las condiciones de vida de las prostitutas mejoraran.

Era una ilusión, como explica Flor de María Peña Juárez, jefa de la asociación Mujer, que hace campaña por la defensa de los derechos humanos y legales de las mujeres:

—La ley que prohíbe el ejercicio de la prostitución en hoteles las lanza a la calle, exponiéndolas a mayores riesgos: es una hipocresía. No todas pueden permitirse el lujo de pagar el alquiler de una habitación privada o de una habitación en un burdel. Y los guardias son usureros: por cada ausencia o retraso, se quedan con el dinero.

—Es difícil trabajar en los bares y la noche —dice Paula, prostituta por necesidad y por elección. Se gana poco, y hay que endeudarse para comprar ropa y zapatos. Y muchos hombres no quieren usar condones. Se los dan gratis en el Centro de Salud, donde también hacemos pruebas de VIH y enfermedades venéreas. Yo sólo voy con clientes que conozco, pero muchas se ven obligadas a hacerlo con todo el

mundo: personas que se emborrachan, que se drogan y que tratan de drogar a las muchachas. Los bares están llenos de menores. Hay padres que envían a sus hijas a prostituirse a los doce años. Y a los catorce que ya tienen un hijo.

Anoto en mi cuaderno la historia de Ana. Una historia como tantas otras. La transcribo tal cual me la narró entre lágrimas, haciendo largas pausas para secarse los ojos y buscar las palabras.

—Vivo en la Zona 7. Tengo 38 años y dos hijos. Mi padre nos dejó cuando mi madre estaba embarazada de mi hermano y nunca me reconoció. Yo vivía con mis abuelos en Mazatenango, pero no me hicieron estudiar. Cuando era pequeña me enviaban al río a lavar la ropa. A los catorce años me mandaron a la Ciudad de Guatemala a trabajar: hacía la limpieza en las casas de Línea. Un día fui a Mazatenango y la abuela me dijo: ¿A qué viniste? Aquí no hay comida para ti. Entonces regresé a Guate, sola, y durante tres años hice limpieza en las casas. Entonces quedé embarazada. Tenía dieciocho años y el padre, que estaba casado, desapareció. A los veintidós años encontré trabajo en un taller textil, me daban quinientos quetzales a la semana. Tenía un compañero, pero era violento, y no trabajaba, se emborrachaba y me golpeaba, una vez me cortó con un machete. Una noche, al salir de la fábrica, un hombre apuntó con una pistola: ¡camina y no mires atrás! Era de los mara 18. Me arrastró hasta una casa, había música a todo volumen: me violaron entre nueve. Dejé el trabajo, no podía presentarme con los ojos negros y los labios ensangrentados. Entonces empecé a prostituirme en el Parque Concordia y me separé. No quería que mis niños comieran sólo tortillas con margarina. El más

pequeño tiene diecisiete años y trabaja de carpintero. Pero tomó el vicio de su padre y todas las noches vuelve a casa borracho. El más grande se mantiene y estudia. En la escuela le dijeron que su madre es una puta. Me lo preguntó. Yo lo negué: no estoy lista todavía, y ellos menos.

Radio Punto informa que hay un tiroteo en curso en el centro comercial Tikal Futura. Hay dos muertos y una docena de heridos. La policía emboscó a un narcotraficante, que sin embargo logró escapar. Los cárteles mexicanos han trasladado muchas de sus actividades ilegales a Centroamérica. Y las oportunidades que ofrece Guatemala, donde los narcos locales han hecho jefe al clan Lorenzana, son, con mucho, las más favorables: instituciones frágiles, impunidad generalizada, militares y políticos coludidos, jueces chantajeables, bancos dispuestos a lavar dinero. En pocos años el país se ha convertido en el centro de tráfico de la cocaína destinada al mercado de Estados Unidos y Europa. Las pequeñas y corruptas patrullas antidrogas de Guatemala no son capaces de contrarrestar a feroces bandas como la de los Zetas, el brazo armado del cártel del Golfo, que despliega un ejército asesino equipado con granadas, metralletas, cohetes y minas antitanque. Y la acción del gobierno está fuertemente condicionada por el lobby de los grupos económicos emergentes del sector bancario y de seguros relacionados con el crimen organizado: durante su mandato el presidente Colom se ha visto obligado a despedir a tres ministros y a cuatro jefes de la policía implicados en el tráfico de drogas.

Su sucesor, el general retirado Otto Pérez Molina, quien fue elegido en noviembre de 2011, prometió usar “mano dura” para romper la espiral de violencia en el país.

Las tácticas de mano dura son una constante en el plan del nuevo mandatario, quien se graduó en la Escuela de las Américas, y que siempre ha mantenido estrechos vínculos con la CIA, ex jefe de la inteligencia militar y ex comandante del Ejército en el departamento de Quiché, escenario de horrendas matanzas durante la guerra sucia de los ochenta. Después de décadas de gobiernos civiles corruptos e impotentes, el regreso de los militares al poder es un claro síntoma de la desesperación y creciente frustración popular, pero esto no deja de alarmar a las organizaciones que luchan en defensa de los derechos humanos.

En junio de 2010, incluso Carlos Castresana, el juez español que en 2007 presidió la (Comisión Internacional Contra la Impunidad en Guatemala) CICIG, designado por la ONU para investigar la complicidad del Estado con las mafias de la droga, tiró la toalla y renunció. Castresana, que unos meses antes había logrado detener al ex presidente Alfonso Portillo, acusado de embolsarse 15.7 millones de dólares de forma ilegal, se fue, acusando al gobierno de aquiescencia culpable con los narcos.

—Las fuerzas del orden —me confiaba el entonces ministro del Interior, Raúl Velásquez Ramos— están infiltradas: acaba de quitar a todos los comandantes de la policía. Washington nos ha consignado algunos barcos y cuatro helicópteros, cooperamos con la inteligencia estadounidense y mexicana; estamos tratando de aprobar una ley para el embargo de bienes y capitales provenientes del tráfico de drogas. Sin embargo, nuestros medios son insuficientes. Tenemos que patrullar la costa del Atlántico y el Pacífico, cuatrocientos kilómetros de frontera con Honduras y 962 km de

frontera mexicana con más de cuarenta cruces usados para mover las drogas.

El tráfico de drogas y la violencia van de la mano. Cuarenta y ocho por ciento de los asesinatos están conectados con el narcotráfico: cocaína, crack, marihuana, anfetaminas, éxtasis, opiáceos y sustancias sintéticas. Mientras, el sistema judicial está paralizado: de los más de 94 mil procesos instruidos por los tribunales por diversos delitos en 2008, sólo el 3.75 por ciento ha llegado a juicio.

En los barrios, son los narcos quienes definen la Ley y la concesión de favores. Organizan cenas de cumpleaños, la distribución de cerveza gratis y los regalos de Navidad para los niños. Una noche Jorge me invita a La Verbena: el barrio celebra con gran pompa la fiesta de la patrona, la Virgen de la Medalla Milagrosa. Se ve al nuncio apostólico con ornamentos de plata guiando a los fieles en la celebración de la procesión pastoral. Hay puestos con tortillas, elotes y rosquillas fritas. Se ven campesinos, niñas arregladas, hermanos tatuados en sus motocicletas de gran alcance. Todos juntos cantan himnos a la Virgen María: mareros y sacerdotes, monjas y narcotraficantes, prostitutas y policías, huaqueros y beguinas. Todos en éxtasis por el espectáculo que culmina en el “Torito”, la representación popular de las batallas entre los mayas y los invasores españoles: los nativos bailan entre sombras que asemejan a toros y monos, los conquistadores, interpretados por actores de la calle con máscaras bigotudas, cascos y capas, hacen cabriolas en el cementerio. Hasta que entre la multitud y las marimbas irrumpe el “Torito”, un catafalco que dispara cohetes, bengalas, petardos y fuegos artificiales, y que estalla en una explosión de fuegos ar-

tificiales de colores que ponen a correr a todos. Los patrones observan felices al volante de sus camionetas SUV, luciendo cadenas de oro, anillos llamativos y cruzados de doble botonadura negra.

Pero si Ciudad de Guatemala es una central logística y —junto con Panamá— financiera de los narcos, las grandes cargas de drogas transitan en las provincias septentrionales, en la frontera con México y en las zonas costeras. Los informes de la DEA y de la Sección de Narcóticos de la Embajada de Estados Unidos, que otorgó 6.7 millones de dólares al gobierno para la lucha contra las drogas, son alarmantes: cada año pasan por Guatemala más de cuatrocientas toneladas de cocaína, pero sólo 2.2 toneladas han sido capturadas en los últimos doce meses. El único traficante arrestado en 2008, Waldemar Lorzana, fue puesto en libertad por un tecnicismo. La importación de productos químicos como la pseudoefedrina y precursores utilizados en el refinado de coca y en la fabricación de drogas sintéticas es cada vez mayor, mientras se difunde el cultivo de la adormidera, cuya semilla se proporciona a los agricultores de los cárteles mexicanos, que garantizan la compra del producto.

La “ciudad perdida” de Tikal, con su enorme complejo de ruinas mayas, es una de las maravillas arqueológicas del planeta. Los templos y pirámides astronómicas de piedra negra, sólo parcialmente liberadas del abrazo de las raíces, del musgo esmeralda y de las enredaderas, emergen de la espesa capa de vegetación de la selva. Los enormes árboles son el hogar de monos aulladores, tucanes y aves de colores fantásticos. En los lagos nadan cocodrilos. En las

lianas crecen flores carnosas, de color rosa y carmesí. Pero Tikal es un enclave para turistas de paso. Al norte y al oeste, en el Departamento de Petén, la selva tropical interminable esconde una densa red de aeropuertos clandestinos operados por los narcos. Hasta el punto de que los periódicos locales anuncian la venta de “fincas con pista contigua”, mientras se multiplican los ranchos con miles de cabezas de ganado utilizados por jefes de la coca para lavar “dinero negro”.

Es una etapa crucial del corredor por el que pasa el noventa por ciento de la cocaína que llega de Sudamérica a Estados Unidos aprovechando la rutas aéreas, marítimas y terrestres. Los envíos marítimos, fragmentados o en contenedores, aumentan constantemente en barcos de todo tipo: embarcaciones de recreo, barcos mercantes, lanchas y submarinos rudimentarios. En el Pacífico, las grandes naves descargan la cocaína en aguas internacionales a bordo de pequeños barcos pesqueros que llegan a la costa de Guatemala, donde la droga se clasifica y se envía a México. A lo largo de la costa del Caribe la coca viaja en lanchas rápidas que desde Honduras llegan a las islas de Guatemala y a los puertos de Livingston y Puerto Barrios, para luego seguir por los ríos hasta la frontera con México o seguir hacia las islas del Caribe y la península de Yucatán.

En Puerto Barrios me hospedo en el Hotel del Norte, construido en 1896, un edificio de estilo colonial lleno de historia y atmósfera: maderas oscuras, ventiladores de pared, suelos desgastados, jardines de palmeras, mosquiteros, olor de puros, ron y un restaurante con terraza sobre la Bahía de Amatique. El viejo camarero *garífuna*, es descendiente de los esclavos negros de la isla de San Vicente, lleva una cha-

queta blanca arrugada y sirve platos mediocres de frijoles. El tiempo se ha detenido en la época en que el hotel, ahora casi desierto, era frecuentado por los magnates de la United Fruit Company, la “Frutera”, mejor conocida como El Pulpo. Puerto Barrios era su cuartel general, el almacén donde los barcos de su *Great white fleet* cargaban millones de racimos de plátanos, la base que hasta principios de los años sesenta controlaba todo el comercio internacional de Guatemala y de las otras repúblicas “bananeras” de Centroamérica, manipulando a su antojo a presidentes y dictadores.

Incluso hoy en día, los contenedores refrigerados de Dole y Del Monte, dignos herederos del Pulpo, llenan de plátanos las bodegas de sus barcos amarrados a los muelles. Pero ahora en el puerto la mercancía más valiosa es la coca. Por la noche, las lanchas de motor de doscientos caballos de fuerza de los contrabandistas entran en acción. Honduras está a sólo treinta minutos, Belice está a la mano, con sus islas deshabitadas, sus playas aisladas y cientos de gargantas desiertas donde transbordar. Imposible detenerlos. La guerra contra el narcotráfico, en Guatemala, parece ya perdida. Y los primeros en estar convencidos son los agentes que, tras mucha insistencia logran que el jefe de la Policía Metropolitana, el general Ramírez Nixon, se comprometa a sumar una patrulla de noche en la Zona 7 de la capital.

Los policías de la camioneta están ya un poco borrachos y medio dormidos. No tienen ninguna intención de exponerse, y correr el riesgo de cruzarse con un *marero* y terminar muertos. Con indiferencia, improvisan un par de puntos de control, sacan sus pistolas para ser fotografiados pero simplemente se dedican a verificar algunas licencias, a

Un dólar al día
revisar la cajuela de un taxi o a cachear a un joven que regresa a casa en moto.

—No hay nada —dice el sargento. Ni armas, ni drogas. ¿Quiere una cerveza, señor?

AFGANISTÁN

La montaña de las esmeraldas

El coche bomba explotó cerca, a menos de dos cuadras. Miro la hora: 8:40. Desde la terraza del Gandamak Lodge se ve una columna de humo gris elevándose lentamente en el cielo claro de la mañana, a un lado de la embajada india. Sirenas de ambulancias. El hospital de emergencias se encuentra a pocos pasos: llego corriendo. Haj Jalil, quien supervisa la puerta, me deja pasar para ver a los primeros heridos. Uno se encuentra en una situación desesperada: piernas destrozadas, metralla en el abdomen y en los pulmones, la cara hinchada, cenicienta, irreconocible. ¿Un civil? ¿Un policía encubierto? ¿Uno de los suicidas? No importa. Marcos Garay, el cirujano, me indica que debo colocarme la vestimenta, los cubre zapatos y la cofia y seguirlo.

Las enfermeras están entubando un cuerpo inerte, tendido sobre la cama. Es un caso urgente. Hay que darse prisa: bisturí, retractores, fórceps, torniquetes, sacos de oxígeno y de plasma. Pocas palabras y gestos decisivos, probados una y mil veces. Las manos de Marcos, en guantes de látex ajustados, se hunden en los órganos internos, insertan instrumentos metálicos, limpian la sangre, cosen las heridas.

Otro vial de adrenalina. Cada vez más, su mirada se dirige hacia el monitor de la presión y de los latidos del corazón:

—Se va, no lo mantengamos por más tiempo.

Pero no quiere renunciar, se obstina en seguir trabajando. Luego intercambia una mirada con el asistente afgano. Se quita los guantes y la mascarilla, se limpia la frente húmeda de sudor y se aleja en silencio.

—Una vida perdida —dice— es una derrota.

Otros pacientes están esperando; apenas tiene tiempo para un cigarrillo y para enjuagarse la cara, antes de regresar a la sala de operaciones.

Cada vez que llego a Kabul la situación es peor. Ahora, incluso en las ciudades, los extranjeros se mueven solamente en coche, el personal de las agencias de la ONU y las ONG's no se atreven a moverse después de la puesta de sol y las defensas en el complejo de expatriados se han fortalecido. En mi teléfono recibo todo el tiempo "advertencias" de la Embajada de Italia: "riesgo conocido de un coche bomba Toyota 4 Runner Toyota Corolla plateado y blanco Wazir Akbar Khan y Shar-e-Now"; "La Embajada de Estados Unidos informó de un ataque suicida de alto riesgo. Evitar la zona". El nivel de confrontación ha ido en aumento. El número de soldados de la coalición y civiles muertos sigue aumentando y los insurgentes representan una amenaza en la capital y en las provincias que hasta hace unos meses se pensaban seguras.

En el curso de sólo cinco semanas, en el verano de 2011, cinco de los objetivos más sensibles y mejor protegidos en el corazón de Kabul se vieron afectados. El 19 de agosto los insurgentes atacaron y ocuparon por algunas horas el

British Council, iniciando una batalla que dejó doce muertos en el terreno; el 13 de septiembre atacaron el cuartel general de la OTAN y la embajada de Estados Unidos; el 20 de septiembre asesinaron al anciano ex presidente Burhanuddin Rabbani, líder en el Consejo Superior de la Paz; y seis días después golpearon la estación afgana de la CIA en el antiguo recinto del hotel Ariana.

Si la presión militar estadounidense en Helmand y Kandahar logró algo fue dispersar a las fuerzas de los talibanes y multiplicar los frentes en los distritos periféricos: en Farah el contingente italiano está constantemente bajo fuego; los secuestros y emboscadas son cada vez más frecuentes en Logar, al sur de Kabul, en la ruta principal a Jalalabad, en el camino de Bamiyán al norte del túnel de Salang, y en el tramo que va desde Kunduz a Mazar-i-Sharif, donde pasan los convoyes con suministros para las bases aliadas.

En el plano militar los avances son relativos, a pesar de los treinta mil hombres que Barack Obama envió a Afganistán —después de mucha incertidumbre— como refuerzo. En la Cumbre de Lisboa celebrada en noviembre de 2010, la OTAN propuso un traspaso parcial del control a las fuerzas armadas de Kabul para el 2014, rebasando la fecha límite prevista para la “reducción” de tropas, que, con excesivo optimismo, Obama había fijado para el final del 2011, décimo aniversario de la guerra más larga en la historia de Estados Unidos. Un conflicto que en diciembre de 2010 ya había costado a los contribuyentes de ese país más de tres mil millones de dólares y a cuyo presupuesto había todavía que sumarle (sólo para Estados Unidos) el costo de otros mil 300 soldados muertos y miles de heridos. Sin contar los

casi treinta mil civiles afganos que murieron en operaciones militares, los bombardeos aéreos y las masacres perpetradas por los insurgentes.

— Un derroche de vidas y recursos que podrían haber sido invertidos, con mucho mejores resultados, en ayuda humanitaria y económica — dijo Rory Stewart, un ex oficial de inteligencia británico y ex profesor de la Universidad de Harvard, ahora miembro del parlamento Londres, que en 2002 cruzó Afganistán a pie, desde Herat hasta Kabul.

Ese año, pocos meses después de la expulsión de los talibanes, la conferencia de países donantes celebrada en Tokio había prometido veinticinco mil millones de dólares para la reconstrucción. Otros veintiún países se añadieron en 2009 en París. Sin embargo, una buena parte de esos recursos se ha desvanecido en el laberinto de la burocracia y Oxfam ha calculado que de los quince mil millones asignados sólo el diez por ciento se invirtió en el área clave de la agricultura: el cuarenta por ciento regresó a los países donantes en forma de puestos de trabajo y salarios, mientras que la mayor parte del dinero se utilizó con fines políticos y militares, y en primer lugar para la formación de las fuerzas del ejército y policía afganos, decisivas en la perspectiva de una retirada gradual de la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF).

Pero incluso este esfuerzo, que costó seis mil millones de dólares, se vio frustrado por la incompetencia de los instructores: empresas privadas como DynCorp, un contratista cuya prácticas contables lo han puesto en la mira de los auditores del Senado de Washington. De los 170 mil estudiantes (93 por ciento analfabetos), sólo treinta mil no

han desertado. Su formación se termina con la entrega del uniforme y un rifle, con el resultado de que esos policías hambrientos, cuando no venden sus municiones a los talibanes, saquean a los ciudadanos que deberían proteger.

—Estamos empezando de cero —admite el general Carmelo Burgio, que dirige un grupo de agentes de policía encargados de recuperar el terreno perdido. Hemos duplicado los salarios y adoptado nuevas normas para la formación; aumentamos el número de instructores, mejoramos el armamento y las condiciones de vida en los cuarteles; organizamos cursos de alfabetización y seminarios para los agentes con la ayuda de los abogados y psicólogos.

El control del territorio, sin embargo, sigue siendo un objetivo lejano. Una mañana me dirijo con Hashmatullah, mi intérprete, a la garganta del Musahi, treinta kilómetros al sur de Kabul, donde en 2006 una bomba de control remoto mató al capitán Manuel Mariscal Fiorito y a Luca Polsinelli. Colinas áridas y empinadas color chocolate, ve-teadas de senderos que suben hacia las aldeas de casas de barro, talladas como fortalezas protegidas por paredes de ladrillos de barro. En la FOB (Base Operativa Avanzada) de Katasang, la gran piedra, ondea una bandera de Afganistán hecha jirones: el puesto de avanzada evacuado por los paracaidistas del rayo fue entregado a las fuerzas de seguridad locales. Pero noventa policías armados con viejos fusiles Kaláshnikov, sin chalecos antibalas y sin vehículos blindados, no son capaces de proteger a los quince mil habitantes del valle. Los talibanes están de vuelta. Y en sus filas no sólo militan bandas fundamentalistas y fanáticos rudos. La nueva generación de luchadores, animados por

un nacionalismo cada vez más compartido por amplios sectores de la población, se ha distanciado de Al-Qaeda. En comunicados de prensa emitidos en Quetta, los estudiantes “religiosos” insisten en la retirada de todos los extranjeros de Afganistán; mucho menos en la necesidad de revivir el califato islámico. Y si alguna vez prohibían la televisión, la música y las cometas, ahora producen DVDs y operan sitios web que estigmatizan la corrupción del gobierno de Kabul, proverbial incluso entre los taxistas de la capital.

—Como dicen los pastunes —repite en todos los puestos de control nuestro taxista tayiko— los viejos ladrones eran mejores que los nuevos.

Para una policía infiltrada y desmoralizada (los salarios no superan los 120 dólares al mes) actuar como contraparte al presidente Hamid Karzai, que fue elegido con un fraude macroscópico y un parlamento en el que participan un gran número de representantes de los narcotraficantes, señores de la guerra, líderes tribales oportunistas, talibanes arrepentidos y antiguos secuaces del Mulá Omar Abdullah, como Abdullah Salam, mejor conocido como Mulá Rocketi por su destreza en el manejo de los cohetes, o el mulá Rahmatullah, quien participó en la destrucción de las estatuas de roca del Buda en Bamiyán.

Afganistán corre el riesgo de convertirse, para Washington y la OTAN, como sucedió antes con los soviéticos y los ejércitos de Su Majestad Británica, en una trampa mortal; o en el mejor de los casos, en un pantano sin vías de escape. Obama se vio obligado a despedir al general Stanley McChrystal, quien en una entrevista con la revista *Rolling Stone* desplegó su ironía al hablar del vice-

presidente Joe Biden y de la política del Departamento de Estado. Y de los nuevos comandantes en el campo, el altamente condecorado general de cuatro estrellas y veterano de Irak David Petraeus y el general John Allen, que en abril de 2011 reemplazó a Petraeus y se trasladó al vértice de la CIA, a la que pidió adoptar tácticas más incisivas y selectivas con el fin de limitar las dramáticas pérdidas entre la población civil, hecho que fue puesto en evidencia por los miles de documentos clasificados del Pentágono revelados por WikiLeaks. Hoy en día se ha desvanecido la hipótesis poco realista de la ISAF de una derrota definitiva de la insurgencia y ahora se persiguen objetivos más realistas, como la contención de la amenaza talibán y el fortalecimiento de las instituciones. Mientras se multiplican las negociaciones secretas entre diplomáticos y enviados occidentales del Mulá Omar, la creencia generalizada hoy es que no hay ninguna alternativa de diálogo con los “moderados” talibanes o con los miembros de las facciones más intransigentes como el Hezb-i-Islami de Gulbuddin Hekmatyar y la nebulosa “red Haqqani” dirigida por Maulavi Jalaluddin Haqqani y su hijo Sirajuddin, que ocupa un lugar destacado en la lista de “matar o capturar” de las fuerzas de la coalición.

Pero esta doble estrategia se basa en dos supuestos aún sin evidenciar: un respaldo militar significativo de la guerrilla y una contribución constructiva a la solución política por parte de todos los países involucrados en el conflicto afgano. 2010, el año más sangriento desde el inicio de la guerra, ha dado indicios en el sentido contrario. El número de los ataques, la frecuencia de los choques y el número de muertos creció de manera exponencial,

mientras que los esfuerzos del Representante Especial de la Casa Blanca para Afganistán y Pakistán, Richard Holbrooke (que falleció en diciembre de 2010), no han producido los resultados deseados.

Sobre Kabul confluyen las ambiciones geopolíticas de Teherán, Beijing, Nueva Delhi y las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central. Las maniobras subterráneas de Irán, la agresiva penetración comercial de la India y el activismo económico de China contribuyen a alimentar el resentimiento y la desconfianza de Islamabad, interlocutor inevitable en cualquier negociación y peón decisivo en el frente militar. En Pakistán, se escondió Osama Bin Laden hasta su muerte el primero de mayo del 2011; en las montañas de Waziristán, la Bajaur y Mohmand se entrenan los yihadistas aspirantes antes de cruzar la frontera afgana; las madrasas wahabíes en Karachi y Baluchistán auspician hordas de muyajedines paquistaníes y extranjeros; las fundaciones religiosas de Lahore manejan fondos y cobran comisiones de los donantes árabes del Golfo; de Quetta, sede de la *shura* del Mulá Omar, salen armas y explosivos. Y la principal vía de suministro de la OTAN pasa por Peshawar, constantemente bajo el fuego de los morteros talibanes. Sin embargo, Pakistán, hoy como en el pasado, parece que quiere aprovechar el conflicto para mantener las divisiones y la debilidad de Afganistán, que nunca ha reconocido la Línea Durand, la frontera que los británicos trazaron en 1893.

Si las relaciones entre Washington e Islamabad son tensas, las que existen entre la Casa Blanca y Kabul no son tan idílicas como en la era de George W. Bush: Obama

canceló la práctica de las video conferencias dos veces por semana con Karzai, quien respondió elevando el tono de sus protestas por los “daños colaterales” causados por los ataques aéreos de la OTAN y firmando un paquete de acuerdos económicos y comerciales con China. El gobierno demócrata, irritado por la impunidad concedida al capo de la droga, por la corrupción descarada y la ineficiencia del ejecutivo, ha filtrado dos expedientes comprometedores del Departamento de Estado. El primero se refiere a las actividades empresariales del hermano mayor del presidente, Mahmud, que poseía algunos restaurantes modestos en Estados Unidos y que en pocos años se convirtió en un magnate con intereses inmobiliarios: es dueño de la única fábrica de cemento de Afganistán, el principal banquero del país y el dueño de cuatro minas de carbón. El segundo trata de Ahmad Wali Karzai, de 48 años, hermano menor del presidente y jefe del consejo provincial de Kandahar: aunque no hay pruebas irrefutables, el Departamento anti droga estadounidense ha recogido numerosos indicios de su participación en el tráfico de heroína.

Recorriendo Kabul se tiene la impresión de que las críticas al presidente, que escapó milagrosamente de cuatro atentados y que ocupa una de las sillas menos envidiables en el planeta, no están justificadas. La ciudad está repleta de nuevos hoteles, bancos, restaurantes, salones de bodas y centros comerciales. El tráfico es caótico, las tiendas están llenas de gente y las escuelas, hospitales y barrios destruidos por los bombardeos han sido reconstruidos; la universidad trabaja a tiempo completo y el nivel de escolarización va en aumento. Pero las apariencias pueden ser engañosas. El

auge de la construcción, en gran parte financiado por el narcotráfico, y la mejora de los servicios básicos se limitan a la capital. Los indicadores sociales de agencias como la ONU y las menos fiables estadísticas nacionales coinciden en la descripción de un país anclado en un pasado medieval: el cuarenta por ciento de los afganos están desempleados; el sesenta por ciento de los hogares carecen de electricidad y el ochenta por ciento carecen de agua potable; el 85 por ciento de las mujeres son analfabetas; 7.4 millones de personas, casi un tercio de la población, sufre de hambre; otros 8.5 millones están en inseguridad alimentaria. Mientras que el tráfico del *taryak*, el opio y la heroína, sigue alimentando la inseguridad y llenando las arcas de los talibanes, que controlan los campos de amapolas.

—Sin desarrollo y oportunidades de trabajo nunca tendremos seguridad —me dice la diputada Shukria barakzai. En el Parlamento hay personas que predicán la guerra santa, y ahora están hablando de democracia. En cuanto al gobierno, ¿qué incentivo puede tener para emprender reformas un país que produce el 92 por ciento de la heroína mundial y que sigue recibiendo decenas de miles de millones de dólares en ayuda de la comunidad internacional?

El funcionamiento de la justicia refleja las contradicciones y arcaísmos del Afganistán post-talibán. Los centros de detención de menores y mujeres de Kabul, construidos con fondos de la Cooperación Italiana, son el orgullo del sistema penitenciario: campos de voleibol, cunas para bebés, clases de computación. Pero a partir de las historias de los presos se revela otra escalofriante realidad: se puede terminar en la cárcel por una acusación, un arresto arbitrario, o

por fugarse para evitar un matrimonio forzado o el abuso doméstico. Y quienes terminan tras las rejas son a menudo las víctimas de la violencia. Como Nasrin, uno de los 158 niños internados, que con quince años debe pasar tres en la cárcel por desertión del lecho conyugal; o Nasira de catorce años, secuestrada, violada y condenada a cinco años por *zina*, fornicación.

—El sistema legal —explica Rohullah Qarizada, presidente de la Asociación de abogados— todavía se basa en la *sharia*, la ley islámica. El Código Penal se aplica sólo a ciertos delitos: tráfico de drogas, pederastia, aborto, corrupción, contrabando, o accidentes de tráfico. Para los llamados delitos contra la moral, como la fornicación o la fuga del hogar, y delitos por *hudud* (apostasía, adulterio, asesinato, robo, vandalismo, rebelión y uso de las bebidas alcohólicas), se aplica la ley islámica de la escuela Hanafi. Exactamente como en los días de los talibanes. Con el agravante de que hoy los tiempos en la impartición de justicia se han alargado y la corrupción ha alcanzado niveles sin precedentes.

Principios como la presunción de inocencia y el derecho a la protección legal luchan por avanzar. Y los abusos son comunes. Shamsullah Ahmadzai, un activista de la Comisión Independiente de Derechos Humanos (AIHRC), explica:

—En teoría, la policía tiene 72 horas para entregar a un sospechoso a la Procuraduría, y debe formalizar los cargos dentro de los siguientes quince días. En la práctica, el tiempo se modifica de acuerdo a los sobornos de la policía y los jueces. Lo mismo sucede con las detenciones: los que terminan en la cárcel se quedan presos hasta que pagan,

mientras que los políticos y narcotraficantes gozan de impunidad absoluta. El ex alcalde de Kabul, Abdul Haq, que fue condenado a cinco años por corrupción, fue puesto en libertad al cabo de unos meses.

El respeto de los derechos humanos es un concepto desconocido. Un informe del Departamento de Estado enumera una larga serie de crímenes sin castigo: ejecuciones sumarias, detenciones arbitrarias, tortura, violencia contra las mujeres y los niños, persecución étnica y religiosa, trata de personas, y explotación del trabajo infantil. La amnistía que Karza concedió a los crímenes de guerra, fuertemente criticada por la ONU, ayuda a desacreditar a la justicia y a reforzar la inmunidad de los señores de la guerra y la droga. El líder uzbeko Rashid Dostum, responsable de la matanza de más de 1,500 talibanes en Kunduz, se entregó en noviembre de 2001, pero nunca compareció ante un juez.

Un capítulo aparte son los “agujeros negros”, las prisiones militares de Estados Unidos, donde languidecen sin juicio cientos de sospechosos de terrorismo. La AIHRC y la Cruz Roja Internacional no tienen acceso. Sin embargo, la BBC mostró imágenes de prisioneros encadenados de manos y tobillos, sometidos a privación del sueño y transportados en sillas de ruedas mientras son obligados a usar los auriculares y gafas oscuras. Ninguno de ellos tiene derecho a un abogado.

El río Kabul es una alcantarilla de aguas negras residuales y bolsas de plástico, un flujo maloliente que atraviesa la ciudad recogiendo basura, residuos del mercado y cadáveres de animales. Los viernes, después de las oraciones, la gente ronda la mezquita Pul-i-Khishti y se dis-

persa en las callejuelas del bazar de Chat Chahr mientras mendigos lisiados, niños hambrientos y mujeres fantasmas envueltas en un *chadri* blanco desigual, ocre y azul, piden limosna; los comerciantes de telas y vendedores de zapatos de segunda mano, relojes falsos y DVDs gritan en voz alta los precios y ponderan la calidad de las mercancías apiladas a granel en el patio. Nadie le presta ninguna atención a los hombres de las cavernas que al atardecer se refugian en madrigueras excavadas en los contrafuertes de piedra de río. Aziz ha vivido allí desde hace dos años, desde que comenzó a consumir heroína.

— ¿Tienes casa?

— Me corrieron. Se avergüenzan. Si vuelvo, mi padre me mata.

— ¿Cómo empezaste?

— Con los amigos. Antes sólo fumaba hachís.

— En el invierno hace frío, hay nieve. No se puede estar aquí.

— Hay lugares secos, en casas abandonadas. Si tengo polvo no siento el frío.

— ¿No quisieras parar?

— Lo intenté una vez, cuando estuve en el hospital. Pero no pude. Y además hay que pagar .

— ¿Y el dinero para el polvo de dónde lo sacas?

— Yo sé dónde encontrarlo.

— ¿Lo robas?

— No siempre. Vendo las latas vacías de Pepsi en el mercado.

— ¿Y la comida? ¿De qué te alimentas?

—De los restos del *khana Chai*. Y en el bazar siempre me dan un poco de *nan*.

A los 25 años Aziz tiene el aspecto de un hombre viejo y enfermo: la piel fibrosa y de color amarillento, las manos ulceradas, los dientes negros, y los ojos hundidos en un rostro huesudo de ave depredadora. Dice que está cansado, que no quiere hablar.

—*Jadâfis*, adiós —y desaparece en su ratonera en la cloaca del río.

En el camino polvoriento que conduce a Darulaman, la “Morada de la Paz”, antiguo palacio real al que décadas de lucha han reducido a una coladera, la ONG afgana Nejat ha convertido una de las casas abandonadas del complejo industrial bombardeado de Jangalak en una clínica para adictos. A pesar de las dificultades (la droga, *haram*, está prohibida por el Islam y sus consumidores son rechazados por la sociedad) los médicos, enfermeras y voluntarios recorren la ciudad y distribuyen agujas limpias, jeringas y condones y ofrecen atención gratuita.

—No nos limitamos a ofrecer tratamientos de desintoxicación, —explica el director de Nejat, Muhammad Qasim Zamani. Organizamos cursos de formación, que faciliten la inclusión social con instrumentos como los microcréditos y sensibilizamos a las prostitutas sobre los peligros del Sida.

Pero los medios son escasos y los consumidores siguen aumentando. De acuerdo con la Oficina de la ONU contra la Droga y el Delito (ONUDD), desde 2005 el número de adictos al opio ha crecido en un 53 por ciento y los de la heroína en un 140 por ciento. Entre el 7 y el 8 por ciento de los afganos, casi un millón de personas, usa drogas regu-

larmente. En Kabul, en una población de cuatro millones, hay más de sesenta mil adictos, de los cuales veinte mil se inyectan heroína por vía intravenosa. Y en el hospital del Ministerio del Interior todos los pacientes en desintoxicación son policías. La plaga no perdona tampoco a los soldados estadounidenses. El general Barry McCaffrey, responsable anti narcóticos durante el gobierno de Clinton, reveló que el número de resultados positivos en las pruebas de drogas de los militares se ha multiplicado por cuatro en cuatro años. Y un informe interno de una agencia de inteligencia de Washington recuerda, con evidente aprensión, que entre los soldados en Vietnam, y entre los veteranos de la campaña del Kremlin en Afganistán, el porcentaje de usuarios de drogas estaba cerca de un veinte por ciento.

Todos los principales factores de riesgo para la propagación de la adicción a las drogas y del VIH, están hoy presentes: el bajo costo del hachís, del opio y la heroína, el retorno de los refugiados de Pakistán e Irán, la migración de países con alta incidencia de Sida como China e India, la prostitución, el analfabetismo, la resistencia cultural al uso de condones, la ausencia de pruebas de sangre antes de las transfusiones en los hospitales, el ostracismo de los enfermos, el acceso fácil a los fármacos de importación, la costumbre de sedar a los bebés y niños con opio diluido en el té.

Los esfuerzos para erradicar el cultivo de la amapola cayeron de 157 mil a 123 mil hectáreas, y no han influido de manera significativa, sobre todo porque se estima que al menos doce mil toneladas de opio se almacenan en bodegas. En 2010 la producción de *taryak* fue cortada a la mitad por la proliferación de un hongo misterioso (atribuido por

los agricultores a los militares de la OTAN) manteniéndose en cerca de cuatro mil toneladas. Pero, poco después, el precio saltó de cincuenta dólares por kilo a más de 130, frustrando los intentos de introducir cultivos alternativos. La extrema pobreza impulsa a los agricultores a esta mercancía de refugio: el opio tiene un valor de mercado diez veces mayor que el trigo.

La ganancia que se obtiene de un kilo de heroína —que se vende en cuatro mil a cinco mil dólares— equivale, según la ONUDD, a cuatro años de ingresos para un agricultor afgano. Pero los agricultores no se están ahogando en oro: se endeudan hasta el cuello con los propietarios para comprar la semilla y los fertilizantes, para enfrentar una emergencia médica imprevista o para hacer un regalo nupcial, comprometiéndose a reembolsar los préstamos con una cuota fija de producto crudo o refinado. Si la policía o el gobernador provincial deciden erradicar las amapolas, si la sequía o las plagas afectan a la cosecha, se ven obligados a vender su única riqueza: sus hijas. El fenómeno de las “novias del opio” está más extendido en los distritos agrícolas del sur y del este del país. Las niñas de cinco a diez años se dan en matrimonio a hombres cincuentones o son prometidas cuando todavía están en la cuna por sumas de dinero que van de quinientos a mil quinientos dólares. Si son demasiado jóvenes, trabajan en el servicio doméstico en la casa de su marido hasta que llegan a una edad que se considera apropiada para consumir el matrimonio, alrededor de los quince años. Muchas prefieren suicidarse con veneno para ratas o con una sobredosis de drogas.

La heroína es más redituable que el opio: es compacta (para producir un kilo de heroína se necesitan siete

de opio), concentrada, e inmediatamente vendible. Y los márgenes de ganancia son inconmensurablemente más elevados. El monto total del negocio global supera los 65 mil millones de dólares, de los cuales cuatro financian más de la mitad del presupuesto del estado afgano. Y son los traficantes quienes sacan mayor provecho: cerca de 2.5 mil millones. A los agricultores les quedan sólo las migajas, alrededor de 700 millones, mientras que el Talibán — que con un kilo de heroína puede comprar quince kaláshnikovs — suma a sus ingresos los elevados impuestos aplicados a la producción y protección de los cultivos y depósitos (entre 100 y 150 millones de dólares), las ganancias del *usher*, el impuesto islámico, el secuestro con fines de extorsión y la corrupción organizada del comercio y el transporte.

La refinación no es un proceso complicado. El látex extraído de los bulbos de las amapolas, congelado y condensado en panes de color marrón, se disuelve y se mezcla con cal en un barril de agua hirviendo. Cuando el líquido se enfría, se filtra y se calienta en otro barril que contiene amoníaco: el precipitado es a base de morfina. A partir de esto, y a través de procesos similares de calentamiento y filtrado, se añade anhídrido acético y carbonato de sodio, y se obtiene la base de la heroína, de la que se extraen, con ayuda de la acetona, etanol y ácido clorhídrico, los cristales de heroína pura.

Los precursores químicos utilizados viajan en dirección opuesta, en los mismos caminos de la droga: la ruta sur de Pakistán y Baluchistán en dirección a Irán y los estados del Golfo, del Medio Oriente y de África; los de Asia central, desde Turkmenistán, Uzbekistán, Tayikistán y Kirguistán

llegan a Europa a través del Cáucaso, Turquía, los Balcanes y Rusia. El “azúcar moreno”, en granos rosa de color crema, es menos valioso que la “999”, delgada y blanca como la nieve: en la etiqueta, como para el *gran cru* de los vinos, se muestra el año, la región de origen, el grado de pureza y la cabecera del fabricante completa con un rollo de buenos deseos: “Paradise”, “Salud y felicidad”, “Diamond Sky”.

Cada traficante que se precie tiene en el gobierno central un burócrata de referencia que, a cambio de una propina razonable, facilita la transferencia de bienes y soborna, de igual manera, a policías, agentes de los servicios de seguridad, líderes tribales, funcionarios y políticos locales. Es un mecanismo perfectamente engrasado que se pone en marcha durante la siembra en las llanuras y valles de Helmand, Uruzgan y Badghis, y que termina con las bolsas de polvo vendidas en las calles de Moscú, Milán o Nueva York: un sistema que no puede funcionar sin una sólida protección en los más altos niveles del poder en Kabul. Sesenta por ciento de los diputados, según la ONUDD, están involucrados en diferentes grados con el negocio: ¿En qué otro país se encomienda la lucha contra la delincuencia a un contrabandista que ha estado tratando de vender en Estados Unidos 650 gramos de heroína por 65 mil dólares a un oficial? El 15 de julio de 1987 Izzatullah Wasifi fue detenido en el *Caesar's Palace* en Las Vegas con una bolsa de polvo con la que habría ganado más de dos millones de dólares. Veinte años después, cuatro de los cuales pasó tras las rejas de una prisión en Nevada, es elegido por Karzai para dirigir el departamento de lucha contra la corrupción del gobierno de Afganistán.

Zalmai Afzali, joven y dinámico portavoz del Ministerio Antinarcótics, está enojado con los militares estadounidenses:

— En las zonas que controlan no se mueve un dedo contra los fabricantes y comerciantes de opio.

Más enojado está el zar anti drogas de la Federación de Rusia, Viktor Ivanov, veterano de la desastrosa ocupación soviética de los años ochenta, quien acusa la ISAF de tolerar los campos de amapola para evitar que los señores de la guerra y los agricultores afganos se pongan del lado de los talibanes. Una estrategia miope y peligrosa de acuerdo con Ivanov, que no explica por qué la Casa Blanca — tan resuelta en la lucha contra el tráfico de cocaína en México y Colombia — no considera una prioridad, al menos, la destrucción de laboratorios de refinación. Moscú está preocupado por el aumento del flujo de heroína a bajo costo desde Afganistán. Teme que la alianza entre los capos de la droga, traficantes de armas y terroristas islámicos desestabilice las repúblicas de Asia Central bajo la esfera rusa de influencia.

Aziz no tiene la menor idea de los intereses económicos y geoestratégicos de los que es el engranaje más pequeño, pero esencial. Su horizonte no va más allá de la red de alcantarillado del río Kabul. Cuando vuelvo, lo encuentro envuelto en una manta vieja cubierta de barro, sentado en medio de botellas de vidrio y plástico rotos. Tiene un encendedor, una vela, una jeringa, una cuchara, un fragmento de espejo. Se inyecta en los pies o en el cuello, debido a que las venas de los brazos y las piernas se han bloqueado por la droga. Tose.

— Si no puedo inyectarme, la fumo.

- ¿Quién te la dio?
- Un amigo.
- ¿El mismo?
- El mismo.
- ¿Cuánto le diste?
- Quinientos afganos.
- ¿Y de dónde los sacaste?
- De mi hermano. Vende piedras de Khenj. Me dio dos.

Se saca un pañuelo del bolsillo. Se toma su tiempo para desatarlo, con los dedos entumecidos y leñosos. Deposita en la palma de su mano dos pequeñas piezas de cristal verde y por un momento su mirada se aturde de nuevo:

— ¡*Zamrud!* ¡Esmeraldas!

— De mala calidad —dice Hashmatullah. Pero durante un par de semanas Aziz no tendrá ningún problema para comprar heroína.

En octubre de 2001, durante el avance hacia Kabul de los muyajedines de la Alianza del Norte, una nevada precoz me impidió llegar a las minas de esmeraldas del misterioso Panjshir. Ahora quiero volver a intentarlo.

— ¿Cómo se llama tu hermano?

— Habib.

Sobre el estante de una surtida biblioteca de secundaria en Shah Muhammad encontré *Las piedras preciosas de Afganistán*, un tratado de gemología publicado en 1995 en Hong Kong. Los autores, dos geólogos estadounidenses que recorrieron todos los valles y montañas del país en busca de minerales y piedras preciosas, aportan mucha información histórica y científica interesante, a par-

tir de los métodos de extracción, la calidad y características de las piedras preciosas.

La piedra preciosa más antigua que conocemos es una esmeralda tallada en Babilonia alrededor de 4000 a. C. En la época romana, las esmeraldas egipcias, provenientes de las llamadas minas de “Cleopatra”, simbolizaban a Venus y a la fuerza reproductiva de la naturaleza. Los primeros cristianos la asociaban con la fe y la resurrección, y la cultura popular le atribuía fabulosas propiedades terapéuticas, mágicas y de adivinación. Los yacimientos bactrianos se conocían desde los tiempos de Alejandro Magno (que en el año 329 a. C., hizo una pausa en Charikar, para contratar a muchos cortadores), y por los emperadores mongoles, persas y otomanos. Pero fue con la invasión soviética de 1979 que el comercio de esmeraldas se convirtió en un activo estratégico: Ahmed Shah Massoud, el “León de Panjshir”, asesinado por sicarios de Bin Laden en la víspera del 11 de septiembre, financió con ellas la resistencia a *sciuravì* y luego a los talibanes con cristales de color verde brillante. Y muchos muyahidines, después de la guerra, se han reciclado como mineros y comerciantes de piedras preciosas.

Dejando Kabul nos detenemos en el campo de refugiados de Kargha: 750 familias, agua distribuida a través de pipas, nada de medicinas y alimentos escasos. Hashmatullah debe negociar con los ancianos de la comunidad: son pastúnes que llegaron al campamento en camión desde los campos de batalla de Kandahar, Helmand y Uruzgan, y no confían en los extranjeros. Bajo una gran carpa están separadas las mujeres y los niños; los hombres se sientan en círculo alrededor de una jarra de té: campesinos de gruesas y

nudosas manos, rostro enmarcado por las barbas pobladas y la cabeza coronada del monumental *lungi*, el turbante de las naciones del sur. Un niño levanta la *kameez* y muestra su espalda flagelada. Habla Muhammad:

—Hemos enviado cuarenta trabajadores para la cosecha de opio de Helmand: necesitamos el dinero para comprar alimentos y escuelas para nuestros hijos. Sin embargo, los talibanes los han apresado y golpeado. Nos acusan de estar del lado del gobierno, porque huimos a Kabul.

El camino a través de la llanura de Shomali fue reparado y reasfaltado, las minas extraídas y las casas destruidas por las bombas de quinientas libras de los B-52 reconstruidas. Rápidamente llegamos a Bagram: durante la guerra subíamos a la decrepita torre de control del aeropuerto de la antigua Unión Soviética para observar las posiciones de los talibanes, mientras que los tayikos de la Alianza del Norte, con su camuflaje y sucias sandalias de plástico, vagaban entre los restos de los hangares y los cadáveres de los Mig, esperando la orden de avanzar. Ahora en los bordes de la pista de aterrizaje se alinean helicópteros Apache, aviones de combate, aviones no tripulados, aviones de carga gigantes y vehículos blindados. La totalidad de la base estadounidense, con sus centros de espionaje y oscuras prisiones para los terroristas, es imposible de visitar.

Dejamos atrás Charikar, el rojizo viñado con largas filas de álamos, y llegamos a Jabal Saraj, la “Montaña de Luz”, donde el camino se bifurca: a la derecha, más allá de la ciudadela fortificada que muestra signos de numerosas batallas, a lo largo de las tierras altas, se encuentra la entrada a Panjshir; a la izquierda, el túnel de Salang sube hasta

3,363 metros; un paso obligado hacia Mazar-i-Sharif , cuello de botella para los ejércitos invasores y escenario de intensos combates entre el Ejército Rojo y las milicias de Massoud. El túnel —ahora restaurado— fue hasta hace unos años un montón de escombros. Pero en 1977, cuando lanzaron la segunda edición de la famosa guía de Nancy Hatch Dupree, en sus proximidades había “un albergue sencillo, abierto todo el año. Té, refrescos y vinos están siempre disponibles. Las habitaciones son cómodas y calientes durante el invierno...”

El la intersección reconozco la galería de chai khanà, donde en 2001 se instalaron los periodistas en Jabal Saraj, en espera de la ofensiva contra Kabul, para observar el fuego de artillería de los muyahidines en la colina opuesta, mientras que desde la posada el aroma del hachís se mezclaba con las fuertes emanaciones de las cocinas. Un kilómetro más al este estaba la casa donde me hospedaba con Gabriella y otros colegas italianos y extranjeros: un hogar decente en Afganistán, con estufa de leña y una caldera para calentar el agua, un hermoso jardín donde crecían dos polvorosos árboles de granadas, una muro de colindancia de barro cocido y en la esquina del patio, a una distancia segura, una letrina suspendida sobre los excrementos amasados.

En el bazar habíamos comprado un generador japonés, un centenar de litros de gasolina, alfombras y mantas con diseños florales intrincados, platos esmaltados, detergentes, toallas, cubos de aluminio, lámparas de queroseno, y suministros de alimentos como cajas de refrescos y agua mineral. Nos habíamos instalado muy bien. Raffaele Ciriello pasaba de vez en cuando a tomar el té y

a mostrarnos sus videos: menos de cinco meses después sería asesinado en Ramala por una ráfaga de ametralladora de un tanque israelí.

—Ya estamos en Golbahar —anuncia Hashmatullah recuperándose de su somnolencia. Y ahora entramos en el Panjshir: los talibanes nunca han puesto los pies aquí.

El acceso al valle, donde los soldados de Massoud bloqueaban el camino a los tanques rusos, es una estrecha hendidura en la montaña. El camino, tallado en la roca, se incrusta en las gargantas de Dalang Sang, en un precipicio excavado desde el río. La corriente es rápida, fuerte; el agua clara con la transparencia azul-verde que brilla en las grietas de un glaciar. En el puesto de control mostramos nuestros documentos a la policía y a los milicianos tayikos: tienen una barba corta y el *pakul* de lana.

Subiendo el “Valle de los cinco afluentes” (o “de los cinco leones”, en referencia a una antigua leyenda), el paisaje se ensancha. El invierno está cerca y el corto otoño ha coloreado de malva las maderas de roble. Los árboles de morera y granada se ponen amarillos y la primera nieve ha caído ya sobre los picos. En las terrazas, los agricultores cortan la madera, disponen los canales de riego, preparan el heno y las conservas. Los niños llenan las cestas de manzanas y nueces. Las mujeres recolectan patatas y cebollas, extendiendo las espigas de trigo y racimos de uvas para que se sequen en los tejados de las casas de barro mientras confeccionan los *talkhan*, nutrientes barras de morera seca que los pastores llevan en los bolsillos.

El Panjshir, encajado entre la cadena de montañas del Hindu Kush, aislado durante meses por las fuertes ne-

vadas, es un mundo aparte del Afganistán desgarrado por la guerra. La luz eléctrica no ha llegado todavía: en Anabah, el hospital de emergencia la distribuye a los hogares de la región y la capital Bazarak funciona con generadores. Pero los signos de la vida que se reanuda pueden verse por todas partes. Las chicas, con velo blanco resplandeciente y una mochila a hombros, van a la escuela por sí solas, sin padres y sin escolta. Los niños juegan en los esqueletos oxidados de los tanques del Ejército Rojo. En Rokha una estructura de hormigón ha sustituido el raquítico puente colgante y los restaurantes que sirven *shir mahi*, el pescado de río, han vuelto a abrir: algunos turistas han aparecido ya en el horizonte. La seguridad garantizada por las milicias Tayikas dio impulso a la agricultura, que emplea al 95 por ciento de los seiscientos mil habitantes y alentó la creación de nuevos proyectos: la apicultura, la cría de pollos y una planta a cargo de mujeres que produce jugos de frutas y mermeladas para venta en el mercado local.

Pero en los pueblos más remotos, a los que se llega tras de varias horas de marcha, las condiciones de vida no son diferentes del resto de Afganistán, que tiene una tasa de mortalidad materna de 18 por cada mil, una de las más altas del mundo, soportando el peso de un atraso secular: la tuberculosis sigue matando a las personas y entre los hazaras chiítas de la provincia de Bamyan, descendientes de las hordas mongoles de Genghis Khan, la lepra aún no ha sido derrotada.

Pasamos frente a la lujosa villa con puente privado y césped estilo inglés del Mariscal Fahim, Masood y ex vicepresidente de Defensa de Karzai.

—Cada comandante, diputado y notable tayiko —insinúa Hashmatullah— se construyó una residencia en el valle con dinero de la reconstrucción.

Dejamos atrás el afloramiento rocoso donde se encuentra la tumba del León de Panjshir, que de simple tumba pasó a convertirse en un polémico complejo de mármol con restos de guerra, hoteles anexos y tiendas de recuerdos. Superamos la pista que conduce al cruce Khawak, donde Alejandro llevó a su ejército; y después, el asfalto se termina.

—Es viernes. Hoy no se trabaja —dice el viejo que está de guardia en una oruga y explica que la nueva carretera subirá hasta el paso de Anjuman, a una altitud de 4,430 metros, uniendo la provincia de Panjshir con la provincia de Badakshan y la frontera con China, a través del corredor de Wakhan.

Me pregunto si el proyecto tiene sentido. ¿Para facilitar las exportaciones de minerales afganos a China? ¿Cómo beneficiará esto a la economía local? ¿Y con qué consecuencias para el ecosistema de uno de los últimos lugares vírgenes del planeta?

El Wakhan, defendido por picos de más de siete mil metros, situado entre los contrafuertes del Pamir, del Karakorum y del Hindú Kush, se salvó de la guerra. Sus doce mil habitantes, concentrados en pocos pueblos a lo largo del río Panj, son seguidores del Islam moderado de la escuela Ismaili, cuyo líder espiritual es el Aga Khan: crían carneros para reproducción, cazan cabras salvajes, cultivan cebada y sus mujeres no usan el *chadri*: llevan el brillante vestido tradicional de color azul y rojo rubí. Desde los tiempos de Marco Polo (por el Wakhan pasaba una rama de la ruta de la seda) y del coronel británico Francis Younghusband, que acampó

allí en 1891, al ápice de la gran caza de la Rusia zarista, no son muchos los extranjeros que se han aventurado por ese corredor frío y solitario. Sólo recientemente han llegado los escaladores y los voluntarios de las organizaciones internacionales: el Instituto Asia Central de Greg Mortenson (autor de *Tres tazas de té*) y la Red de Desarrollo Aga Khan, que construye escuelas y clínicas; y los Rangers de la Wildlife Conservation Society, que buscan salvar al leopardo de las nieves de los perdigones de los cazadores furtivos.

Pero el corredor es también una de las principales rutas de tráfico de drogas: las caravanas llevan el opio de Kirguistán. Sus yaks transportan sal, té, leche cuajada secada al sol y panes de *taryak* comprados en el bazar del Sultán Ishkashim.

—Aquí no hay controles —me dijo hace un par de años el Sha de Qal'e Panje, Said Ismail, líder político y religioso de los ismaelitas de Wakhan. El tráfico es manejado por el jefe de la policía de la localidad de Khundud, Jan Mohammed, un asesino que durante diez años ha aterrorizado a los campesinos, exigiendo impuestos y comerciando la heroína. Nadie lo detiene porque goza de la protección de un intocable: el comandante Sardar Khan, un amigo personal de Mariscal Fahim.

Es de noche cuando llegamos a Khenj. Los nómadas Kuchi descienden con sus rebaños de los pastos de Anjuman y se ponen en marcha: se desplazan de noche, con los niños agrupados en mantas que cuelgan de la silla de montar de los camellos.

—Regresarán en la primavera —nos dice Ali Jan—, la guía que nos recomendaron en el hospital de emergencias.

En su casa ha preparado bandejas de arroz con mantequilla, *nan* y fruta seca:

— Tienen que descansar, mañana vamos a tener que caminar.

— ¿A cuántas horas están las minas?

— Depende del tiempo y las piernas que tengan. Cavan en muchas áreas. La que tengo en mente no está muy lejos: Si nos vamos temprano estaremos allí antes del mediodía.

— ¿El camino es seguro?

— El gobernador y la policía han sido informados. Y vamos a tener una escolta.

— Estoy buscando a un minero. Se llama Habib. ¿Cree que podamos encontrarlo?

— ¿Habib? ¿Conozco a una docena de Habibs! ¿Cómo se apellida?

— Amiruddin, creo, no estoy seguro. Me encontré con su hermano en Kabul: está mal, por la heroína...

— Trataremos, preguntaremos mientras caminamos.

Nos estiramos sobre la alfombra de la sala. Hay mantas y almohadas y sobre la mesa baja una jarra de té verde y un recipiente con azúcar en grandes cristales oscuros. Un viento frío agita las ramas desnudas de la granada y se cuela por las grietas. Desde la ventana no se puede ver ninguna luz: el perfil de las montañas oscurece el denso cielo estrellado. El silencio ha caído sobre el valle.

— Las esmeraldas son sólo una pequeña parte de la riqueza mineral de Afganistán —explica Ali Jan. Los estadounidenses han descubierto enormes depósitos de hierro, cobre, carbón, cobalto, oro y metales industriales. Un

tesoro que vale entre mil y tres mil millones de dólares, según las estimaciones.

— Los chinos han tomado ya la mina de cobre Aynak en Logar, el segundo depósito más grande en el mundo. Ellos se han comprometido a invertir cuatro mil millones de dólares, para construir un ferrocarril y una central eléctrica de cuatro megavatios.

— Sí. Y el Ministro de Minas se ha embolsado un fajo de treinta millones de dólares. Lo han descubierto pero el dinero ha desaparecido.

— Los rusos han puesto sus ojos en el hierro de Hajigak, en el área de Bamiyán.

— ¡No sólo los rusos! El potencial es inmenso y los estadounidenses piensan que desarrollando la economía la guerra se acabará. Tal vez. Puede ser. Pero también es posible que la lucha por el control de los minerales desencadene nuevos conflictos.

Ali Jan no está equivocado. Entre 2004 y 2007, con la ayuda de mapas soviéticos encontrados en la biblioteca del servicio geológico afgano y a través del uso de sofisticadas técnicas de prospección aéreas, los expertos del Geological Survey estadounidense han identificado grandes depósitos de tierras raras y minerales estratégicos como el litio y nio-bio, componentes esenciales de las industrias electrónica, aeronáutica y nuclear. Los depósitos se encuentran dispersos por todo el país, pero algunos de los más conspicuos se encuentran en regiones turbulentas en la frontera con Pakistán, donde es más intensa la actividad de los talibanes y de los terroristas de Al Qaeda.

Partimos al amanecer. La escolta, dos policías barbudos armados con kaláshnikovs y tenis viejos llenos de barro, nos esperan en el bazar. Las tiendas no ofrecen mucho: arroz, patatas, frutos secos, pasas, carne de cordero recientemente sacrificado que cuelga en ganchos de hierro y está llena de moscas. En un *chai khana* transformado en “cine”, los chicos del pueblo están pegados a la pantalla de un televisor, hipnotizados por el sensual ballet de una película india. El gobernador en persona, Haji Bahlol, nos desea un buen viaje sobre el puente colgante en el que inicia nuestro ascenso:

—¡Que Alá los proteja! Y no se preocupen: aquí los talibanes no aparecen.

La ruta se convierte pronto en un camino de mulas interrumpido por los deslizamientos de tierra, torrentes y rocas desmoronadas, hasta confundirse con un sendero de cabras que sube por la empinada ladera de la montaña, el equilibrio sobre precipicios resbaladizos desde los cuales vislumbro el fondo. El cielo azul está despejado, la luz afilada y el aire frío huele a nieve. Hashmatullah lucha por mantener el buen ritmo de Ali Jan, que se divierte bromeando con él:

—¡Ánimo, Hashmat! ¿Tienes leche en las piernas? Desde que te comprometiste has engordado. ¡Te has ablandado!

Después del pueblo de Piazar subimos al estrecho valle del Chubak.

—Al final camino se entra en Nuristán. Ahí es mejor no ir —nos advierte Ali Jan. Han llegado los talibanes.

De las pocas casas, con techos reforzados con casquillos de los proyectiles de la artillería soviética, se elevan

tenues volutas de humo blanco. En los meses de invierno, cuando sea imposible descender al bazar, los agricultores no tendrán más que la madera húmeda y el estiércol para cocinar y calentarse.

Tenemos que escalar el último tramo subiendo por el embudo de un barranco estrecho entre dos crestas desnudas de granito. En el campo de los mineros vemos una docena de tiendas de campaña y refugios de piedra protegidos con tela de plástico. El altímetro indica una cota de 2,850. En la pared que sobresale se observan las galerías donde los excavadores perforan las montañas en busca de las venas de color esmeralda.

—Las mejores del mundo —asegura Rashid, un hombre de negocios que se dirige hacia mí ciñendo una bolsa de plástico. Tiene la espalda envuelta en un mantón de lana de oveja, el *pakul* le atraviesa la frente y muestra una boca ancha y codiciosa. —Míralas a contra luz. No tienen impurezas, son más claras y brillantes que las colombianas. ¿Cuántas quieres?

Rashid dice que era pastor, hace unos cuarenta años, y que encontró las primeras esmeraldas en esta montaña.

—Ahora en la galería hay más de quinientos y los solicitantes llegan por centenares. Casi todos son ilegales. La compañía Panjshir Emerald, fundada en 2009, está tratando de controlar la producción y venta de joyas, pero la mayor parte termina de contrabando en Peshawar y Dubai, los mercados más importantes para zafiros, rubíes y lapislázuli azul de Badakshan.

Entro en una de las cuevas. Los mineros mejor equipados utilizan compresores y martillos neumáticos: trabajan

para los prestamistas que les suministran alimentos, dinamita y gasolina, que es transportada en burros hasta el campamento. Los otros, la mayoría, excavan a mano con palas y picos, golpeando la roca con cuñas de hierro durante horas por un salario de cuarenta dólares al mes.

En la galería, bajo la incierta luz de una lámpara, un niño está preparando la carga explosiva. Mezcla un polvo amarillento con una pasta gelatinosa, la introduce en un agujero, la une con la mecha y deja escapar un grito de advertencia. Tenemos treinta segundos para salir de la madriguera, subir a una roca y refugiarnos detrás de uno de sus cantos. Un estruendo ensordecedor y un relampagueante vuelo de aves: la detonación resuena en el valle sacando de la boca del túnel una lluvia de astillas lanzadas como proyectiles. Cuando el viento dispersa el humo, los mineros remueven los desechos con carretillas y los tiran en el precipicio. Luego desaparecen en las viseras de la montaña, armados con cuñas y cinceles, con la ilusión de encontrar la piedra verde que cambiará su destino. Pero es un sueño irrealizable.

Los métodos de extracción son primitivos y causan un elevado número de accidentes mortales: por el colapso de las galerías no apuntaladas (la madera es escasa y costosa) o las caídas accidentales de travesaños y la intoxicación por monóxido de carbono. El material detonante suele ser dinamita robada de bases militares, pólvora recuperada de las antiguas armas soviéticas o fertilizantes como nitrato de amonio (el mismo utilizado por los terroristas suicidas de Al Qaeda), lo que representa un riesgo muy alto. Los fusibles contrabandeados desde Pakistán a menudo fallan.

Y las explosiones indiscriminadas de alto potencial que se producen en cuestión de minutos, una tras otra, terminan rompiendo la roca junto con las esmeraldas, causando lesiones y microfracturas que reducen su valor de mercado. Sólo los mayoristas que como Rashid pueden comprar lotes relevantes de gemas y están familiarizados con la cadena internacional de comercio —legales y clandestinas— logran ganancias significativas.

Es la hora de la oración. Rashid descansa sobre una roca el arma calibre 9 mm que tenía en un bolsillo del chaleco y se arrodilla en dirección a la Meca, absorto en pensamientos distantes.

—Nuestro tiempo —recitan los mineros— pertenece a Alá.

Muchos de ellos son aún niños con mocos en la nariz, las mejillas sin barba endurecidas por el viento, las manos callosas por las heladas. Me miran sin sonreír. A los diez años son adultos, a los quince saben cómo utilizar el Kaláshnikov, a los treinta años son viejos.

Ali Jan, al que pierdo de vista cuando se mete en una tienda de campaña para revolver la olla ennegrecida de una improbable sopa de verduras, reaparece de repente, seguido a unos pasos de distancia de un niño pequeño con el brazo derecho vendado.

—Tienes suerte —dice. Creo que éste es tu Habib.

—¡Salam alaikum!

—Salam alaikum.

Tiene el cabello gris por el polvo y los ojos febriles, un *kameez* marrón rasgado en un costado, y en los pies, un par de sandalias desgastadas. Nos sentamos en una

piedra: debajo de nosotros la sombra de la montaña se ha tragado ya el barranco por el que escalan fatigosamente dos burros cargados con tambores, empujados por una voz y por un palo.

—¿Tu nombre es Habib?

—Habib.

—¿Y tienes un hermano llamado Aziz?

—Sí. Esta en Kabul.

—¿Dónde vive?

—Ya no vive en casa. Vive en las calles, donde puede...

—¿Por el *taryak*?

Observa a Ali Jan, luego mira hacia abajo:

—El *taryak* y otras drogas.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciséis.

—¿Y cuánto tiempo hace que trabajas aquí?

—Es el segundo año.

—¿Qué te pasó en el brazo?

—El fusible se retrasaba. Pensé que se había apagado, a veces sucede. Estaba reingresando en la galería cuando sucedió la explosión. Por suerte estaba detrás de una roca, y me golpeó sólo una astilla. En un oído ya no escucho nada.

La herida no sangra, se está curando, pero el codo está hinchado y caliente. Ali Jan le ofrece una taza de té. Habib se siente más a gusto con él: me tiene miedo, no entiende lo que soy y lo que busco con esas preguntas. Me acerco al fuego y los dejo solos. Hablan mucho tiempo, hasta que Ali Jan decide que es hora de volver a la carretera.

—Jadafis, Habib.

—Jadafis. Si ves a mi hermano, dile que estoy bien,

que en pocas semanas comenzará a nevar y entonces iré a Kabul. Dile que no fume *taryak*.

—Se lo diré.

Descendemos a lo largo del barranco. Ahora el sol ha desaparecido detrás de la cresta de la montaña oscura y el cielo vira poco a poco del azul al púrpura: la suave luz del día se detiene en las laderas al mediodía y las cimas talladas en el hielo se impregnan de nubes rosadas. Pero el crepúsculo cae. Hay que darse prisa.

—Ali Jan, ¿qué te dijo Habib?

—Es una historia fea. Lo siento por ese niño.

—¿Por su hermano?

—No sólo eso. Su madre se suicidó. Y él estaba allí cuando ella se quemó con gasolina.

—He visto a las mujeres quemadas. Es una muerte atroz. La piel se muere, la sangre se infecta, los riñones se bloquean. Y en muchos hospitales no hay ni gasas ni antibióticos.

—Su marido la golpeaba. Había tomado otra esposa y la trataba peor que a una sirvienta. Incluso la suegra la golpeaba.

—Las que sobreviven terminan segregadas en casa y sufren más abusos. Son la vergüenza de la familia.

—Aziz seguirá hundiéndose. Y Habib robará esmeraldas para comprarle la heroína.

Con la noche cae en silencio. El aire es seco y lacerante; el cielo inundado de estrellas nítidas, frías como diamantes. Y en la oscuridad, el camino apenas se adivina, entre el brillo de un arroyo y los pálidos reflejos de los enebros. Las luces trémulas del bazar de Khenj, abajo en el valle, parecen estar suspendidas sobre un abismo sin fondo.

SUDÁN DEL SUR

En el país de los niños perdidos

Nació un nuevo estado. Y fue un parto doloroso, como siempre sucede en África. Fueron necesarios cincuenta años de guerra y casi tres millones de muertos para dar el paso final, *the final walk to freedom*, el referéndum que en enero de 2011 decretó la secesión del sur de Sudán, negro, cristiano y animista, del norte árabe y musulmán. Un caso que el Consejo de Seguridad de la ONU, celebrado en los albores del dramático desgarrar del país más grande del continente, llama un “hito histórico”. En el vuelo a Juba, la capital del sur, me pregunto si el ostentoso entusiasmo de los diplomáticos del palacio de cristal adolece de un exceso de optimismo.

La ruta del Boeing 737 de Marsland Aviation, una empresa incluida en la lista negra de la Unión Europea, sigue el curso del Nilo. El mítico río serpentea brillante bajo el cielo claro, con una luz lechosa, celeste y diáfana; y se pierde en las inmensas extensiones de color verde esmeralda de los pantanos del Sudd y más adelante en el amarillo ocre de un desierto plano y sin límites. No se aprecian calles o países. Las únicas huellas de presencia humana son los techos de paja de algún tukul remoto y de los *kraal*, recintos circulares donde los pastores reúnen las vacas al atardecer. No es de extrañar: Sudán, que es ocho veces más grande que Italia y

que tiene 597 tribus que hablan más de 400 dialectos, tiene sólo 43 millones de habitantes concentrados principalmente en las grandes ciudades. Pero si el Norte ha hecho pleno uso del maná del petróleo (medio millón de barriles por día), el Sur —donde se encuentran los principales yacimientos de hidrocarburos— se ha mantenido sorprendentemente pobre y carente de infraestructura, azotado por las guerras, el hambre, el analfabetismo y las epidemias.

En 1989, cuando el entonces Coronel Omar Hassan al-Bashir tomó el poder con un golpe de Estado instaurando un régimen autoritario y estrictamente islámico, Jartum era una zona urbana polvorienta azotada por el desempleo, la escasez de combustible y la falta de alimentos. Diez años después, el petróleo crudo (que ahora representa el ochenta por ciento de las exportaciones y el 98 por ciento de los ingresos del Sur) provocó un desarrollo sin precedentes. El producto interno bruto se ha triplicado, la economía se ha quintuplicado y los inversores extranjeros de primera línea —China, Arabia Saudita y los países del Golfo— compiten por los contratos más lucrativos en los sectores clave de la economía: la industria del petróleo y la minería, los servicios, la agricultura de riego, la energía hidroeléctrica.

Jartum, con diez millones de habitantes, es un sitio donde se agitan sin descanso hoteles de lujo, centros comerciales y nuevas áreas residenciales. Uno de los pocos barrios perdonados por las excavadoras es la isla de Tuti, en la confluencia del Nilo Blanco y el Nilo Azul, donde las casas de adobe se asoman sobre callejones de olor fétido (sopa de habas) y de pan recién horneado; las cabras pastan entre las palmeras y en las plantaciones de cítricos, los ancianos con

turbantes y chilabas se arrodillan sobre las alfombras gastadas de las antiguas mezquitas. Pero incluso Tuti tiene los días contados: un megaproyecto amenaza con convertirlo en una reserva turística con hoteles de cinco estrellas, restaurantes y decenas de tiendas.

El avión vuela por encima de la periferia de Juba: techos de lámina corrugada, caminos de barro y quema de basura. Los estigmas de la miseria africana. No pude llegar a Juba en la década de los noventa cuando seguía a los combatientes del Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán (SPLA) porque era una guarnición militar, una de las pocas ciudades que los guerrilleros no habían logrado conquistar. Desde 1956, año de la independencia del Imperio Británico, el sur de Sudán era un campo de batalla desolado. El armisticio firmado en 1972 con los rebeldes sureños del Anya Nya, el “veneno de la serpiente”, no tenía solución. Después de una década de tregua armada, el conflicto había vuelto a estallar. Y al frente de los ejércitos cristianos estaba un oficial de profesión que sus hombres llamaban “Doctor”: John Garang, un coronel de la universidad que se graduó en Ohio y que había comandado el distrito de Bor, y desertado luego para fundar el SPLA y que disfrutaba del apoyo político de Washington, Nairobi y Addis Abeba.

Las peleas se renovaban al final de cada temporada de lluvias, en una espiral de emboscadas, masacres y campañas de aniquilación; sobre la hierba quemada por las bombas de los Antonov y los restos de chozas reducidas a cenizas. Se caminaba pisoteando huesos de hombres y animales; pasando a través de pueblos abandonados; cruzando iglesias calcinadas y cadáveres en descomposición que ali-

mentaban a las hienas y a los buitres. Los supervivientes, esqueléticos ancianos y niños de vientre hinchado, vagaban sin destino, alimentándose de hierbas y frutas del bosque. El hedor de la muerte flotaba sobre la sabana.

A la guerra se sumaban más plagas: el hambre, las inundaciones, las enfermedades, las venganzas y los enfrentamientos violentos entre las facciones de la resistencia, el reclutamiento de menores de edad y las incursiones del *murahalin*, milicias árabes a sueldo de Jartum. Estas eran las más temidas. El baggara y el Misseriyas de Darfur y de Kordofán eran el terror de los criadores de Dinka y Nuer. Destruían cultivos, exterminaban a las vacas, violaban a las mujeres, secuestraban a sus hijos y los vendían en las granjas del norte; una vieja historia del *bilad as-sudán*, la “tierra de los negros”: Gordon Pasha, el gobernador británico asesinado en 1885 por seguidores del Mahdi durante el sitio de Jartum, había calculado que entre 1875 y 1879 más de cien mil esclavos habían sido arrastrados en cadenas a lo largo de las rutas de las caravanas y subastados en los emporios de Egipto y Turquía.

Fue sobre todo el robo de ganado lo que hundió a los Dinka en la más profunda desesperación. Los toros y las vaquillas blancas de largos cuernos en forma de lira eran venerados como criaturas divinas que habitan el universo mitológico de la tribu, y que definen su identidad cultural. La existencia de numerosas comunidades de pastores depende todavía hoy del número de cabezas de ganado. La leche y la sangre succionada desde el cuello del animal es un alimento básico. El estiércol se utiliza como yeso en las cabañas y como combustible para cocinar y encender los fuegos

que mantienen a distancia al mosquito Anopheles. Con la orina se curten los cueros y se cuaja la leche. Y el ganado es la dote que los jóvenes ofrecen a las novias.

Antes se entraba en el sur de Sudán desde LOKICHOKIO, la base logística del OLS, *Operation Lifeline Sudan*, el dispositivo que coordinaba las actividades de socorro de las agencias de la ONU. Los periodistas buscaban pasaje para cualquier destino del interior en los Cessna C-130 o en los aviones destartados de las organizaciones no gubernamentales: uno de los más populares fue “Betsy”, un venerable Dakota con una mujer rubia pintada en el fuselaje que tenía fama de volar en cualquier clima. En los días de lluvia, cuando la amenazante pared de nubes oscurecía el horizonte y se suspendían los vuelos, los bares se llenaban de prostitutas, botellas de ginebra y de pilotos en licencia: ex mercenarios de Australia y Sudáfrica, veteranos rusos de Afganistán, un colombiano que había transportado cocaína en el Caribe, y Dale, un tejano que se jactaba de haber peleado en Vietnam y de aterrizar en menos de cuatrocientos metros con dos toneladas de alimentos y medicinas a bordo de su Antonov-28.

O podía uno ir al campo de refugiados de Kakuma. En la entrada había un cartel: “Atención, dieciséis mil niños”. Eran los *Lost boys*, los niños perdidos que la burocracia Onusiana clasificaba como “menores no acompañados”. Niños que habían sobrevivido a los horrores de la guerra y que habían caminado, solos o en grupos, durante cientos de kilómetros, a través de desiertos y pantanos infestados de cocodrilos; que habían sido cazados por las milicias, diezmados por la malaria, la disentería, y por las minas terrestres.

Muchos de ellos eran huérfanos y habían visto como sus madres y hermanas eran violadas por soldados o desgarradas con la panga. Algunos, con sólo diez años, ya sabían cómo usar un kaláshnikov. Si le preguntabas su nombre respondían “Hunger” hambre; o “Iu-en”, Naciones Unidas.

Una vez fue Dale quien me llevó “adentro”, a pesar de la lluvia. El Antonov, con su carga de sorgo, frijoles y antibióticos, sobrevoló las regiones de Ecuatoria, Jonglei y Bahr el-Ghazal, la “tierra de las gacelas”. Aterrizaba en cualquier lugar donde surgiese un claro en el bosque, o una tira de barro seco en el borde de un pantano; y de pronto, de la nada, surgían hordas de hambrientos con las manos extendidas. El entorno era salvaje y primitivo. Cerca de Waat había una sagrada colina para los Nuer, rodeada de colmillos de elefante plantados en la arcilla roja, donde los guerreros iban a consultar a los hombres leopardo y a los chamanes antes de enfrentarse en una batalla. Y donde las mujeres enterraban los cadáveres de sus hijos.

Cerca de las aldeas era necesario hacer de dos pases a baja altura para alejar a los niños y a los animales. Rumbek era una ciudad en ruinas. Las milicias estaban acampadas en las ruinas de las casas bombardeadas. Las plantas y la hierba salvaje crecían entre los muros calcinados de la escuela, la iglesia y la estación de policía. Los desplazados, con los pies hinchados y roídos por las plagas, se habían refugiado en las antiguas celdas de la cárcel sin techo. Se alimentaban con una pasta verdosa y fibrosa, una decocción pútrida de hojas y raíces. Los más débiles se arrastraban para morir bajo los árboles. El centro de alimentación de Oxfam acogía sólo a menores de cinco años que no superaban el sesenta o

setenta por ciento del peso medio en relación con la altura: el resto tenían que arreglárselas solos. En ollas ennegrecidas se cocinaba una papilla de cereales y Unimix, pero los más desnutridos no tenía la fuerza para tragarla: su vida pendía de una cánula intravenosa.

El avión de Dale logró llegar a los pueblos que durante semanas no habían recibido ayuda: Ajiep, Malualkon, Madhol. Luego aterrizó en el infierno de Marial Lou.

El hospital de Médicos Sin Fronteras era un lazareto de madera y cabañas de barro rodeadas por una empalizada. Una multitud de gente desesperada llenaba la entrada. En el interior, el horror: cuerpos tendidos en el polvo, envueltos en sacos de yute con las palabras “donación de la Unión Europea”, gemidos, lamentos sordos, niños con la barriga hinchada por los parásitos, pacientes apiñados en trapos empapados con heces y orina, mujeres viejas de apenas veinte años, con los pechos marchitos y la piel arrugada, neonatos similares a esqueletos de aves, con los ojos y las fosas nasales llenas de moco y con la aguja de solución salina metida en la sien. En el exterior, bajo los árboles llenos de buitres, una fila de tumbas recientes: agujeros en la arena, marcados con un trozo de madera o zarzas.

Había rayos de luz en aquella oscuridad. Sor Magdalena Vergis gestionaba el dispensario para leprosos y tuberculosos.

—¡Agua! —imploraba— ¡Dios mío, agua potable! Estas personas mueren porque beben en las marismas. Los jóvenes están llenos de gusanos. Noventa de cada 115 pacientes sufre de filariasis aguda. Señor, ¿por qué callas? Nuestra fe se pone a prueba todos los días. Mira estos ni-

ños: son los esclavos de la guerra y el hambre. El mundo los ha condenado a la muerte.

Ella estaba tratando de salvarlos, con los pocos medicamentos que podían conseguir. O con la “piedra negra”, un hueso de vaca deshidratada que absorbe el veneno de las cobras y las mambas. Ayudaba al padre Mattia Bizzarro, un gran hombre de 74 años con gran barba blanca, natural de Foggia, que vivía en una cabaña roída por las termitas. La misión era un grupo de tukuls cerrados por una valla de ramas espinosas y secciones de madera.

—Tenemos que defendernos de los animales —explicaba. Contra los mosquitos y escorpiones, hay poco que hacer, pero las bestias salvajes no pasan.

Me hablaba de los leones que atacaban a las mujeres en el río. Y de sus hijos que de noche desaparecían de las cabañas: los encontraban por la mañana, en los arbustos, con la cara y los ojos devorados por las hienas.

Cien dólares por dormir en un contenedor chino es un robo. Pero cuando llego a Juba los contenedores de aluminio del Beijing hotel eran el único alojamiento disponible, y uno de los más baratos. Hay hoteles con suites de ochocientos dólares y casas con rentas mensuales de diez mil. La capital del sur, que durante la guerra fue un simple aglomerado de chozas y barracas con menos de cien mil habitantes, en la actualidad cuenta con una población de más de un millón, ocho bancos, siete plantas de embotellamiento del agua, una fábrica de cerveza, una docena de ministerios, una universidad, tiendas, pizzerías y restaurantes eritreos, oficinas con aire acondicionado y al menos siete mil empresas registradas en la Cámara de Comercio. Un auge hecho posible gracias a

los seis mil millones de dólares entregados por Washington después de la firma de los acuerdos de paz de 2005 (Sudán del Sur es el tercer receptor de ayuda estadounidense después de Pakistán y Afganistán), a partir de los ingresos del petróleo, la intervención masiva las Naciones Unidas y las organizaciones financieras internacionales.

Juba es una caótica ciudad fronteriza sin sistema de alcantarillado, sin acueductos ni líneas telefónicas terrestres; casi no hay electricidad ni carreteras asfaltadas, y está sumergida en toneladas de residuos. La mayoría de los productos alimenticios, materiales de construcción y bienes de consumo deben ser importados y transportados en barcas por el Nilo como en la época de Charles Gordon. Pero el tráfico es incesante. Los camiones, los petroleros, el bodaboda (moto taxi) y el Land Cruiser de los cooperantes y funcionarios de agencias de la ONU obstruyen las intersecciones. El pequeño aeropuerto está congestionado por los vuelos comerciales, la carga humanitaria y los aviones privados de los emisarios de las multinacionales que luchan con los chinos para comprar concesiones petroleras. Cada noche, en la estación de autobuses, desembarcan de Nairobi y Kampala, cientos de jóvenes en busca de puestos de trabajo. Incluyendo a niñas, algunas adolescentes, que se prostituyen en burdeles o en lugares frecuentados por los extranjeros, donde el fin de semana fluyen ríos de cerveza y las pantallas de plasma emiten en directo los partidos de baloncesto y la Liga Premier.

Sin embargo, el salto al siglo XXI no es en absoluto evidente: es difícil imaginar cómo las reservas de petróleo, que se estima se acaben en un par de décadas y cuya única

salida es un oleoducto en territorio del norte, puedan colmar el abismal atraso que prevalece en el Sudán del Sur. En el borde de la capital, los Bari, las tribus indígenas, viven en un tukul de barro seco y se ganan el pan rompiendo piedras con mazos rudimentarios. En el Hospital Universitario de Juba, uno de los tres hospitales en el país, sólo hay un cirujano y no es fácil encontrar una enfermera que sepa leer una ficha médica.

Los indicadores sociales son escalofrantes: la mortalidad infantil y materna es la más alta del mundo; 85 por ciento de los sudaneses del sur nunca han visto un pupitre y se las arreglan con menos de un dólar al día; 85 por ciento de los servicios de educación y salud son proporcionados por la comunidad internacional; más de la mitad de la población se alimenta con la ayuda de emergencia y un millón y medio de personas están amenazadas por la “inseguridad alimentaria grave”. La tasa de desnutrición sigue creciendo y la hambruna se evita sólo por la constante inyección de dólares estadounidenses del presupuesto del Programa Mundial de Alimentos. Por otro lado, la corrupción y la incompetencia de la policía, el ejército y el personal administrativo, en su mayoría analfabeto, son ya proverbiales.

El gobierno invierte una parte importante de los ingresos del petróleo y del financiamiento en la reconstrucción del inflado sector público, lo que proporciona una sólida base para los consensos, especialmente entre las fuerzas armadas, que absorben el sesenta por ciento del presupuesto del Estado. Las calles, en un gran país como Francia, pueden esperar: las prioridades son la defensa de los yacimientos de petróleo, que un destino maligno puso en la indefinida

frontera con el Norte, como bisagra entre el mundo islámico y el cristiano, y que amenaza la estabilidad de los múltiples conflictos políticos y tribales.

El presidente Salva Kiir, el ex jefe militar de la guerrilla, que en 2005 tomó el puesto de Garang, muerto en un misterioso accidente de aviación poco después de la firma de los acuerdos de paz, es un mediador consumado. Se esfuerza para templar el descontento de las tribus que desafían el predominio de los dinka en el gobierno y en las fuerzas armadas. Pero sabe que otro conflicto podría estallar en cualquier momento.

—No queremos otra guerra —me dice en un fugaz encuentro durante una misa en la catedral, única circunstancia en la que se quita el sombrero tejano que le dio Bush—, pero si nos atacan nos defenderemos.

...con las armas abundantes que ha comprado en los últimos años en el mercado negro y con la aprobación de la Casa Blanca, según lo revelado por una serie de documentos del Departamento de Estado publicados por WikiLeaks. El bote “Faina” de Ucrania, secuestrado en septiembre de 2008 por piratas somalíes en el Golfo de Aden, transportaba 32 tanques soviéticos T-72, 150 lanzagranadas, seis cañones antiaéreos destinados a Juba. Y al menos otros 67 tanques ya habían llegado a su destino, por tierra, a través de Kenia.

Algunas de las peores atrocidades cometidas durante la guerra civil, por el contrario, deben ser atribuidas a disputas internas. Como la matanza de Bor en 1991, cuando los Nuer de Riek Machar —el actual vicepresidente— mataron a dos mil Dinka, en su mayoría mujeres y niños. Y Omar al-Bashir, que el Tribunal de La Haya acusó de genocidio en

Darfur, por su larga historia de instigador de antagonismos étnicos.

Además de atraer a especuladores de todo tipo para distorsionar la economía y subir los precios, los miles de millones vertidos en Juba han consolidado el hábito pernicioso del asistencialismo impulsado por dos décadas de dependencia en la ayuda humanitaria. No es de extrañar, por lo tanto, que sea imposible encontrar al director médico del hospital y que las oficinas de las autoridades estén desiertas, o que el oficial de los servicios de seguridad que debe firmar mi acreditación de prensa se ausente durante toda una tarde sin que nadie sepa dónde está.

También en el puerto, el banco de barro donde atracan los barcos, las actividades languidecen. Las mujeres, con sus hijos colgando de los pechos, fatigosamente extraen agua con cubetas de plástico entre las matas de papiro del puerto. Un anciano intenta pescar con una caña de bambú. Una familia de desplazados busca un medio de transporte; y el capitán de una barcaza cargada de tuberías, cebollas y automóviles se queja de los imponderables tiempos de espera:

—Empujando con toda fuerza contra la corriente —dice—, se necesitan dos semanas para llegar a Jartum. ¡Y entonces tenemos que esperar otras dos para vaciar las bodegas! Los destinatarios no aparecen, los documentos no están listos, los camiones están siendo reparados. Y mientras tanto, los funcionarios de aduanas aumentan el soborno.

En 1874, el vapor “Bordein” llevaba a Gordon Bajá, el recién nombrado gobernador de Ecuatoria del Jedive de Egipto, y le bastaron 25 días para subir por el río de Jartum hasta el límite extremo navegable: el puesto comercial

Gondókoro, un puesto de avanzada de comerciantes de marfil y esclavos no lejos de la Juba actual. Doce años antes, con un barco de vela, el explorador Inglés Samuel Baker había tardado más de dos meses; pero había llegado a tiempo para encontrarse el 15 de febrero de 1863, con John Speke y James Grant, que años después de dos años y medio de investigaciones habían descubierto la fuente del Nilo.

Los diarios de Baker parecen anunciar la carnicería del próximo siglo. Describen un desierto y un pueblo reducido a la esclavitud y a la miseria: “Gondókoro es un infierno absoluto” a merced de oscuros traficantes y una soldadesca embriagada; “Estamos rodeados de multitudes hambrientas que extienden sus cuencos de calabaza implorando alimento”; “Alguna vez esta gente fue amable, pero los árabes de Jartum se aprovecharon tanto de ellos, masacrándolos tan despiadadamente, que ahora se vengan matando a los intrusos”.

La Toyota es un cacharro. El techo es una pirámide de neumáticos, televisores, cajas de latas de jabón y aceite para cocinar. En el interior viajamos diez personas, además de las maletas y el conductor, un hombre viejo y resignado que fuma un cigarro tras otro. Pronto se hace evidente que los 350 kilómetros a Yambio serán un calvario. Apenas iniciada la ruta, se bloquea el eje de una rueda, a continuación se atasca la bomba de combustible y se rompe una flecha. El camino es un pista de tierra roja llena de hoyos: el camión y los pocos coches que circulan elevan nubes de polvo que quedan suspendidas por mucho tiempo, reduciendo la visibilidad a cero.

Los puestos de control, cuerdas suspendidas por medio de postes en la entrada de los pueblos, son de dos tipos: aquellos en los que los funcionarios examinan con extenuante lentitud cada paquete; y aquellos, mucho más frecuentes, en los que los policías, embriagados con cerveza, se limitan a verificar los documentos. En ambos casos hay que pagar. Por lo general, es el conductor, invitado a refugiarse al margen en una choza, quien paga el óbolo. Pero si uno de los pasajeros es una *khawaja*, un blanco, inicia una conocida pantomima africana. El guardia llama al comandante de la guardia, quien confisca el pasaporte con una sonrisa y afirma rotundamente que falta el permiso para viajar, con la esperanza de algún apoyo lucrativo: argumenta la ausencia de un sello, una fecha vencida, o una firma ilegible. Su actitud es amenazante, su mirada sombría y la manera en que ostenta la kaláshnikov es parte de su táctica: y aunque los documentos fuesen perfectamente legales, el acusado estará siempre mas inclinado a añadir unos billetes más al óbolo del inevitable bakshish.

Vamos al sur, a la Equatoria Occidental, donde las acacias espinosas y el pasto elefante dan paso a la vegetación tropical: bosques frondosos de árboles de mango, baobabs de un rojo llamativo, caña de azúcar y teca. Si se regara esta tierra podría alimentar a toda la nación y exportar el excedente a todo el continente africano. Sin embargo, todo se detuvo en la edad de piedra. Cruzamos filas de niños semi desnudos con bidones de agua sobre la cabeza y mujeres aplastadas por el peso de enormes paquetes: madera, estiércol, forraje para los animales. Al atardecer, la llanura se llena de destellos rojizos y el aire de ligeros filamentos de carbón.

Las llamas se elevan altas y el frente del fuego avanza rápidamente, chisporroteo hasta que llega a los bordes de la pista. Los agricultores recurren a la primitiva técnica del *slash and burn*: queman los bosques y la sabana para sembrar maíz y crear nuevos pastos.

En la noche avanzamos a paso de tortuga. Los baches son vorágines que someten a una dura prueba la suspensión del *jeep* y el conductor, al tiempo que la luna ilumina las primeras casas de la ciudad de Maridi, anuncia que no puede continuar. Se detiene en el único hotel de la zona, una taberna donde acampan los camioneros y los policías ebrios, y donde no hay nada que comer; pero en el bar, donde los murciélagos y las enormes polillas revolotean alrededor de una bombilla, surgen cajas de cerveza y ginebra, y el ruido del generador es amortiguado por una cinta de alegre música ugandesa.

A la mañana siguiente, con la Toyota nuevamente descompuesta, me subo en el primer *matatu* y llego hasta Makpandu. El padre Mario Benedetti de Segonzano (Trento), que está en África desde hace cuarenta años y tiene 73, me recibe en la iglesia Tukul, antigua colonia de leprosos donde cinco mil refugiados Azande de la República Democrática del Congo (RDC) esperan su ración diaria de alimentos. Huyen de los pueblos incendiados y de una muerte segura, perseguidos por las milicias de Joseph Kony, un ugandés poseído del grupo étnico Acholi que se atribuye poderes mágicos y que propone un estado basado en los Diez Mandamientos. Después de sembrar el terror durante dos décadas en el norte de Uganda con su *Lord's Resistance Army* (LRA), Kony es buscado por crímenes contra la humani-

dad por el Tribunal de la Haya, y está confinado en Sudán, Congo y en la República Centroafricana. El resumen, sólo en los últimos dos años, 2,300 muertos, cuatrocientos mil desplazados y tres mil civiles secuestrados.

En el campo de la ONG italiana Intersos, UNICEF distribuye alimentos y mantas. Las mujeres están haciendo cola. Los hombres rompen piedras con la panga para construir los montículos del cementerio. En su cabaña, el padre Mario tiene una cama con mosquitero, un retrato del fundador de su orden, Daniel Comboni, y el Thuraya que lo mantiene en contacto con el resto del mundo. También él huyó, con sus feligreses, desde la distante misión de Duru.

—Era el 17 de septiembre de 2008 — me cuenta. Un miércoles. De repente llegaron: sesenta hombres armados y uniformados. Habían capturado a los niños en la escuela y los habían amarrado. Saquearon las casas y les prendieron fuego. Solamente la iglesia, construida en 1938 y que es de ladrillo, se mantuvo en pie. Aquí hay personas que lo han perdido todo y que han estado vagando durante meses en el bosque. Hacemos todo lo que podemos: montamos un asilo dedicado a la hermana Bakhita, la santa del lugar, nacida en Darfur; una escuela primaria, media y superior. Logramos también repartir un poco de arroz y de yuca. Hay una clínica. Pero las heridas profundas, las del corazón y el alma, no son fáciles de curar.

Hay niños que han dejado de hablar. Niños que han aprendido a matar. O María: una niña de 14 años de edad, con una voz trémula y las manos que atormentan el dobladillo de su falda, que acaba de regresar del infierno. Durante un año, antes de que pudiera escapar, fue violada

y esclavizada por las milicias de Uganda. No tiene ninguna noticia de sus padres: la ACNUR la confió a una familia en el campo.

—Me raptaron cuando iba camino al río —dice, mirando hacia abajo. Había muchos niños en el bosque. Siempre entrábamos y dormíamos en el campamento. Los varones tuvieron que luchar. Las mujeres tenían que cocinar y entrar en las tiendas de campaña con los soldados, para tener relaciones sexuales. Vi como mataban a muchos prisioneros. Los ataban a los árboles y los acababan con un palo para no malgastar municiones.

La atmósfera se vuelve más pesada al dejar atrás Yambio, cerca de la frontera del Congo. Hay un fulgor siniestro en ese cielo sin nubes, una transparencia inanimada. Las tierras no se cultivan. Y entre las tiendas de un campamento militar vagan los soldados de un ejército extranjero: los hombres del UPDF, las fuerzas armadas de Uganda. Siguen el rastro de muerte de Joseph Kony.

En Nzara hay otra misión, y en los ojos, más que en las palabras de la madre superiora, se aprecian los horrores de esta guerra sin sentido.

—Los ataques —dice la hermana Giovanna Calabria— comenzaron en 2008 y nunca han cesado. Aquí los refugiados son más de ochenta mil. Llegan exhaustos, hambrientos. Y nos hablan de aldeas arrasadas, de cuerpos carbonizados, de enfermos quemados vivos en sus chozas, de fosas llenas de cadáveres en descomposición, de niñas violadas, y de mujeres embarazadas cortadas en pedazos.

Giovanna tiene su vocación en el ADN. Es nieta de un santo, don Juan Calabria, canonizado por el Papa Juan

Pablo II en 1999. Y conoce bien a los asesinos del LRA. Antes de trasladarse a Sudán en 2002, pasó trece años en el norte de Uganda.

—Son bestias sedientas de sangre —dice temblando de ira. Obligan a los hijos a golpear a sus padres hasta que los matan. Obligan a las madres a batir a sus bebés en morteros hasta convertirlos en pulpa. Secuestran a niños y los entrenan para matar sin piedad. Y si tratan de escapar y son recapturados, los matan inmediatamente. ¡Están poseídos por el diablo!

Las siete hermanas combonianas trabajan a tiempo completo para ayudar a las víctimas. Manejan alimentos y medicinas, administran una escuela y un asilo con más de un millar de estudiantes, muchos de ellos seropositivos. En el hospital de la diócesis luchan contra la lepra, la malaria, la tuberculosis. Y aplican medicamentos antiretrovirales a más de dos mil mujeres: El Sida es una plaga entre las niñas violadas por rebeldes.

Giovanna no se detiene un minuto:

—No vemos el final, y no está claro por qué. Los que pagan son las más débiles: los civiles inocentes que ni siquiera saben por qué los matan o por qué tienen que huir. ¿Cómo es posible que bandas de asesinos puedan matar niños y quemar aldeas enteras en la más absoluta impunidad? Hay que detenerlos. Y rezo para que alguien lo haga.

Los seguidores del Kony, ahora, no son más que un puñado de mercenarios bajo sueldo del protector de turno y una moneda de cambio en el juego entre Washington, Kampala y el régimen de Jartum, que podría usarlos —como lo ha hecho en el pasado— para desestabilizar el sur con unos

pocos cientos de hombres bien equipados: el suministro de armas, alegan numerosos testigos, llega a bordo de helicópteros y aviones militares sin insignias.

En Nzara el ejército sudanés es inexistente. Los rebeldes están a menos de tres kilómetros de la misión. Y si las hermanas están todavía vivas es gracias a los soldados de Uganda y a los *Arrow boys*, los “niños con flechas” las milicias de autodefensa; que no sólo usan arcos y flechas envenenadas. Uno de sus comandantes, Peter Kassu, un hombre con el físico de un jugador de fútbol que a pesar de la camiseta desgarrada Hard Rock Cafe parece desempeñar un cargo político (o de agente de los servicios de seguridad), está de acuerdo en mostrarme una de sus bases.

Con el *jeep* cargado con sacos de harina y municiones, nos estancamos casi inmediatamente en un charco de arcilla roja, donde la sombra de los árboles gigantes de teca — subcontratados a una empresa alemana — muestran los restos de la época de lluvias. Continuamos a pie: tres horas de marcha hasta el puesto de Bangui, no lejos de la frontera con el Congo. Bajo el techo de paja de una iglesia en ruinas los *boys* están ahumando un antílope. Son una veintena, jóvenes y viejos, y están equipados, además de con kaláshnikovs fabricados en China, con rudimentarias armas de fuego de un solo tiro y de fabricación casera que llaman, a la francesa, *fabrication*.

En el follaje rondan loros y mariposas de colores. Pero la calma es aparente.

— Las emboscadas son repentinas — dice Isaac, el jefe de la base, que me lleva a fotografiar las ruinas de una am-

bulatorio saqueado. La semana pasada desaparecieron otros dos niños. La gente tiene miedo y ha abandonado el pueblo.

Los *boys* están siempre alertas. Salen todos los días de patrulla, a pie, en moto o en bicicleta, persiguiendo a un enemigo invisible. Tienen la ventaja de conocer perfectamente todas las rutas y escollos de la selva. Y de ser informados con anticipación de cualquier presencia o movimiento sospechoso. Ahora que la compañía de telefonía móvil Zain de Kuwait ha extendido la cobertura a Sudán del Sur, “los celulares”, dice Isaac “son nuestra arma más efectiva”.

Jane Boggini, enfermera de Connecticut de origen italiano (Vigevano) y veterana de los programas de emergencia de Médicos Sin Fronteras, está furiosa. Miles de personas desplazadas desde el norte han regresado a sus aldeas, y los mosquiteros se quedaron en los almacenes de la UNICEF en espera de una “petición formal” del gobierno que nunca llegó.

—Una vez más —se desahoga— la burocracia de la ONU se impuso sobre el sentido común y las necesidades humanitarias. Esos pueblos están infestados por el *kala azar* y los mosquiteros son su única defensa!.

La leishmaniasis visceral o *kala azar*, el “negro malo” en lengua hindi (prevalente en el subcontinente indio), es una enfermedad transmitida por una mosca de la arena. Afecta a las glándulas del hígado, el bazo, los ganglios. Si se deja sin tratamiento es fatal en casi el 100 por ciento de los casos. Y la región de Malakal, en el Alto Nilo, a una hora de vuelo desde Juba, es el epicentro de la peor epidemia de la última década.

El personal de MSF se ha hecho cargo de una sección del hospital de distrito, donde Jane y Allison, su colega canadiense, tratan a los enfermos con dosis masivas de Ambisome, la terapia más eficaz: un vial cada 48 horas durante doce días. Un viento rabioso sacude las tiendas de campaña donde los enfermos esperan la inyección. Los más graves, transportados en camillas por los estrechos corredores, no pueden ni siquiera sentarse en sus camas mientras las enfermeras luchan para encontrar una vena para el goteo intravenoso. Hay un olor repugnante de drogas, sudor, y heridas de decúbito. Hay bandejas llenas de jeringas y catéteres, cajas de medicamentos, un lavabo con una gasa empapada en sangre, heces, pus.

La luz oblicua que se filtra a través de las persianas ilumina los rostros demacrados de los niños con ojos de cuencas hundidas y jóvenes en uniforme con la piel adherida al esqueleto.

—Vienen sólo cuando están ya en la etapa terminal —explica Jane. Pierden tiempo valioso con brebajes de los curanderos locales. Y no sólo tienen el kala azar. Muchos tienen tuberculosis, neumonía, sida o malaria. Y todos ellos están desnutridos.

En 2010, el número de pacientes severamente desnutridos hospitalizados en los centros de MSF creció un veinte por ciento en comparación con 2009.

El hospital de Malakal, uno de los mejor equipados de Sudán del Sur, está en muy malas condiciones: colchones sucios, vidrios rotos, gallinas que picotean entre los residuos, patios donde los perros defecan al lado de los niños, madres que yacen en los pasillos y pacientes que sufren de

Un dólar al día
enfermedades contagiosas que se arrastran de un departamento a otro, sin ninguna precaución.

La corriente va y viene. El potente generador ofrecido por una ONG extranjera no se usa: nadie sabe cómo hacer que funcione. Y nadie es capaz de reparar el autoclave y las lámparas de la sala de operaciones, las máquinas de oxígeno, los esterilizadores, el sistema de Ultrasonido, los instrumentos y todo el equipo hospitalario donado por la comunidad internacional que el polvo y el abandono han inutilizado. El Dr. Ismail, que dice ser uno de los dos únicos cirujanos actualmente en servicio en el sur de Sudán (el tercero, José Manytuil, fue nombrado Ministro de Salud), se ha visto obligado a utilizar una mesa de operaciones de la época victoriana:

—Se maneja manualmente —explica. Y, teniendo en cuenta los frecuentes cortes de energía, sigue siendo el sistema más fiable.

A pesar de que durante la guerra civil, el minarete de la mezquita que construyó el rey Faruk en 1937 fue alcanzado por una granada del SPLA, en Malakal, cristianos y musulmanes han vivido en relativa armonía durante siglos. Pero una vez que la frontera entre las dos religiones y dos culturas se representó en los mapas, con una Cruz y una Media Luna, la sociedad convirtió esos símbolos en una excusa de pertenencia nacional que es convenientemente reavivada para cuestiones sin resolver: la relación entre las dos nuevas entidades políticas, la distribución de los ingresos del petróleo, la gestión de las aguas del Nilo en el conflicto en Darfur, las disputas tribales y la disputa por el control de los

recursos minerales. Batallas sangrientas, seguidas de violentas acusaciones y nuevos éxodo de desplazados, a lo largo del verano de 2011, en la frontera y en las provincias de Nilo Azul y Kordofán del Sur.

Los dos ejércitos se enfrentan entre sí a lo largo del eje oeste de Malakal que separa los depósitos de crudo de la provincia de Bentiu y Abyei, donde las fronteras permanecen indefinidas y donde los agricultores Ngok Dinka y los árabes misseriyas pelean desde siempre por los derechos de pastoreo en una región que es ahora un barril de pólvora. Si las tres cuartas partes del petróleo están en el sur, la tubería que lo transporta al Mar Rojo se encuentra en territorio del norte; y si los residentes y la población nómada son en su mayoría cristianos, los musulmanes reivindican la tradición milenaria de migrar, en la estación seca, por las llanuras fértiles del Sur: la vía fluvial que los dinka llaman Kiir y que es conocida por los nómadas como Bahr al-Arab, el “río de los árabes”. Aquí, donde los pozos de petróleo han desalojado pueblos de barro, no hay civiles. No hay pastores sin fusil, ni cabañas sin Kaláshnikov y una gran cantidad de balas.

En la mezquita y las iglesias de los imanes y sacerdotes de Malakal se predica la tolerancia, tratando de calmar los ánimos. Pero el ambiente es tenso. Muchos comerciantes musulmanes, proveedores del noventa por ciento del combustible y los productos básicos, se han ido o han reducido el volumen de sus negocios: la gente se queja del aumento de los costos y la escasez de los bienes de consumo.

En el mercado los artículos de importación, al igual que en toda África, son chinos: platos, zapatos de plástico, camisetas, lámparas de petróleo y gas, gafas de sol. Los pre-

cios de los medicamentos y la gasolina son prohibitivos. Y la única oportunidad de encontrar un trabajo como conductor, intérprete, tutor o limpiador está llamando a las puertas de las ONG's y las Naciones Unidas, cuya presencia no es siempre bienvenida.

Samuel, camarero en Sudán del Sur Hotel, donde se pagan 150 dólares por una habitación sin baño, está enojado con el personal africano de la ONU:

—Nos tratan como animales —dice. —No hacen más que beber cerveza y prostituirse. ¡Es momento de que se vayan!

Al atardecer, incluso el personal de MSF tiene órdenes de regresar al campamento.

—Nadie nos molestó —dice Martine, el director del proyecto. —Pero la prudencia nunca es suficiente. Durante la noche, la taza de alcohol sube y circulan muchas armas.

Las peleas y tiroteos son comunes durante los fines de semana, cuando el redoble de tambores anuncia el rito guerrero de los bailes tribales: jóvenes Nuer y Dinka con los rostros pintados y faldas de falsa piel de leopardo se enfrentan empuñando mazas y lanzas, y simulan batallas y luchas cuerpo a cuerpo que terminan a menudo con un viaje al hospital.

Pero una mañana los heridos que el Dr. Ismail se prepara para operar no vienen de una pelea callejera: son soldados con balas en el abdomen y la espalda. Hubo un conflicto entre el SPLA y las milicias del general George Athor, el hombre fuerte de la región, que decidió mostrar su apoyo al gobierno de Juba, consagrado en una tregua firmada en enero de 2011. El intercambio de fuego, dicen los de la am-

bulancia, se llevó a cabo en el Canal, un pueblo en el estado de Jonglei a treinta kilómetros de Malakal. Tippu, mi intérprete, no se atreve a acompañarme.

— Es un mal lugar lleno de militares — se disculpa. Una cueva de ladrones y bandidos.

Bajo hacia el río. El puerto está reservado para las barcas comerciales procedentes de Jartum. El muelle está un poco más allá, detrás del hospital, donde la multitud se precipita hacia la orilla fangosa. Hay canoas de madera para distancias pequeñas y medianas, y grandes cascos de hierro con motores potentes que viajan durante semanas, transportando decenas de pasajeros y un revoltijo de artículos de uso doméstico, animales, cajas de cerveza y bolsas de frijoles. Pero nadie está dispuesto a admitirme a bordo. Tengo que recurrir a un taxi compartido que transita rebotando por una vía polvorienta en una sabana de arbustos secos y que después de una hora me deposita en el fangoso terraplén de un afluente del Nilo.

El barquero es un niño que desliza enérgicamente la canoa y la hace circular rápidamente entre las marañas de jacintos de agua y las redes de los pescadores, lanzadas al vértice de las corrientes. Canal es una guarnición militar y los soldados me escoltan rápidamente con su comandante, que ha tomado posesión de uno de los pocos edificios de ladrillo: el Pulvaar Diew Hotel, un albergue en decadencia que nunca ha visto a un cliente. El oficial de guardia, que los soldados de turno llaman “General”, se llama Peter Gatuoth y me ofrece su mano sudorosa sin levantarse de la cama en la que yace en el rincón sombreado del patio. Tiene un aspecto flácido y linfático y lleva una camiseta de color rosa impactante y los pantalones azules de un traje.

—Ayer —se limita a decir después de una cuidadosa evaluación de mis credenciales—, un grupo de renegados atacó nuestras posiciones y se produjeron algunas muertes.

—Luego se dirige a un asistente: —El periodista puede circular con una escolta, pero al atardecer se tiene que ir.

El soldado que me sigue como una sombra no habla ni una palabra de inglés ni de árabe. Me pide sobre todo que le tome fotos con sus amigos que fuman el narguile y beben latas de cerveza Tusker en las tabernas del mercado y con las numerosas “esposas” que nos vamos a encontrando en el tukul del pueblo. Al igual que casi todos los dinka, tiene la frente y las mejillas surcadas por las cicatrices de la escarificación y se sometió a la dolorosa eliminación de los incisivos. Una prueba de iniciación de la que ignora el significado; me da a entender, por señas, que la ausencia de esos dientes es muy útil para escupir a objetivos a dos metros de distancia, una proeza de la que se siente más orgulloso que de su antiguo AK-47 o del uniforme nuevo.

El lugar está medio vacío. Los niños van a la escuela bajo almendros que desprenden un olor débil a miel. Los más pequeños chapotean en los estanques del río, donde las mujeres lavan la ropa y donde los militares desmontan sus ametralladoras. Entre las cabañas yace abandonada una colosal maquinaria de la que nadie puede explicarme el origen o función: turbinas gigantescas roídas por el óxido, tornos, tanques y estructuras industriales erosionadas por el viento del desierto. Parece el naufragio de una nave espacial que llegó en la antigüedad desde un planeta misterioso y extraño. Los lugareños le temen, como si fuera el tótem de una tribu hostil. Y las madres prohíben a sus hijos que se

acerquen y les dicen que entre los engranajes se esconden escorpiones y serpientes venenosas.

Es de noche cuando encuentro a Filibert. La canoa nos ha depositado en la otra orilla, pero el matatu a Malakal acaba de partir. Caminamos hasta el siguiente pueblo, donde su tío nos prestará una moto.

El disco rojo de la luna surge en el horizonte plano de la sabana. Y los lirios, cada vez más cercanos, nos advierten de la presencia de un campamento Dinka.

—En Sudán —me dice Filibert que tiene estudios de veterinaria— tenemos la mayor concentración de ganado bovino por habitante en el África subsahariana.

Los toros ya han conducido a la manada dentro de las cercas de postes y los pastores han encendido las hogueras de estiércol: braseros sin llama que arderán hasta el amanecer, emitiendo un humo espeso que repele a los mosquitos *Anopheles*. Incluso la ceniza es valiosa contra los insectos: los centinelas medio desnudos que cuidan a los *kraal*, se rocían con ella desde la cabeza a los pies.

La historia de Filibert es similar a la de muchos otros “niños perdidos”. Tenía seis años cuando en 1988 el mura-halìn mató a sus padres y él se salvó porque se escondió detrás de un extraño lagarto, que nunca había visto, con la cabeza azul y la cola de color naranja. Cuando oyó los disparos se mantuvo en cuclillas, con los ojos abiertos, mirando a los jinetes que prendieron fuego a las casas y que se llevaron las vacas. Luego encontró otros sobrevivientes y se puso en marcha:

—Tardamos más de dos meses en llegar a Pochalla. Había enfermado de malaria. Muchos de mis compañeros

y mi hermano habían muerto de hambre. Nos llevaron a Etiopía y luego a Kenia: pasé diez años en los campos de refugiados. Pero pude estudiar y finalmente ir a la universidad en Canadá y Estados Unidos. Y tuve mucha suerte. Casi como el as de baloncesto Luol Deng, de 2.06 metros y 99 kilos, que juega en los Chicago Bulls. O como Valentino Achak Deng, que relató la odisea de *Lost Boys* al escritor estadounidense Dave Eggers y que con los derechos de autor del éxito de ventas del *bestseller* *What is the What* fundó una organización sin fines de lucro comprometida con la construcción de escuelas; misma que inauguraron en 2009 en Marial Bai, su pueblo natal, donde construyeron la única universidad en todo el estado de Bahr el Ghazal.

Filibert también regresó para ayudar a Sudán del Sur.

—El Ganado —dice mientras maneja la moto de su tío— es lo más importante para los dinka. Tenemos un dicho: Sin vacas no hay esposa; sin esposa no hay hijos; sin hijos la tribu muere. Pero este mundo está destinado a desaparecer. Necesitamos desarrollar nuevas formas de cría y producción si queremos salir de la Edad de Piedra. Y tenemos que enterrar las armas de una vez por todas. Para siempre. No quiero ver más a los buitres y a las hienas devorando los cadáveres de los niños sudaneses.

MÉXICO

La ciudad de los muertos

Maquiladora

El desierto es la tumba de las niñas de Ciudad Juárez. Los cuerpos emergen de las arenas grises y las tierras ociosas. Emergen de los escombros de las casas abandonadas. Crecen en el vertedero de residuos, en las laderas de la vía férrea, en las cunetas. Cuerpos de adolescentes, de niñas, de mujeres jóvenes secuestradas y luego, con sadismo, violadas, torturadas, mutiladas. Cuando son irreconocibles, con la cabeza cortada o en avanzado estado de descomposición, permanecen sin nombre. Y si nadie las reclama, terminan en el cementerio de la ciudad. Las llaman “Las muertas de Juárez”.

Los archivos de *El Diario*, el periódico local, son una fría letanía de obituarios: Coral Arrieta Medina, estudiante de secundaria de 17 años, violada y estrangulada; Celia Guadalupe Gómez de la Cruz, estudiante de 13 años, muerta a puñaladas; Brenda Berenice, de sólo cinco años de edad, violada y apuñalada; Airis Estrella Enríquez Pando, de 7 años, ahogada en el hormigón; Irma Angélica Rosale Lozano, es-

tudiante de trece años de una escuela secundaria, violada y asfixiada con una bolsa de plástico. A Silvia Rivera Morales, ayudante en una tienda de zapatos, los asesinos le cortaron el seno izquierdo y el pezón derecho.

La página de la sección de “Seguridad” del 8 de abril del 2011 abre con la noticia del descubrimiento de un cadáver en la colonia El Papalote: una joven no identificada, de entre veinte y veinticinco años de edad, medio desnuda, con una bala en la frente. Es la quinta mujer que muere en la primera semana del mes, y la número setenta y nueve en lo que va de este año. Menos del tres por ciento de los asesinatos, dice el cronista, son investigados. Los asesinos, en Ciudad Juárez, tienen licencia para matar. La policía no los busca. Los fiscales no investigan. Los testigos permanecen silenciosos. La impunidad es absoluta.

El desierto es celoso de sus muertos. No siempre se los devuelve a los vivos. No de inmediato. Los padres de Hilda Gabriela Rivas Campos, una joven de quince años desaparecida el 25 de febrero de 2008, tuvieron que esperar más de tres años. Ese día Hilda había salido rápido de la casa: había encontrado trabajo en una pastelería del centro. Más tarde fue a visitar a una amiga al mercado. Pero cambió de opinión. Le dijo a su amiga que un hombre le había ofrecido ochenta dólares para acompañarlo al barrio de Salvárcar. Y nunca regresó. Hasta el 13 de abril del 2011, cuando su madre, después de una búsqueda angustiosa, recibió una caja del depósito de cadáveres con algunos huesos y un fragmento de la mandíbula inferior.

La primera *muerta* oficial se remonta a enero de 1993: Alma Chavira Farel, de 13 años, sodomizada, estrangulada

y arrojada en el vertedero del barrio de Campestre Virreyes. Dos días más tarde, en la colonia Alta Vista, otro cuerpo, el de Angélica Luna Villalobos, de dieciséis años, embarazada de seis meses, torturada y estrangulada con un cable eléctrico. En diciembre, las víctimas ya eran dieciocho, y se hablaba de “feminicidios”, o —como explican los manuales de criminología— “asesinato de mujeres de naturaleza misógina por parte de los hombres. Un fenómeno social vinculado al sistema patriarcal en el que las mujeres son asesinadas simplemente porque son mujeres o porque no se comportan como deberían”. Pero el machismo imperante en la sociedad mexicana, la corrupción generalizada, la proliferación de armas y el consumo de drogas no son suficientes para explicar la matanza de mujeres en Juárez: más de cuatrocientos asesinatos comprobados (878 entre 1993 y 2010, de acuerdo con *El Diario*), casi todos sin resolver, y una serie de desapariciones (quinientas, mil, tal vez más: no hay estadísticas fiables) que no suceden en ninguna otra ciudad del país.

¿Quiénes son los asesinos, y cuál es el motivo de los crímenes? Al principio, la policía trató de adjudicar toda la responsabilidad a un presunto asesino en serie: Abdel Latif Sharif, un químico egipcio que se trasladó a Estados Unidos y luego a Juárez, que tenía sobre sus hombros una oscura historia de abuso familiar y un sinnúmero de estancias en cárceles de Estados Unidos por delitos sexuales. En 1999, los jueces lograron condenarlo a treinta años de prisión, pero sólo por la muerte de Elizabeth Castro García de diecisiete años, un crimen del que Latif —que murió en 2006 en un hospital en Chihuahua— siempre se proclamó inocente. Después de su detención, los feminicidios no se detuvieron.

Por el contrario, se multiplicaron. Y continuaron inalterados incluso después de la detención de los nueve afiliados a una pandilla del barrio, Los Rebeldes, encabezada por Sergio Armendáriz Díaz “El Diablo”, acusado por la policía de diecisiete asesinatos y cuyas confesiones obtenidas mediante tortura, no se consideraron creíbles en la corte.

Ni siquiera cesaron después de la captura de “El Drácula”, también conocido como Jesús Guardado Márquez, un conductor de autobuses acusado de violar a una niña de catorce años. A él y a otros cuatro conductores, colectivamente marcados como “Los Choferes”, se les atribuyeron veinte asesinatos. Pero el río de sangre no se ha detenido. En el desierto y en los tiraderos de basura, los cuerpos descompuestos y mutilados de las niñas siguen apareciendo: aislados, o en grupos de cinco o diez, en una sola fosa, olfateados por los perros callejeros y los niños de la calle.

Sobre los feminicidios han surgido las más diversas teorías: desde las sectas satánicas hasta los vendedores de órganos, o la hipótesis de un círculo de sádicos y la de una campaña de terror orquestada por los cárteles de la droga, hasta la participación de elementos de la policía municipal y Federal o de los “juniors”, los hijos intocables de los poderosos de la élite local intocable. Pero tal vez el misterio no es tan insondable como se ha creído.

Pocas decenas de metros separan el infierno de Juárez, de un millón y medio de personas, del paraíso de los yankees en El Paso, de ochocientas mil almas; la hermana tejana que tiene la distinción de ser “la segunda ciudad más segura de Estados Unidos”. Las separa un pequeño río que fue escenario de las guerras contra los apaches y los coman-

ches al momento de la conquista del Oeste: El Río Bravo para los mexicanos, Río Grande para los estadounidenses. Frente al Puente Internacional Paso del Norte, el punto principal de cruce de la frontera, hay una gran cruz de madera atravesada por cientos de clavos: cada clavo representa una mujer asesinada. Por encima de los nombres de las víctimas en un cartel se lee: “¡Ni una más!”. Otras cruces, pintadas de rosa, se plantaron en los lugares donde fueron hallados los cuerpos; bajo el monumento futurista en la entrada de Juárez, en la carretera a Chihuahua; en las aceras de las calles centrales; en las torres de luz de alta tensión; en el polvo de los barrios periféricos; en los flancos desnudos de las colinas; en el patio que bordea el consulado de Estados Unidos en el que habrá un hotel y en donde en noviembre de 2001, cuando era sólo un campo de algodón, se encontraron los cuerpos de ocho niñas con las manos atadas por la espalda.

Las paredes, las páginas de los periódicos, los escaparates, las mamparas de anuncios de la universidad y los tribunales de justicia están cubiertos con carteles: “Mónica Janeth Alanís Esparza, estudiante en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, desapareció el 26 de marzo del 2009, estatura 1.70 metros, pelo largo y negro, ojos también negros, complexión delgada, fue vista por última vez camino a su escuela. Si usted tiene noticias, por favor, póngase en contacto con este número”; “Claudia Soto Castro, diecinueve años, desapareció el 16 de marzo de 2011 en la colonia Felipe Ángeles, estatura 1.58, Cabello negro ondulado, ojos café claro, *piercing* delgado, en forma de flor, en el labio inferior. Estaba vestida con pantalones negros de tubo, blusa de color naranja, tenis blanco y negro con zíper a un lado”.

Los retratos robot de las víctimas tienen rasgos superpuestos: jóvenes y bonitas, pero sobretodo de extracción social baja. El denominador común es la pobreza. Y los asesinos en Juárez tienen a su disposición un coto de caza de gran tamaño. Las maquiladoras, las plantas de montaje industrial que surgieron a lo largo de la frontera después de la entrada en vigor en 1994 del TLCAN, el Tratado de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá, trae carne fresca a un ritmo incesante: los jóvenes llegan en busca de trabajo desde las zonas más deprimidas del país, las *maquilladoras* (sólo hay que añadir una L para transformar una fábrica en un ser humano, en un cuerpo más que pierde el sistema de producción globalizado) destinadas a la línea de montaje, mano de obra barata (de cuatro a cinco dólares por día) y sin ataduras sindicales en mente. Maná para las multinacionales, desde Cisco hasta Continental, de Bosch a Johnson, de Electrolux a Toshiba, de Honeywell a 3M: costos de Asia y proximidad con la red de distribución más grande del mundo: el ferrocarril del Pacífico, el de Chicago, la carretera Panamericana y las carreteras que unen a Florida con Alaska.

La súbita aparición de nuevas fábricas — 330 sólo en Juárez, más de cinco mil en todo México — es la segunda fuente de divisas después del petróleo, y ha trastornado la economía del país y desquiciado el tejido social de las regiones fronterizas, invadidas por oleadas de inmigrantes hacinados en las colonias dormitorio y los barrios pobres de las periferia urbana. Barrios pobres, donde faltan servicios públicos y seguridad. Barrios, hoy en gran parte despoblados, debido a las fluctuaciones de los mercados

internacionales que establecen las cuotas de producción libre de impuestos de las plantas de montaje; y así, en los tres últimos años, en Juárez, las maquiladoras han despedido a más de ochenta mil empleados, que han dejado ochenta mil casas vacías. Los 192 mil que han conservado sus puestos de trabajo viven en lugares como Riberas del Bravo, una colonia que bordea la autopista del sur junto a un desierto baldío golpeado por el viento, cerca del fétido canal de agua residual del drenaje de la ciudad.

La casa de la familia García Campechano es como cualquier otra: un estudio cúbico de ladrillo aplanado, una mesa, la cocina, un refrigerador viejo, un colchón y un recinto cercado con alambre de púas y metal oxidado que protege un agonizante huerto con dos filas de tomate. Padre, madre y una hija de ocho años de edad que acaban de regresar de la escuela: las clases se llevan a cabo en el remolque de un camión. Él trabaja en una filial de Cisco Atlanta, que fabrica decodificadores y filtros para antenas de telecomunicaciones. Turnos nocturnos de nueve horas con una pausa para el almuerzo de veinte minutos y ninguna prestación sindical. Dice que en el pasado se han producido muertes por la inhalación de los humos de la soldadura y que nadie los compensó. El salario es de gama alta: 650 pesos a la semana, alrededor de 55 dólares. Pero hay que restarle el costo del alquiler, la electricidad, el gas, la comida, la escuela, la ropa y el agua mineral, debido a que el suministro de agua público está contaminado, a pesar de que cuesta 230 pesos al mes.

Ella espera a su marido hasta el amanecer, con la angustia de no verlo regresar. No hace más que llorar y rezar:

— Estamos en las manos de Dios. Los vecinos se fueron a Veracruz, fueron despedidos. Todas las casas en esta

calle han sido abandonadas: Ahora sólo vienen los drogadictos para inyectarse, y todo está lleno de jeringas. Los políticos no se preocupan por los pobres. Tenemos miedo. Por la noche circulan camionetas de gran tamaño, sin placas y con los vidrios polarizados, se oyen disparos, gritos y borrachos. Es inútil llamar a la policía, nunca llegan. El otro día mataron a tres niños aquí en la intersección, frente a la iglesia Bautista. Hasta el cura se ha ido.

Para tomar el autobús a las maquiladoras tienen que cruzar a pie zonas semi desiertas y mal iluminadas, caminando a lo largo de carreteras y barrios pobres, a altas horas de la noche o antes del amanecer: todas son presas demasiado fáciles para los asesinos sin rostro de Ciudad Juárez.

También Lilia Alejandra García Andrade tenía que atravesar un terreno baldío para llegar a la estación de autobuses. Tenía diecisiete años y trabajaba en una maquila de productos plásticos. Su cuerpo fue descubierto por casualidad en un campo adyacente al centro comercial Soriana el 21 de febrero de 2001. Su madre, Norma, que ha llevado a cabo investigaciones por su cuenta, está convencida de que Lilia fue víctima del rito de iniciación de una banda de drogadictos y traficantes de drogas del barrio que actúa con la complicidad de elementos corruptos de la policía municipal. Sospecha que muchas desaparecidas terminan en el circuito internacional de la prostitución o son secuestradas por encargo de asesinos contratados por los narcos: los cuerpos de las mujeres son un botín de guerra. Y los números dicen que el tráfico va en aumento.

Consu hija, María Luisa y la ex maestra de Lilia, Marisela Ortiz, Norma Andrade fundó la asociación "Nuestras hi-

jas de regreso a casa” que lucha por los derechos de las mujeres. Pero en Juárez la matanza continua.

Un día cualquiera

—Hola Javier. ¿Qué pasó?

Miguel agarra el teléfono, baja la velocidad y se detiene en la intersección con la Avenida Insurgentes.

—¿Y dónde? Muy bien. ¡Vámonos!

No está lejos: Colonia Hidalgo colonia, en la zona centro. Son las 9:28. Hoy, la ronda de los muertos comienza temprano. Los colegas del Canal 44 están ya en el lugar de los hechos y han colocado las cámaras. La policía ha delimitado el área restringida con una cinta amarilla, entre la calle de Chapala y Corralejo. El hombre está tumbado boca abajo en un patio entre bolsas de basura; la cabeza destrozada por una ráfaga de disparos. La sangre se seca en un charco que ya está oscuro: una pasta de color vino bajo el sol caliente de la mañana.

—Cuerno de chivo —sentencia Miguel. Así llaman al Kaláshnikov, por la forma curva del cargador.

Lo deslizan dentro del *bodybag* de plástico negro y lo cargan en la parte trasera de una camioneta que se aleja en dirección al Laboratorio, el depósito de cadáveres que huele a muerte y formalina, donde decenas de cadáveres son apilados dentro de celdas frigoríficas. Cuando la policía se aleja, las mujeres se dejan ver detrás de las puertas. Rostros oscuros y miradas perdidas, pero alguna habla en voz baja:

—Escuché dos explosiones.

—Los vi corriendo por el camino.

—Ese tipo no es de aquí.

— La policía se llevó a dos jóvenes que no tienen nada que ver, que sólo pasaban por casualidad.

Subimos de nuevo en el coche. Miguel Perea conduce lentamente a través de las calles del centro. Tiene ya treinta años fotografiando muertos para el periódico *El Mexicano* y no tiene prisa. Juárez es la capital mundial de la delincuencia: tiene una tasa de homicidios mucho más alta que la de Mogadiscio y Bagdad en el período más sangriento de la guerra. La radio dice que en los primeros tres meses de 2011 los muertos en la ciudad suman 665; 3,200 en 2010, 34 en las últimas 78 horas. En seis meses en el estado de Chihuahua han renunciado nueve alcaldes. La espera es breve.

— Hola Javier. ¿Qué pasó?

Colonia Nuevo México, entre Francisco Almada y Artículo 123: una Ford Expedition azul claro, acribillada y sin placas. La puerta izquierda abierta de par en par. Los muertos son tres: un hombre joven y una mujer en el interior del vehículo, tumbados en los asientos, y un hombre boca abajo sobre el asfalto, alcanzado por múltiples balas. La policía recoge 23 casquillos de bala de 9, 0.40 y 7.62 mm. El comando estaba formado por al menos tres asesinos que dispararon desde diferentes ángulos. Una emboscada.

A las tres de la tarde, el radio anuncia la muerte en el hospital de un niño de cinco años de edad, Jesús Rojas Salazar, herido hace diez días en la matanza de su familia; la banda de secuestradores fue absuelta por falta de pruebas; y se abre un procedimiento en contra del director de la cárcel de mujeres de Santa Marta Acatitla, en la Ciudad de México por autorizar un tratamiento de belleza basado en Botox para el ajado rostro de Sandra Ávila Beltrán, mejor conocida

como la “Reina de Pacífico”, uno de los jefes del cartel de Sinaloa. Poco después llega la noticia del asesinato de Jorge Armando Pichardo Cansino, de dieciséis años, encontrado con dieciocho balas 9 mm en el cuerpo, con las manos atadas a la espalda y la cabeza encapuchada: una ejecución.

En la carretera, las ambulancias corren con las sirenas encendidas. En una pared, un cartel invita a “no tirar cuerpos” en un jardín cercano donde se encontraron algunas cabezas cortadas. En el puesto de control, en el Paseo Triunfo de la República, nos hacen señales para que paseemos: es la “zona blindada” de los hoteles y restaurantes, un enclave protegido por el Grupo Delta, las fuerzas especiales, agentes de traje negro con chalecos anti balas, metralletas apuntando al suelo y el rostro oculto por un pasamontañas.

—Incluso de ellos —me dice Miguel— es mejor desconfiar.

Nos estacionamos en la esquina de la Plaza de Armas, a pocos pasos de la catedral colonial, detrás de un Chevrolet de los setentas con el parabrisas roto. Inútil preguntar por qué. En el asiento hay una toalla manchada de sangre y en la salpicadera, una imagen de la Virgen de Guadalupe. Una indígena, envuelta en un chal de lana, de rayas azules y amarillas, organiza su mercancía en la banqueta: cebollas, raíces y papas rojas. Tiene la tez oscura, el pelo negro recogido en una trenza, y un bebé que cuelga de su seno. En la entrada del restaurante, el vendedor de periódicos agita la última edición de *PM*, el tabloide vespertino: “Cinco cuerpos carbonizados” en grandes letras. Y vende clandestinamente los narco-corridos de Los Tigres del Norte, que exaltan las obras de los jefes de la mafia con

Un dólar al día
títulos como “Morir matando”, “Jefe de jefes” y “El avión de la muerte”: canciones populares cargadas de violencia y estereotipos de mal gusto, arrogantes como la riqueza ostentosa de los narcotraficantes, con sus cadenas de oro alrededor del cuello, sus chaquetas de piel, sus relojes con incrustaciones de diamantes y villas de lujo en impactantes ranchos defendidos por manadas de perros lobo y gorilas armados hasta los dientes.

Las enchiladas con guacamole y frijoles no están nada mal, pero la siesta dura poco.

—Hola Javier. ¿Qué pasó?

Colonia México 68, un conglomerado amorfo de chozas atravesadas por el ferrocarril. José Emilio Martínez García tenía veinte años. Sabía que lo estaban buscando. Cuando los sintió llegar, se lanzó en una carrera frenética entre las piedras del talud. No tenía escapatoria. Lo mataron sobre las vías con once proyectiles de 9 mm. Lo llamaban “El Pequeño”.

El sol se ha puesto detrás de los rascacielos de El Paso. En el cielo cobalto se iluminan las primeras estrellas. Frías como las luces azules de las camionetas de la policía federal. Como el resplandor de las farolas sobre los rieles. Como los ojos de los asesinos. Como la mirada de los niños que observan el cadáver. Como el flash de los investigadores de la policía sobre el cuerpo ensangrentado del niño al que sus amigos llamaban “El Peque” y que mañana será sólo la víctima número doce de un sábado de primavera en la ciudad de los muertos.

La ambulancia se aleja rápidamente. Las cámaras de televisión se apagan. Un tren de carga pasa silbando entre

las casuchas del barrio y parece no tener fin. Las puertas de tablas clavadas se vuelven a cerrar rápidamente y los policías se van sin hacer preguntas. ¿De qué serviría? Aquí todo el mundo tiene un muerto en casa, un hijo en la cárcel, otro con la pistola en el bolsillo. La madre de José solloza en la oscuridad del patio, desplomada en una silla de plástico: a uno de los hombres a su alrededor, casi en silencio, le será la encomendado el honor de la venganza.

—¿Y los cinco carbonizados que ha mencionado el periódico? —Le pregunto a Miguel.

—Ayer por la noche, en el Boulevard Óscar Flores Sánchez, quemaron con molotovs el bar Las Barritas cuando estaba lleno de clientes. Es el negocio de las extorsiones. Vámonos a verlo.

No hay mucho que ver, excepto los restos del incendio: muros calcinados, vigas ennegrecidas, una alfombra de cenizas y cristales rotos, el esqueleto de una rocola, la base de un banco. La noche anterior, en el distrito de Waterfill, un comando asaltó otro bar, El Castillo, matando a diez personas en un tiroteo: Los supervivientes acusan a la policía federal de complicidad con los atacantes. Un testigo afirma que los agentes salieron del bar pocos minutos antes de la matanza, y que habían prevenido a los camareros de que “algo grave estaba por suceder”; y que inmediatamente después de la matanza regresaron para saquear el bar y vaciar los bolsillos de las víctimas.

Dejo a Miguel en la redacción de *El Mexicano*. Mi recorrido continúa con Miguel Ángel Chávez Díaz de León, que en su tarjeta puso: “escritor, periodista, sobreviviente de una embolia y de un robo de coches”.

—Incluso manejar —dice—, es un riesgo. Te bloquean en un semáforo y en un instante tienes una pistola en la cabeza. Y si te dan tiempo para abrir la puerta, tuviste suerte. Cada día roban más de sesenta coches y más de veintidós mil al año.

Las calles del centro están desiertas. Se ven sólo traficantes de droga bajo las farolas, vagos envueltos con hojas de periódico, un travesti borracho y niñas que se venden por un puñado de pesos; o a cambio de una dosis. Algunos de los edificios antiguos han sido demolidos para dar paso a estacionamientos y centros comerciales nunca construidos. 4,280 de 5,480 tiendas han cesado actividades. Clínicas y consultorios dentales, que proporcionaban cuidados a precios de ganga a miles de estadounidenses, alimentando un próspero negocio, han cerrado sus cortinas. Los médicos que no pagaron protección han sido asesinados. Prosperan hoy en día sólo las funerarias, forradas de mármol y terciopelo, que ofrecen suntuosos servicios para los escuálidos cuerpos de las colonias, ofreciendo sus servicios de día y de noche. Con rondas de vigilancia armada, por que los asesinos tienen la costumbre de ametrallar los ataúdes durante los velatorios: matan dos veces, y aprovechan para exterminar también a la familias de los cabrones, los infames.

Algún letrero luminoso subsiste sobre la Avenida Juárez, centro de la vida nocturna hace poco tiempo. Pero es poca cosa.

—Los turistas se han ido, y los ricos se han mudado al otro lado del río Bravo —dice, abatido, Miguel Ángel. Más de la mitad de los restaurantes y los *night clubs* han tenido que cerrar. Muchos fueron quemados y los gerentes asesina-

dos por no pagar la cuota a los policías o a los extorsionistas al servicio de los narcos.

Nos detenemos en el Kentucky, donde el 4 de julio de 1942 —según una difusa leyenda urbana— el camarero Francisco “Pancho” Morales inventó el cóctel Margarita. Somos los únicos clientes, y es el mesero quien deposita monedas en la rocola.

El Club 15, el local favorito de Miguel Ángel, consta de quince taburetes alineados a lo largo de una barra de madera oscura; es un vestigio de la época de oro de Juárez. Jesús, el camarero de edad avanzada (“Esta aquí desde siempre, debe tener por lo menos cien años”, bromea Miguel Ángel), pelo engominado y bigote teñido, lleva una corbata negra y una camisa de manga corta impecable. Sirve tequila y cerveza discretamente a una vieja puta platinada y desdentada que balbucea incoherentemente al oído de un hombre visiblemente fastidiado. El techo y las paredes están cubiertas de carteles con mujeres desnudas y conejitas de Playboy en lencería de antaño. Hace tiempo, corrió el rumor de que en el ático del club habían ocultado mechones de pelo de las muertas.

—Puras mentiras—, dice Jesús, que vive con el recuerdo de los años veinte. —Estaba lleno de discotecas, bares, restaurantes, cabarets, salas de juego, y clubes de *striptease*. En los casinos podías encontrar a John Wayne y a Jim Morrison. Llegaban de todo el mundo: *gángsters*, celebridades de Hollywood, artistas y grandes toreros, mariachis y músicos del rango de Glenn Miller y Cole Porter. Cuando se corría la Carrera Panamericana circulaban los Ferraris y los Lancias de Ascari, Taruffis y Manuel Fangio. Pero, ¿sabías que Marilyn Monroe vino aquí a divorciar-

se de Arthur Miller? ¿Y que cada fin de semana miles de soldados texanos basados en Fort Bliss venían a Juárez en busca de mujeres y whisky? Aquí, para beber alcohol, no se necesita una identificación.

Al final de la Revolución Mexicana en 1921, Ciudad Juárez, antes Paso del Norte, ya era la “Meca de los delincuentes y pervertidos de ambos lados de la frontera”, y fue descrita así por el cónsul general de Estados Unidos en México, John W. Colorantes, quien añadía: “El asesinato y el robo están a la orden del día. El juego de azar es muy popular, se venden y se consumen opiáceos, la gente bebe en exceso y los hábitos sexuales son perversos”. Las actividades ilegales, el crimen organizado y el poder económico andan de la mano. Los casinos más famosos, como el Tivoli y el Moulin Rouge, están abiertos las 24 horas del día. Igual que los burdeles de la calle Mariscal, los cabarets y los bares de la zona centro: el Palacio Chino, El Gato Félix, El submarino, Los Compadres...

Una noche de finales de octubre de 1929, en uno de esos bares, el café Lobby, entró un gringo escoltado por tres hombres: un señor más bien bajo, elegante, grasoso, con un borsalino calado sobre la frente y la calva, y un chaleco de raso bajo el traje gris. Encendió un cigarro y pidió una limonada. El camarero cuenta que tenía una profunda cicatriz en la mejilla. Era Al Capone. El jefe de la *cosa nostra* no estaba de vacaciones: el propietario del Café Lobby, Julián Gómez, era dueño de la mayor destilería de whisky en el país, la destilería D.M. que producía el muy apreciado whisky de Juárez “American straight”, un bourbon añejado en el clima seco del desierto mexicano. En el apogeo de la prohibición, Juárez —donde había una segunda fábrica de licores, la

Western Distillery — era el centro de actividades de contrabando con el que rondaban las decenas de millones de dólares.

El otro gran negocio era el comercio de narcóticos. Los primeros en comerciar en la frontera con el opio y la morfina fueron los chinos que emigraron desde San Francisco después del terremoto de 1906. Su jefe, un tal Sam Hing, tenía su cuartel general en Juárez. Pero a mediados de los años veinte, después de un enfrentamiento violento, las riendas del negocio fueron asumidas por Ignacia Jasso, llamada “La Nacha”, una mujer de cualidades empresariales poco comunes, experta en el soborno de las autoridades locales, quien logró consolidar un verdadero cártel de la droga: vendía mota (marihuana) en Juárez (uno de los principales lugares de venta era la intersección de la calle Victoria y la calle Mariscal, conocida como la “esquina feliz”) y exportaba chiva, perico, heroína y cocaína a El Paso. El monopolio duró hasta los años cuarenta, cuando los nietos de la Nacha, para entonces ya inmensamente ricos, dejaron el campo abierto durante un par de décadas a múltiples bandas que competían de manera sangrienta y estéril.

Durante la Segunda Guerra Mundial fueron los estadounidenses quienes fomentaron el cultivo del opio en México: las existencias de anestésicos para los heridos escaseaban y el “triángulo de oro” de las provincias de Durango, Chihuahua y Sinaloa se llenó de gomeros (plantadores de amapolas) y de laboratorios de refinación. En Juárez, la morfina costaba menos que el whisky; y en los bares donde sonaba el jazz, John Coltrane se suministraba de heroína por

unos pocos pesos. Y los poetas de la generación *beat* cruzaron el Río Bravo para sondear los bajos fondos de la ciudad y de su propia alma. “Más allá del río —escribió Jack Kerouac *En el camino*— brillaban las joyas de luz de Juárez y la tierra seca, triste, y las diademas de estrellas de Chihuahua.” En 1965, Bob Dylan, en *Just like thumb blues*, parece prefigurar el descenso a los infiernos: “Hay mujeres hambrientas que te reducen a fragmentos”, “es mejor que regreses al lugar de donde vienes, porque la policía no te quiere cerca y espera lo mismo”, “Han chantajeado al sargento de guardia, obligándolo a abandonar su puesto”, “Empecé con mota, pero pronto pasé a cosas más fuertes”.

La prostituta platinada sale del Club 15 dando tumbos. Jesús toma de la estantería otra botella de tequila.

—Fue Pablo Acosta Villareal —dice— quien se deshizo de los de grupos pequeños y restableció el cártel. Lo llamaban el Robin Hood de Ojinaga, la comarca donde vivía a cincuenta millas de aquí, porque pagaba los estudios a los niños de su barrio. En realidad era un criminal feroz, arrogante, impulsivo, siempre lleno de cocaína. Llegaba a la Avenida Juárez en un Ford Bronco, armado con una ametralladora Colt AR-15. Cuando murió en un tiroteo en 1987, su lugar fue ocupado por Amado Carrillo Fuentes, alguien mucho más discreto pero no menos despiadado.

Amado fue apodado el “Señor de los cielos.” Una amplia red de pistas clandestinas y una flota de avionetas le permitió llevar más de 60 toneladas de cocaína (con una ganancia neta de mil dólares por kilo) desde las selvas de Colombia hasta los desiertos de Sonora y contrabandearla en Estados Unidos junto con la heroína, la mota y los mi-

grantes en dirección a Texas. Sobornaba a la policía local, a los agentes federales, a los funcionarios de aduanas, a los controladores de tráfico aéreo, a los oficiales del ejército y a los políticos, gastando mensualmente más de cinco millones de dólares en mordidas y sobornos. Transformó así al cártel de Juárez en una industria multimillonaria transnacional cuyos beneficios fueron “lavados” en los hoteles de la cadena de su propiedad y asegurados en los bancos de México y Estados Unidos. Poco antes de su muerte en julio de 1997, durante una cirugía plástica para cambiar los rasgos de la cara, propuso al gobierno un trato: ¡A cambio de inmunidad ofreció amortizar la deuda pública mexicana!

El cártel, hoy dirigido por el hermano de Amado, Vicente Carrillo Fuentes “El Viceroy”, controla la principal ruta de la droga que entra a América del Norte: el corredor de Juárez, con más de veinte millones de vehículos que circulan en ambas direcciones. Se estima que entre el cincuenta y el setenta por ciento de la economía de Ciudad Juárez depende del tráfico de drogas. Pero ahora es todo México, después de la desarticulación de los cárteles colombianos de Cali y Medellín, quien corre el riesgo de convertirse en un narco estado: el tráfico de drogas y las actividades delictivas vinculadas están muy extendidas y arraigadas en diecisiete de los 31 estados de la federación.

—Y la inexorable ley de la oferta y la demanda: la esencia misma del mercantilismo —comenta Miguel Ángel. El noventa por ciento de la demanda estadounidense de cocaína, 196 toneladas por año, pasa por esta frontera.

Los cárteles son organizaciones criminales multinacionales con sucursales en toda América Central y en más

de 200 ciudades de Estados Unidos, y están profundamente infiltrados en las instituciones locales: en 1997, por ejemplo, se descubrió que el zar anti narcóticos mexicano, el general Jesús Gutiérrez Rebollo, estaba en la nómina de la mafia de Juárez. El fondo de cerca de 1.5 millardos de dólares asignado por Washington como parte de la iniciativa Mérida, un plan de lucha contra las drogas lanzada en 2007 por George W. Bush, ha demostrado ser inútil e insignificante. La producción y exportación de heroína, cocaína, marihuana, éxtasis, metanfetamina y drogas farmacéuticas ha crecido y su transporte se ha diversificado: a los sistemas tradicionales, el pequeño contrabando en aeronaves, vehículos privados, comerciales, y los buques de pesca, se suman ahora los buques contenedores, las lanchas rápidas y mini sumergibles manejados por la mafia del Golfo y el Pacífico. Los narcotraficantes mexicanos, dice un informe de 2010 del Departamento de Justicia de Estados Unidos, mueven cada año más de 40 mil millones de dólares “en efectivo”, es decir, sin contar las transacciones bancarias. Un botín que alimenta la feroz guerra entre narcotraficantes y los poderes ocultos del Estado por el control del territorio y las rutas de la droga.

Todos los grandes cárteles están involucrados. El del Golfo, controlado a distancia desde Atlanta por el preso Osiel Cárdenas Guillén, de 44 años, un mecánico de Matamoros que sucedió a su jefe Juan García Ábrego, quien también fue detenido y encerrado en una prisión de máxima seguridad en Colorado Springs. La Familia Michoacana, que después de la muerte —en diciembre de 2010— de su jefe Nazario Moreno González “El Chayo” parece reaparecer detrás del nuevo nombre de los “Caballeros Templarios”: una organización de

contornos seudo religiosos, sanguinaria y militarizada, gobernada por una cúpula de mafiosos que obedecen a un estricto código de honor. El cártel de Tijuana de los hermanos Arellano Félix, activos en Baja California y en otros catorce estados de la federación, y la unión de los hermanos Beltrán Leyva, cuyas hazañas criminales —el tráfico de drogas y de armas, el blanqueo de dinero, el asesinato y secuestro por rescate— va desde Acapulco hasta la Ciudad de México, de los Andes de Colombia hasta Canadá. Pero el grupo más agresivo, en constante ascenso durante la última década, es el cártel de Sinaloa, o el cártel del Pacífico, dirigido por Joaquín Guzmán Loera, en guerra abierta con el de Juárez, el de los Leyva y el de Tijuana, por el control del tráfico en la frontera.

Guzmán, de 54 años y 1.55 metros de altura, apodado “El Chapo”, fue detenido en 1993 en Guatemala y “misteriosamente” se escapó de Puente Grande, Jalisco, el 19 de enero del 2001 (la épica fuga costó \$2.5 millones de dólares en sobornos y es un tema recurrente de los narcorridos), y en el vértice de lo que la *Drug Enforcement Administration* (DEA) llama “la mayor organización de traficantes de droga activa en México hoy en día”. Sobre la cabeza del *druglord* más buscado del mundo, que aparece regularmente en la lista Forbes de los hombres más ricos e influyentes del planeta, cuelga una recompensa de cinco millones de dólares. Pero parece que El Chapo vaga despreocupado entre las montañas de Durango y Culiacán, capital del estado de Sinaloa y el cuartel general del cártel del Pacífico.

En Juárez nadie se sorprende. Desde diciembre del 2006, cuando el presidente Felipe Calderón lanzó su “ofensiva total” contra los cárteles, sacando a la calle a más de cin-

cuenta mil soldados, se ha difundido la creencia generalizada de que las fuerzas armadas están coludidas con el cártel de Sinaloa y que el gobierno y la DEA han decidido apoyar a El Chapo. La periodista Anabel Hernández se salvó de un intento de asesinato y desde entonces vive bajo protección policial por publicar un libro de investigación, *Los Señores del Narco*, que revela el entramado de intereses, la corrupción, el chantaje, la protección y la connivencia de la clase política, económica e institucional con el jefe de Sinaloa. “En el tráfico de drogas están implicados ministros, gobernadores, ex presidentes, jefes de policía, oficiales del ejército, hombres de negocios, banqueros y jueces —dice Anabel. La de Calderón no es una guerra contra las drogas. Es una guerra entre los cárteles para la división del territorio y de las ganancias en la que el gobierno federal ha optado por tomar partido.”

Es posible que la terapia aprobada, según los analistas cercanos al presidente, sea una respuesta a la brutal exigencia de neutralizar a los grupos en declive para aislar y combatir mejor al virus más peligroso y resistente. Pero mientras tanto, la fragmentación de los cárteles, la presión militar y la lucha interna provocada por la eliminación de algunos padrinos excelentes (la muerte de Arturo Beltrán Leyva, “El Jefe de jefes”, ubicado en Cuernavaca por la DEA y eliminado por un comando del Ejército Mexicano en diciembre de 2009; la captura en enero de 2010 de Teodoro García Simental “El Teo”, uno de los líderes del cártel de Tijuana; la detención en agosto de 2010 Edgar Valdez Villareal “la Barbie”, jefe de los Negros (los asesinos a sueldo de los hermanos Beltrán Leyva) ha provocado un exterminio: más de

43 mil muertes en cuatro años; casi ocho mil en Juárez desde 2008 (“sólo” 6,437 desde el año 2006, según el gobierno); más de 8,900 cadáveres no identificados en enero de 2007; miles de desaparecidos, tal vez diez, veinte mil.

Es el saldo de una guerra civil que ha alcanzado niveles de barbarie sin precedentes en América Latina: cada vez mas frecuentemente, por ejemplo, se usan sierras eléctricas para cortar, degollar y desollar vivos, o para decapitar y desmembrar a presos y secuestrados. Quien tenga el estómago, puede ver esos videos en YouTube.

El neón verde del Club 15 ilumina apenas las páginas de los documentos que he descargado de la computadora. En 2010, en el estado de Chihuahua, el número de víctimas aumentó en un 1,800% en comparación con 2007. En un sólo mes, en abril del 2011, las narco fosas —cementorios clandestinos—, han restituido a diez cadáveres en Sinaloa, treinta en Durango y 177 en San Fernando, en la “ruta de la muerte” de Tamaulipas, a pocos kilómetros del rancho donde, en agosto de 2009, la policía descubrió los cadáveres de 72 inmigrantes centroamericanos.

—¿La policía? —exclama Miguel Ángel agitando el humo del tequila y los cigarros. —¡La policía no descubre nada! Y menos aún en la tierra de los narcos. Son los perros, los niños que juegan en los campos y las madres que buscan desesperadamente a los niños desaparecidos quienes sienten el hedor de los cadáveres. Los militares y la policía están involucrados hasta el cuello en los homicidios. ¡No hay que olvidarlo! Ahora vámonos, te llevo al hotel.

Puntual, a las nueve de la mañana, Miguel Perea se pone al volante de su Volkswagen maltratado. Vamos al ce-

menterio de San Rafael, fuera de la ciudad: el más grande. Entierran a Víctor Manuel Vela, uno de los ametrallados en el bar El Castillo. Pero no son las únicas exequias: hay una columna de coches fúnebres que se dirige al sur de Juárez y se adentra en una vía angosta, seguida de un cortejo de camionetas con vidrios polarizados y viejos Cadillacs.

—Todos los días son así —dice Miguel. Aquí los muertos nunca faltan.

El cielo está nublado, ensuciado por una tormenta de viento. El aliento rabioso del desierto levanta remolinos de polvo fino, ramas secas y escombros. Hay campos de cruces de hierro sin nombres y un muro bajo de hormigón ocre con la inscripción “fosa común”. Luego se entra en la gran explanada de los niños. Cruces blancas de madera, una a lado de la otra, hasta perderse de vista. Lápidas de color rosa y azul, parcialmente hundidas en la arena, cubiertas de piedras, cintas de colores, muñecas rotas y osos de peluche atados con una cuerda, para que no vuelen. Sólo se escucha el aullido de una ráfaga. El sonido de flores de plástico que aletean sobre las cruces y se enrollan en la arena amarillenta.

En el lado opuesto del cementerio los sepultureros están cavando dos tumbas. Una fila de cuatro está ya lista. El maestro de ceremonias, en traje negro y zapatos de charol, explica a los familiares encargados de cargar el ataúd la técnica adecuada para levantarlo con correas especiales y bajarlo a la tumba sin correr el riesgo de un derrumbe o un colapso desastroso. Una mujer llora sobre el ataúd: no quiere quitar la vista de la ventana de vidrio que enmarca la cara rígida de Víctor Manuel Vela, de 46 años, “esposo y padre ejemplar”. No hay sacerdotes. Son los mariachis con

sombrero y gafas de espejo quienes saludan a Víctor con guitarras, acordeón y bombo: “Es tiempo, la muerte viene por mí, ahora tengo una corazonada”, “Pero yo digo que no estarás mejor muerto: eras un hombre de acero. No estarás mejor muerto.”

Sicarios

Lo llaman “El Niño” a pesar de que tiene 26 años, y ya pasó tres de ellos en prisión por robo y tráfico de drogas. Por asesinato no lo han cogido.

—Todo salió muy bien, sin problemas. Ese tipo era un pedazo de mierda, se lo tenía merecido, no quería pagar. Quería vivir, ese bastardo, quería seguir cogiendo y emborrachándose, quería seguir vendiendo heroína, bajo la mesa, como si fuera el propietario de la plaza. Ponía cara de inocente, no tenía respeto, decía que la cuota la pagaban sólo los perdedores. ¡Cabrón! Se desplomó como una piedra. ¡Bum! ¡Bum!, 9 mm, con la cabeza rota, sin siquiera el golpe de gracia.

No hay nada en Lomas de Poleo, ni siquiera un bar. La casa de El Niño es una de tantas aferradas al lado desnudo de la colina: chozas de cartón y láminas de zinc que se mantienen unidas sólo por el alambre de hierro, con gallinas y ropa puesta a secar al viento en las tablas clavadas de la cerca. Polvo, caminos de tierra, vertederos de residuos, calles sin luz y perros callejeros. Y en la parte superior, junto a la cisterna de agua, las cruces rosas de las “Muertas” descoloridas por la lluvia. Las encontraron por docenas en Lomas de Poleo.

El Niño va a dormir a su casa sólo cuando el sol se levanta. A veces se aleja durante semanas. Odia esa casa. Con cinco hermanos y una madre, que cuando regresa de la maquila, se acuesta con cualquiera que tenga cinco pesos en el bolsillo. También trató de venderlo cuando era pequeño.

— Es una mierda — dice. Y de su padre no tiene recuerdos. — Era un drogado podrido que murió de una sobredosis. O tal vez lo mataron — dice.

El Niño nunca fue a la escuela, ni siquiera al oratorio de la iglesia evangélica. Jugaba con las latas que encontraba en la basura y se dirigía al puente para pedir limosna, lavar las ventanas de las camionetas, o para ayudar con los paquetes de la compra de las mujeres que venían de El Paso. Con la paga se compraba burritos y droga. Pronto comenzó a fumar mota, y a inhalar pegamento y gasolina. Lo hacían todos en la pandilla, la banda del barrio.

En la pandilla hay un jefe. El que tiene dinero, teléfono celular y maneja el coche. Es el que manda. Tiene un cuerno de chivo. Tiene coca y conduce a las chicas para divertirse. Es él quien decide: robar una caja de cerveza, a un transeúnte o prender fuego a una tienda. Si confía en ti te deja traficar. Pesa la coca y la pone en pequeñas bolsas, en su garaje o en una casa abandonada y te enseña cómo hacer cristales de hielo con las tabletas de metaanfetamina y ácidos en el microondas. Hace que la fumes ¡Es una maravilla! Luego te indica dónde venderla. Y si no lo tienes, te da un teléfono móvil para que puedas supervisar el barrio y alertar si ves un intruso, un oficial de policía o algún chavo de otro distrito. O puedes convertirte en un halcón, un vigilante armado.

En la chaqueta tiene un arma. Dice que ha matado una sola vez. Se lo ordenaron y así lo hizo, por cien dólares en billetes de veinte. Simplemente hay que hacerlo. Sin pensarlo. No te importa un comino. Estás lleno de coca y de anfetaminas y sólo te queda en la cabeza el destello de los disparos, el neón púrpura del bar, y la música electrónica en el coche que avanza a través de la noche hacia las Lomas. Y en la colina desierta alguien escribió "La Biblia es la verdad: léela." Pero El Niño nunca ha visto La Biblia. Tiene la Santa Muerte tatuada en el hombro. Se da aires de jefe, pero es en realidad un asesino a sueldo de quinto nivel, carne de cañón, uno de los que no llegarán a cumplir treinta años. "O te mata la policía o te matan los narcos." Y si tienes suerte no te torturan, ¡Bum! ¡Bum!, y ya estás en la tumba.

Mira el mar de luces de El Paso que de niño lo hacían soñar. Habla a borbotones, con una voz monótona, sin emoción, y camina sin nunca detenerse.

En la capilla de la Santa Muerte, el domingo por la mañana, las esposas y los hijos de narcos invocan el respaldo del esqueleto con la hoz curvada y depositan ofrendas delante del busto de Jesús Malverde, un bandido legendario de Sinaloa que robaba a los ricos y ayudaba a los campesinos pobres. Ellos lo necesitan. La guerra entre las bandas y las nuevas pandillas es cada vez más sangrienta. Los Mexicles y los Asesinos Artistas, los sicarios del Chapo Guzmán, están en lucha con los Aztecas, el brazo militar de la Línea, el sindicato del crimen de Juárez. Es una matanza. Los cuerpos decapitados y salvajemente torturados terminan en agujeros debajo del piso de las "casas de la muerte" y las cabezas cortadas están expuestas en los cruces de las carreteras. Muchas

víctimas desaparecen, disueltas en la *lechada*, una mezcla de ácidos y cal.

Santiago Meza López, que fue detenido en enero de 2009, es un especialista. Lo llaman “El Pozolero”, nombre de una sopa de maíz, carne y chiles (pozole) popular en la región de Tijuana. Los ingredientes de la sopa de Santiago eran los cadáveres provistos por su jefe, Teodoro García Simental, quien le pagaba 600 dólares a la semana. La receta es simple: se ponen los cuerpos en un cubo de *lechada*, y se dejan macerar durante 24 horas; se escurre y el resultado es un montón de huesos secos que se tiran a la basura. Ha disuelto más de trescientos. “Un trabajo como cualquier otro”, declaró a los investigadores.

Incluso en el Cereso de Juárez —la prisión—, se lucha. Construyeron muros de seis metros de alto para separar a los Mexicles de los Aztecas.

—Si quiere entrar, nosotros no lo seguimos —me dice el guardia. —Adentro mandan ellos.

Bloque H-3: se acercan y me piden dinero para mostrarme sus tatuajes. José Chaverría Pérez cumple una condena de 23 años por doble asesinato. Tiene una pantera en la espalda y en el pecho un arabesco de calaveras, cruces, bares, rostros de mujeres y frases desesperadas: “*Never give up!*”, “La libertad asusta al prisionero”. Las manos le tiemblan, y se le cortan las palabras.

—Las cosas —dice— las pasan los guardias.

Es parte de la “fama”, la familia, las bandas que se han unido para contrarrestar el dominio de los Aztecas. Hay tensión, los detenidos están nerviosos: dos muertes por sobredosis en las últimas 48 horas. Y los Aztecas están en crisis

porque después de una pelea con muertos algunos de ellos fueron transferidos.

Salgo de la cárcel. Estoy en la puerta exterior cuando inicia la ráfaga. ¡Tatatata! Las balas rebotan en la casa del guardia, un coche con el parabrisas destrozado se desvía y se estrella contra la valla: el hombre al volante, con la cabeza apoyada en el volante, no se mueve. Una acción rápida, de pocos segundos, frente al Cereso vigilado por decenas de agentes armados. El resultado parece una escena repetida: llegan las sirenas de la policía municipal, las del Estado, las de la Federal, las ambulancias, periodistas con cámaras, soldados en vehículos blindados. Pero los asesinos ya han desaparecido. Los agentes detienen, tal vez, a una persona al azar, y lo esposan. El cuerpo pasa al depósito de cadáveres. Los transeúntes no se detienen. Es un espectáculo ya visto. Y es mejor mantenerse alejado de los hombres con pasamontañas.

Nadie se fía de la policía, corrupta hasta la médula, implicada en los levantones (secuestros) y en los homicidios. Nadie confía en el ejército, acusado de matanzas y violaciones de los derechos humanos. Nadie se fía de los funcionarios de aduanas, que en los aeropuertos y las fronteras dejan pasar toneladas de drogas, armas y precursores químicos. Nadie se fía de los políticos y magistrados, en connivencia, chantajeados, y cómplices de los narcotraficantes.

El radio informa que los cuerpos de los cuatro jóvenes de entre 23 y 25 años desaparecidos desde hace dieciocho días se encontraron semi enterrados y en avanzado estado de descomposición en un tramo de la carretera a Casas Grandes. Los encontraron unos campesinos, alerta-

dos por el olor a muerte. Los cuatro habían intervenido para defender a un niño maltratado por la policía en un parque de la colonia Praderas de los Oasis. Poco después, habían sido vistos a bordo de una *pick-up* del Grupo Delta. Los números de placa de las camionetas involucradas en el secuestro pertenecen al guardaespaldas del jefe de la policía municipal de Juárez, Julián Leyzaola, de quien Human Rights Watch tiene un grueso expediente. Entre 2009 y 2010, cuando dirigía a la policía en Tijuana, Leyzaola participó personalmente en numerosas sesiones de tortura, extorsionando confesiones falsas y ordenando detenciones arbitrarias. Sin embargo, para el alcalde de Juárez, Héctor “Teto” Murguía Lardizábal, del PRI, es “un oficial experimentado y respetable, capaz de producir excelentes resultados”.

El alcalde, que me recibe en una oficina forrada con retratos de madera y oscuros óleos de los héroes de la Independencia de México, es un político jovial de carrera larga; hablador y populista calculado. Rechaza secamente la acusación de que fue elegido con el dinero de los narcotraficantes —acusación que la DEA toma en serio— y arremete contra la prensa porque “proyecta una imagen distorsionada de la ciudad.”

—¿Y los policías atrapados en el secuestro?

—Nada de juicios sumarios. Se necesitan pruebas. Sería horrible si algunos elementos estuviesen involucrados en el crimen organizado.

—¿Y los asesinatos a plena luz del día?

—Estamos haciendo progresos en la seguridad. Tenemos que invertir en servicios sociales y de implementación. Demasiados jóvenes están sin trabajo.

—¿Se siente amenazado? Ya intentaron matarlo, y uno de sus guardaespaldas murió.

—¡De ninguna manera! La gente está de mi lado.

Sin embargo, dos horas después de la entrevista, cuando salía de su oficina, el alcalde fue amenazado por un hombre armado con una Kaláshnikov. Y sobre los cuerpos de dos pobres asesinados en la colonia Melchor Ocampo fue dejado un narco mensaje que presupone un vínculo entre el alcalde y el crimen organizado: “Teto ... Voy a matarte hijo de perra, queremos tu cabeza, hijo de mil prostitutas, porque has robado el botín y no quieres que la gente sepa que eres un corrupto. El siguiente mensaje será la cabeza de Teto en una cesta de hielo: por el dinero que nos debía y no nos ha entregado”.

Los servicios sociales no existen. Incluso el cuidado de los adictos a las drogas, que en Juárez suman más de cien mil, se deja a cargo del sector privado y las organizaciones religiosas. Y los métodos, desdeñables: abstinencia, gimnasia, aplicaciones de agua caliente, lectura de La Biblia. Pedro, que comenzó a tomar medicamentos a los seis años (ahora tiene cuarenta y dejó de consumir hace dos) es el responsable de la seguridad del proyecto de rehabilitación Ave Fénix:

—Trabajamos mucho en la espiritualidad. Tenemos un porcentaje de recuperación del ochenta por ciento, pero el consumo sigue creciendo y la edad tiende a bajar. Las familias no tienen ni los medios ni la fuerza para luchar contra la adicción.

El edificio de Ave Fénix está rodeado por muros de hormigón. Pero ni los centros de recuperación están protegidos de la furia de los sicarios. Veintisiete pacientes mu-

rieron en 2009 en tres de las instituciones de Juárez. Otros diecinueve fueron masacrados en 2010 en el Centro Cristiano Fe y Vida de Chihuahua.

¿Se trata acaso de represalias de los narcos contra presuntos espías? ¿Venganzas contra posibles informantes? ¿Ajustes de cuentas entre bandas de traficantes? Profundo misterio, ya que ninguno de los asesinos ha sido detenido. Pero hay quienes ofrecen la hipótesis de que se trata de una brutal campaña de *limpia social* por parte del ejército para deshacerse de la “basura humana” que infesta a las ciudades de México.

—No hay pruebas —dice Gustavo de la Rosa Hickerson, abogado de derechos humanos. Pero no se trata de asesinatos rituales, típicos de los narcos. Estas son matanzas planeadas, con uso masivo de municiones y hombres entrenados: el modo típico de la policía federal y militar.

De la Rosa trabaja con tres voluntarios en una pequeña oficina del Tribunal Juárez. Recibe a los familiares de las víctimas y a las madres de los desaparecidos, les instruye sobre las prácticas legales, interviene en los casos de abuso o maltrato por parte de la policía y en las detenciones arbitrarias. Es un muerto que camina. Se mueve con escolta y todas las noches se va a dormir en un hotel de El Paso.

—Pero si quieren matarme —dice— pueden hacerlo en cualquier momento.

Dibuja un cuadro deprimente de Ciudad Juárez: un promedio de 247 muertes por cada cien mil habitantes en comparación con las seis en Nueva York o las 1.5 en España; al menos diez mil huérfanos en una población de un millón y medio; corrupción y poder abrumador de la

mafia; violencia sistemática contra los niños y las mujeres; falta de infraestructura de salud y educación.

—Los niños crecen en las calles y a los diez años terminan en las pandillas. A los doce se ganan la vida en los estacionamientos de los supermercados. A los quince entran en el sector informal: venden periódicos, piezas de repuesto para automóviles, CD's piratas, cerveza casera. Y venden drogas.

México cuenta con el magnate más rico del mundo, Carlos Slim, que en el año 2011 lidera la lista de Forbes con una fortuna de 74 mil millones de dólares, 20.5 más que el año anterior. Sin embargo, casi la mitad de los 113 millones de mexicanos son pobres y el 10% vive por debajo del umbral de la pobreza extrema. El 34% de los menores de cinco años sufre de desnutrición crónica. En los barrios pobres de Juárez son pocos los que pueden permitirse dos comidas al día. Y el 40% de los jóvenes no está en la escuela ni trabaja: son llamados "ni-nis" ni estudian, ni trabajan. Al gobernador del estado de Chihuahua le gustaría enrolosarlos por decreto en el ejército. Son jóvenes que sueñan con un nuevo coche y un revólver. A la espera de su turno para matar o ser asesinados.

Con Miguel, una mañana, nos vamos al Valle, la tierra de nadie a lo largo de la frontera al este de Juárez. Ranchos y granjas lecheras, canales contaminados por las aguas residuales de las maquilas y plantaciones abandonadas de algodón. Aldeas desoladas de nombres tranquilizadores: Loma Blanca, San Isidro, La Esperanza. Pero en los alrededores sólo se ven soldados en uniforme de combate, bloqueos de carreteras, casas y tiendas quema-

das. Es una zona de guerra y de matanzas, que los narcos de Sinaloa tratan de arrebatar al jefe local.

En El Porvenir, donde termina el asfalto, la mitad de las personas huyeron y el cura, amenazado de muerte, vive atrincherado en la rectoría. Por el puente sobre el Río Bravo que lleva a la ciudad de Fort Hancock, Texas, pasan sólo unos pocos autos de los comerciantes de la frontera: la entrada de lado de México es vigilada por soldados apostados en torres de vigilancia con sacos de arena; del otro lado se ven las patrullas de la Migra, la policía anti-inmigrantes, y las torres de vigilancia de la Guardia Nacional.

En Praxedis G. Guerrero, con 8,500 habitantes, incluso el bar El Gato Negro cerró sus puertas. El muro del municipio está lleno de balas: hasta hace pocos días, la policía, trece oficiales, un *jeep*, tres fusiles automáticos y una pistola, eran dirigidos por una estudiante de criminología de veinte años, Marisol Valles García, el único candidato que aceptó el puesto. Pero tuvo que renunciar y buscar asilo en los Estados Unidos después de las amenazas de muerte. A su colega, Hermila García Quiñones, de 38 años, primera mujer nombrada comisario en un municipio mexicano (en Meoqui, en el Distrito de Chihuahua) le fue peor: fue asesinada con tres disparos a la cabeza 50 días después de asumir el cargo.

En Guadalupe, el principal centro urbano, cruce de tráfico de drogas y campo de batalla del cártel, familias enteras fueron exterminadas, cuatro alcaldes fueron asesinados y las cabezas cortadas de tres policías, depositadas en la entrada del ayuntamiento. El hospital está cerrado. Los médicos llegan por la mañana desde Juárez en una ambu-

lancia escoltada por el ejército y se van rápidamente después del mediodía.

En el valle también están activos los temidos comandos de Los Zetas, la organización criminal más feroz y militarizada en el país, la primera en usar tácticas de terror (coches bomba, asesinatos indiscriminados, decapitaciones) y la tortura y ejecuciones dadas a conocer en Internet. En los años noventa Los Zetas eran un grupo operativo selecto de la GAFE (Grupo Aeromóvil de Fuerzas Especiales) entrenado en técnicas de contrainsurgencia y antinarcóticos en el famoso “American School” de Fort Benning, Georgia, e inicialmente empleados en Chiapas contra los zapatistas del Subcomandante Marcos. Pero pronto se pasaron al otro bando (como decenas de miles de personal de las fuerzas armadas: tan sólo 1,300 miembros de los cuerpos de élite, entre 2000 y 2005, entraron en la nómina de los traficantes de drogas. El jefe del cártel del Golfo, Osiel “El Loco” Cárdenas Guillén, reclutó a una treintena y los convirtió en el núcleo de sus grupos paramilitares.

Con la detención del Loco, en el año 2003, Los Zetas se transformaron rápidamente en una formación independiente y de intereses cada vez más ramificados: alistaron nuevos elementos de las fuerzas armadas, extendieron su influencia territorial aliándose alternativamente con uno o más de los carteles que luchan entre sí y con bandas como los Aztecas en Ciudad Juárez. Hoy en día, la estructura clandestina, dirigida por Heriberto Lazcano “El Lazca”, conocido como Z-3, es capaz de desafiar al Estado mexicano y a los sindicatos del crimen en su territorio ya que controla grandes partes de Guatemala y América central, y opera en

muchas ciudades de Estados Unidos. Cuenta además con un sofisticado arsenal: helicópteros, aviones, explosivos, granadas, bombas de racimo, y misiles antitanque.

Las cien mil armas incautadas por las fuerzas de seguridad a los cárteles son apenas una pequeña fracción de los diez millones de armas no registradas que circulan en México, casi todas de origen estadounidense y fácilmente disponibles a bajo costo en cualquiera de las 6,700 tiendas de armas en la frontera: en Texas y Arizona se venden armas militares en pequeños comercios y grandes almacenes. Cualquiera puede comprar municiones para una ametralladora en un Wal-Mart de Houston o en una tienda de herramientas en Phoenix. En 2010, el FBI frustró un complot para comprar un misil Stinger tierra-aire, un cohete antitanque Dragon Fire y una lanzador de granadas LAW Rocket para el Chapo Guzmán. Pero el flujo de material de guerra de Estados Unidos a México parece imparable, a pesar de los mil quinientos agentes y equipos de perros que Washington ha enviado como refuerzo a la frontera, los 130 aviones y helicópteros desplegados para supervisión, los trescientos equipos de vigilancia electrónica instalados y la controvertida decisión de ampliar al territorio mexicano el patrullaje de los drones, los aviones no tripulados.

La incompetencia no es sólo de las autoridades de México, como indican los informes dados a conocer por el sitio *web* WikiLeaks. El embajador estadounidense, Carlos Pascual, fue obligado a renunciar en marzo de 2011 por criticar la desastrosa estrategia de combate a las drogas de Felipe Calderón: “la corrupción generalizada, la manifiesta ineptitud del ejército, la rivalidad y la falta de coordinación

entre las fuerzas de policía. “ De hecho, es bien sabido que una operación llamada “rápido y furioso”, ejecutada por la Oficina de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos (ATF), sin el conocimiento del Departamento de Estado y el gobierno de México, fracasó estrepitosamente. La operación consistía en permitir que los asesinos de los cárteles compraran armas ilícitas en los EE.UU., con el objetivo de seguir sus pasos y llevar a la justicia hasta los destinatarios. Pero en lugar de eso, se apoderaron de las armas impunemente y, probablemente las utilizaron para asesinar a tres ciudadanos estadounidenses: el agente fronterizo Jaime Zapata, Arthur Redelfs, un funcionario de la prisión de El Paso, y su esposa, Lesley Enríquez, que trabajaba en el consulado en Ciudad Juárez.

—Mira —dice Miguel, señalando una pila de ladrillos, alambres retorcidos y ejes quemados detrás de la plaza de Guadalupe. Era el hogar de Sara Salazar de Reyes. Ahora, la familia ha huido: los que sobrevivieron.

Durante un año, Sara, de 76 años, no ha hecho más que llorar y cavar tumbas: después de la primera, la de su sobrino Julio César de quince años, ha tenido el valor y el aplomo para protestar y exigir justicia. Y una vez más, los escuadrones de la muerte (¿narcos? ¿policía militar?) golpearon sin piedad. Doña Sara también tuvo que enterrar a la madre de Julio César, Josefina, conocida activista de los derechos humanos, y luego otros dos hijos, a una hija, y a su nuera.

También Susana Chávez fue asesinada. Tenía 36 años de edad, luchó contra el feminicidio y se había acuñado el lema “¡Ni una más!”. Su cuerpo semidesnudo, con una

mano cortada y la cabeza envuelta en una bolsa de plástico, fue abandonado en una calle. Escribía poesía: “Mi sangre, sangre del alba, sangre de luna cortada, sangre del silencio”.

También Marisela Ortiz, fundadora de “Nuestras Hijas de Regreso a casa”, tuvo que huir a El Paso con su hija viuda (su marido murió en 2009).

— El mensaje que se encontró en frente de mi escuela no nos dejó otra alternativa — me dice en la penumbra silenciosa del Hotel Camino Real. Nos subimos al coche y cruzamos el puente. Pediremos asilo político.

La narco manta era una sentencia inapelable: “Si usted tiene la intención de seguir ayudando a la perra llamada Malu, profesora de mierda, Marisela Ortiz, estamos listos para destruir a su familia, comenzando con su hijo Rowe, que está en nuestra lista”. En Juárez, quien levanta la voz es un convicto, un muerto viviente. “Los asesinos buscan silenciar, oscurecer las conciencias, un mundo lleno de *zombies* aterrados”, escribió el poeta Javier Sicilia después de la matanza del 28 de marzo de 2011 en la que perdió la vida su hijo Francisco, derribado en un tiroteo con seis amigos al salir de un bar en Cuernavaca.

Buscar la información y escribir crónicas es una profesión peligrosa en México: Setenta periodistas han sido asesinado, o desaparecidos en la última década, y decenas de periódicos obligados a abdicar o censurarse a sí mismos. La última víctima, al momento de la impresión de este libro, fue encontrada decapitada el 24 de septiembre de 2011 en Colonia Madero, Nuevo Laredo, estado de Tamaulipas: María Elizabeth Macías Castro, para los amigos Marysol, de 39 años, editora en jefe del diario *Primera Hora*.

Quién no se pliega arriesga la vida. Incluso las redacciones están infiltradas. Pero volviendo a Juárez, pasamos por la plaza del Periodista.

— ¿Ves aquella estatua en medio? —explica Miguel. Es un vendedor de periódicos, el símbolo de la libertad de prensa. Hace un par de años, a sus pies, apareció la cabeza cortada de un hombre. Era una clara advertencia. Una semana después mataron a Armando Rodríguez, del *Diario*. Lo conocía bien, “El Choco”. Era un profesional serio, tenaz. Los molestaba: escribía artículos sobre los narcos y las detenciones arbitrarias, o hablaba de los negocios del sobrino del fiscal general del estado. Por eso lo silenciaron. Y nadie fue imputado.

En septiembre de 2010, tras el asesinato de otro cronista, el fotógrafo de veintiún años, Luis Carlos Santiago, el director del *Diario*, Pedro Torres publicó en su portada una carta abierta desafiante: “A los señores de las diferentes organizaciones que se disputan la plaza de Ciudad Juárez : Son ustedes quienes mandan, entonces digan nos qué es lo que quieren, lo que debemos o no debemos escribir. ¿Cuáles son las reglas del juego?”. No hubo respuesta. Los periodistas del *Diario* continúan trabajando, mirando siempre sobre sus hombros.

— No nos detenemos — dice Pedro. Pero tratamos de limitar los riesgos. En la edición local, los artículos no están firmados, publicamos los hechos sin hacer comentarios y nunca ofrecemos una hipótesis acerca de los instigadores de los asesinatos o la identidad del asesino. Es una cuestión de vida o muerte .

La muerte está en todas partes en la ciudad de los asesinos. Lo sabe José Antonio Galván “El Pastor”, de sesen-

ta años y una infancia difícil: un padre violento, una madre adolescente y el alcohol, el trabajo de *chicano* en Estados Unidos, la heroína, el robo, la prisión, y la deportación a México. Hasta que conoció a un predicador evangélico en un parque de El Paso, que cambió su existencia. Ahora tamiza los barrios pobres y los bajos fondos de Juárez en busca de desechos humanos: los parias, los náufragos de la sociedad, los “daños colaterales” de la guerra sucia. Y se los lleva con él al desierto, por el camino para Asunción, a la casa de los locos.

Desde el albergue para discapacitados mentales se ve, en la ladera de una colina ocre estéril, un caballo blanco gigante: lo mandó pintar Amado Carrillo, el Señor de los Cielos, para señalar una pista de aterrizaje a los pilotos de sus aviones cargados de coca.

—Tenemos 103 pacientes en este momento —dice El Pastor. —Estamos tratando de crecer, pero no es fácil, tenemos que hacer todo nosotros mismos, nadie nos ayuda.

Llegan en un estado lamentable. Niños que se han quemado el cerebro a fuerza de inhalar pegamento y *aguas locas*, los disolventes. Hombres y mujeres en pedazos, con el sistema nervioso destruido por el hielo y las *speed balls*.

Los esquizofrénicos agresivos y paranoicos están encerrados en celdas de dos por tres metros. Algunos están “cocinados”: gritan, repitiendo obsesivamente palabras y gestos inconexos. Otros, sedados por los fármacos, parecen flotar en algún lugar lejano y desconocido para los mortales ordinarios. Mantienen la radio encendida, pero no la escuchan; observan fijamente las paredes sin ventanas, pero ellos las ven.

—Fue la heroína —dice un hombre corpulento que se acerca tras los barrotes. Soy esquizofrénico desde que tenía seis años de edad.

La mayor parte de los pacientes se arrastra aturdida por el patio diciendo tonterías. Como Joshua, que se ocupa de la limpieza.

—Estaba muriendo por culpa de las drogas. Y no era ya capaz de caminar. Me salvó El Pastor. Pasé muchos meses en la celda; ahora he renacido.

La droga en Juárez es barata. Precios de ganga, controlados por los narcotraficantes. Puedes obtener una dosis de heroína por sólo 25 pesos, un par de dólares. La coca cuesta menos que la marihuana. Y la vida es aún más barata. Los asesinos son baratos. Disponibles día y noche: la oferta supera a la demanda. Conviene. Si tienes una deuda de juego, una cuenta pendiente con un idiota, una mujer que te ha hecho enojar, alguien a quien hacérsela pagar, puedes siempre llamar a alguien como El Niño.

La muerte nunca avisa

“Yo era pandillero y estaba con los del Callejón 16. Fumaba cocaína y marihuana, y a los once años tenía una pistola. Podía matar o ser asesinado. Me fue bien. Me gustaba rapear: la música, cantar. Me encontré a los otros dos, Adrián ‘El Tomates’ y Eric ‘El Poeta’. Formamos una banda, ‘Mera Clase’. Hicimos los primeros conciertos en la plaza, incluso fuera del barrio. Luego mataron al Tomates.”

Mario Contreras, “El Príncipe”, camiseta All Stars y sombrero de bombín, formó un estudio de grabación en

la colonia del centro juvenil Díaz Ordaz, en una pequeña habitación con vista a los barrios pobres de techos de zinc: micrófono, computadora, mesa de mezclas, amplificadores, y auriculares. Era el 15 de diciembre de 2009. Los asesinos querían matar a dos *puchadores*, dos traficantes de la colonia. “Adrián estaba fumándose un churro recargado en un poste de luz, en la intersección de dos calles. Dispararon en ráfagas, mataron a cinco.” Tenía 21 años y acababa de escribir una canción, “La muerte nunca avisa”.

La muerte no te avisa
la puedes encontrar
a la vuelta de la esquina.
La muerte nunca advierte
pero manda señales:
Cuida bien tus pasos
cuando elijas un camino
Sólo tú decides dónde quieres llegar.
La muerte no discrimina
te piensa ya la vida.

Dibujaba bien El Tomates. Era un artista. Había llenado las paredes de su barrio con *graffitis*: desesperados destellos de color sobre el gris uniforme del polvo, de las casas de cemento, de la lámina metálica. México es un moneda amarilla de un peso, el sueño, un cielo azul sin fronteras, la *firm*, el retrato de un rapero con el rostro oculto por un pañuelo rojo.

El Príncipe está poniéndole música a uno de sus textos: la historia de Rosalinda. “Fue una chavala que llevaba

faldas cortas y blusas. La mataron a la salida de una discoteca.”

Mujer bonita, mujer hermosa
es un jardín, una linda rosa:
pero el camino es peligroso.
Rosalinda, divina chica del barrio,
los hombres sueñan con su cuerpo
que se balancea cuando camina.
Ella iba a una fiesta,
bebía una cerveza
y se sentía una princesa.
Bailaba, provocaba.
No se daba cuenta que arriesgaba.
En una noche encantada,
Rosalinda no regresó más,
en un callejón oscuro la violaron.
Y la rosa se ha secado,
ya no florece.
Esa rosa está para siempre marchita.

Así se muere en los barrios de Juárez. Y se vive aún peor. Rancho Anapra, en el extremo occidental de la ciudad, en el borde del desierto de Chihuahua, es un barrio marginal de materiales reciclados: estaño, cartón, chatarra, latas, chatarra de aluminio, puertas de automóviles, placas de contrachapado, láminas de plástico y neumáticos viejos. No hay luz, no hay carreteras, ni alcantarillado, ni escuelas. Los chicos se inyectan con jeringas usadas en los picaderos, las escuálidas *shooting galleries* de la heroína, y por la noche tratan de

robar algunas cajas de los suministros del tren de carga de El Paso, que pasa justo en la línea de la frontera, donde hay una curva y debe reducir la velocidad. Los *burros*, los contrabandistas, juegan al gato y al ratón. Si la policía los bloquea es “plata o plomo”, el dinero o las balas, como en los tiempos del viejo Oeste. Y casi siempre es plata: los agentes se guardan el dinero en el bolsillo y nadie habla, nadie ha visto nada.

Nadie vio a los hombres con capucha del comando que asesinó al hijo de Blanca, Jaime, de dieciséis años; ni a los soldados que secuestraron y mataron al hijo de Leticia, Alejandro, de diecinueve años; o a los hombres armados que secuestraron al hijo de Alberto, Joel, de 28 años. Y nadie quiere saber.

—En cuanto oí los disparos comprendí que estaban matando a mi marido —dice una viuda con dos hijos en los brazos. Pero no me pregunte por qué.

Para los distribuidores de drogas y los coyotes, también llamados polleros, los traficantes de seres humanos, el muro construido por George W. Bush no es un obstáculo. Los “espaldas mojadas”, los migrantes que cruzan el Río Bravo, siguen cruzando el río a razón de tres millones al año, alimentando un negocio que la UNODC (Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito) calcula en cerca de siete mil millones de dólares sólo para el lado mexicano.

La barrera de más de mil kilómetros (aproximadamente un tercio de la frontera entre los dos estados), costó más de cuatro mil millones de dólares, y es vigilada por patrullas armadas de la Migra y el FBI. Se compone de vallas metálicas, paredes de acero y vallas de cinco metros de alto

cubiertas con rollos de alambre de púas, cámaras y potentes luces nocturnas. En Arizona, hasta el año 2010, la frontera también era también vigilada por los Minutemen, una milicia de extrema derecha acusada de numerosos asesinatos, ahora formalmente disuelta.

Los dos mil kilómetros restantes los supervisa una barrera virtual de cientos de sensores electrónicos, equipos de rayos infrarrojos, radares, helicópteros Black Hawk y A-Star, drones, globos aerostáticos y sistemas móviles de vigilancia. Sin embargo, la frontera está lejos de ser a prueba de balas. Los agricultores que temían perder la mano de obra barata de los *pollos* latinoamericanos pueden estar tranquilos: la barrera construida para tranquilizar a la clase media después del ataque a las Torres Gemelas es un tamiz. Los narcos y coyotes han excavado túneles y puertas del tamaño de un camión con caja; usan rampas móviles y *pick-ups* con escaleras retráctiles para subir por las paredes; y seguir confiando en la complicidad de los policías corruptos en ambos lados del Río Bravo.

El comercio ilícito en la frontera nunca ha sido tan próspero, del norte llegan armas y municiones para los cárteles de los traficantes de droga, del Sur suben los migrantes y las drogas al mercado gringo. Los siete millones de consumidores de cocaína estadounidenses absorben el 45 por ciento de la producción mundial. Estados Unidos importa el veinticinco por ciento de todas las drogas ilegales: heroína, marihuana y sustancias sintéticas. Y el 65 por ciento del dinero sucio se lava en los bancos del Tío Sam.

Si desde Juárez ves las luces y los rascacielos de El Paso, el edificio que destaca es el hogar del coloso Wells

Fargo, que en 2008 absorbió el banco Wachovia, bajo investigación por no aplicar las normas contra el lavado de dinero a 378.4 millones de dólares proveniente de las casas de cambio de la frontera: ¡transferencias, remesas, cheques de viajero y dinero en efectivo por un monto equivalente a un tercio del Producto Interno Bruto de México! Entre los diversos ilícitos, la DEA descubrió que por las cuentas de Wachovia pasaron cerca de trece millones de dólares para la compra de aeronaves en la que fueron capturadas veintidós toneladas de cocaína. El banco libró las imputaciones pagando una multa de 110 millones de dólares. Y el caso de Wachovia es sólo la punta del *iceberg*.

Un estudio del Centro de Investigación y Seguridad Nacional de la Ciudad de México argumenta que si el narcotráfico fuese erradicado, las economías de Estados Unidos y México sufrirían graves reveses. “¡Pobre México — exclamó, al parecer, el difunto presidente Porfirio Díaz — tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!”

El fortalecimiento de los controles fronterizos sólo ha hecho más difícil y costoso el tránsito de migrantes, obligados a intentar el cruce en zonas remotas donde son presa fácil del negocio. En la última década, en los desiertos de Arizona, Texas y Nuevo México han muerto más de dos mil inmigrantes, más de cuatrocientos sólo en el 2010. En la primavera y el verano de ese mismo año, la Comisión Nacional de los Derechos Humanos documentó 214 casos de secuestro en un total de cerca de doce mil personas (el promedio anual es de más de veinte mil).

Después de sufrir abusos y extorsión durante el largo viaje en tren o a pie desde Centroamérica, los migrantes son

interceptados en el norte de México por bandas criminales que actúan con la complicidad de la policía local y los mantiene en siniestras casas de seguridad. Si las familias pagan el rescate, y si los prisioneros son capaces de pagar al coyote un soborno de entre dos y diez mil dólares, el viaje de la esperanza puede continuar. El destino del resto está marcado: violaciones, tortura, y la fosa común.

Gonzalo, guatemalteco, uno de los sobrevivientes, cuenta:

—Rodearon el tren en la estación de Boca del Cerro. Hombres armados, vestidos de negro: Los Zetas. Nos llevaron a una granja encima de la colina. Éramos cerca de sesenta, atados de manos y pies. Nos golpearon repetidamente. Uno de nosotros estaba herido y lo mataron inmediatamente. El jefe nos pidió el número de teléfono de nuestra casa: para liberarnos quería cuatro mil quinientos dólares. No nos daban nada para comer. Tomaban coca y fumaban cristal. Violaban a las niñas. Un día se llevaron a alguien que estaba tratando de escapar: le dispararon dos tiros en la cabeza y nos dijeron que lo iban a quemar. Luego se dieron cuenta de que llegaban los soldados y desaparecieron.

Jesús, de 29 años, de El Salvador, también logró escapar:

—Nos hicieron bajar del tren. Había policías federales en un coche, pero no intervinieron, sólo observaban. La casa era un cobertizo de madera y olía a cadáveres y sangre, y había moscas por todas partes. Los prisioneros eran treinta, incluidas seis mujeres que eran continuamente violadas delante de todos. A algunos, los secuestradores les habían

cortado las manos o los brazos, porque sus familias no pagaban el rescate. Mutilaban incluso a los niños, había cinco de unos quince años, con los dedos cortados. De noche lloraban, tenían fiebre alta y se desangraban lentamente. Yo le daba secretamente un poco de pan a uno de ellos, Eduardo, un hondureño. Le habían cortado tres dedos de la mano. Creo que está muerto.

En Juárez, por la tarde, en la zona de Riberas del Bravo o del Rancho Anapra, los *pollos* escrutan los movimientos de las patrullas de la Migra y esperan su oportunidad para saltar por encima de la red. Julio está en su tercer intento. Ya ha estado en Estados Unidos: cuatro años en Nueva York, descargando mercancías, y luego lo atraparon. Tardó tres meses en llegar aquí desde Honduras, pero no tiene dinero para el coyote. Los narcos le dijeron que si quiere cruzar tiene que llevar una gran cantidad de coca. Se lo está pensando.

Hélder, de 28 años, es de Juárez. Cuando era un niño su tío lo llevó a Amarillo, Texas: un día regresó a México y ya no se presentó.

—No tengo a nadie —dice Hélder. No sé quién es mi padre. Mi madre está muerta, pero no sé dónde está enterrada. Siempre he trabajado en Texas; como albañil, camarero, o barista. Y me han deportado. No tengo documentos, soy ilegal, incluso aquí. No existo. No tengo pasado y no tengo futuro.

Es un fantasma, Hélder. Como son los sicarios que matan en las sombras, los narcotraficantes y los poderes invisibles que los protegen, las muertas no identificadas y las muchachas desaparecidas en el desierto, los cuerpos arroja-

dos a las fosas y los miles de trabajadores de las maquilas. Es un fantasma como los desesperados con el cerebro quemado en el albergue de El Pastor. Como los cholos que se sienten Dios con una 9 mm y el polvo blanco, la música a todo volumen en la camioneta y un fajo de billetes en el bolsillo. Antes de desaparecer en el torrente de sangre de Juárez, la ciudad donde *la muerte nunca avisa*.

GIOVANNI PORZIO (*Milán 1951*). Ha colaborado con numerosos periódicos y revistas internacionales. Desde 1979 trabaja en Panorama como enviado especial. Ha realizado servicios y reportajes en 124 países en Medio Oriente, Europa, Estados Unidos, África y Asia, especializándose en áreas de conflicto y periodismo de guerra. Ha recibido numerosos premios internacionales como el prestigioso “Max David 2001” por su trabajo en Afganistán. Entre los libros que ha publicado destacan: *Cory, Infierno Somalia* (escrito con Gabriella Simoni) *Corazón negro*, *El engaño del Golfo* (escrito con Lorenzo Bianchi), *Guía de Medio Oriente* y *Crónicas de las tierras de nadie*.

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos: 1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
- 16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.
- 17. La oveja negra,** de Armando Bartra.

18. **El principio**, de Francisco Pérez Arce.
19. **Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
20. **Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
21. **No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
22. **Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
23. **Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
23. **El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
24. **Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
25. **Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
26. **Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
27. **Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
28. **De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
29. **El exilio rojo**. Antología literaria.
30. **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
31. **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.

- 32. Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 33. López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 34. Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
- 35. Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
- 36. ¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.
- 37. El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanco.
- 38. Las muertes de Aurora**, de Gerardo de la Torre.
- 39. Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 40. Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
- 41. La chispa**, de Pedro Moctezuma.
- 42. Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
- 43. El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.
- 44. Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
- 45. Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.
- 46. Fraude 2012**. Antología varios autores.
- 47. Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 48. Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
- 49. México indómito**, de Fabrizio Mejía Madrid.

50. **68: Gesta, fiesta y protesta**, de Humberto Musacchio.
51. **Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes.** Varios autores.
52. **1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.
53. **3 años leyendo en libertad.** Antología literaria.
54. **El viejo y el horno**, de Eduardo Heras León.
55. **El mundo en los ojos de un ciego**, de Paco Ignacio Taibo II.
56. **Más libros, más libres**, de Huidobro (no descargable).
57. **No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial)**, de Luis Hernández Navarro.
59. **Sin novedad en el frente**, de Eric Maria Remarque.
60. **Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida**, de Jorge Belarmino Fernández.
61. **Los brazos de Morelos**, de Francisco González.
62. **La revolución de los pintos**, de Jorge Belarmino Fernández.
63. **Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas**, de Guillermo Cabrera Álvarez.
64. **En recuerdo de Nezahualcóyotl**, de Marco Antonio Campos.
65. **Piedras rodantes**, de Jorge F. Hernández.
66. **Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX)**, de José C. Valadés.
67. **El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano**, de Martí Batres.

- 68. Rebeliones**, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
- 69. Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013.** Antología literaria.
- 70. Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños.** Antología.
- 71. Padrecito Stalin no vuelvas.** Antología.
- 72. En un descuido de lo imposible**, Enrique González Rojo.
- 73. Tierra Negra.** Cómic (no descargable).
- 74. Memorias Chilenas 1973**, de Marc Cooper.
- 75. Ese cáncer que llamamos crimen organizado.** Antología de relatos sobre el narcotráfico. Varios autores.
- 76. Lázaro Cárdenas: el poder moral**, de José C. Valadés.
- 77. Canek**, de Ermilo Abreu.
- 78. La línea dura**, de Gerardo de la Torre.
- 79. San Isidro futbol**, de Pino Cacucci.
- 80. Niña Mar**, de Francisco Haghenbeck y Tony Sandoval.
- 81. Otras historias.** Antología.
- 82. Tierra de Coyote.** Antología.
- 83. El muro y el machete**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 84. Antología Neza.** Varios autores.
- 85. Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana**, de Pedro Salmerón.
- 86. Larisa, la mejor periodista roja del Siglo XX**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 87. Topolobampo**, de José C. Valadés.

89. **De golpe.** Antología.
90. **Sobre la luz. Poesía militante,** de Óscar de Pablo.
91. **Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas,** de Luis Hernández Navarro.
92. **Teresa Urrea. La Santa de Cabora,** de Mario Gill.
93. **Memorias de Zapatilla,** de Guillermo Prieto.
94. **Práxedes Guerrero y la otra Revolución posible,** de Jesús Vargas Valdés.
95. **La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza,** de Patricia Galeana.
96. **Espartaco,** de Howard Fast.
97. **Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 1).** Antología literaria.
98. **Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 2).** Antología literaria.
99. **Los hombres de Panfilov,** de Alejandro Bek.
100. **Diez días que conmovieron al mundo,** de John Reed.
101. **Vietham heroica.** Varios autores.
102. **Operación masacre,** de Rodolfo Walsh (no descargable).
103. **Cananea,** de Arturo Cano.
104. **Guerrero bronco,** de Armando Bartra.
105. **Misterios de seis a doce,** de Rebeca Murga y Lorenzo Lunar.
106. **La descendencia del mayor Julio Novoa,** de Gerardo de la Torre.
107. **Otras miradas.** varios autores.

- 108. Relatos de impunidad**, de Lorena Amkie.
- 109. No sabe a mermelada**, de Carlos Imaz.
- 110. Conflicto en cuatro actos, el movimiento médico México 1964-1965**, de Ricardo Pozas Horcasitas.
- 111. Ciudad Cenzontle**, de José Alfonso Suárez del Real.
- 112. Regalos obscenos, lo que no pudo esconder el pacto contra México**. Varios autores.
- 113. Con el corazón en su sitio. La historia de los hermanos Cerezo**, de los Hermanos Cerezo.
- 114. El pueblo es inmortal**, de Vassili Grossman.
- 115. Dos historias**, de Horacio Altuna (no descargable)
- 116. Tierra negra 2. Cómic** (no descargable).
- 117. El estilo Holtz**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 118. Julio César Mondragón**. Varios autores.
- 119. Abrapalabra**, de Luis Britto.
- 120. Los 43 de Ayotzinapa**, de Federico Mastrogiovanni.
- 121. Anticipaciones: una mirada al futuro de Nuestramérica**, de Armando Bartra.
- 122. Asesinato en la Cuesta de los millonarios**, de Gisbert Haefs.
- 123. Terraza Marlowe**, de Bruno Arpaia.
- 124. Juárez. La rebelión interminable**, de Pedro Salmerón.
- 125. La gran marcha**. Varios autores.
- 126. Taxco en lucha**, de Aarón Álvarez.
- 127. El capitán sangrefría**, de Óscar de Pablo.
- 128. Norman Bethune**, de Eduardo Monteverde.

- 129. El poeta cautivo**, de Alfonso Mateo-Sagasta.
- 130. El hombre de la leica**, de Fermín Goñi.
- 131. La balada de Chicago**, de Hans Magnus Enzensberger.
- 132. Defendiendo derechos y libertades de los y las capitalinas**, de José Alfonso Suárez del Real.
- 133. Las ratas invaden la escena del cuádruple crimen**, de Javier Sinay.
- 134. La marca del Zorro**, de Sergio Ramírez.
- 135. ¿Qué hay que saber sobre la Reforma Educativa?**
- 136. La novena ola magisterial**, de Luis H. Navarro.
- 137. Banana gold**, de Carleton Beals.
- 138. Libertad es osadía**, de Leonel Manzano.
- 139. La jungla**, de Upton Sinclair.
- 140. La huelga que vivimos**, de Francisco P. Arce.
- 141. Un dólar al día**, de Giovanni Porzio.

Descarga todas nuestras publicaciones en:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

@BRIGADACULTURAL

Queda prohibida su venta.
Distribución gratuita.

Todos los derechos reservados.